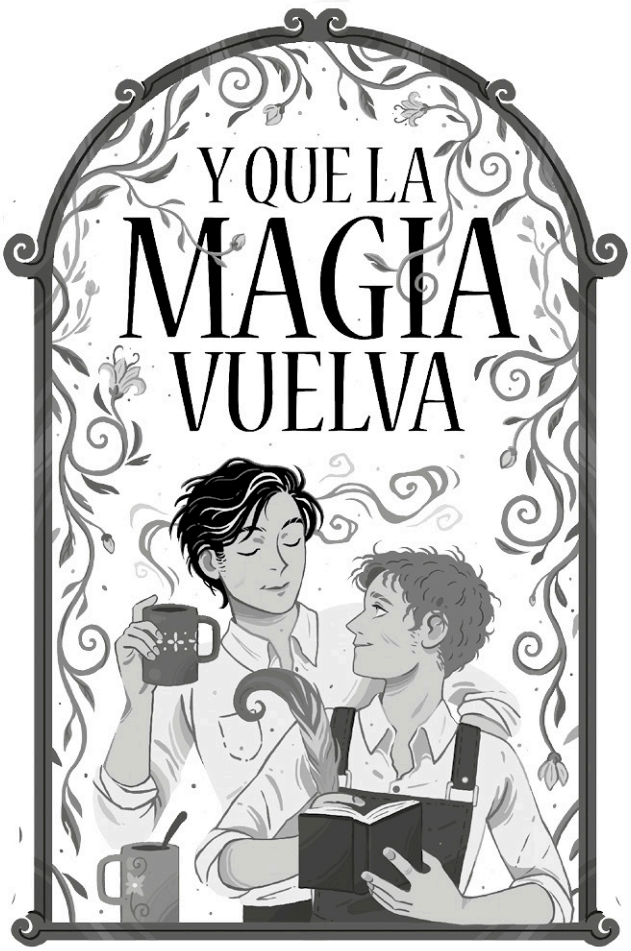
Y QUE LA MAGIA VUELVA



JAVI G. DE HITA


Y QUE LA
MAGIA
VUELVA
JAVI G. DE HITA

Y QUE LA MAGIA VUELVA



JAVI G. DE HITA

Dirección editorial: Berta Márquez
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Dirección de arte: Lara Peces
Diseño: Mireia Rey

© del texto: Javi G. de Hita, 2026
© Ediciones SM, 2026
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ISBN: 978-84-1011-627-6

Coordinación técnica: Equipo SM
Digitalización: ab seveis

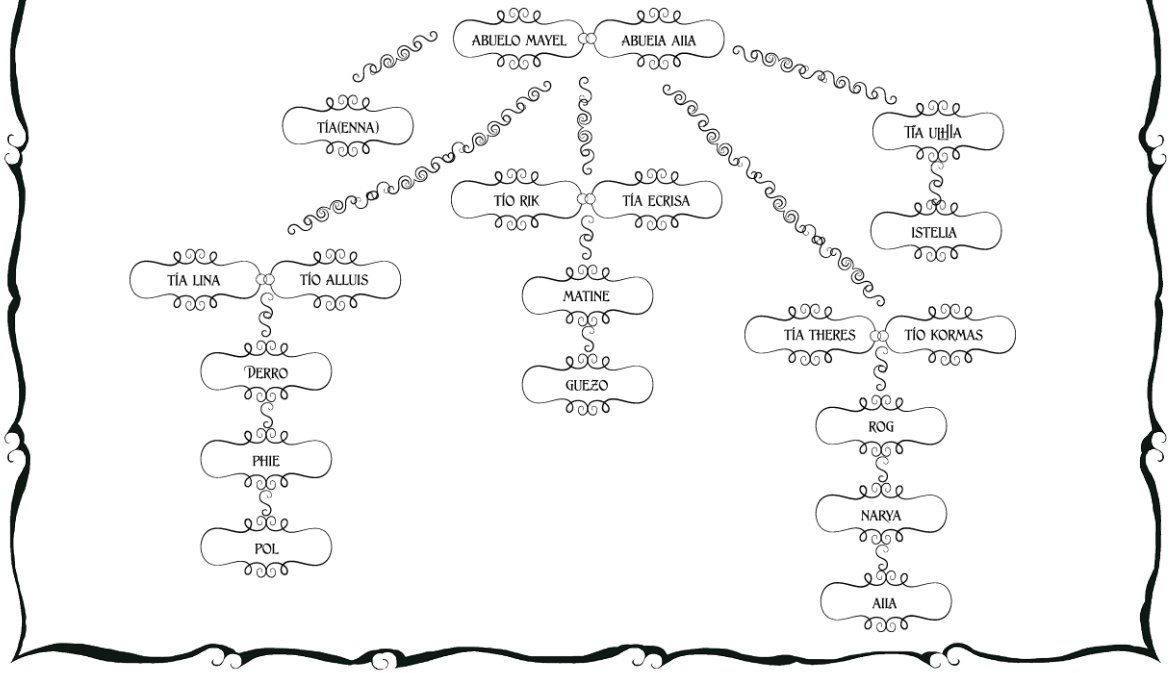
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para quienes alguna vez han sentido
que las palabras se les escapan de las manos.
Y para mis primos,
por hacer de cada logro algo que celebrar.

«Sobresaliente en creatividad, pero me temo que mis nervios están hechos de nubes».

La sociedad secreta de brujas rebeldes,
SANGU MANDANNA

ÁRBOL GENEALÓGICO



Capítulo 1

La pluma le dio un vuelco entre los dedos.

Además, de verdad: un giro completo en el que su cuerpecito –metálico, delgado y cálido– le acarició la mano que tenía alzada sobre el escritorio. La diestra; la que empleaba para escribir. Para escribir *con ella*.

Se llamaba Darinn, y Rog estaba acostumbrado a sus giros, a sus saltitos, a los balanceos y a las cosquillas en las yemas que le causaba que jugueteara en su amarre. Era su onnie, al fin y al cabo, su vínculo; la conocía mejor que nadie.

Y por eso supo por qué lo había hecho: había sido una forma de apremiarle o de darle ánimos, o de hacer, simplemente, que fuera él quien se moviera tras los quince minutos enteros que llevaba en la misma posición. Aun así, no pudo evitar sobresaltarse. Porque sí, tal vez Darinn no fuera la criatura más activa sobre la faz de la tierra (por no decir que era vaga de narices), pero es que apenas llevaban una hora metidos en su gabinete.

Y la página, ante sus ojos, seguía en blanco.

Lo siguiente que rellenó la estancia fueron un suspiro y un golpecito, cuando acabó dejando caer el puño contra la mesa.

–No puedo, Darinn. No puedo.

Crear hechizos. Usar sus palabras para darle forma, color, peso y consistencia a la magia que habitaba en sus venas; hacerla brotar y derramarla sobre el papel, para después moldearla y depositarla en uno de los recipientes que se acumulaban por doquier. Convertirla en algo tangible y real para sí mismo y para los demás.

Ese había sido su mayor talento, su pasión desde pequeño y, por fin –tras años y años de observar desde una esquina con los ojos como platos, de soñar despierto, de dejarse la piel entre manchas de tinta centelleante y de alcanzar madrugadas sin dormir–, su trabajo.

Apenas hacía un parpadeo que se había incorporado al taller con sus primos, pero ya había fracasado, y no había nada que quisiera menos en el mundo que decepcionarlos. Claro que, si se paraba a pensarlo, en realidad ya lo había hecho. Lo *estaba haciendo*. Llevaba dos meses y once días haciéndolo.

De pronto, un leve pulso de calor le recorrió la piel desde la yema del índice hasta la muñeca. También estaba acostumbrado a eso: eran las caricias de Darinn, sus abrazos, sus apretones en el hombro.

Y en ese caso, como si le hubiera leído la mente, vino acompañado de un:

–No te presiones más. –Su voz de por sí era suave y dulce, pero a cualquiera que la hubiera escuchado en ese momento le habría recordado a una brisa de media tarde–. Y descansa. Te lo mereces.

Rog resopló y la soltó.

Sus plumas del color del arcoíris se balancearon en el aire ante él, rodeadas por aquella aura rosácea que los onnie desprendían al flotar.

–¿Descansar? ¿De qué? ¿De no hacer *nada*?

Se echó atrás en la silla y apoyó la cabeza en el respaldo.

Esta vez, no hubo respuesta.

Permaneció unos segundos así, ajeno a lo que lo rodeaba, a aquel rincón que había tomado como gabinete al incorporarse al taller. Era un recoveco de techo bajo que se encontraba en el pasillito del fondo, más allá del Hueco y de las escaleras –aunque no llegaba a quedar cien por cien debajo de ellas; tan solo un poquito–. Pero era suyo.

Al cabo de unos segundos, se dejó caer hacia adelante y se llevó los dedos al puente de la nariz, aunque en el trayecto se tropezaron con los mechones cobrizos de su flequillo. Suspiró.

–Lo siento. No debería haber reaccionado así. Es que es...

Frustrante. Agobiante. Demoledor.

Triste. Lo más triste que le había pasado en su vida.

–Lo sé, Rog.

Pero no. Darinn no lo sabía. No lo entendía.

Y lo peor de todo era que él, a veces, tampoco.

Ni siquiera era capaz de encontrar la razón que lo había llevado hasta ese punto; o al menos, no una sola ni lo bastante grande, poderosa o incontrolable como para arrancarle de cuajo lo que más feliz le había hecho siempre. Porque sí, habían sido unos meses un poco caóticos –con la mudanza al sur, los preparativos de su incorporación al taller, el otoño, el invierno y la llegada del buen tiempo–, pero nada más.

El bloqueo ni siquiera había comenzado al empezar a trabajar, por los nervios o las expectativas de su «autoexigencia», como había sugerido su prima Phie en uno de sus intentos por ayudarle. No. Había sido después, casi de un día para otro.

Las palabras se le habían fundido y, con ellas, la magia.

Era incapaz de convocarla.

No tenía el más mínimo sentido y, aun así, el vacío que había dejado era inmenso. Así que no. Darinn no podía entenderlo, por mucho que creyera que sí. No del todo, al menos. Nadie podía. Y no merecía la pena intentar explicarlo.

–Da igual –bufó–, pero no voy a descansar. Qué tontería. Ni siquiera es cerca de la hora del almuerzo. –Señaló el reloj que pendía entre las baldas repletas de recipientes de todo tipo, material, forma, tamaño y color–. Me voy afuera aunque sea.

Echó la silla hacia atrás y se puso en pie.

–¿Y qué vas a hacer?

–No lo sé. Quizás Matine quiere que le eche una mano con algo. O Guezo; creo que hoy le llegaba un pedido. O puedo ponerme a atender clientes.

Lo que fuera. Lo necesitaba. Ponerse en marcha. Hacer algo que le acelerara el pulso, que guiara sus pies, que mantuviera a raya los pensamientos.

Que lo sacara del bucle.

Se quitó el polvo invisible que le cubría el uniforme.

Aunque, en realidad, no era demasiado «uniforme»; cada uno de sus primos lo llevaba como le daba la gana. Sí era cierto que todos mantenían la camisa blanca y las botas de cuero –gruesas y tan puntiagudas que se combaban un tanto hacia arriba–, y más o menos los colores principales: verde y marrón. Luego, elegían entre

llevar chaleco y pantalones o, como en su caso, peto. El mandil era opcional; a él no le entusiasmaba, pero, por ejemplo, su prima Istella lo llevaba siempre.

–Vale –dijo Darinn–. Voy contigo.

Oyó un rasguido, como cuando alguien tacha una línea incorrecta, y fue lo que le indicó que había abandonado la mesa; eso, y que flotó hasta ponerse a la altura de su oreja.

–No hace falta.

–No, claro que no. Por eso lo hago.

Aquello tironeó de la comisura izquierda de sus labios, mientras una mezcla de culpa y ternura se le arremolinaba en el estómago.

Estaba siendo muy injusto; sabía que Darinn solo trataba de ayudarle. Como siempre. Al fin y al cabo, era ella quien le permitía dar vida a su magia, aunque también iba más allá.

Era su mejor amiga.

Conocía su pasado, sus secretos, los rincones de su mente y de su desorden. Había estado junto a él mientras soplaba la calabaza en sus cumpleaños, durante sus años de estudio, en cada peripecia, viaje e incluso en alguna que otra desventura amorosa. Era ella quien lo calmaba cuando se despertaba tras una pesadilla y a quien acudía a contarle lo que se le pasaba por la cabeza, fuese lo que fuese, porque sabía que jamás lo cuestionaría. Era en quien se refugiaba si necesitaba llorar y con quien compartía momentos de calma y quietud que sabían a... *ser*. Solo eso.

Sabía lo afortunado que era por tenerla.

Le resultó fácil reír cuando su vocecita volvió a rellenar el espacio, porque no fue más que pura costumbre, un eco de todas las carcajadas que habían compartido:

–Y alguien tendrá que asegurarse de que tu propia cabecita no acaba contigo desde dentro por el camino.

–Anda, vamos.

Y, con ella titilando contra la nuca, atravesó la puerta.

Desembocó en el pasillo que separaba el descansillo trasero del resto del taller de los Vondel. Era estrecho y un tanto oscuro, y solo conducía a su gabinete, a las ya mencionadas escaleras –que llevaban tanto al piso superior como al almacén del sótano–, al

Hueco –otro pasillo bastante más pequeño y sin salida, que usaban como depósito (aunque nada de lo que se colaba tras su cortina púrpura volvía a salir)– y a la puerta del huerto. Fin.

Pero, pese a todo, sí, sus pensamientos podrían haberse disparado perfectamente, así que ahí Darinn tenía concesiones más que suficientes. Por suerte, no dio tiempo: en cuanto alcanzó la zona de trabajo principal, un zumbido familiar –en todos los sentidos de la palabra– se coló en sus oídos y rellenó la realidad.



Capítulo 2

Una tenue luz atravesaba los estantes que se alzaban por todas partes hasta crear aquel perfecto laberinto de esquinas incoherentes y cortinajes varios.

Todo eran muebles de formas retorcidas, vapores de colores cambiantes, espejos que no devolvían tu reflejo –o que solo lo hacían en momentos concretos del día o a cierta inclinación–, objetos colgantes que giraban a placer e inmensos ventanales que dejaban ver destellos del jardín. Por no hablar del entramado de madera y hierro que, ajustado al techo, servía para transportar material y mercancía desde –y hacia– todas partes.

La mayor parte del tiempo, Rog agradecía que le hubieran cedido su pequeño refugio, el más apartado de todos. Le concedía paz, la tranquilidad que necesitaba; siempre le había abrumado la vorágine.

Aun así, el taller era su sitio favorito del mundo, por caótico que fuera. Aunque eso, en realidad, dependía de adónde mirara.

O, más bien, de *a cuál de sus primos* perteneciera la zona a la que mirara.

Desde ahí oía trastear a Matine en su gabinete, a la izquierda, tras las cortinas que ella misma había tejido y conjurado para que, o bien se fundieran con el ambiente y ocultaran su presencia, o bien mostraran distintos escenarios a placer. En aquel instante, mantenían la sencilla apariencia de un salón de té (con un par de elegantes divanes, una mesita baja con una bandeja y tazas y una chimenea apagada). Aun así, si entrecerraba bien los ojos, alcanzaba a ver los límites de la magia, como las costuras de una prenda al revés.

Era efectivo, desde luego. Y, según ella, le daba un toque distinto al taller, «el ultranecesario lavado de cara que les evitaría morir de puro tedio ante la monotonía de todo lo demás». No pudo evitar

sonreír un poco al recordar sus palabras, aunque apenas duró un instante; si estaba tan encerrada, lo más probable era que no necesitara ayuda.

El suspiro que dejó escapar se fundió con el borboteo que brotaba a su derecha.

Era el paraíso de las pociones del mayor de sus primos, Derro. Como siempre, estaba envuelto en una atmósfera violácea y una sensación térmica varios grados por encima del resto del taller. En su caso, todo –los viales, los tubos de ensayo, los embudos y los crisoles– seguía un orden meticuloso en el seno de los estantes y cajones, marcados con etiquetas moteadas con su estrecha caligrafía.

Derro se encontraba inclinado sobre un gran caldero que reposaba en el fuego de la esquina. Las sombras le marcaban cada rasgo mientras removía con Hishu, su onnie. Mantenía la vista fija en las burbujas que emanaban del interior y, para no variar, tenía el ceño fruncido, además de un trapo en uno de sus anchos hombros y el pelo peinado al milímetro.

No reparó en su llegada, así que Rog no lo saludó: sabía lo poco que le gustaba que lo molestaran mientras trabajaba.

Aparte, algo en la distancia captó su atención.

Su prima Phie.

Estaba recortada contra los objetos del escaparate y doblada sobre sí misma, como si inspeccionara algo. Le sorprendió, aunque no fue tanto eso en concreto sino más bien el hecho de que era la que más ocupada se encontraba siempre y no solía abandonar su lugar de trabajo, el único que se localizaba en la planta superior. No por nada era forjadora de hechizos, como él. Aunque ella era increíble, mientras que...

–Ya te estoy escuchando pensar, Rog.

La voz de Darinn fue como una cuchillada en el aire.

–Sí. Perdón. Eh... Perdón. Da igual. Perdón.

Avanzó los últimos pasos mucho más rápido.

Justo en el centro del taller se situaba el mostrador, ante una gran estantería a rebosar de inventos ya terminados y dispuestos para la venta, y flanqueado por dos cortinas más –una de esquirlas

cristalinas y la otra de cuentas de madera, aunque se encontraban recogidas–. Era allí donde atendían a los clientes. Por lo general, se lo repartían por turnos, como todo, aunque muchas veces se encargaba quien estuviera más a mano. No obstante, a quien más le gustaba hacerlo era a su prima Istella, que se encargaba de la confección de joyas mágicas.

A ella la localizó de inmediato en su gabinete, a la derecha y justo enfrente del expositor. Aunque no tenía la atención clavada en sus metales y gemas brillantes, sino en su prima mayor. Como solía hacer, se estaba toqueteando el colgante del cuello: Viure, su onnie, que era alargado y hecho de vidrio. A Rog siempre le había recordado al cuerno de los unicornios de los cuentos.

–Hola, Tella. Hola, Phie –saludó–. ¿Cómo...? ¿Cómo es que estás aquí?

Istella dio un respingo, y su larga trenza saltó al compás sobre su hombro.

Phie se incorporó de inmediato y extendió los labios en una dulce sonrisa de hoyuelos simétricos, y eso que hasta hacía un instante los había tenido apretados.

–Rog, cielo. Darinn. –Se pasó un mechón tras la oreja. Su pelo era largo y, a pesar de que tenía el mismo tono cobrizo que compartían todos los Vondel, se veía mucho más sedoso y brillante. Como en llamas–. Pues había bajado a echarle una mano a Tella, que me lo ha pedido esta mañana.

–Oh. Eh... Genial. –Dudó, y se sintió estúpido por hacerlo. Tuvo la repentina necesidad de rellenar el silencio de nuevo. Se dirigió a su otra prima–: ¿Con el escaparate?

–¿Cómo? –preguntó ella con una voz varios tonos más aguda de lo habitual, cosa que le solía ocurrir cuando algo la pillaba por sorpresa–. Ah, no, no. Era por un anillo.

–Sí –asintió Phie–. Es solo que nos ha parecido ver que se movía... –No llegó a terminar–. Oye, no sabrás tú, por algún casual, si Guezo acabó cambiando las baldas, ¿verdad?

Rog frunció el ceño.

–¿Las baldas? Qué va. Le dijisteis que no lo hiciera, ¿no?

–*Sí*.

Su tono hablaba por sí mismo.

Hacía ya un mes o así, su primo se había empeñado en diseñar unas nuevas, compuestas por unos compartimentos reclinables que, según decía, mostrarían mejor los productos que se colocaban en ellas. Sin embargo, con cada intento, su prototipo había acabado arrojándolo todo al suelo, como quien le daba con el dedito a una pieza de dominó (solo que sin dedito implicado).

–Pero, bueno –continuó diciendo ella–, en realidad tampoco ha sido nada importante. Es solo que nos ha hecho pensar...

–¡Cuidadooo!

La exclamación atravesó el aire a la par que un objeto volador que salió de la nada y que estuvo a punto de darle a Rog en toda la cabeza. Cuando volvió a alzarla, lo primero con lo que se topó fue con la figura de su prima Matine, aunque más bien fue un borrón de rizos que pasó por su lado con los brazos alzados.

Se giró a tiempo para ver cómo daba un salto y atrapaba su potencialmente letal proyectil. Era un botín de cuero blanco.

–Listo –dijo. Y, bajo la mirada sorprendida de sus primas, se apartó de la mesa con la que había estado cerca de estamparse. Pertenecía al gabinete de inventos de Guezo, su hermano; no obstante, él no estaba ahí, y lo único que Rog alcanzaba a ver era esa montaña de entramados metálicos, tuberías, trozos de madera y cuerdas de goma a la que ya todos estaban acostumbrados.

–Me he pasado un poco con las punzadas de levitación –pasó a explicarles Matine–. Ahora me va a tocar dárselas de nuevo, y luego hacer lo mismo con la suela de las de la señora Belmiar; menos mal que aún no las he rematado. ¡Yiun! –Se dio la vuelta para dirigir la vista a su propio lugar de trabajo, que ya no tenía las cortinas mágicas echadas–. ¡Recuérdame que no sean más de tres!

La respuesta de su onnie fue una especie de repiqueteo contra algo tintineante que Rog no supo diferenciar. Y lo cierto era que tampoco llegó a verlo a él. A esa distancia –entre la maquinaria de costura, las bobinas y las telas de colores que cubrían un buen tramo de pared y otro tanto de mesa–, era como encontrar una aguja en un pajar. Solo que, claro, las agujas las llevaba él. Clavadas por todas partes.

Era un alfiletero, al fin y al cabo.

–Y perdonad, ¿eh? –agregó Matine, devolviéndoles la atención–. Aunque, en mi defensa, diré que no os esperaba aquí en medio.

–¿En *medio*? –repitió Istella.

–¿Qué estamos, de reunión familiar? –continuó, ajena a la forma en la que Istella, algo exasperada, negaba con la cabeza–. Pues bien que invitáis...

Rog no pudo evitar el tirón en las comisuras; jamás había visto un intento de mostrar reproche más falso que ese. Y, por la forma en que la risa cantarina de Phie rellenó el ambiente, ella tampoco.

–¡Qué va! –le dijo–. Estábamos trabajando. –Al ver que Matine arqueaba la ceja, volvió a reír–. En serio. De haberse dado el caso, habrías sido la primera en enterarte, prometido. Pero no. Rog acaba de llegar.

–Justo a tiempo para que me decapitasen de buena mañana –dijo. Las palabras salieron solas. Como siempre le ocurría con Matine... y con casi nadie más.

–¿Sabes qué? –replicó ella–. Podría abrir alguien una tienda de lagrimones; les vendrías de perlas.

–Ah, no. Si yo te lo habría agradecido.

Lejos de escandalizarse por su respuesta, lo que hizo fue soltar una carcajada a la que Phie también se unió unos segundos más tarde. La única que separó los labios un poco fue Istella, con cierto deje preocupado, aunque acabó por quedarse en silencio.

–A propósito, Matine –cambió de tema Phie–. Justo estábamos comentándoselo a Rog: nos había parecido ver que se movía el escaparate. Y, evidentemente, nos ha extrañado. Le hemos preguntado si sabía él algo, y nada; imaginamos que tú estarás igual, ¿verdad?

Por supuesto, ella entendió la implicación más que de sobra.

–El escaparate. ¿En serio? –Lo recorrió de arriba abajo con la mirada y, pese a que tampoco debió de encontrar nada extraño entre los objetos en exposición, bufó–. No, si es que no se le puede dejar solo. Cuando le da por algo, se pone de un pesado..., y estoy segura de que...

–¿«Pesado»? –La voz se coló por la puerta de entrada antes casi que la figura vestida de verde y el martillo volador que la acompañaba–. Ya está mi querida hermanita hablando de mí, ¿verdad? Pues juro que, sea lo que sea de lo que me esté tachando y/o inculpando, no es cierto. –Hizo una pausa–. ¿Qué es, por cierto?

–Guezo... –comenzó Phie.

–¡Drácala! –la cortó él–. ¡Pero si no he saludado! Primas mías...

Se quitó la gorra que llevaba y la ofreció en un arco ante él. Era confección de su hermana, claro, y era capaz de conjurar una sombra que, pese a lo corta que era la visera, se le extendía hasta más allá de la barbilla. En cuanto se desprendió de ella, resurgió el mar de pecas que le decoraba la piel.

–... Rollito –continuó, y en cuanto el mote llegó a sus oídos, Rog puso los ojos en blanco. Aunque él se dirigía ya a Matine y no lo vio–. Y, bueno, tú.

–Ajá.

–¿Sabéis? –añadió de pronto–. No os imagináis lo feliz que me hace encontraros aquí juntos. Me venís, de diez no, de cuarenta y dos.

Matine arqueó las cejas.

–¿Pero tú no estabas recogiendo un pedido?

–¡Justo por eso! Es que, veréis, han sucedido *sucedimientos*.

–Verás.

Guezo se internó en la sala de trabajo, haciéndose el misterioso. No es que fuera especialmente alto, pero la forma en la que sacaba pecho hacía parecer que ocupaba el doble.

–No tendrá nada que ver con las baldas del escaparate, ¿no?

Las palabras de Phie le hicieron detenerse.

–¿El escaparate? ¿Por qué...? –El recuerdo de su última obsesión tardó en llegarle al cerebro, como si no se hubiera pasado semanas dando la matraca–. Ah, no. Uh, eso ya... –Hizo un gesto brusco en el aire, como para darle un revés a la simple idea–. ¿Es de lo que hablabais? No sé por quién me tomáis. Ten familia para esto, ¿eh, Rimo? –preguntó por encima del hombro–. Sinceramente, no recomiendo.

Como era de esperar, no recibió respuesta, solo el flotar altanero con el que su onnie solía... coexistir. Su nombre verdadero era Rimoresthupéndisen, pero «Rimo» era el acortamiento para amigos, primos, clientes, vecinos y demás (si es que se atrevían a dirigirle la palabra, cosa que siempre resultaba en vano).

Matine decía que era como un señor diminuto, estirado, siempre molesto por algo y con poco tiempo para buscarse un buen peluquero ferretero; eso último era por la forma en la que las uñas –la parte puntiaguda doble que salía de detrás de su cabeza de martillo– se le curvaban hacia arriba, como si llevara una especie de moño muy pasado de moda.

–No –siguió Guezo–. Resulta que el repartidor es un chavalín que debe de llevar como tres minutos trabajando para el Correo Real, y no solo me ha tenido esperando media hora porque se ha perdido: me ha hecho ir a buscarle a la cañada. Y encima, coge y me suelta que no ha traído nada para transportar las cajas hasta aquí. *Veintisiete* cajas son. Así que lo tengo ahí, en la cuesta, esperando.

–¿Y pretendes que te ayudemos nosotros a traerlas? –preguntó Istella.

–Pretendo.

Su hermana bufó.

–¿Y vamos a hacerlo porque...?

–Porque me adoráis. Y *porque* –añadió, cantarín, antes de que pudiera volver a replicar– también os conviene. De hecho, la simple existencia de esas cajas, el mero hecho de que las haya encargado, es un regalo de mí para vosotros por la sagrada bondad de mi corazón.

Se llevó la mano al pecho.

–Ya –soltó Matine y, después, resumió para los demás–: Que ha faltado a la mitad de sus sesiones de levantamiento de pesas y quiere que nosotros paguemos las consecuencias.

La sonrisa que esbozó él le estiró los carrillos, apenas cubiertos por barba; no debía de llevar más que un par de días sin rasurársela.

–Entonces, ¿qué? ¿Vamos tirando?

–Cuando admitas cuánto me necesitas.

–De aquí al infinito, hermanita.

–Ajá. Pues más te vale que hayan llegado mis fundas para cuero.

Él le guiñó un ojo y se dio la vuelta.

–El último que avise a Derro –agregó–. ¡Venga, venga!

Con un par de palmadas, se perdió tras la puerta, y por eso no oyó los suspiros que se extendieron a su espalda.



Capítulo 3

–Vehículos que vuelan, sí; pero paquetes que vuelan no. Muy conveniente.

Guezo dio unos golpecitos a la caja que tenía apoyada en el costado, mientras examinaba de arriba abajo la caravana de correos. Eran curiosas cuando menos: tenían una forma similar a la de una cebolla solo que hecha con placas metálicas talladas con motivos semicirculares y tres ruedas que... no, no llegaban a tocar los adoquines.

–Oh, pues... –La cara del repartidor se puso tan roja que podría haberse confundido con el escudo que llevaba en la pechera del chaleco–. No sé. Eh...

–Déjale en paz. –Matine puso los ojos en blanco–. En fin, gracias.

–¡Sí, gracias! –repitió su onnie con su vocecilla aguda. Flotaba tras ella con los pinchos en ristre; era como una especie de erizo violeta hecho de agujas.

–¡Y que tenga un buen día! –le deseó Istella.

–Sí, sí. –El muchacho aferró con fuerza el resguardo que acababan de firmar–. Eh, gracias a vosotros. A *ustedes*. Adiós.

–Adiós –coreó Rog.

–Bueno. Andando. –La voz de su primo Derro estaba manchada de hastío–. Tengo trabajo que hacer.

Ni siquiera esperó a que el repartidor corriera tras la caravana para perderse cuesta abajo; fue directo al resto de la mercancía, que reposaba en el suelo, seguido de cerca por Hishu, su onnie.

Rog había perdido la cuenta de las veces que Derro había repetido variantes de eso durante el trayecto hasta allí. De hecho, seguía sin saber cómo habían logrado convencerle de que los acompañaran. Obviamente, tenía bastante que ver con que su hermana le hubiera

pedido que acudiera en su lugar, ya que ella apenas había podido avanzar con sus tareas aquella mañana.

Todos hacían caso a Phie. Sin excepciones.

Incluso cuando había costado un buen rato de debate. Además, había ayudado el que el envío incluyera sus manojos de hierbas y algas y filtros de mezcla y avivadores y todas esas cosas que usaba para sus pociones y que Rog, la verdad, no comprendía.

Claro que también estaba *lo otro*.

Lo que Guezo, mientras la negativa definitiva patinaba en los labios de su primo mayor, había dejado escapar como si nada:

–Como veas, Derrito, pero ten en cuenta que un «no» ahora vendrá a significar un «no» de savia vin.

Después, el silencio intenso. Dos, tres, cuatro segundos. Y...

–Oh. Ah. No os lo había mencionado, ¿verdad? Qué cabeza.

Había sido el tirón definitivo para convencerlos. El tirón de la nostalgia.

Incluso Rog había sentido cómo gran parte del peso que había tenido en el pecho, la sensación de inutilidad y la frustración, se aflojaban a la par que las expresiones de sus primas.

–Matine, ten más cuidado –oyó que la reprendía Derro–. No vayas a echarlo a perder ahora, después de toda la espera.

Ella resopló por lo bajo, pero, aun así, colocó en el suelo la bolsa que cargaba en el hombro –que tenía el tamaño de una cartera, pero que había hechizado para contener kilos y kilos de lo que fuera– y se dispuso a sacar el inmenso gurruño de tela que había tomado antes de salir. A continuación, le indicó a Istella que se apartara un poco y lo sacudió.

Varios metros de lona azul se extendieron sobre las piedritas blancas que recorrían todo Aness, junto a las cajas.

–Cómo huele desde aquí, ¿eh? –soltó Guezo, que justo pasaba al lado de Rog con el último paquete aferrado. Rimo pendía de la parte trasera de sus pantalones, sacudiéndose por el vaivén–. Y solo es esta cajita de nada... ¡Maldita savia *savihonda savriosa*, manjar de dioses!

Y, para remarcar sus palabras, colocó la mercancía sobre la tela. Rog, divertido, negó con la cabeza mientras se encaminaba hacia

ellos. No obstante, una caricia de emoción le recorrió los brazos y las comisuras de los labios cuando, en efecto, el aroma le alcanzó las fosas nasales.

La savia vin era una especie de miel que, a pesar de la cantidad ingente de utilidades que tenía (muchas de ellas mágicas y beneficiosas para las creaciones del taller), destacaba para los Vondel por ser el ingrediente principal del pastel con el que coronaban las reuniones familiares que celebraban a lo largo del año.

Y eran unas cuantas.

El problema era lo difícil que resultaba extraerla fuera de temporada, justo a finales del invierno, y solo durante los minutos que tardaba el sol en dar paso a la luna, que era cuando los filamentos de las hojas de las vin se abrían y la secretaban en pequeños regueros transparentes que, tras varias horas de reposo, tomaban el tono dorado que la caracterizaba. Además, claro, de la capacidad de permanecer dulce, fresca y perfecta durante mucho tiempo si se conservaba en las condiciones óptimas.

Una de sus tradiciones, la primera que recordaba haber compartido con sus primos, había sido dedicar la última semana de vacaciones a hacerse con toda la savia posible en el jardín trasero de sus abuelos, abrigados hasta las cejas y con los chirridos de la noche como banda sonora. Sin embargo, nadie se había encargado de mantener la plantación después del fallecimiento del abuelo Mayel, y había acabado por marchitarse. Por no mencionar que, al tiempo, la familia había decidido vender la casa.

Los primeros años después de aquello no habían supuesto un gran problema –o, al menos, eso creía él–, porque nunca había faltado ese bizcocho húmedo y decorado con guindas y crema en la mesa ni en la cocina de casa. Al fin y al cabo, era su madre, repostera de oficio, quien lo preparaba.

Aunque, con el paso de los años, Rog había escuchado las quejas de sus primos sobre lo mucho que tardaban los proveedores en hacérsela llegar. De hecho, desde su incorporación, ese tema había protagonizado varios intercambios de opiniones espolvoreados de ceños fruncidos.

–Vale –asintió Matine una vez terminaron entre todos de disponer los paquetes sobre la lona, que parecía un océano en calma repleto de barquitos encallados. Después, se dirigió a su onnie y le arrebató un par de agujas–. Ahora, Yiun, a la de tres. ¿Sí?

Uno. Agarró los extremos de la lona.

Dos. Los atravesó con un par de movimientos de dedos.

Y, cuando la cuenta llegó a tres, su onnie soltó un destello que, tras segmentarse, comenzó a recorrer los alfileres que sobresalían de su cuerpo. La luz voló hasta los que Matine acababa de colocar y le recorrió los antebrazos. Ella aprovechó ese instante para juntar las puntas a toda velocidad y, después, las separó de nuevo.

Entonces, el resplandor se adhirió a la tela y conformó una especie de segunda capa que la cubrió por completo.

–Hale –dijo, haciéndoles un gesto a sus primos–. Istella, ponte enfrente de mí. Rog, Guezo, uno a cada lado. Derro, tú... –Hizo una pausa mientras los demás avanzaban–. Vete al taller, si tanta prisa tienes.

Sus cejas se alzaron en dos arcos perfectos.

–Ya. Y arriesgarme a que me lo destrocéis todo. No, gracias.

–Uy, qué falta de confianza.

–¿Por qué será?

–¿Porque eres un sibarita perfeccionista incapaz de delegar en los demás, quizás? –Mientras Guezo coreaba sus palabras con un «uooo», Matine le dio otra sacudida a la lona brillante y las cajas bailotearon como si nada. Al fin y al cabo, le acababa de dar la capacidad de absorber el peso de la mercancía–. Meras hipótesis. Faltaría más. –Rog sintió un tironcillo en las comisuras de los labios y Derro separó los suyos para replicar, pero ella se adelantó–: Que es broma, rey del drama. Puedes quedarte detrás y vigilar que no se caiga nada. Vamos.

Su misión a partir de ese momento sería sostener la lona y caminar calle abajo, entre las casitas de fachadas con colores del otoño, moteadas de balcones con paredes de cristal, tejados de pizarra y entradillas arqueadas que siempre remataban con amuletos en forma de sol naciente.

Parecía sencillo.



Capítulo 4

Se equivocaba. Les costó coordinarse, aunque, en su defensa, cabía decir que solo fue «un poquillo».

La lona, una vez la alzaron a un tiempo y retrocedieron varios pasos para extenderla, resultó ser demasiado larga y ancha como para avanzar con comodidad, por no mencionar que existía cierta desventaja en que estuviera a rebosar de mercancía y que no lo pareciera.

Se habían deshecho del problema del peso, sí, pero ¿quién iba a decirles que la ley de la gravedad tiraría bastante más? Era como estirar las sábanas para hacer la cama, solo que con cientos de bultos que chocaban entre sí sin ton ni son. Ni Guezo ni su hermana habían contado con ello.

Rog no había podido evitar pensar que si Phie hubiera estado allí, podría haber utilizado algún hechizo para ayudarlos. No habría logrado cargar tantísimo peso ella sola, claro, pero si él le hubiera podido asistir de alguna forma, tal vez los dos, codo con codo...

Se había obligado a sacudir la cabeza y a centrarse en lo que tenía ante él, aferrado a la conversación con Darinn en el gabinete tanto como a la tela.

Por suerte, si había alguien experto en adaptarse e improvisar, esa era Matine; no había tardado más que un parpadeo a destiempo en idear cómo guiarlos para que cada uno colocara los brazos de la forma adecuada. «Tella, espera; el derecho un tanto más... Sí, justo. Ahí perfecto. Ahora asegúrate de no perder agarre a la que caminamos, ¿de acuerdo? Guezo, tira tú desde delante. Rog y yo nos quedamos en este lado y así podemos inclinar la lona cuando sea necesario».

Aparte, como Derro y Hishu habían sido los encargados de establecer el ritmo de la comitiva y todos se habían acoplado sin

demasiada queja, su primo se había dado por satisfecho y no había vuelto a meterles prisa. Ni siquiera cuando las cortinas de los vecinos habían empezado a descorrerse.

Así era la villa de Aness: adorable, tranquila y pintoresca como las aldeas de las leyendas que tanto le gustaban a la hermana pequeña de Rog, Alia. Además, no tenía demasiados habitantes, todos se conocían entre sí y nunca pasaba nada demasiado sustancial. Por lo tanto, era cotilla por naturaleza.

Y eso era algo que ponía a Derro de los nervios.

Por eso le había sorprendido que se limitara a alzar la barbilla y a continuar con su misión, en lugar de resoplar y quejarse, como solía ser lo habitual en él. Aunque opinaba que ya debería haberse acostumbrado a encontrarse en el centro de los chismorreos, como habían hecho todos los demás.

Era, suponía, la desventaja de ser quienes eran: los sobrinos de Enna Vondel. O, bueno, para ellos –y para toda la familia, independientemente del parentesco que mantuvieran–, «Tía». La tía Tía.

Con quien los cinco vivían en lo alto de aquella misma cuesta.

Mudarse al sur, a su casona, se había convertido en una (otra) tradición familiar que había comenzado Derro y que luego habían continuado los demás. Al principio, su intención había sido reconvertir el antiguo taller de hechizos de su tía en uno de pócimas y ungüentos; darle vida de nuevo, ya que, para cuando dejó la universidad, llevaba ya once años inactivo.

Para sorpresa de nadie, aquello había generado mucha polémica entre los miembros de la familia; eran pocos los que lo habían apoyado, porque «¿cómo alguien con su talento, el esfuerzo que siempre había puesto en los estudios y su potencial, iba a trasladar toda su vida a un pueblo perdido de la mano del Firmamento?». Lo habían instado a mirar más allá, a apuntar más alto, y él los había ignorado. Y menos mal.

Porque, por mucho que Derro no fuera especial amigo de los métodos de entretenimiento de la vida fuera de la gran ciudad, había acabado –hablando en plata– cerrándoles la boca. Bueno, *todos* lo habían hecho al seguir su ejemplo, porque el taller había

vuelto a sus raíces con la incorporación de su hermana y, más tarde, había evolucionado con las joyas de Istella, los artefactos de Guezo y la labor textil de Matine.

Juntos, granito a granito, centelleo a centelleo y cachivache a cachivache, habían construido aquel «rincón de posibles imposibles», tal y como Guezo lo llamaba, que se había convertido en el orgullo de los Vondel, que ahora hinchaban el pecho al mencionarlo desde cualquiera de los rincones del mapa.

Rog también.

Trabajar allí, mano a mano con sus primos, había sido su mayor sueño.

Todavía había veces que se quedaba boquiabierto al ver sus paredes de madera recubiertas de hiedra y sus grandes ventanales, que parecían incapaces de mostrar todos los artículos que poblaban el escaparate, pero que, sin embargo, lo lograban. Todo, de alguna forma, acababa teniendo su propio e indescriptible orden y sentido. Y eso lo hacía más especial que nada.

Para él, era como poner un pie en otra dimensión.

De hecho, aún, como cuando era pequeño, seguía tomando aire cada vez que entraba para tratar de adivinar cuál era el aroma que predominaba aquella mañana, porque nunca había dos días iguales, y a veces ni siquiera dos turnos en la misma jornada. No obstante, lo que más le gustaba era sentarse en su gabinete, entre todos aquellos recipientes que de vez en cuando vibraban, mientras el trajín de la mezcla del conjunto de voces, pisadas, gruñidos metálicos y chisporroteos se colaba por debajo de la puerta y la magia respondía a su llamada.

Apretó la mandíbula. Había sido su mayor sueño, sí; lo seguía siendo. Pero, un día más, se le deshacía entre los dedos.

Ya estaba de vuelta en el bucle.

–¿Todo bien, Rog?

La pregunta de Matine cruzó el aire como una de las agujas de Yiun y lo obligó a esforzarse por no tropezar con sus propios pies y no soltar la mercancía. Por suerte, lo logró y Derro, que había pasado a corregirle de nuevo la postura a Istella, que iba en la retaguardia, ni se percató.

Aun así, la respuesta se le quedó estancada en la lengua.

No llegó a saber si habría contenido la verdad o una excusa a medio masticar, de todas formas. No hizo falta; su prima la captó en cuanto sus ojos –azules con sendas amarronadas, como los de todos los Vondel– encontraron los suyos por encima de la mercancía. Fue casi por instinto.

Porque, a pesar de que era a Phie a quien Rog escuchaba y tenía en cuenta por encima de todos –además de compartir un vínculo especial con ella por poseer el mismo don–, siempre había sido más un modelo a seguir, su inspiración.

Con Matine encajaba de forma distinta.

Habían crecido el uno al lado del otro en Tiaral, la capital, y era la más cercana a él en edad; de hecho, solo había ido un curso por encima en el colegio y la academia de secundaria. Lo habían compartido todo desde siempre, se habían vinculado juntos con sus onnie, y nunca les había costado percatarse de cuándo le sucedía algo al otro; era como un sexto sentido.

La voz de Guezo atravesó el aire y los devolvió a la realidad:

–Vale, chavalería, maniobra de *torción*.

Se encontraban a un par de pasos de la intersección que daba a la calle del taller. Desde ahí apenas alcanzaban a verlo: había varias casas antes y, de todos modos, estaba rodeado por un muro hecho de todo tipo de plantas enlazadas.

–¡Esperad! –exclamó de pronto Derro.

Contemplaba la calle con aire pensativo; es decir, con el ceño muy muy *muy* fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho. A unos centímetros de distancia, Hishu lo imitaba (sin la parte de los brazos, claro).

–Me parece que vamos a tener que soltar la lona un segundo y tirar primero desde ese lado... Hum, Istella, ven.

–¿*En serio*?

Rog no se había dado cuenta hasta ese mismo instante, pero sonaba rara... Harta. Y si había alguien a quien costara sacar de sus casillas, esa era ella.

–Sí, hazme caso.

Aun con los labios apretados, su prima soltó la lona. Guezo, por su parte, se apresuró a seguirla con aire conciliador, y a Rog le pareció también oír la vocecita de Viure en la distancia; tal vez en su propio intento por calmarla desde su posición, sobre su pecho.

¿Tan absorto había estado durante el trayecto que no se había enterado de que había pasado algo? ¿Y qué había sido? ¿Que Derro le había dado demasiado la matraca a Istella con sus órdenes, sus críticas y sus órdenes enlazadas con críticas? Porque, fuera lo que fuese, él no se había percatado de nada extraño en su tono.

Tampoco pudo quedarse a descifrarlo.

–Ven, anda –le susurró Matine, que sonreía como si aquel alto no hubiera sido pura casualidad. Después, levantó la voz para dirigirse a los otros–: ¡Dadle ahí! ¡Nosotros nos encargamos de equilibrarlo desde atrás!

Al ver el pulgar de su hermano, instó a su onnie a alzar el vuelo y echó a caminar hacia el extremo contrario de la lona. Rog los siguió de inmediato. Solo entonces, ella preguntó en voz más baja:

–¿Quieres hablar del tema?

Lo cierto era que no. Estaba cansado.

Había salido de su gabinete justo para desconectar, para alejarse del sentimiento, y lo estaba intentando con todas sus fuerzas, pero... ¿a quién pretendía engañar? Era incapaz de deshacerse de sus pensamientos, de sus certezas, de la sensación que le dejaban en el pecho. Además, era Matine.

Resopló.

–Es más de lo mismo.

La vio torcer la boca mientras se agachaba, y pensó que la cosa quedaría ahí. El resto de las veces que habían hablado de eso había reaccionado de forma parecida, ya que decía que, en casos como aquel, se le daban fatal las palabras. Tan solo le preguntaba si quería desahogarse y se limitaba a escuchar.

A él le parecía perfecto. Era algo que solo hacía ella; no como Darinn, a quien le costaba un universo quedarse callada. Ni como los demás, en realidad.

Sin embargo, en aquella ocasión le pilló por sorpresa:

–Es una mierda. Una mierda tremenda.

Y, sin más, levantó la lona y pasó la mano por debajo para estabilizarla y, después, tendérsela.

Rog la tomó, no sin torpeza.

Aquellas dos afirmaciones, directas, sin filtros ni vaselina, fueron como un chorro de agua contra la cara. No se trataba de un intento de animarlo ni de hacerle creer que se le acabaría pasando, que no era para tanto, que ni siquiera merecía la pena que estuviera mal por eso. No. Solo era un juicio de valor, simple y genuino; lo que la caracterizaba. Nada más.

A veces, eso era justo lo que se necesitaba.

–Venga, tira –le pidió ella, e hizo un gesto rápido hacia Yiun, que se había alejado un tanto para darles intimidad–. No queremos que esto se alargue demasiado y que Istella acabe estallando en lágrimas o que decida asfixiar a Derro con la lona. Aunque, eso sí, méteme una colleja la próxima vez que me dé por asignarle un puesto de poder, ¿vale?

Rog se encogió un poco de hombros.

–¿Cómo ibas a imaginar que se lo tomaría así?

Aquello le hizo soltar una risa.

–Para Derro, hasta tirar de la cadena sería así. –Fue él quien rio entonces, solo que quedó un tanto amortiguado por su nueva exclamación–: ¡¿Qué?! ¡¿Seguimos?!

Tras un asentimiento a tres bandas, retomaron la marcha.

El frufrú de la lona y el repiqueteo de las cajas volvió a rellenarlo todo junto con algo más, una especie de eco que rugía en la distancia. Aunque quizás fuera la cabeza de Rog, que comenzó a avanzar más despacio, repasando las palabras de su prima, la forma en la que lo había mirado y todo lo que no había dicho porque, en realidad, no había sido necesario.

De pronto, sintió que sus propias palabras, las que le habían faltado, le quemaban en la punta de la lengua:

–Matine –la llamó, y la pausa duró lo que ella tardó en mirarlo. Un rizo suelto bailoteó contra su sien izquierda–. Gracias.

«Por saber lo que necesito escuchar cuando ni siquiera yo lo sé».

«Por entenderme tan bien».

«Por no presionarme».

–¿Por no haberte cortado la cabeza esta mañana? Si ya sabía yo... –Lo dejó ahí, aunque luego, tras un par de pasos más, como si acabara de acordarse de algo, agregó–: ¿Sabes una cosa, Rog? Me parece de admirar que, pese a todo, lo sigas intentando cada día. Dice mucho de ti.

De pronto, se interrumpió y fijó la mirada en algún punto ante ellos. Entre las siluetas de sus primos, que de pronto se habían clavado en el suelo.

Rog tardó en percatarse del porqué; fue demasiado lento. Quizás por eso, cuando sus pies se detuvieron tras un tirón de la lona que no supo quién dio, la realidad le golpeó con demasiada fuerza, como un impulso, como una centella.

Porque el taller, ante sus ojos, se caía a cachos.



Capítulo 5

El aire se le fundió en los pulmones.

Las tablas de la fachada se precipitaban contra el suelo entre tormentas de astillas, arrancadas por una fuerza invisible. Varios regueros de grietas habían trepado por las molduras como dedos afilados, en dirección al balconcillo del segundo piso y, de ahí, al tejado, que había perdido la mitad de las tejas. Se encontraban convertidas ahora un océano polvoriento en el suelo y soltaban chasquidos cada vez que una nueva caía y se quebraba.

Era como si el taller estuviera desnudándose a sí mismo. Capa a capa.

No había ya rastro de la hiedra que abrazaba las paredes ni de los escalones que conducían a la entrada, solo ruinas amontonadas. Y un grito que escapó, ahogado bajo los estertores, y que terminó de helarle la sangre en las venas.

Porque Phie seguía dentro. Y Darinn también.

–¿Qué narices...?

Matine ni siquiera sonaba como ella misma. Parecía no saber hacia dónde correr, si en dirección contraria o hacia delante, donde se encontraban sus primos. Derro había apoyado una mano en el hombro de Istella, que se cubría los labios, horrorizada, mientras Hishu flotaba sobre sus cabezas. Por su parte, Guezo había soltado la lona y había avanzado a la carrera hasta la cerca, donde una barrera de escombros le había impedido continuar.

Rog contempló cómo, ansioso, comenzaba a intentar apartarlos, pero al cabo de unos segundos se rendía; eran demasiado grandes. De pronto, la cristalera principal reventó en cien mil esquirlas y la fuerza del estallido lo hizo retroceder.

Él mismo sintió cómo la onda expansiva le rozaba la piel, y fue como si, a la par que sus rodillas, el mundo se tambaleara en su eje.

–¡Por todo el Firmamento!

Aquella voz atravesó la realidad, venida de la nada, desde cerca y al mismo tiempo a kilómetros de distancia, a galaxias enteras. Durante un segundo, casi llegó a pensar que había sido cosa suya o de Matine. Se dio cuenta de su error cuando los susurros comenzaron a multiplicarse.

Los vecinos. Por supuesto.

No había sido consciente de cuándo habían comenzado a rodearlos. El horror se reflejaba en sus rostros, en máscaras de ojos que se fundían con cejas y bocas abiertas en círculos perfectos. Algunos señalaban al frente, apelotonados a sus lados y convertidos en formas de colores inconexas. Sus voces lo rellenaban todo:

–¡Qué horror!

–¡Que alguien haga algo!

–¡No os acerquéis! ¡No os acerquéis! ¡¡Cuidado!!

Otro estallido. Más madera astillada.

Más gritos.

–¡Pedid ayuda!

Y él...

Quería chillar. Quería hacer algo. Quería correr también.

No sabía cuánto. No sabía qué. No sabía hacia dónde.

Darinn. Phie. Y Nuantt, claro.

Algunos de los vecinos habían alcanzado a sus primos, delante. Derro no había soltado a Istella. Les hacían preguntas.

–¡Eh, mirad!

Aquella última exclamación se llevó consigo las voces. Lo que la siguió fue un gruñido, como un arrastre, que partió de entre las ruinas del taller.

Rog no lo vio de inmediato; primero, sus ojos cayeron en la expresión incrédula de Matine. Luego, siguió su mirada.

Todo ocurrió demasiado rápido.

Una de las tablas más grandes, que estaba tirada de cualquier forma al pie de las escaleras, se elevó en el aire y, de pronto, lo cruzó a toda velocidad para regresar a la fachada. A su sitio exacto.

En el extremo derecho, un trozo de alféizar que había estado hundido entre las florecillas aplastadas de uno de los parterres,siguió

su estela. Después, los cristales que conformaban una ventana en lo alto del taller. Y casi a la vez, una de las vigas partidas de la entradilla rodó por el suelo, sobre los escombros, atraída por la nada.

Una danza de respiraciones contenidas se expandió alrededor de Rog.

Pieza a pieza, teja a teja, los escombros fueron alzándose y recomponiéndose.

Era imposible. No lo comprendía. El taller había estado desmoronándose hacía unos segundos. Aún sentía el eco de los golpes contra el suelo y el vértigo en el pecho y la impotencia junto a...

–Rog –lo llamó Matine. Sintió el calor de su cercanía contra la piel y la vibración de su onnie, que flotó hasta su otro lado. Durante un instante, le pareció que ambos temblaban, aunque tal vez se equivocara y fuera él–. Justo ahí. ¿Lo ves?

Señalaba un lugar en el lado izquierdo del edificio, ahí donde aquella fuerza imparable e irracional había vomitado una inmensa pila de artilugios en venta que comenzaban a flotar de vuelta.

Había alguien.

Estaba encorvado, con las rodillas clavadas en el suelo y las manos extendidas como si tratara de aferrar los cacharros.

O como si rebuscara entre ellos.

Presa del ansia, del miedo, Rog entrecerró los párpados para tratar de distinguir algún detalle que revelara quién era. ¿Phie...? Pero no llevaba el uniforme del taller, sino una especie de camisa muy ancha, y su complexión no se asemejaba en absoluto a la suya ni tenía el tono cobrizo de su pelo. De hecho, parecía un chico, delgado y pequeño.

Entonces, se oyó algo distinto: una especie de bocanada de aire, un impulso de absorción, una descarga mágica que llegó desde lo alto, como si acudiera a una llamada.

–Enna –oyó a uno de sus lados.

–Es Enna Vondel.

Tía.

Sí. Era ella.

Viajaba a ras de los adoquines blancos que se extendían por las calles, impulsada por la fuerza de su larguísimo pincel volador, Ankoe, en el que se apoyaba como si fuera la barandilla de un balcón y no su onnie, su vínculo, su fiel confidente. Tal vez hubiera sido él quien le había advertido de lo que ocurría. O tal vez lo hubiera sentido en su propia piel.

Las ropas negras y purpúreas que llevaba se sacudían con violencia, al igual que su largo cabello; tanto que no Rog no alcanzaba a verle el rostro entre sus salvajes mechones rojos, sin apenas rastro de canas. Aunque lo que sí que captó de inmediato fue la forma en la que alzaba la mano contraria, con los dedos estirados y la palma apuntada hacia delante. Hacia su antiguo negocio.

Su voz –en una lengua antigua y perdida y que, aun así, Rog reconoció como si hubiera convocado su propio nombre– rebotó en cada rincón:

–*Fándeeroehkas.*

En cuanto sus pies colisionaron contra la tierra y cerró la mano en un puño, todo se detuvo: los crujidos, los arrastres, la desazón, el frenesí. Fue un instante eterno. Después, la vio guardarse en uno de los bolsillos el frasquito de hechizos que había empleado.

Volvió a dirigir la atención al taller y lo descubrió intacto, con cada pieza en su sitio. Inmaculado. Brillante. Mágico.

Como si nada hubiera ocurrido.

Durante un segundo, al compás de la ovación que se extendió a lo largo de la calle, una oleada de alivio lo recorrió. No duró demasiado; solo el tiempo que la realidad tardó en recuperar consistencia.

Aquel hechizo...

–Déjenme pasar.

Tía no necesitó más que esas dos palabras para que los vecinos volvieran a apartarse. Rog alcanzó a distinguirla de nuevo a través de la marabunta, por encima de la coronilla de la señora Macena, una anciana que vivía a un par de casas de distancia y que apenas llegaba al metro cincuenta. O no. Porque, por alguna razón, incluso a la distancia que los separaba y entre los cuerpos apelotonados, la

expresión de Tía parecía iluminarlo todo como un faro. Y no en el buen sentido.

Se la veía tranquila y su avance era ligero, pero, aun así, tenía los pómulos hundidos, los labios apretados y la mirada centelleante.

Ankoe flotaba tras ella, más tieso incluso de lo que uno podría esperar de un pincel, aunque lo que más le llamó la atención fue su aura. No lucía como siempre –como la de Darinn, como la de los onnie de sus primos– y, si entrecerraba un tanto los ojos, alcanzaba a adivinar que parpadeaba muy rápido.

No era nerviosismo; era un mal augurio.

Toda aquella situación lo parecía.

Buscó a lo lejos, guiado por un impulso, pero no vio rastro de la figura sumida entre sombras y ruinas. Del chico.

El nudo del estómago se le apretó, al igual que la mano en torno a la suya. Matine. Al buscarla a la derecha, reparó en su ceño fruncido bajo una catarata de rizos y en sus labios, torcidos en una mueca de sospecha.

Estaba pensando lo mismo que él; lo sabía.

–Vamos –le dijo.

Y, sin aflojar el amarre ni escuchar la forma en que Yiun pronunciaba su nombre, se coló entre los cuerpos de los vecinos.



Capítulo 6

–Tía, no tendría que haber venido hasta aquí. ¿Se encuentra...?

–Silencio.

Istella cerró la boca de inmediato.

Aquella fue la primera imagen que surgió ante Rog cuando, pegado a la espalda de Matine, consiguió dejar atrás el océano de curiosos.

Y se quedaron paralizados.

Porque pasó a contemplar uno a uno a sus sobrinos.

De pequeño, Tía le aterraba. Cosa que, por otra parte, sabía que les sucedía a la mayoría de los nueve primos que eran en total, porque, con su porte señorial, esa voz grave y retumbante, los modales refinados –aunque afilados– de los que hacía gala y sus gustos estrambóticos –en especial, en lo que a decoración de interiores se refería–, imponía y mucho.

Por no mencionar los secretos que había en torno a ella.

Como, por ejemplo, el cierre del taller.

Al principio, mini-Rog había creído que la razón de eso era que... Bueno, el tiempo pasaba, los huesos se debilitaban, el agotamiento comenzaba a caer con mayor fuerza... y, vaya, que una estaba en todo su derecho de jubilarse tras décadas de trabajo a la espalda y sin nadie que dependiera de ti. Aunque quizás eso solo hubieran sido palabras de su madre. Sin embargo, más tarde –una vez había tenido la edad suficiente como para entrar en la privilegiadísima categoría de «primos mayores»–, se había enterado de que era otra la razón que la había llevado a detener su actividad; una especie de... contratiempo.

Un misterio.

Tía jamás había reconocido que hubiera sucedido nada, eso era cierto, y sabían que no pensaba hacerlo; de hecho, todo lo que sabían era gracias justo a los chismorreos de los habitantes de

Aness. Tratar de obtener una respuesta por su parte había sido en vano. Por lo tanto, poco a poco, se había ido estableciendo una norma no escrita de ni siquiera mencionarlo cuando ella estuviera presente (razón por la cual –obvio– sus primos le habían comentado La Verdad en susurros tras las cortinas de la habitación del té mientras tenía lugar la cena de Fin de Año que se celebraba siempre allí, en la misma casa que ahora llamaban «suya»).

Ellos tenían sus propias teorías, a cuál más loca y oscura y turbia, y Rog los conocía demasiado bien como para saber de quién era mejor no fiarse; de Guezo, desde luego que no.

Con la única que estaba de acuerdo era, para variar, con Phie, que opinaba que debía de ser algo lo bastante grande o personal como para que su tía hubiera optado por empuñar el silencio hasta el fin de sus días. No por nada, era una mujer que tenía una opinión para todo, muy pocos pelos en la lengua y una vara de medir bastante corta en cuanto a lo que a «aceptable o no» se refería.

Pero, a la hora de la verdad, a ninguno de ellos le importaba demasiado. ¿Qué más daba lo que hubiera ocurrido en el pasado? Lo principal era el ahora, lo que habían hecho por su antiguo negocio durante los últimos años. En lo que lo habían convertido desde que ella había decidido darles una oportunidad. Y acogerlos.

Además, Rog parecía caerle especialmente bien, y se lo había hecho saber en más de una ocasión; nunca con esas palabras, eso era cierto, pero sí con detalles. Siempre había pensado que se debía a que ella también era –o había sido, vaya– una forjadora de hechizos. Al fin y al cabo, su favorita era Phie, cosa que ni siquiera se molestaba en disimular, y los tres eran los únicos Vondel que, en la actualidad, poseían el don. Y la formación, claro. Aunque... ¿«los tres»?

¿Podía seguir diciéndose eso, si él era incapaz de usar su poder?

–¿Qué es todo esto?

Para su asombro, la atención de Tía no se había deslizado de vuelta a la fachada del taller ni a la hierba aplastada en la que hacía escasos minutos habían reposado los trozos de madera arrancados, los cristales y los objetos en venta. No, se dirigía a las cajas que seguían desparramadas sobre una lona que había recuperado su

brillo natural bajo las pisadas de los vecinos; la magia de Matine había dejado de hacer efecto en algún momento y ninguno se había dado cuenta.

Fue Guezo quien respondió:

–Un pedido, Tía. Material de trabajo. Para todos. Y savia vin –añadió–. Lo que pasa es que, verá... –Se llevó la mano al pantalón, ahí donde seguía Rimo, cuya altanería habitual se había volatilizado–. El repartidor se perdió y tuve que ir a buscarlo, y luego no tenía forma de cargar con la mercancía, así que fui al taller, pensando en que Matine hiciera lo de los pesos en la tela, y...

–Nos convenció de ir a ayudarle –lo cortó Derro antes de que se fuera por las ramas–. Lo sentimos mucho, Tía. Es responsabilidad mía. No sé qué ha podido pasar ni cómo, pero no deberíamos habernos ido.

–Pero Phie se quedó, ¿eh? –De repente, la expresión de Guezo se congeló. Clavó los ojos en su primo–. Mierda. *Phie*.

Con la agilidad de un felino, Tía cerró los puños en torno a sus faldas, se dio la vuelta y echó a caminar hacia el taller. Los demás avanzaron tras ella, guiados por la misma sensación heladora que –Rog no necesitó nada para confirmarlo– los había recorrido de arriba abajo. Porque, por supuesto, no era solo ella.

Era Darinn. Y también Nuantt, su onnie, estuviera donde estuviera.

La cabeza comenzó a llenársele de imágenes, de cientos de escenarios, a cuál más oscuro que el anterior. Aunque todos nacían de la misma base: la sospecha de que quizás aquella figura, aquel chico, había tenido algo que ver. Lo había visto y, aun así, no había hecho nada.

Se había quedado inmóvil. Inútil.

Al igual que aquella mañana. Al igual que esos dos eternos meses.

–¡No quiero un alma en los alrededores! –oyó que exclamaba Tía, de espaldas a la muchedumbre. Era casi como si, sin necesidad de darse la vuelta, tal vez por pura suposición, hubiera adivinado lo que se dispondrían a hacer: seguirla–. ¡Fuera!

La obediencia fue inmediata, por supuesto.

Aunque con toda probabilidad fuera a ser la comidilla de la semana, nadie se atrevió a oponerse. Ya no solo porque pudieran

llegar a empatizar con ella, con la situación, sino porque, en Aness, pese a cualquier rumor que pudiera haber, todos la respetaban y escuchaban. Al fin y al cabo, pese a que sus palabras no siempre fueran las más dulces, había estado a su disposición desde que había puesto un pie en aquel pueblo.

El tiempo –su paso y el que se dedicaba a los demás, segundo a segundo– creaba más hogares que cualquier ladrillo o capa de cemento.

–Tía, espere.

Matine jadeaba; había apretado el paso para alcanzarla, y acababa de llegar al pie de las escaleras que conducían a la entradilla. Sin embargo, ella alzó la mano derecha para desestimar su petición. Yiun frenó de golpe en el aire.

–Ahora no.

–Pero...

–He dicho que no.

Colocó la misma mano, repleta de anillos, en la baranda, e hizo un intento de subir que acabó quedando oculto por la espalda de Derro, que acudió en su ayuda. Matine se quedó en el sitio, con la mirada fija en ella y en Ankoe, que flotaba a su lado, a medida que ascendían.

Rog vio que apretaba el puño, como si estuviera conteniendo el impulso de hacer o decir algo.

–¿Pasa algo, Matine? –le preguntó Istella–. ¿Te encuentras bien?

Ella asintió, el ceño fruncido, antes de confesar:

–Había alguien. Ahí. Durante el destrozo. –Hizo un gesto con la barbilla hacia el lugar exacto, aquel recoveco en el que solo quedaban tierra batida y restos de vegetación–. Bueno, más bien luego. Mientras se recomponía.

–¿Alguien? ¿Qué alguien? ¿Qué...?

Y, aunque Rog había abierto la boca para apoyar el testimonio, no tuvo tiempo de hacerlo: una exclamación ahogada atravesó el aire. Su tía.

Los cuatro corrieron tras ella.

Quizás, en el exterior, el único indicio de lo ocurrido fuera la falta de hiedra en la fachada, pero dentro todo gritaba «catástrofe». A

pesar de que el escaparate no mostraba ni la más mínima grieta y de que los estantes y baldas se encontraban en su sitio, el suelo era un bosque de cortinas, piezas metálicas del sistema de transporte, cristales y cachivaches que centelleaban, emitían ligeros gruñidos y rodaban por sí solos. Algunos estaban rotos.

Tía se encontraba entre ellos, como una mancha negra entre tantos colores, aún aferrada al fuerte brazo de Derro mientras se ponía de rodillas. Ante alguien.

Ante Phie.

Durante unos instantes, Rog sintió que el corazón se le encajaba con fuerza en lo alto de la garganta y llegó a creer que, si daba un paso más, sus piernas acabarían cediendo. No obstante, oyó la voz.

Lo estaba llamando.

Y lo vio: el destello de aquella aura cálida que tan bien conocía emergió de algún punto a su derecha, entre el destrozo, y recorrió como una centella la distancia que los separaba.

–Darinn...

–Gracias al Firmamento que habéis aparecido. No...

Él la interrumpió al dar un paso adelante, con los dedos extendidos hacia su cuerpecito. No había muesca alguna en ella, cada pluma parecía en su sitio y sonaba como siempre. Aun así, necesitaba asegurarse. Oírselo decir y aferrarse a ello.

–¿Estás bien?

Un tintineo en el aire.

–Sí, sí. Todo bien. Conseguí ponerme a cubierto cuando todo empezó a temblar. –Hizo una pausa–. El suelo. Las paredes. Los objetos. Ha sido horrible. –Dejó escapar una especie de resoplido–. Quise ir a avisaros, pero me daba miedo. No encontraba a Nuantt y no quería dejar sola a Phie y...

Aquello hizo que los ojos de Rog fueran en busca de su prima.

Y sí, ahí estaba, entre los demás, apoyada contra la base del mostrador, hecha un ovillo, con el delantal abierto en abanico a su alrededor. El pelo cobrizo le cubría el rostro, y una de sus manos reposaba en un puño contra su pecho mientras que la otra...

La otra se alzó, despacio, hasta tropezar con los dedos de su tía.

–Phie... –la oyeron murmurar–. Mi niña. Estás bien. Por los santos del Firmamento, estás bien...

Rog jamás habría imaginado que obtener un sollozo como respuesta podría ser capaz de llenar tanto el pecho, que contendría tanta magia; la suficiente, al menos, para dibujar sonrisas mojadas de lágrimas en cada rincón del taller.

Cerró los ojos e inspiró. Olía a sándalo.



Capítulo 7

Phie estaba bien, sí, pero débil. Apenas había sido capaz de pronunciar palabra y, al intentar ponerse en pie con la ayuda de Istella y de su hermano, había estado a punto de tropezar. Así que habían tenido que llevarla a casa entre todos.

Tía, sin embargo, no los había acompañado.

Había decidido quedarse en el taller, alegando que no tardaría en seguirlos. Rog había torcido el gesto, aún con el eco de su grito en el fondo de la mente, pero entonces Istella había dicho que tal vez necesitara un momento para estar sola y pensar y recomponerse. Eso había hecho que *todos* torcieran el gesto. Aunque, en realidad, ¿quién sabía? Si había algún adjetivo capaz de describir a Tía, era «imprevisible». Lo cual no lo hacía menos alarmante. O frustrante.

Aún seguían esperando a que regresara.

–¿Y cuánto tiempo más va a seguir así? –preguntó Matine tras dejarse caer con los brazos cruzados contra la inmensa estantería.

Yiun se vio obligado a apartarse para que no lo golpeara.

–¿«Así»? –repitió Istella, de nuevo con la voz agudizada, aunque en este caso poco tenía que ver con la sorpresa. Su expresión era una curiosa mezcla de preocupación, confusión, cansancio y hastío que se fundían con sus pecas, y varios mechones cobrizos rebeldes se le escapaban de la trenza–. ¿Cómo quieres que lo sepa? Me ha puesto tanto al día de sus intenciones como a ti.

–No digo Tía. –Puso los ojos en blanco–. Digo Phie.

Y fijó su atención en ella.

Tendida entre las sábanas, así de quieta, parecía una estatua. Su hermano le había inducido aquel sueño profundo en cuanto habían atravesado la puerta de su habitación y la habían tendido sobre el colchón; todos habían coincidido en que lo que necesitaba era descansar. Por suerte, su rostro había recuperado gran parte de su

color habitual, y respiraba de forma pausada, estable, normal. Y Rog, sentado a sus pies, se había aferrado a ello como si se tratara de un clavo ardiente.

No había de qué preocuparse. O eso se repetía.

–Bueno –contestó Istella. No se había apartado del lado de su prima en ningún momento, aunque los demás sí que se habían ido acercando a la cocina a tomar algo; él le había subido un trozo de empanada que seguía en su platito sobre la mesita; solo le había dado un par de bocados–. Pues lo que dure el efecto de la poción.

–¿Que es...?

–Unas horas –respondió Derro en su lugar. Claro.

–«Unas» –repitió Matine–. ¿Cuántas?

–No lo sé. –Se encogió de hombros. Ante él, un hilo de humo azulado ascendía en círculos; parecía emanar del punto exacto en el que la cabeza ovalada de Hishu se hundía en el líquido–. El filtro del sueño de Aiteter es efectivo, pero variable. Depende de quién lo tome y en qué circunstancias.

–¿No se supone que la creación de pócimas es una ciencia exacta?

–La *cocina* es una ciencia exacta.

–Ah, claro. –Señaló la figura tendida de su prima–. Por eso la has dejado hecha un fiambre: para que después nos hagamos unos sándwiches.

–No es gracioso, Matine –la reprendió Istella, y aquello hizo que Viure, su onnie, emitiera un centelleo sobre sus clavículas.

–¡Pues claro que no! –Se separó de la estantería y abrió los brazos–. Pero Phie era la única que estaba allí; quizás viera algo. Obviamente, sé que necesita recuperarse, pero quizás nos pueda decir qué pasó, o confirmar lo que Rog y yo vimos. Había un chico –les recordó–. Y, de pronto, desapareció.

No habían vuelto a mencionar el tema, pese a que Rog sabía que había seguido dándole vueltas. Al igual que él. Aquella silueta era una sombra en el fondo de su mente que no terminaba de desaparecer, ni siquiera bajo el sol radiante de primera hora de la tarde. Latía contra sus costillas, de la mano de esa sensación que había sentido al ver parpadear a Ankoe. Ese mal augurio.

No obstante, o quizás por eso, mantuvo los labios sellados y, aunque sintió la calidez de Darinn contra su oreja derecha, fijó la vista en la pared del fondo del dormitorio.

A diferencia del suyo, que destacaba por su desorden perpetuo y tonos verdosos, el de su prima vibraba entre marrones, beis y negros, en un conjunto que solo habría sido capaz de determinar como «de equilibrio y proporción».

La pared de la derecha y parte de la frontal, hasta alcanzar el ventanal, estaban ocupadas por la larguísima estantería en la que se había apoyado Matine, con infinidad de libros dispuestos por tamaño, desde inmensas enciclopedias a pequeños manuales forrados de cuero. Ante ella se encontraba el escritorio, en el que apenas había más que un par de cartapacios, tinteros y una especie de bola de encaje metálico. Aquel era el lugar en el que descansaba Nuantt, el onnie de Phie.

Resultaba curioso que fuera el onnie de una forjadora, porque no se trataba de ningún instrumento de escritura, sino de un guante de tela semitransparente que ni siquiera tenía pareja. Y eso era porque Phie plasmaba su magia sobre el papel con los dedos enfundados en él, mediante trazos que se adaptaban a la necesidad de cada uno de sus hechizos.

Rog lo buscó con la mirada. Reposaba también sobre las sábanas, inmóvil junto a la mano de su prima. Como si la estuviera velando. Él tampoco se había alejado en ningún instante. Según les había dicho, había salido volando en cuanto el taller había comenzado a desmoronarse, y había permanecido escondido hasta que, al cabo de un rato, había regresado, alarmado por si su vínculo no había sido igual de rápida que él.

La culpa tenía que estar reconcomiéndole por dentro tras confirmar sus sospechas. Aunque cualquiera lo habría hecho, en su pellejo.

O, bueno, en su entramado de hilos.

–¿Qué fue exactamente lo que visteis?

La pregunta, esta vez, vino de parte de Guezo. Y podría decirse que «del lado contrario de la estancia», aunque eso no tardó más que unos segundos en ser mentira, porque apretó el paso hasta alcanzar la cama. Tenía las manos metidas en los bolsillos de los

pantalones y no parecía nervioso ni preocupado; de hecho, pocas veces solía estarlo.

Pero necesitaba estar en movimiento. Todo el rato.

Rimo, por su parte, se había apoyado contra la pata de una silla, tan recto que casi podría haber sido un detective misterioso en la esquina de una calle poco transitada.

–Quiero decir –reformuló–, ¿estaba haciendo algo sospechoso?

–Pues... –comenzó Rog; Matine se le adelantó:

–¿No te parece ya lo bastante sospechoso que estuviera en mitad de los restos del taller, mientras se desmoronaba delante de todo el pueblo?

–Justo por eso, hermanita. Todo el mundo estaba ahí.

–Y, aun así, nadie lo vio.

–Supongo que tendrían cosas más llamativas en las que fijarse; no sé qué decirte –replicó él, y continuó caminando por la habitación. En esta ocasión, hacia donde se encontraba Derro, que lo contempló con el ceño fruncido por encima del caldero borboteante–. O sea, que no es que esté tratando de quitarle importancia al tema. Es solo que...

–Que Phie acaba de pasar por una situación horrible y no está como para que andemos con interrogatorios –atajó Istella.

–No, si ya.

–Ahórrate tus sarcasmos, Matine.

–Eeeeh –las interrumpió Guezo–. Haya paz, ¿vale? –Detuvo sus pasos y giró sobre sí mismo para encararlas. Su hermana puso los ojos en blanco como diciendo: «Claro. Ahora eres el héroe salvador que trata de serenar las agitadas almas de sus gentes, ¿no?»–. Mirad –añadió–, si queréis que sea sincero, yo no le daría demasiadas vueltas.

–Dime que estás de coña.

– A ver, es cierto que el asunto suena raro. Te lo concedo. Pero quizás era alguien que pasaba por ahí. O un potencial cliente que pensaba entrar a gastarse unos dineros en nuestras *maravillosidades* y, de pronto, ¡pa! –lo acompañó con una palmada–, se dio de bruces con todo el percal. Igualito que nosotros, vaya. ¿No has oído nunca

la movida de «estar en el lugar equivocado en el momento equivocado»?

–Pues justo eso es lo que podría aclararnos Phie.

–Bueno. En realidad, *poder*...

–¿Pero es que no me estáis escuchando? –Matine los miró uno a uno–. Había *alguien* en mitad del destrozo. Puede que no estuviese haciendo nada más sospechoso que estar de rodillas en el suelo, como... No sé, como si tratara de coger algo entre los restos, pero estaba ahí.

–Bueno, quizás fuera un listillo. Incluso puede que lograra llevarse algo y todo. Ya nos enteraremos. Pero esto es Aness, hermanita, por si acaso lo has olvidado. El pueblo más aburrido de la existencia existente. ¿De verdad crees que alguien de aquí haría algo así?

–Matine. –Era Derro. Se había puesto en pie en la esquina cuan alto era, con los brazos cruzados, y había comenzado a acercarse a ellos–. A mí también me parece que es algo extraño, pero, al mismo tiempo, ¿no crees que te estás excediendo? Quiero decir, Tía se ha encargado de solucionar el problema; el taller está perfecto gracias a ella, Phie se encuentra bien...

–Y en un estado que, no sé vosotros, hasta yo envidio –soltó Guezo.

Derro lo ignoró de forma muy evidente:

–... y nosotros también. Entiendo que estés preocupada –agregó en un tono apaciguador–. Es normal: lo que hemos visto ha sido chocante para todos. Cualquiera...

–No ha sido Tía.

La forma en que aquellas palabras escaparon de los labios de Rog fue extraña; apenas habían sido un susurro, un pensamiento nacido del fondo de su consciencia y que ni siquiera había pretendido convocar. Aun así, lo había hecho.

Al compás del recuerdo.

Fándeeroehkas.

El hechizo que había empleado Tía.

Aquella era su palabra centro, la palabra que lo activaba, y no significaba nada que pudiera asemejarse a «reconstruir» o

«arreglar», ni siquiera a «solucionar» ni a «regresar a su estado original». Significaba «enlazar».

No tenía sentido.

Aunque tampoco pudo detenerse a descifrarlo. Todos habían torcido la cabeza en su dirección al oírlo, y lo contemplaban en un silencio solo roto por el zumbido preocupado de Darinn a su lado. Fue ella quien pronunció su nombre, aunque fue Istella quien acabó haciendo la pregunta:

–¿Cómo? ¿A qué te refieres, Rog?

–Lo del taller... –respondió–. Tía no hizo nada.

Su primo Derro se aclaró la garganta y se pasó los dedos por el tupé. Parecía dudoso, aunque solo fue un instante. Después, tras mirar a los demás, usó su voz de «eso que estás diciendo no tiene sentido lógico, enano, pero no te preocupes, que yo sí que sé de qué hablo».

–¿Cómo que no, Rog? Hizo un conjuro. Todos lo vimos.

Quiso replicar. Decirle que se equivocaba.

No llegó a hacerlo. Otra voz lo detuvo:

–Porque era justamente eso lo que pretendía, querido: que lo vierais.

Todas las miradas viajaron hasta el marco de la puerta, donde tres figuras aguardaban. Una era la de Tía, seguida de cerca por Ankoe, pegado a sus faldas; la otra –Rog lo supo de inmediato a pesar de la penumbra, incluso cuando, de pie, era más alto que en la distancia– era la misma que había visto entre los escombros del taller. El chico.

Un hilillo dorado centelleaba alrededor de sus hombros.

Y lo unía a Tía.

Fándeeroehkas.

Capítulo 8

De alguna manera, pese a su complexión delgada y su escasa estatura, Tía parecía rellenar el hueco de la puerta, como si las sombras del corredor consiguieran extenderse tras su cuerpo en una capa infinita y fundirse con sus pómulos marcados.

–Así que me complace saber que ha funcionado –completó.

Y, al hacerlo, llevó a Rog de vuelta a la realidad.

Luego, sin más preámbulos, se internó en la habitación, seguida de inmediato por Ankoe. No obstante, el chico –el desconocido, el interrogante, la posible amenaza– se quedó donde estaba. Ella se volvió para mirarlo por encima del hombro y separó los labios. De pronto, volvió a cerrarlos.

Atrapó con los dedos el nexo mágico que los unía y pronunció:

–*Indeloessie*.

El resplandor se disipó de inmediato.

–Ahí tienes –le dijo, como hastiada–. Ahora, pasa.

La mirada de Rog voló hasta allí.

Hasta él.

Lo vio avanzar y, a cada paso, la luz de la tarde que se colaba por la ventana de la derecha fue cayendo más y más en su rostro, como si atravesara un fuego eterno.

Las llamas se encargaron de deshilachar la oscuridad, filo a filo, y Rog pudo reparar en más detalles. Tenía la mandíbula firme y el pelo negro, revuelto y surcado de sendas blancas. Y, a pesar de que le cubría parte de la frente, no alcanzaba sus ojos. Eran del azul del mar en calma, varios tonos más oscuros que los suyos, y estaban perfilados por largas pestañas.

Había algo en ellos, cierto brillo que tal vez fuera recelo. O tensión; también la adivinaba en su mandíbula afilada, en cómo mantenía los labios apretados. Y era alto, sí. Lo parecía incluso más con las ropas

que llevaba: sencillas, viejas y desgastadas en ciertos puntos, aunque no llegaban a estar rotas del todo.

No.

No. Sus ojos no eran azules.

Los labios se le separaron.

Lo habría jurado hacía un instante y, no obstante, había pasado a fijarse en algo distinto, a pensar en otra cosa, y habían tomado un color distinto. Anaranjado, aunque casi amarillo.

Tal vez fuera por la luz. Tal vez un efecto óptico.

Tal vez...

–Tía. –Derro había abandonado ese tono pedante que tanto detestaba Rog, y ahora sonaba descolocado–. ¿Qué...? ¿Qué quiere decir con eso?

–Oh. ¿No he sido clara, querido? –Por extraño que resultara, ahora parecía hasta divertida; las arrugas alrededor de la boca se le estiraban–. Quiero decir lo que he dicho: que era mi intención, que era exactamente lo que buscaba... Puedo buscarte otras analogías, si así lo quieres, pero significarían lo mismo. –Y después, hacia nadie en concreto, declaró–: Agradecería algún sitio donde poder apoyar los sesenta y seis años que llevo encima. Tenemos que hablar.

Por supuesto, fue Derro quien obedeció. Ni siquiera cuestionó el hecho de que ella misma –con poco más que un giro de muñeca y unas palabras susurradas– podría haber atraído la silla que él alzó a pulso y colocó junto a sus piernas. Claro que, en realidad, nadie lo habría hecho. Sin embargo, Rog no pudo evitar tener el pensamiento de que él también podría haber usado el hechizo. La levitación era uno de los más sencillos de crear, y solía tener un recipiente con él a mano.

Aunque no recordaba la última vez que lo había rellenado.

Darinn, siempre consciente de sus sentimientos, le acarició con una pluma junto a la mandíbula. Se le relajaron los hombros.

Tía, despacio, tomó asiento de cara a la cama. De cara a él. Y a Phie, claro. Si seguía preocupada por su estado, por *algo*, no dio muestras de ello. Tan solo carraspeó.

–Efectivamente –confirmó–, lo he agradecido. –Mientras Ankoe se acomodaba en su regazo, se dirigió de nuevo al mayor de sus

sobrinos–: Y estoy segura de que nuestro invitado también lo hará cuando recuperes los modales que creía que te habían inculcado tus padres.

Derro dio un respingo y, por supuesto, fue a buscar otro asiento de inmediato. Fue la misma silla en la que estaba apoyado Rimo, y la forma en la que echó a volar fue tan repentina y brusca, al igual que su queja, que consiguió que Rog apartara la vista del chico. «El invitado».

Solo fue un instante, pero se percató de que, pese a que Guezo se había acercado a la puerta para cerrarla, ninguno había dejado de mirarlo. Matine, con sospecha; Istella, con una mezcla de nerviosismo e incomodidad. Era recíproco, claro: el chico los recorría, tanto a ellos como a sus onnie, con aquellos iris ambarinos que, no obstante, en cuanto Derro dispuso una segunda silla al lado de la otra y él agachó la cabeza en agradecimiento –o quizá en un simple acto reflejo–, dejaron de serlo.

Habían pasado a relucir en un tono violáceo.

Rog tuvo que contener el aliento. Dirigió la mirada de nuevo a su alrededor, en un intento por encontrar algo que le confirmara que no había sido el único que lo había visto. No tardó en confirmar que no: lo notaba en las posturas de sus primos, en la tensión que habían adquirido. Aun así, nadie se atrevió a romper la quietud.

¿Quién...? ¿Qué...?

Era.

–Ikash.

Durante un segundo, tras escuchar a Tía, Rog frunció el ceño. Por la sonoridad –la separación apenas apreciable entre sílabas, la fuerza de la segunda y la ese sibilante al final–, bien podría haber sido una palabra en la lengua antigua de la magia. Pero no la reconoció. No vibró bajo su piel. No causó nada a su alrededor aparte de un silencio mayor. Y no le llevó demasiado saber por qué.

No era un hechizo; era un nombre.

–Te presento a mis sobrinos –añadió Tía, y después se dirigió a ellos–. Queridos, aquí tenemos al responsable de lo que ha sucedido en el taller esta mañana.

Rog no sabía si lo que buscaba era que sus palabras los golpearan, si había sido consciente en todo momento de las sospechas que habían tenido y quería atenuarlas con el tono desenfadado que había empleado, o si solo era que seguía disfrutando de la escena, del desconcierto.

Por cómo los contemplaba, paseando las yemas sobre el contorno de Ankoe, era obvio que al menos una de esas opciones era correcta. Aun así, lo que más le chocó a Rog fue la manera en la que el chico –Ikash– pasó a mirarse los dedos, que reposaban en sus muslos.

Eran largos y finos, y le recordaron a los de su hermana Narya, que empleaba sus poderes para crear las baladas más vibrantes que había escuchado en su vida. Aunque, al mismo tiempo, eran... distintos. Él, en sí, lo era.

A esa distancia, no habría sabido decir con exactitud en qué.

Parecía arrepentido. O avergonzado. Y era para estarlo, sin duda. Pero, al mismo tiempo, mantenía la mandíbula apretada, como si se estuviera conteniendo de hacer o decir algo. De *soltar* algo.

No lo hizo.

–Tía. –Istella había cruzado las manos por encima del mandil y la contemplaba absorta. A apenas unos pasos, Phie seguía inmóvil, aunque Nuantt se había alzado sobre las sábanas, atento–. No entiendo.

Ella arqueó las cejas.

–Estamos espesos hoy, por lo que veo.

–No, eh... Es que... –Se cortó, dudosa. No tenían por costumbre llevarle la contraria ni cuestionarla; la mayor parte de las veces, resultaba inútil–. ¿Cómo puede decir eso, lo que ha... hecho, y estar tan tranquila? ¿Cómo...?

–He dicho que ha sido el responsable, no que la razón que ha habido tras ello fuera el complot maligno que parece que os habéis montado en la cabeza. Ha sido un accidente.

–Pero Phie... –intervino Matine.

–Phie está bien. Eso es lo que importa. Eso, y el hecho de que Ikash ha acudido a nosotros precisamente para evitar que vuelva a

ocurrir algo semejante. Y, para eso, necesita nuestra ayuda. Y nuestro silencio.

Ninguna de sus primas llegó a replicar nada más. Así que Tía prosiguió:

–En lo que a nuestros apreciadísimos vecinos respecta, como bien os anticipaba a mi llegada, cualquiera al que se le pregunte responderá con lo que han podido comprobar sus propios ojos: que hemos tenido un desafortunado contratiempo con los cimientos mágicos del taller y que vuestra prima ha tenido la mala suerte de encontrarse dentro, pero que, fuera lo que fuese, ahí estaba yo, lista para solventarlo antes de que hubiera nada grave que lamentar. Hablarán de ello esta semana; la que viene subirá el pan o se celebrará una comida multitudinaria o habrá una lluvia de estrellas.

En eso último tenía razón. No obstante, seguía habiendo algo raro en todo aquello, en el *porqué*. No se habría esforzado tanto si no lo hubiera; Tía jamás actuaba por actuar. Había hecho aquel paripé, aquel hechizo que no había tenido efecto verdadero, para que pensaran que ella había sido la responsable. Para ocultar algo. Algo grande.

–Ikash es un daheerar.

Capítulo 9

–¿Qué?

Derro había regresado al rincón donde borboteaba su pócima. Estaba más rígido que antes, y la confusión había abandonado sus rasgos. En su lugar, ahora había comprensión. Y curiosidad.

Un sentimiento que se afiló cuando su tía asintió con apenas un golpecito de barbilla. A su lado, el chico se encogió en el asiento, tal vez para ocultar el hecho de que sus ojos eran dos pozos rosáceos que, de pronto, trataban de rehuirlos. A ellos y a sus reacciones.

Istella se había llevado los dedos al colgante de su cuello. Matine había dado un paso atrás, y Yiun había soltado un destello al dejarse caer sobre su hombro casi al mismo tiempo que Nuantt sobre la cama, de nuevo muy cerca de los dedos de Phie. Darinn, por su parte, había dejado escapar algo en un susurro. Rimo se había acercado a Guezo y flotaba junto a su cabeza, aunque él se había detenido al lado de Tía. La miraba de reojo, algo perdido.

Y era justo así como Rog se sentía. Porque no podía ser.

Los daheerar... Los daheerar llevaban siglos extintos.

Su propio poder los había consumido.

–Entiendo vuestra reacción. –También la diversión y la picardía se habían evaporado de la voz de su tía–. La mía fue parecida en su momento, cuando me fue revelada su existencia. O, mejor dicho, el hecho de que nunca habían llegado a desaparecer.

–Pero eso es imposible –replicó Derro.

–No. No lo es. Pocas cosas lo son. A veces, sencillamente, lo que creemos que es falso, irreal o inalcanzable no es más que un secreto muy bien guardado. Y este, en concreto, pretende seguir siéndolo. Así que confío en vosotros para que así sea.

No debía de estar esperando una confirmación por su parte, o, si así era, no se esforzó en hacerlo notar. Continuó hablando:

–Como os decía, ha acudido a nosotros en busca de ayuda. Mala la hora en la que coincidió con la llegada de ese *pedido* –puso especial énfasis en la palabra, y Guezo apartó la mirada–, en efecto, pero... En fin. Sus poderes se descontrolaron. ¿No es así? –Aquello iba dirigido al chico (o tal vez hubiera que decir «a la criatura»), quien, sin embargo, se mantuvo en silencio, ausente–. Cosas que pasan.

–¿Cómo lo supo...? Que... había sido él. Y lo que era.

La pregunta de Istella pareció complacerla, a juzgar por la curva de su boca.

–Sentí el tirón de su magia, eso lo primero. Después, como tus primos, lo vi. –Lo pronunció con la simpleza de quien comentaba el clima–. Tampoco es que se estuviera esforzando demasiado en esconderse... Por eso actué: necesitaba mantenerlo apartado.

No había desaparecido: ella, con su hechizo de enlace, lo había sacado de ahí, o quizá lo había ocultado. Por eso quiso quedarse luego en el taller: no porque necesitara un instante para reflexionar, sino para hablar con él.

Istella intercaló la mirada entre sus primos, aunque Guezo continuaba tan quieto que resultaba antinatural. Darinn descendió hasta quedar apoyada en la cama junto a Rog, su presencia cálida contra la tela de sus pantalones. No obstante, él se quedó tal y como estaba, pensativo, removido. Por todo, por demasiadas cosas; por aquellos ojos que, ahora, habían tomado un tono rojizo.

Solo el carraspeo de Matine, al cabo de unos segundos, atrajo su atención. También tenía la vista clavada en el daheerar, pero se la veía mucho más resuelta.

–¿Y qué es lo que necesitas exactamente? –le soltó.

Él parpadeó, como si jamás hubiera creído que tendría que convocar su voz. Y, cuando lo hizo, tras reincorporarse en su asiento, casi tembló el aire:

–Que desaparezcan. Mis poderes.

Fue grave pero suave, una caricia y una puñalada al mismo tiempo; rabia, decisión y poder. Un estallido capaz de congelarlo todo, de fundirlo y, después, al igual que cada centímetro de la fachada del taller, recomponerlo. Sus ojos, de pronto, lucieron carentes de todo color.

Blanco puro.

Un silencio ensordecedor se asentó en cada esquina del dormitorio. Rog no supo cuánto duró; solo que Istella fue quien volvió a atravesarlo:

–¿Que desaparezcan...?

Aunque Guezo, incrédulo, se adelantó:

–¿Quiere que se los arrebatemos?

Y fue Derro quien preguntó por todos:

–¿Y cómo se supone que vamos a hacer eso?

Tía alzó las cejas.

–Con magia, evidentemente. A eso nos dedicamos.

–Pero... –retomó la palabra Istella–. ¿Cómo vamos a hacerlo... nosotros? Jamás había oído que se pudiera hacer algo así.

La simple idea era una locura; escapaba a toda lógica, a todo aquello que conocían, que les habían enseñado, que habían *experimentado*.

La magia era algo intrínseco, al fin y al cabo. Se hallaba en todas partes, en todos los seres, en la mismísima tierra y en los elementos; era como una semilla, con la capacidad de brotar y expandirse, solo que, como cualquier flor, solo podía hacerlo en el medio exacto, con las condiciones necesarias.

Con los onnie.

Eran canalizadores de magia; criaturas hechas de ella a un nivel superior que los humanos, aunque, al igual que les ocurría a ellos, eran incapaces de emplearla por sí solas en todo su potencial.

Por ello, desde hacía siglos –milenios, tal vez–, cuando la magia que poblaba el universo había comenzado a desaparecer, los onnie habían establecido un pacto con los humanos por el que, tras tomar la apariencia de un objeto que reflejara su don, creaban un vínculo que permitía a ambas partes explotar el poder de su interior. Se convertían en uno.

No había magia sin onnie.

–Lo primero que tenéis que comprender de todo esto es que los poderes de los daheerar no se parecen en nada a los nuestros; poseen una fuente de magia propia, que no comprende de barreras. Y es justo eso lo que va a jugar a nuestro favor en este caso: no hay

intermediarios. Aunque, eso sí, se necesita algo lo suficientemente poderoso como para poder, ya no equipararlo, sino superarlo. Nunca se ha hecho, no –le dio la razón a Istella–. Sin embargo, una vez más, eso no presupone inviabilidad en sí mismo. –Dejó pasar un instante, como si estuviera ordenando sus ideas o tomando una decisión–. Ni que no se haya intentado antes.

Matine lo comprendió un latido antes que Rog:

–¿Usted?

Tía, despacio, asintió.

–Hace once años.

Y la sentencia cayó como una avalancha sobre ellos.

Once años. El tiempo que había pasado desde el cierre de su negocio.

–A vuestros padres les encantará saberlo –añadió, y fue un reto amargo. Un pulso lanzado al aire. Un filo que amenazaba con rajar el cristal de su confianza. Y, aun así, se lo había tendido para que lo empuñaran.

Ninguno se movió.

–En fin. –Tía se dio la vuelta una vez más en medio de un susurro de tela negra–. Bienvenido, Ikash.

–Espere –intervino Derro antes de que él pudiera reaccionar–. ¿Va a quedarse aquí?

–¿Dónde pretendes que se quede, si no? –replicó ella, y la ironía regresó, vibrante–. ¿En el huerto del taller?

Aquello lo dejó en silencio; no duró más que unos segundos.

–Lo hizo caerse a cachos.

–Y lo recompuso.

–Lo que quiero decir es que hacer algo así... Un poder como el suyo... –Derro estaba conteniéndose para no replicar de forma distinta. Pero era Tía, al fin y al cabo–. En casa...

–*Mi* casa –lo cortó–, por si lo has olvidado. Yo decido quién entra en ella, y lo que he decidido es esto. Va a quedarse.

Todos escucharon cómo Derro tomaba aire tras oír aquellas últimas palabras y lo dejaba escapar de golpe. Después, se dio la vuelta y regresó a la pócima del sueño con el rostro convertido en una plancha inmóvil.

–Estáis cansados –constató Tía–. Ha sido un día largo y tenéis mucho en lo que pensar. –Se puso en pie sin ayuda de nadie, y solo entonces se molestó en lanzar un vistazo a Phie–. Trataremos los detalles más adelante. Yo misma tengo que concretar algunos primero. Aunque, eso sí, lo principal ahora es arreglar el destrozo que ha quedado en el taller. Y eso os incluye a todos. Tú, el primero. –Clavó la vista en su invitado–. No creas que vas a librarte. Que haya sido un accidente no te exime de la responsabilidad.

Él seguía en su asiento y, de hecho, apenas se había inmutado desde su intervención. Pero, cuando ella se puso en pie, alzó la barbilla, como si no supiera si debía seguirla. Tampoco debía de saberlo en aquel momento, porque se limitó a mantenerle la mirada, aún de ese blanco inmaculado.

–Os reuniréis allí mañana a primera hora –continuó–. Ahora, salid de aquí. Vuestra prima necesita paz. –Hizo un gesto hacia Ankoe y se recolocó el manto que le cubría los hombros–. La cena será a las nueve.



Capítulo 10

Rog no recordaba haber tenido una cena más rara en su vida. Había sido por culpa de la quietud, que no tenía costumbre de hacerse un hueco en ninguna mesa de aquella casa. Aunque, en realidad, no podía considerarse como tal, por mucho que la hubiese sentido caer sobre cada esquina como una manta pesada: la habían roto el tintineo de los cubiertos, el sonido que todos habían tratado de disimular al tragar y el del carrito de metal que Tía había hechizado para que fuera de la cocina al salón, en el que habían compartido espacio, miradas ladeadas... y poco más.

Incomodidad, quizás.

Porque de la ensalada de patata, brotes verdes y trocitos de adesas de río, que en cualquier otra ocasión habrían devorado hasta no dejar ni el recuerdo de su vinagreta agridulce, había sobrado la mitad.

–Pues aquí no pone nada de cómo ni de qué se alimentaban, la verdad. O *alimentan*, vaya.

Matine se encontraba recostada sobre uno de los cojines azules que coronaban su cama, con uno de los libros que le había «tomado prestado» a Derro antes de que se recluyera en su dormitorio como cada noche.

Una maraña de rizos caía en cascada sobre las hojas amarillentas, cubiertas de letra negra y apretada sin una sola ilustración; al menos, en la sección de los daheerar, la más corta de todas. El resto estaba plagado de ellas. Al fin y al cabo, era una especie de enciclopedia que incluía todo tipo de plantas y criaturas mágicas extintas de su país, Yhandal, por orden alfabético.

–Presuponían que eran omnívoros –añadió.

–Para variar –bufó Guezo, irónico–. Aunque *presupongo* que esa parte podemos darla nosotros por comprobada, ¿no? Ya hemos llegado más lejos que quienes fueran los que escribieran eso. Quizás podríamos ponernos en contacto con ellos y contarles nuestros descubrimientos. «Oye, tal, que sabemos que los daheerar siguen por ahí, sí. Y que comen de todo, ¿eh? Ibais por buen camino. Legumbres, verduras, pescado.... No le hacen ascos a nada. Con un poco de suerte, mientras leéis estas palabras, nos estarán comiendo a nosotros. ¡Sorpresa!». ¿Cómo de bien creéis que pagarían? No creo que tengan muchos derechos de autor, precisamente. Debieron de escribir esto en la época de la khalpo.

Matine puso los ojos en blanco, aunque no respondió. De hecho, quien más había comido aquella noche había sido Ikash. Hasta se había quedado sentado a la mesa mientras ellos se marchaban, porque Tía le había ofrecido otra ración que él había aceptado sin dudar. Como si no hubiera probado bocado en semanas.

Al ver que el silencio se alargaba, Guezo dio unos toques rápidos sobre el reposabrazos de la silla de su hermana, en la que había tomado asiento –si es que podía llamarse «tomar asiento» a medio tumbarse sobre una silla, con un brazo sobre el respaldo y moviendo la pierna cada pocos segundos–, y se puso en pie.

–En fin, creo que voy a irme metiendo en el sobre. El resto me lo contáis ya mañana; me tragué tantas clases de Teoría del Artesanado en la universidad que ahora mi cuerpo solo aguanta un número limitado de sermones que varía entre medio y tres cuartos. *Buenérrimas* noches, hermanita; Rollito...

Y, sin detenerse siquiera ante la despedida que dejó escapar Rog, apretó el paso hasta la puerta seguido por Rimo, que ya había recuperado su disposición habitual tras el shock de la mañana y el susto que le había dado Derro.

Matine y Rog se quedaron solos; Istella los había acompañado un rato antes, pero luego había decidido acercarse a la habitación de Phie a echarle un vistazo y no había vuelto a aparecer. Así que, durante unos segundos, lo único que se oyó fue la respiración de Darinn, que se estaba quedando dormida sobre el escritorio de Matine, vacío a excepción de ella.

La mayoría de sus posesiones se encontraban almacenadas en las baldas de madera que recorrían casi todo el perímetro de la estancia, y tampoco eran demasiadas: un par de blocs de dibujo con diseños antiguos por aquí, algún que otro libro sin leer por allá, un puñado de estuches y su colección de tazas de cerámica, que nadie la había visto usar jamás.

El resto lo componían la cama –de matrimonio y que antes contaba con un dosel, solo que Matine lo había utilizado para regalarles blusas a Tía, Phie e Istella en la primera Despedida de Año que había pasado en Aness, tras incorporarse al taller– y tres maniquíes que se quedaban desnudos una y otra vez. En aquel momento, uno de ellos tenía sus pantalones del uniforme alrededor del cuello.

Lo cierto era que el tiempo que su prima pasaba allí era anecdótico. Por lo general, prefería el taller. O el jardín. O la calle. U ocupar la habitación de Rog, que estaba justo debajo de la suya; el problema era que también estaba cerca del pasillito que conducía a la única estancia que daba a la cara oeste de la casona, que era la que Tía le había cedido a Ikash. Y, teniendo en cuenta que era el sujeto principal de la investigación que habían decidido emprender... En fin.

Matine pasó una página.

–Pues no dice nada más; aquí empieza a hablar de las deúradas. Así que ¿qué hemos recopilado?

–No demasiado –respondió él.

Por no decir «incertidumbre escondida en frases ultrarrimbombantes que pretenden sonar ciertas entre conjunciones adversativas, hipótesis y... ¿mentiras?».

Sí que podían considerar cierto –por lo que les había contado Tía, o lo que habían visto con sus propios ojos aquella mañana– eso de su «poder sobrenatural, superior al de cualquier otro ser sintiente» o la «inexorable capacidad de arrasar ciudades enteras con un mero chasquido de garras», que era en lo que coincidían casi todas las leyendas, detalles concretos aparte. Claro que aquello venía acompañado del nombre de varios lugares hechos ruinas en distintos puntos del mundo. Y hacía siglos. No es que pudieran ponerse a verificarlo.

No obstante, en lo que se refería a los datos sobre los daheerar en sí... ¿Cómo era eso de que habían llegado a medir entre tres y cuatro metros de altura, que tenían el cuerpo cubierto de vello blanco, colmillos que se afilaban solos antes de atacar –fruto de la crueldad y ansia de destrucción que guiaba su actos– y ojos sin pupila?

Ikash parecía... un chico normal, sobre todo después de que Tía le hubiera dado algo de ropa (algunas prendas que tenían de repuesto, mucho más limpias y que no parecían colgarle por todas partes). Vale, debía de sacarle casi una cabeza y tenía esas mechas blancas en el pelo, que, por lo demás, era negro, en contraste con la palidez de su piel. Pero hasta ahí.

Y, aunque quizás Rog no se hubiera fijado lo suficiente en sus dientes, tampoco le habían parecido nada del otro mundo. Lo único que lo había alarmado era el color cambiante de sus ojos, y eso que sí tenían pupila e iris y todo lo que se suponía que debía tener un ojo. De aquello no habían encontrado mención alguna en ninguno de los libros que habían consultado. Ni en uno solo.

Ese era otro tema; el tomo que estaban revisando en ese momento era el más «ensayístico», pero la gran mayoría eran cuentos infantiles y antologías de leyendas populares en las que se relataba su cruenta extinción, o se los describía como monstruos que se presentaban en sueños para contaminarlos con pesadillas. Algunos los retrataban como los mismísimos creadores de la magia del universo, o incluso como devoradores de las almas de los chiquillos más traviesos.

–Quizás Derro tiene algo más –sugirió Rog entonces.

–Pues como no se lo haya escondido bajo la cama... Esto es lo único que he encontrado. En fin. Yiun, anda.

Matine hizo un gesto hacia su onnie, que estaba apoyado en la almohada, y él, de inmediato, se iluminó con un leve resplandor violeta que se replicó alrededor del gran libro hasta que comenzó a alzarse en el aire y se deslizó hacia la pila que reposaba entre ambos. Cayó contra la base, cerrado.

Matine, sin inmutarse lo más mínimo, añadió:

–Sinceramente, no sé muy bien qué pensar. Sigo alucinando con la revelación de que Tía ya haya intentado arrebatarle los poderes a un daheerar. No lo esperaba. Aunque, bueno, ¿cómo iba a esperarlo, no? Se suponía que *no existen*. –Dejó pasar un segundo o dos antes de preguntar–: ¿Qué crees que pasó?

Rog torció los labios. Lo cierto era que él tampoco sabía muy bien cómo sentirse al respecto; habían pasado demasiadas cosas en demasiado poco tiempo, y las notaba todas haciendo piruetas en su mente.

–Quizás... –tanteó, no muy seguro–. Quizás ese daheerar se presentara en el taller en busca de ayuda, como.... –Hizo una pausa. Ni siquiera fue voluntaria; era como si el nombre se le hubiera atorado en la garganta. Se forzó a soltarlo–. Ikash. Tal vez escuchase hablar del taller o... no sé.

Su prima no parecía haberse percatado de la vacilación o, si lo hizo, no dio muestras de ello.

–No me refería a eso, sino a que a que... Bueno, a que Tía fracasó. Fuera lo que fuese lo que trataba de hacer, no salió bien. Por eso cerró el taller. Aunque quizás lo que ocurriera en el pasado es lo que ha animado a Ikash a venir hasta aquí, ¿no? Tal vez ese daheerar habló de lo ocurrido entre los suyos, o algo así, y le hizo saber que podía venir hasta aquí.

Rog apretó un tanto los labios.

–Pero si Tía falló y él lo sabía, ¿por qué lo haría?

Aquello la dejó pensativa.

–Ya –acabó diciendo, con la nariz tan arrugada que se segmentaron las pequitas que se la decoraban–. Es raro.

El silencio volvió a hacerse a su alrededor, tan evidente con el paso de los segundos que, cuando Rog quiso darse cuenta, lo único que ocupaba su mente, por encima de las imágenes de lo sucedido durante el día, era el eco de la respiración de Darinn.

Se había quedado dormida.

Y fue aquello, sumado al peso que sentía sobre los hombros, lo que le llevó a convocar la voz:

–Creo que... Creo que yo también voy a irme a la cama.

–Sí, bien. –La sonrisa que esbozó Matine le desencajó. Era demasiado apagada para ser suya, demasiado pequeña; tal vez porque arrastraba todas aquellas preguntas que habían quedado sin respuesta, o quizás porque ella también estaba molida–. Descansa.

Lo único que hizo fue asentir y ponerse en pie.



Capítulo 11

Rog no se percató de que Matine y él no se habían dado un abrazo de despedida hasta que ya se encontraba en mitad del pasillo; era lo que hacían siempre, y la ausencia fantasmal de sus brazos le extendió una caricia fría bajo la camisa. Casi logró arrebatarle los recuerdos de la conversación que acababan de tener, y el de aquellos dos iris que cambiaban de color tan rápido en su mente que se fusionaban entre sí. Azul marino, naranja, violeta, rosa. Blanco.

Por eso, se aferró a Darinn. A su tenue parpadeo. A su calidez.

La había sentido moverse un poco cuando se había levantado de la cama de su prima, pero no se había despertado del todo, así que la acunó contra el pecho y se aseguró de que sus pisadas sobre la alfombra no fueran a molestarla.

Apenas entraba luz por las ventanas, enmarcadas por pesadas cortinas de terciopelo. Eran granates, aunque no se alcanzaba a distinguir su color en medio de la oscuridad; el aura de su onnie apenas alcanzaba a iluminar unos centímetros ante él. Rog lo sabía por pura costumbre, razón por la que también supo dónde se encontraban la siguiente cómoda –la que tenía los pomos de cobre–, el siguiente espejo –que acababa en tres volutas recorridas por hebras de plata, tan estrecho que ni siquiera él lograba verse por completo–, la siguiente estantería y sus baldas en zigzag; el océano de muebles de aquella casa.

Aun así, para evitar chocar, mantuvo la mano libre extendida y fue dejando que sus dedos cayeran sobre madera moldeada, hierro y cristal hasta que por fin encontró la barandilla de las escaleras y comenzó a bajar.

Entonces, en cuanto alcanzó el primer escalón, captó un destello por el rabillo del ojo. Se colaba por la puerta que había en el extremo contrario del corredor, a la izquierda. Era la del despacho de

Tía. Estaba entrecerrada, lo cual era bastante inusual, y dejaba pasar aquellas rendijas de azul vibrante que, cuanto más fijaba la atención en ellas, paralizado y con un pie aún en alto, más perdían intensidad.

Rog no fue consciente de cuándo comenzó a caminar hasta allí ni de los pasos que dio. Tampoco fueron demasiados; los suficientes como para que las voces lo alcanzaran y volvieran a detenerlo. O quizás fueron los golpes. Primero, uno seco; luego, un tintineo, como si algo se hubiera caído al suelo y rodara por él.

El resplandor se desvaneció casi de inmediato.

–Ahí está. –Era su tía, por supuesto. No tenía ni idea de qué hora era, pero no parecía en absoluto cansada. Sonaba como siempre: directa, firme, resuelta–. No ha sido tan complicado.

Le pareció que esperaba una respuesta, aunque lo curioso fue que lo captó gracias al silencio que siguió a sus palabras.

Lo que oyó a continuación fue el repicar de unos tacones.

¿Con quién estaría hablando? ¿Con Derro, de nuevo? ¿Habría acudido a su despacho para continuar la conversación que habían mantenido en la habitación de Phie? No parecía propio de él, después de la forma en que su tía había zanjado el tema. Y mucho menos, en su despacho.

Ella pasaba muchas horas metida allí, pero ellos casi nunca entraban. De hecho, la única y última vez que él lo había hecho había sido al incorporarse al taller, seis meses atrás, y solo habían sido cinco minutos. Puede que incluso menos.

–Ya veo –dijo entonces Tía, y se detuvo unos segundos más–. Puedes enfadarte todo lo que quieras conmigo y negarte a hablar, pero lo único que habrías conseguido es perjudicarte, al igual que al intentar reprimirte. –Rog frunció el ceño–. Es ahí donde reside el problema, como bien hemos podido comprobar esta mañana. Y algo me dice que lo sabes. –Otro silencio–. No estoy intentando imponerte nada, si eso es lo que crees; lo único...

–Puedo hacerlo. Yo. Solo. No necesito tu ayuda. No en esto.

No era Derro. Era Ikash.

Su voz sonaba diferente a cuando Rog lo había escuchado hablar en la habitación de Phie. De pronto, se dio cuenta de que no había

vuelto a oírlo hasta ese mismo instante: durante la cena había estado demasiado concentrado en su plato, con la boca ocupada. Esta vez sonó cortante, rápido y frío.

No obstante, sus sentimientos vibraron en cada sílaba.

Rog sintió un cosquilleo.

Aunque fue porque Darinn se había removido entre sus dedos. Le acarició las plumas de colores a medida que su mirada viajaba por los relieves de figuras informes que decoraban la puerta. Recordó que, de pequeños, Matine y él solían jugar a inventarse historias con ellas. Phie e Istella siempre se mostraban dispuestas a escuchar sus ocurrencias; les divertían. E incluso había habido una época en la que Derro se había unido a los intentos de Guezo de darles los finales más grotescos posibles a sus fantasías infantiles. Aquello había quedado ya muy atrás.

Acabó fijando la atención en el picaporte, dorado y con la forma de la pata de una erdilad rapaz.

–Bueno –dijo Tía tras varios segundos–. Muy bien. –De nuevo pasos; esta vez, más lentos y medidos. Se alejaban de él o, más bien, del chico. Del daheerar–. En fin, ya puedes irte.

Sobresaltado, Rog dio un paso atrás, pero ella siguió hablando:

–Mañana te espera un día de mucho trabajo. Aún tengo que buscar la forma de llevarte al taller.

Oyó una especie de bufido.

–No quiero.

–Creo que no estás en tu derecho a decidir eso.

–No tengo culpa de...

–Ah, ah –lo cortó–. Ahí te equivocas.

–No me quieren –replicó Ikash; parecía costarle formar frases largas, como si no conociera bien el idioma–. Aquí. Ya escuchaste lo que dijo ese... chico.

–Mi sobrino Derro, sí, y ya escuchaste tú lo que le dije yo a él.

–No me miraban –insistió–. Abajo.

–¿Mientras cenabas? Les parecería de mala educación, ¿qué sé yo?

–Estoy seguro que...

Se interrumpió. Pese a que el volumen que estaba usando no era demasiado fuerte, sonaba airado, y Rog sintió una bocanada de

comprensión. A veces, la ironía de Tía podía llegar a sacar de quicio; que se lo dijeran a Matine. Era capaz de imaginar sus cejas enarcadas y la barbilla alzada mientras esperaba a que terminara lo que había comenzado a decir.

Al igual que, se dio cuenta, él mismo.

No importaba la voz que, en el interior de su cabeza, le decía que se marchara, que no estaba bien escuchar a escondidas; fue incapaz. Había una fuerza invisible que lo retenía allí, al amparo de la oscuridad.

–No quieren ayudarme –concluyó por fin.

La sentencia pendió en el aire.

–¿Te lo han dicho ellos acaso?

–No hace falta.

–¿Y qué te hace pensar eso, entonces? No los conoces.

–Ellos a mí tampoco.

–Efectivamente. Y es justo por eso. –Tía no había necesitado interrumpirlo, pero había sonado igual de tajante o más que si lo hubiera hecho–. Hay líneas que ni yo misma puedo cruzar, así como cosas que uno debe ganarse por sí mismo. Suerte que te haya dado, junto con una cama y un plato sobre mi mesa, la oportunidad de hacerlo, ¿no te parece?

¿Qué quería decir con eso? ¿Que quería que se acercara a ellos? ¿Que tratara de... hacerse un hueco? Rog no llegó a encontrar una respuesta. Ni siquiera tuvo tiempo de pensar en ello, porque entonces oyó una especie de arrastre, nuevos pasos y un portazo.

Lo siguiente que supo fue que Ikash se encontraba a escasos metros de distancia, centelleante bajo el resplandor de Darinn.

La misma voz de antes regresó a su cerebro y le instó a separar los labios, a disculparse y asegurar que no había sido su intención meter las narices donde no lo llamaban, que ya se iba, que de verdad que lo sentía.

No llegó a hacer nada de eso.

Aquellos ojos, de ese blanco que había visto en la habitación de Phie, se clavaban ahora, helados y ardientes a un mismo tiempo, en los suyos. No cambiaron de color durante los segundos

interminables que se extendieron entre ambos, aunque una parte asustada de él esperaba que lo hicieran. De un momento a otro.

Sin embargo, se mantuvieron níveos y estáticos. Quizás por eso Rog fue capaz de ver que lo que ardía era su frustración, junto con otra bocanada de sentimientos revueltos que, al igual que en su voz, parecían estallar entre sus pestañas. Eran muy largas. Tampoco tuvo ocasión de reprenderse por fijarse en esa tontería; para cuando logró ordenar a sus pies que dieran un paso atrás y a su lengua que comenzar a formular una excusa, Ikash ya había pasado por su lado a toda velocidad.

Como si no fuese más que un soplo de aire en mitad de una violenta ventisca, se perdió tras la última esquina.



Capítulo 12

Aquella mañana, el taller olía a cera y a vergüenza sin diluir.

Aunque quizás fuera que Rog llevaba ambos aromas impregnados en las fosas nasales; el primero, por culpa de la vela que había mantenido encendida en la mesilla toda la noche, la única testigo de su sueño intermitente, y el segundo, porque había sido lo que lo había recorrido centímetro a centímetro desde su encontronazo con Ikash en el pasillo.

No había dejado de darle vueltas a la forma en la que lo había mirado, el reguero de sentimientos que había visto en sus iris y que se habían aferrado a sus palabras durante la conversación con Tía. Y tampoco había parado de pensar en cómo él se había quedado ahí, quieto, inútil, incapaz de separar los labios.

Le había ocurrido lo mismo durante el desayuno.

No había podido dirigirle la mirada, y mucho menos acercarse a él.

«No los conoces».

En realidad, no importaba; no había servido de nada.

Había permanecido con la atención fija en sus tostadas, aunque consciente de su presencia en una de las esquinas de la mesa y de la distancia que mantenía con respecto a Guezo, que era quien más cerca de él se encontraba, mientras que los demás se mantenían tan pegados los unos a los otros que Rog había sentido el roce de la blusa de Matine contra el hombro.

«Ellos a mí tampoco».

Ni siquiera el dulzor de la mermelada sobre la lengua ni el suave canto de los agueroi de plumas verdes que se posaban cada mañana en el tejado habían logrado acallar el runrún de su cabeza.

«No quieren ayudarme».

–Eh. ¿Todo bien?

Istella no se estaba dirigiendo a él.

Lo descubrió al alzar la vista del mar reluciente de piedrecitas, cuentas y abalorios que se esparcían alrededor de sus rodillas. No. Bordeados de ojeras, sus ojos estaban clavados en Derro, que acababa de dejar su gabinete y pasaba por delante del de Guezo, en dirección a la entrada.

Rog suponía que debía considerarse afortunado porque su rincón de trabajo hubiera sido el que menos daños había sufrido (tan solo se había estropeado el reloj de la pared, además de las muescas en los pocos muebles que lo rellenaban y de varios recipientes rotos, pero, como la mayoría estaban vacíos, había poco que lamentar; jamás habría imaginado que podría darle gracias a su bloqueo por algo). Por ello, Darinn le había sugerido empezar echándole una mano a Istella, que había sido la más afectada: demasiadas cosas pequeñas, frágiles y valiosas.

Rog había aceptado de inmediato. Aparte, sabía que había dormido incluso menos que él; se había pasado toda la noche cuidando de Phie, que seguía bajo los efectos del filtro de sueño. Aun así, era Derro quien parecía estar en otro universo.

De hecho, su prima tuvo que llamarlo un poco más fuerte para que la escuchara y se detuviera. Su réplica, no obstante, fue un gruñido:

–¿Qué pasa?

–Eh... –Había dado un par de pasos hacia él; el siguiente, a medida que se pasaba las manos sobre el mandil, fue un tanto temeroso–. Solo quería saber si te ocurre algo. Te noto... Bueno, raro.

–Estoy perfectamente.

Fue entonces cuando Rog se fijó en que ni siquiera se había afeitado esa mañana. Lo hacía todos los días. Sin falta. Y no solo eso: bajo la camisa arremangada, tenía los brazos en tensión y apretaba las manos en torno a un caldero de cristal rajado que parecía a punto de estallar en pedazos.

–Oh. Bueno, eh... –Istella se pasó un mechón del flequillo tras la oreja–. No quería tampoco...

Pero él la cortó:

–Ya hasta se me ha olvidado lo que iba a hacer. Joder.

Y, sin más, se dio la vuelta y cruzó la cortina de cuentas que colgaba a la izquierda del mostrador. Su repiqueteo fue lo último que oyeron después de que se tragara su figura. Viurei soltó un centello sobre el pecho de su prima cuando la sintió suspirar.

–Telli...

Sin embargo, lo único que hizo ella fue apretar los labios.

–¿Y a este qué le pasa? –Matine apareció por el hueco que había a la derecha del mostrador, cuyas cortinas no habían tenido tanta suerte como las del lado contrario y eran ahora un gurruño de esquirlas en el suelo. Yiun, por supuesto, la acompañaba–. ¿Sigue enfadado por haber tenido que alojar a nuestro amiguito destrozanegocios, o es porque aún no ha aparecido? Porque, sinceramente, yo ya no sé qué prefiero; llevo quince siglos buscando mis bufandas de invisibilidad, y ya estoy empezando a desquiciarme.

Tenía el peto desabrochado, los rizos recogidos en una coleta alta y las mejillas arreboladas; incluso algún que otro reguero de sudor le recorría la frente. Rog la había visto deambular por todas partes, dando patadas y tirones a la nada, pisando con la punta de la bota cada pocos metros y arrastrándola por los tablones antes de bufar de puro hastío. Ambos habían compartido alguna que otra mirada empática de esquina a esquina.

Istella negó con la cabeza.

–No. No es eso. O, bueno, no del todo.

La verdad era que, sí, Ikash se estaba demorando bastante.

Se suponía que Tía iba a buscar la forma de llevarlo hasta allí sin que tuviera que recorrer el pueblo andando, a la vista de todo el mundo. Según ella, no se había esforzado por ocultar su presencia el día anterior para tener que dar explicaciones ahora, en caso de que lo vieran entrar; cosa que, estaba segura –todos lo estaban–, sucedería. De hecho, ya varias personas se habían acercado a preguntar por el estado de Phie.

Así pues, le había encargado a Derro que enviara un comunicado al ayuntamiento para informar de que el taller permanecería cerrado durante los próximos días, aunque: «Una nunca es lo bastante precavida...; pon "próximas semanas", mejor, sí». También a petición suya –y solo por si acaso–, lo primero que había hecho Guezo al

llegar había sido colocar sobre las ventanas una de sus creaciones mágicas: una especie de lámina que, en contacto con el cristal, creaba una película traslúcida que impedía que se percibieran los detalles desde el exterior. De esa forma, quien quisiera hacerles una visita y tuviera la tentación de echar un vistazo al interior, lo único que alcanzaría a ver serían borrones fusiformes tras las baldas vacías del escaparate.

–Ah, bueno. Entonces, yo también me apunto a su plan de soltar gruñidos y no hablar con nadie. Suena divertido. Aunque no sé si voy a ser capaz de imitar su cara de oler mierda.

–Matine... –volvió a suspirar Istella. Después, negó con la cabeza–. Creo que en realidad es que se siente culpable. Aunque no va a admitirlo, claro –añadió–. Como si lo conociera...

–¿*Culpable*?

–Sí, por Phie.

Rog parpadeó, tan sorprendido como había sonado su prima, pero no tardó en comprender la razón. Al fin y al cabo, había sido Derro quien le había inducido el sueño; había sugerido que debía descansar y, tras recibir la aprobación del resto, había elaborado la pócima.

Con sus propias manos, su onnie y su magia.

Sin embargo, el efecto era variable, ¿no? Eso había dicho: que dependía de cada quién y de sus circunstancias. Y se suponía que su prima estaba fuera de peligro, ¿verdad? Él mismo la había visto moverse un poco y beberse el filtro, aunque también había sido testigo de cómo casi había tropezado cuando habían intentado levantarla. Cómo había sido incapaz de decir palabra.

Una presión fría se le hizo hueco en el pecho.

Istella debió de notarlo.

–No os preocupéis; sigue estable. Todo parece normal: respira bien, su temperatura es la adecuada, no parece estar pasándolo mal ni nada... Solo es eso, que sigue dormida. Ha venido a verla esta mañana. Derro –aclaró–. Quería informar a su madre de la situación y yo se lo he dicho, pero, aun así...

–Teme que el remedio haya sido peor que la enfermedad –supuso Rog.

Ella asintió.

–Ya sabéis cómo es. En fin. –Suspiró de nuevo. Parecía incluso más cansada que antes, pero se dirigió a Matine y trató de esbozar una sonrisa–. En cuanto acabe con esto, te puedo echar una mano con las bufandas, si quieres. Nos queda aún ver...

De pronto, se cortó.

Fue entonces cuando Rog lo sintió.

La presión en el estómago.

Y, después, el tirabuzón en el aire; ligero, abrumador, bestial, ingrávido, arrasador y diminuto. Como si algo tirara de una capa de realidad con todas sus fuerzas y, al mismo tiempo, suma delicadeza, para apartarla de golpe. Gran parte de los trastos del suelo se dispersaron y sus onnie se vieron transportados en el aire; por suerte, las patas de la mesa de trabajo de Istella contuvieron a Darinn. Después, la sensación desapareció con la misma premura con la que había llegado.

Dejó escapar el aire de golpe.

Ante ellos, a escasos diez pasos, tres figuras se habían materializado, venidas de la nada: dos humanoides y un pincel que flotaba..., aunque en dirección al suelo, como si perdiera fuerzas.

–No vuelvo... a hacer eso... nunca... jamás.

–Ha sido un momento, Ankoe. No me seas.

Tía ignoró el refunfuño con el que replicó su onnie y, bajo las miradas asombradas de sus sobrinos, se recolocó las mangas abultadas de su vestido marrón, dejando un hueco donde el cuerpecito alargado de Ankoe pudiera reposar. Al fin y al cabo, acababan de transportarse desde su casa hasta el taller, y un hechizo así, en efecto, debía de haberles supuesto un gasto de energía inmenso.

Eso sí, ella parecía fresca como una uga. Y muy ufana; con una sonrisa y una mano enjoyada, hizo un gesto en dirección a sus sobrinos que, en realidad, no iba destinado a ellos, sino a Ikash.

–Anda, adelante. Bastante nos hemos retrasado ya.

Lo cierto era que él no tenía mucho mejor aspecto que Ankoe. Varios de los mechones blancos le caían sobre la frente, y la manera en que parecían fundirse con su piel lo hacía verse incluso el doble

de pálido, lo cual se potenciaba por el tono níveo que volvían a mostrar sus ojos. Parecía que le iba a dar un vahído en cualquier momento.

No obstante, consiguió asentir con cierta firmeza y avanzó un paso o dos antes de detenerse de repente.

«No quieren ayudarme».

Su tía, al verlo, o quizás al comprenderlo, chasqueó la lengua.

–Que alguien le asigne algo que hacer. –Y, tras hacer un repaso general a su alrededor, añadió–: ¿O ya habéis *acabado*?

«¿Te lo han dicho ellos acaso?».

«No me hace falta».

Rog sintió cómo la vista se le iba hacia el fondo del taller, donde seguía oyendo trastear a sus primos, que no debían de haberse enterado de la aparición de los recién llegados. Se obligó a mantenerla fija en algún sitio. En otro distinto. En sus manos, quizás. O en el suelo. En las cuentas centelleantes.

«No los conoces».

–¿Istella...? –insistió su tía.

–Eh, pues... Humm, sí. Claro. Quizás podría...

«*No quieren ayudarme*».

Y lo hizo. Ni siquiera fue decisión suya. Su mano buscó apoyo en la mesa de trabajo de su prima y lo impulsó hacia arriba.

–Pu... puede echarme una mano aquí, con el gabinete de Istella. –Se giró hacia ella en cuanto pronunció su nombre. Se estaba toqueteando la trenza, con las cejas enarcadas en una expresión casi idéntica a la de Matine–. Y tú puedes ayudar a Matine con lo de las bufandas, como le habías dicho. ¿No? Si os parece bien. A todos.

Después, carraspeó.

Pasó un segundo. Luego, dos. O quizás una eternidad.

Tía la cortó de cuajo.

–De maravilla. Que os sea leve, pues, queridos. Imagino que os veré ya durante la comida.

El repiqueteo de sus pisadas se fundió con el tintineo de la llave antes de que desapareciera en la mañana, un perfecto borrón fusiforme tras el escaparate.



Capítulo 13

En cuanto se quedaron solos, las palabras volvieron a fundírsele en la lengua.

Y comenzó a ser consciente de todo.

De lo que acababa de hacer, del zumbido de Darinn junto a su oído, de lo mucho que abarcaba el destrozo a sus pies y de lo lejos y al mismo tiempo cerca que se encontraba él. Ikash. A solo unos pasos, con la espalda recta, los brazos caídos, mientras abría y cerraba las manos muy muy despacio y sus ojos...

Lo estaban recorriendo de arriba abajo, en busca –Rog lo sabía– de un porqué que, en realidad, él tampoco llegaba a tener.

Se obligó a separar los labios de nuevo. No funcionó, al menos hasta que apartó la vista y la dirigió al gabinete de su prima. Lo que salió no fue más que un susurro:

–Eh... Bueno, ven.

No obstante, cuando echó a andar, Ikash le siguió.

Los siguientes quince o veinte o veintiséis minutos los pasó de rodillas, peleándose con los infinitos abalorios de Istella, que se le escurrían entre los dedos al intentar recogerlos, y preguntándose si tal vez debía decir algo más, qué, y cómo empezar si sí.

No logró decidirse. Por alguna razón, no se concentraba. La vista se le iba de los brillantitos a las pequeñas cajas revestidas de cuero en las que los iba metiendo, y, de vez en cuando, a Darinn, que había decidido tirarse sobre la mesa a descansar. Debía de considerar que ya había hecho suficiente durante la mañana, o que Rog no la necesitaba ahora que contaba con asistencia extra.

Aunque su atención siempre acababa regresando a *él*.

A su mandíbula afilada y su ceño, apretados en concentración. A sus manos que viajaban por las tablas de madera. A su camisa, que

no se había recolocado y que se ajustaba a su figura a la altura de las costillas, pese a que le quedara suelta en las muñecas.

Entre vistazo fugaz y vistazo fugaz, Rog recordó lo que decían las leyendas y la enciclopedia de criaturas extintas y, de nuevo, pensó en lo poco que se parecían los datos a lo que veía. De hecho, se descubrió dándose cuenta de que, por alguna razón, le costaba enlazar la palabra *criatura* –«criatura ancestral, de poderes asombrosos capaces de arrasar con ciudades enteras»– con él.

Con ese chico al que, de pronto, se le escapó una de las perlitas, que rodó hasta perderse entre los cientos de cachivaches que poblaban el suelo a su izquierda. Rog le oyó resoplar.

No pudo evitar el tirón de las comisuras.

Fue un tirón pequeño; tanto que no se percató de que había tenido lugar hasta que aquellos ojos blancos volvieron a clavarse en él, y tuvo que obligarse a borrarlo de inmediato. De pronto, en las sombras que creaba la mesa de trabajo de Istella, le pareció que sus iris centelleaban, aunque no cambiaron de color –a diferencia, estaba seguro, de sus propias mejillas.

Tardó un instante de más en comprender lo que acababa de hacer, o cómo debía de haberlo interpretado Ikash: se había reído de él.

El calor del rostro se le expandió incluso más.

–Oh, eh... Perdona. No pretendía... No quería...

Sin embargo, esta vez fue el abalorio dorado que él mismo sostenía el que abandonó su agarre sin permiso y, a pesar de que su repicar fue casi inapreciable en el rumor familiar del taller, lo sintió rebotar contra los oídos con la fuerza de una avalancha.

Se apresuró a inclinarse para atraparlo, aunque, en el proceso, lo golpeó con el dorso de los dedos, y el impulso lo hizo deslizarse por el suelo con un tintineo hasta que, de pronto, se detuvo.

Contra la mano de Ikash.

Lo vio tomarlo, como a cámara lenta, entre el pulgar y el índice. Eran largos, sí, pero no garras que pudieran destripar a nadie. Y lo único que hizo con ellos fue...

Tenderle el abalorio.

Pasó una eternidad antes de que Rog lograra volver a convocar su voz:

–Gra... gracias.

Con duda, estiró el brazo para recogerlo.

Lo que sintió entonces fue la caricia de su piel al rozarle, tan ligera y de manera tan fugaz que pudo habérsela imaginado. Cuando se apartó, solo quedó el toque frío del abalorio contra sus yemas, la curva de sus bordes, suaves aunque intrincados.

Eran pétalos.

Fue cuando Ikash habló:

–En verdad, a ti.

Aquello lo pilló por sorpresa, tal vez porque solo fue un susurro. Y, de hecho, durante los siguientes latidos, que fueron como un tambor contra el pecho, creyó no haberlo entendido bien.

Se llevó las manos al regazo, o más bien cayeron por su propio peso.

–¿A mí? ¿Por qué...?

–Me escuchaste hablar. Anoche, con tu tía. –No era una pregunta. Aun así, Rog tuvo el impulso de asentir–. Y ahora...

Se limitó a hacer un gesto al cúmulo de cajitas de cuero ya llenas que reposaban junto a las perneras de su peto de trabajo, lo que le había ofrecido ayudarle a hacer después de que Tía lo sugiriera. O lo pidiera. O lo ordenara.

Aunque no se trataba solo de eso, ¿verdad?

«Hay líneas que ni yo misma puedo cruzar, así como cosas que uno debe ganarse por sí mismo. Suerte que te haya dado, junto con una cama y un plato sobre mi mesa, la oportunidad de hacerlo, ¿no te parece?».

–No ha sido nada –respondió Rog–. Además, lo estás haciendo bastante bien.

Se arrepintió de inmediato de haber dicho eso; solo estaban recogiendo abalorios, por favor. Pero, para su sorpresa, los labios de Ikash se combaron hacia arriba; no fue del todo una sonrisa, solo un tajo entre las sombras y un incrédulo hilo de aire que escapó de él. Aun así, estuvo cerca.

Un poso cálido se asentó en su estómago.

–No sé –replicó Ikash, con las cejas alzadas–. Estas... cosas son...

–¿Traicioneras?

Él asintió.

–Muy pequeñas. –Contempló los abalorios que se esparcían entre ellos y después dirigió la mirada a los trastos que había más allá, ahí donde había desaparecido el que se le había caído–. No sé dónde está esa.

–Bueno, te aseguro que has perdido muchas menos que yo en lo que llevamos de mañana. –Sin apenas fijarse, Rog colocó la florecita dorada que aún tenía entre los dedos en la caja más cercana. Estaba ya bastante llena, así que la tapó y la dispuso junto al resto–. Ya aparecerá. O eso espero –agregó–. En realidad, a veces, encontrar cosas en este taller podría considerarse un arte en sí mismo. O un pasatiempo de riesgo. Y sin necesidad de accidente algu...

Se cortó, al darse cuenta de lo que estaba diciendo. Por suerte, Ikash no parecía haberlo escuchado; se había puesto en pie ante él mientras hablaba.

Sin dar explicaciones, se dirigió a los vestigios del destrozo, que seguían amontonándose por doquier: estructuras mecánicas, herramientas, trozos de cerámica rotos, libretas, restos de las decoraciones del techo, tablas de madera y hasta regueros de algún líquido extraño. Él, no obstante, no se fijó en nada de eso.

Parecía estar buscando entre los huecos.

A Rog le pareció adorable de una forma que también le hizo sentir lástima. Aun así, antes de que pudiera alzar la voz y decirle que de verdad no pasaba nada, oyó por segunda vez en la mañana el crepitar de las cortinas que daban al gabinete de Derro. Y no había nada menos habitual que eso.

–Deja de marearme de una vez, Guezo, ¿me haces el favor?

–Oye, oye, que aquí estamos todos igual. –El aludido surgió justo detrás de él, con unas enormes gafas redondas atadas a la nuca y Rimo atrapado en el puño. Istella y Matine lo seguían–. Solo pretendía facilitar las cosas, ¿vale? No hace falta que seas *tan* agradable.

–Puedes perfectamente *pretender* lo que sea sin necesidad de venir a...

Se cortó de inmediato. Tenía el flequillo alborotado y ya no portaba el caldero roto de antes. Sin embargo, algo en su mirada restalló

como si fuera ella la que estuviera hecha de cristal y la hubiera dejado caer al suelo para terminar de hacerla estallar. Rog no tardó en darse cuenta de por qué: Ikash se encontraba a poco más de un metro de distancia de él.

–Apártate de en medio.

Ni siquiera tuvo tiempo de obedecer; Derro pasó por su lado tan rápido que estuvo a punto de derribarlo, y pateó en el proceso un par de trastos.

No llegó demasiado lejos; Istella pronunció su nombre y lo detuvo.

–¿Qué quieres ahora?

–Quiero que te comportes. –Sonaba dura, sin rastro ya de la lástima que le había trenzado el tono durante la mañana. Quizás había sucedido algo entre ellos mientras estaban separados; una conversación que, de nuevo, Rog se había perdido. O una discusión. Estaba seguro de que, de serlo, ella no la había comenzado–. Te lo repito: nadie tiene la culpa de que estés...

–¿Nadie? –la cortó–. ¿Tú crees?

Sus ojos atravesaron a Ikash. Ambos debían de tener más o menos la misma altura, pero, en aquel momento, a Rog le pareció que empequeñecía ante su primo. Lo vieron retroceder un paso y se oyó el crujido de algo bajo su suela.

–Derro –insistió Istella–, entiendo cómo te sientes. De verdad. Yo también estoy preocupada. Pero eso no te da derecho a tratar a todo el mundo como si...

–No quería hacerlo.

La voz de Ikash la cortó a mitad de frase. Sonaba de nuevo como la tarde anterior, en la habitación de Phie: un vuelco en el mismísimo aire que todos respiraban, capaz de arrebatar el aliento y que, sin embargo, no quería hacerlo. Destilaba culpa, un arrepentimiento unido a algo más. Algo que a Rog le llevó unos instantes de más descifrar.

Miedo.

A ellos, a sí mismo y a lo que había hecho.

–No quería –repitió en un gruñido, como si tratara de contener su propia voz, sus propias emociones–. No quería destrozar nada. No quería hacer daño a nadie. No...

Ninguno de ellos supo cómo continuaba aquello.

De pronto, todos los cachivaches que se acumulaban a sus pies se expandieron a su alrededor, sacudidos por una fuerza que se deslizó sobre las tablas del suelo, las paredes y las ventanas cubiertas a una velocidad de infarto. Una fuerza que Rog sintió en los huesos, ardiente y arrasadora, antes de que, al igual que el destrozo del taller, se detuviera. Aun así, esta vez, nada volvió a su sitio.

Tan solo la voz de Derro:

–Tal vez eso tendrías que haberlo pensado antes de aparecer –le espetó, y, sin más, desapareció con un portazo.

Cuatro pares de ojos azules se buscaron en la distancia; nadie fue capaz de decir palabra.



Capítulo 14

El colgante soltó un destello rosáceo a la luz de la vela.

Era de cristal y muy sencillo: nada más que una lágrima transparente con un par de hendiduras curvadas, que reposaba sobre las clavículas de Phie. Istella tendría que estar orgullosa; Rog no sabía cuándo lo había hecho, pero le había quedado precioso.

No obstante, el suspiro que dejó escapar mientras lo desabrochaba sonaba frustrado. O desesperanzado. O quizás tan solo cansado.

De nuevo.

Guezo, Matine y él vieron cómo lo depositaba en la mesilla, despacio. Solo entonces los miró. Les dedicó una pequeña sonrisa, apenas un esbozo, antes de responder a la pregunta que, en realidad, ninguno había llegado a plantear:

–Nada. Sigue igual.

–Bueno, lo has intentado –trató de animarla Guezo, que era quien más se había acercado a la cama. Comenzó a pasear los dedos por el piecero, jugueteando con los relieves de la madera; Rimo se había dejado caer también contra él–. Eso ya es bastante.

–Más que bastante –lo apoyó Nuantt. Él también debía de estar exhausto; tenía cada uno de sus dedos de tela semitransparente flácidos. Aun así, flotaba cerca de la almohada, siempre pendiente de su vínculo.

–Ya... –susurró ella–. No sé.

Istella se había pasado toda la tarde allí, empleando sus joyas con Phie.

Al parecer, llevaba desde la noche anterior planteándose si hacerlo, pero solo se había animado tras la comida, mientras tomaban el té con Tía y esperaban que llegara la hora de volver al trabajo. Sin embargo, Rog no había visto nada de evolución desde que se habían marchado esa mañana.

A él siempre le había maravillado su poder.

Era sutil, delicado, brillante y hermoso, como cualquiera de sus joyas, que, tratadas con cuidado y el toque de su magia unida a la de Vurei, concedían ciertos dones, capacidades, recuerdos y emociones a aquel que las portara.

Rog recordaba los pendientes de esferas que permitían escuchar a través de las paredes, la tiara que potenciaba la labia de quien la llevaba puesta y la cadenita que una vez le había prestado a su hermana Alia durante una excursión familiar en el monte, y que le había permitido caminar durante horas sin cansarse (y, lo más importante, sin quejarse). Aunque también había hecho que, en un arrebato, decidiera proponer una carrera colina abajo que había comenzado sin esperar a nadie. Se había acabado cayendo de boca.

No le había pasado nada grave, tan solo un raspón en las rodillas, pero la cadena se había roto y, claro, el efecto se había desvanecido. El ascenso de vuelta lo había hecho de los dedos de Narya, su otra hermana, y entre lágrimas, más por vergüenza y la conciencia de haber destrozado la creación de su prima que por dolor. Aunque de poco había tenido que preocuparse. Istella se había colocado de rodillas ante ella y, tras enjugarle las mejillas, había recogido los dos extremos de la joya para después acercarlos a su onnie, que reposaba bajo la lana de su chaqueta. Solo había tenido que cerrar los párpados y, con un leve destello, la había recompuesto. Como si nada.

Después, se había llevado la mano al bolsito que pendía de su cintura, donde tenía guardado un pequeño brazalete dorado, y se lo había puesto con una caricia y toda su dulzura. En cuestión de unos instantes, las heridas de Alia habían desaparecido.

Era algo así lo que había pretendido hacer con Phie.

Suponía que cada caso era distinto.

–Es que no me lo explico –dijo Istella entonces, y sus manos cayeron sobre las joyas que se amontonaban en la mesilla, ante ella–. Estoy haciendo todo lo que está en mi mano y no sirve. Estoy empezando a pensar... No sé...

–Telli...

–Da igual, Viure –le cortó ella, lo que convocó un destello sobre su pecho que recorrió su figura alargada–. Tal vez es solo que me estoy preocupando de más, pero, aun así... No entiendo nada. No entiendo a Tía. No entiendo qué pretende con todo esto.

Matine, con Yiun revoloteando sobre sus rizos, chasqueó la lengua.

–Ninguno lo hacemos.

–A veces, pienso que es mejor ni intentarlo –dijo su hermano. Había tomado asiento sobre el piecero, y su onnie se había hecho un hueco en su regazo para que le acariciara la uña arremolinada de la cabeza.

–Bueno, pues yo no puedo –replicó Istella, aunque ni siquiera sonaba enfadada–. No con Phie así, nosotros así, el taller así, y hasta Ankoe. *Ankoe* –repitió, y había tanta incredulidad en su voz que podría haberse filtrado en las paredes de toda la casa hasta conformar una segunda capa–. Ya lo habéis visto esta mañana.

Sí.

Era cierto que parecía haberse recuperado un poco del esfuerzo que le había supuesto el hechizo de transporte, pero, de todas formas, ¿pretendía Tía que siguiera haciéndolo cada día? ¿Hasta cuándo? Era un onnie mayor y, en ocasiones, eso se reflejaba en la fluidez de sus movimientos, en su voz y hasta en su magia. Y, sobre todo, era *el vínculo de Tía*. No podía estar dejando que sufriera sin más. Era inconcebible.

Aunque eso no era todo. De hecho, eran varios los temas que reposaban sobre la mesa. O, más bien, los que les susurraban contra la nuca.

Lo habían estado haciendo a lo largo de toda la tarde, pese a que nadie lo había sacado a colación hasta ese momento.

Porque la cuestión era que, si Istella había decidido ofrecerse a usar sus poderes con Phie, era porque Tía se había negado a la sugerencia principal que le había hecho: la de llamar a un profesional que le echara un vistazo y confirmara que no había nada que temer. Se había escudado en el hecho de que la magia, a veces, era caprichosa, que nadie podía anticiparse a designios, ni siquiera quien la empleaba.

–Y todo para... ¿qué? –continuó su prima–. ¿Para proteger el secreto de la existencia de los daheerar? ¿En serio? ¿Tan importante es para ella?

Matine dejó escapar un «hum» antes de preguntar:

–¿Creéis que fue eso lo que le hizo cerrar el taller? Para que nadie se enterase, me refiero. Rog y yo estuvimos hablando de eso anoche.

–No, si ahora va a resultar que es la nueva defensora de especies amenazadas y no lo sabíamos –soltó Guezo. A continuación, se incorporó y se remangó la camisa de trabajo, que aún llevaba puesta–. Yo, sinceramente, creo que la verdadera pregunta, y me extraña que nadie se la haya hecho aún, es: ¿por qué querría nadie que le quitaran los poderes? Y, sobre todo, una criatura como los daheerar. Quiero decir, ¿no se supone que eran... o, bueno, *son*, los creadores de la magia?

Su hermana enarcó las cejas.

–No son los creadores de la magia, Guezo. La magia no se crea.

–Bueno, pues algo así: magia en estado puro, o lo que sea. Ya lo habéis visto esta mañana. ¡Ya lo vimos con lo del taller! Fue espectacular; terrorífico y una putada si no lo hubiera arreglado en el último momento, sí, pero espectacular. No necesita un onnie para hacer magia, no se delimita a un solo don; podría hacer lo que quisiera. No lo entiendo.

Sin embargo, Rog sí. O creía hacerlo.

No había sido capaz de olvidar el contacto de los poderes de Ikash; la forma en que se le había hundido bajo la piel, como si lo atravesara, y eso que apenas había durado unos instantes y que solo se habían sacudido un poco los objetos a su alrededor, nada más. Pero porque lo había contenido, ¿no? Lo había *reprimido*. ¿No había sido aquello lo que había dicho Tía la noche anterior, mientras hablaba con él?

¿Cómo sería si dejaba escapar su magia, si la explotaba de verdad? ¿Si, en el último momento, no decidía echarse atrás?

Tenía la respuesta a la pregunta de Guezo. La había visto en sus ojos, en su voz; eran dos espejos que reflejaban lo que lo quemaba por dentro.

–Porque le aterra su poder. Por eso quiere deshacerse de él.



Capítulo 15

De todas las reacciones que podía haber esperado (un tintineo por parte de Darinn, una mirada escéptica de Matine, una risotada incrédula de su hermano), la que más le desencajó fue que Istella asintiera.

–Yo también lo he pensado.

–¿En serio? –preguntó Guezo.

–Sí. Mira la forma en la que habló en el taller esta mañana y, bueno, fíjate en cómo ha estado durante el resto del día.

Callado en exceso, cabizbajo. Ni siquiera había comido tanto como la noche anterior; Rog también se había fijado.

–Eso –continuó Istella–, o es un mentiroso nivel experto. Pero no lo creo. Hay algo en él... Es como si fuera transparente. Sus emociones son... –Demasiado intensas, demasiado *humanas*; tanto que no encajaba siquiera en esa definición. Ni con lo él que era–. No sé explicarlo.

Él tampoco, pero... sí. Entendía lo que decía.

Tal vez fuera otro rasgo de los daheerar; otro de los cientos sobre los que no hablaban ni las leyendas ni las enciclopedias, porque nadie sabía nada de ellos. Y el problema era que, si no lo hacían, no tenían forma de ayudarlo.

Fue entonces cuando se dio cuenta de dos cosas.

La primera era que los ojos de Matine estaban fijos en él, y en sus iris alcanzó a leer que era consciente de que había algo que no les había contado. Así que lo hizo.

Les habló de lo que había sucedido mientras regresaba a su dormitorio, de la forma en que Tía había animado a Ikash a que se acercara a ellos, lo que él mismo había tratado de hacer esa mañana.

No se arrepentía; esa era la segunda certeza. Quería ayudarlo, y había querido hacerlo desde que había percibido la desesperación que velaba sus palabras. Tal vez fuera pena. Tal vez simple y llana empatía, porque él mismo conocía lo que provocaba el miedo. Sabía cómo se te colaba por las venas. Cómo abrasaba a su paso. Cómo te paralizaba.

Cómo te bloqueaba.

–Acercarse a nosotros... –repitió Guezo una vez hubo acabado–. ¿Eso le dijo Tía? –Él asintió–. Bueno, pues... no sé. ¿Por qué no lo ha hecho? Que yo recuerde, se ha mantenido distante todo el rato. Y creo que no es tan complicado: «Hey, hola», tal; tiendes la mano, te dejas dar una palmadita en la espalda y ya, fin, todo fluye. Lo que viene siendo una primera interacción interpersonal básica, vaya. Y él es el nuevo; tendría que salir de él, ¿no?

–No estoy de acuerdo –replicó Rog–. Tal vez es porque tú eres la persona más extrovertida que conozco, pero no todo el mundo es como tú. A mí también me cuesta acercarme, abrirme, esas cosas; me bloquean los sitios y la gente nueva, y más cuando son muchos. Lo sabes.

Porque incluso le había costado con ellos, sus propios primos, hasta que por fin la confianza había florecido. De hecho, durante años, había sentido que lo único que hacía era seguir su estela; que ellos hacían y deshacían mientras él solo observaba junto a Matine. Que ellos eran divertidos, inteligentes, dulces y que todos los querían, pero que él no destacaba.

Le había costado mucho darse cuenta de que esa era solo la voz de su cabeza. Su inseguridad. Su introversión. Que, en realidad, siempre habían estado ahí para él y que le habrían tomado la mano, sin importar quién de ellos la tendiera primero.

Y, esta vez, lo había hecho él: se había acercado a Ikash.

Y él se lo había agradecido. «En verdad, a ti».

–Quizás él también es así –añadió.

–E imagino que influirá el tema del accidente –aventuró Istella–. Se sentirá culpable.

–Ya –asintió Matine, aunque luego bufó–. Y encima, nosotros mostrándonos tan accesibles como Derro...

Guezo enarcó las cejas y se mantuvo un par de segundos en silencio, como si estuviera masticando la información que acababa de entrarle por los oídos.

Los rizos le saltaron sobre la frente cuando, por fin, sacudió la cabeza.

–Vale, sí. Toda la razón. Hemos sido unos anfitriones de mierda. ¿*Mierdanfitriones*? ¿*Anfimierdas*? Bueno. Aunque..., drácala, qué vergüenza, en realidad –añadió–. Si nos estuviera viendo papá... Pero, vaya –se llevó la mano al pecho–, desde aquí prometo que no permitiré que vuelva a ocurrirme, ni mucho menos que os vuelva a ocurrir a vosotros. Os vigilaré de cerca. De ahora en adelante, seré vuestro...

–Bájate un poquito, anda –lo cortó su hermana.

Él puso los ojos en blanco, pero no tardó en retomar la palabra:

–Que, a todo esto, hablando de Derro, ¿se sabe algo de él?

Matine puso una mueca que venía a significar, a todas luces, que «ni idea», y Rog negó con la cabeza, aunque se percató de que tampoco se había parado a pensar en él desde que se había marchado del taller. Por lo tanto, la reacción evidente fue que dirigieran la vista hacia Istella.

Casi no tuvo que responder. Sus labios habían vuelto a curvarse hacia abajo, y el cansancio le redondeó la espalda mientras dejaba escapar el aire por la boca.

Vurei centelló un poco más; una caricia.

–Sigue negándose a hablar conmigo. Lo he intentado varias veces a lo largo de la tarde, pero nada.

–Pues, sinceramente, no sé ni por qué te has molestado.

–Matine...

–¿Qué pasa? –preguntó ella–. ¿Tengo que recordarte cómo nos ha hablado toda la mañana? ¿Cómo ni siquiera se ha quedado al postre y nos ha dejado todo el marronazo de la tarde a nosotros? Si ha decidido ser un imbécil con el universo entero y luego encerrarse en su habitación, es cosa suya.

–Pero... –Dudó–. Lo está pasando mal.

–Eso no significa que debas cargarte con sus culpas.

Aquello hizo que destensara el cuerpo.

Sin embargo, Istella era así: siempre pendiente de todos, siempre tratando de hacerlos sentir bien, de tranquilizarlos y de impartir justicia, aunque tratando de evitarles todo sufrimiento. Había quien, al conocerla, creía que era superficial, o un tanto coqueta de más; y esto último era cierto, sí, pero jamás se superponía al cariño y la atención que ponía a su familia. Sus primos eran su prioridad.

Y, en parte, también eran la de Derro.

Tal vez su forma de demostrarlo fuera extraña; quizá pecara de sabelotodo, de ser demasiado serio, y tal vez a veces sus respuestas fueran demasiado cortantes, y eso les sacara de quicio a todos, pero era cierto. De hecho, alguna vez lo habían hablado entre ellos: debía de considerar que eran su responsabilidad, como primo mayor y precursor en el trabajo del taller, y siempre había tratado de protegerlos.

No obstante, aquello era lo único de lo que no se vanagloriaba, casi como si le diera vergüenza mostrarlo; como si creyera que esa preocupación lo hacía débil.

–Supongo que no –terminó por decir Istella–, pero quería disculparme de todos modos. Aun así..., ya os digo, ni siquiera he podido hablar con él. Pensaba que saber lo que pretendía hacer con Phie lo ablandaría un poco al menos, y que me escucharía y que, quizás, no sé, querría hacerme compañía. A las dos. Lo único que me ha dicho era que muy bien, pero que estaba ocupado y que, si no tenía nada más que decirle, no le molestara. Y aunque he vuelto a intentarlo más tarde, ni siquiera me ha abierto la puerta.

Al oír aquello, Rog frunció el ceño. Pensaba que su primo estaba buscando una explicación o una solución para la situación de Phie, o al menos eso quería creer, pero eso no justificaba que la tratase así.

Matine chasqueó la lengua.

–Es increíble lo hombre que puede llegar a ser.

La quietud que los envolvió entonces fue tan densa que casi copó la atmósfera, y tan frágil al mismo tiempo que solo necesitó un nuevo suspiro de Istella para quebrarse en mil pedazos.

–En fin. A ver si esto...

Se inclinó de nuevo sobre la cama de su prima, y Rog reparó en que ahora había algo distinto entre sus dedos: otra joya, solo que

más pequeña y plateada. Se la colocó sobre el pecho, y resplandeció en blanco durante un segundo; fue leve, pero les iluminó los rasgos a ambas.

Aunque los de Phie eran más rectos y serenos, como marfil, y los de Istella, redondeados y sonrosados, era increíble lo mucho que se parecían.

–¿Qué es? –se atrevió a preguntar Rog. A su lado, Darinn se había alzado unos centímetros para ver mejor.

–Un broche de dulces sueños –respondió ella, y pudieron ver el tenue tono azul oscuro que había comenzado a expandirse sobre sus molduras: unas delicadas serpentinas que jugaban entre sí–. Al menos, que tenga eso. Poco más puedo hacer, en verdad.

–Oye –dijo Guezo–, pues yo lo veo de diez. Quizás funcione. Quiero decir, a veces los sueños son tan buenos que te acabas despertando. Yo, hace nada, soñé que iba a meterme tremendo pastel de fradaso asado entre pecho y espalda. Tenía una pinta, con esa masa crujiente perfecta y el olor a especias... –Casi se relamió–. Pero nada, fue levantar el tenedor y... puf. Unos rayos de sol hicieron acto de presencia y adiós muy buenas. Menos mal que fue el día que Phie preparó tortitas para desayunar, porque qué hambre... Y ahora también. No he merendado.

Aquello hizo que su prima negara con la cabeza, aunque las comisuras de los labios se le estiraron un poco. Verlo contagió a Rog, e incluso Matine acabó mostrando un poco los dientes. Los siguientes instantes fueron una pausa solo interrumpida por la leve vibración del vuelo de los onnie y la respiración calmada de su Phie sobre la cama.

Rog no sabía qué estaría viendo en sus sueños; pero, conociendo la magia de las joyas de Istella, esperaba que fuera algo que la abrazara por dentro, que la acariciara y le dijera que, como siempre, estaba acompañada.

Y cuánto la echaban de menos.

Capítulo 16

Jamás había bajado tan rápido por las escaleras.

Sentía el corazón en un puño desde que la voz de Matine se había abierto paso a través de la negrura del sueño y le había empujado de vuelta al denso y luminoso mundo real de su habitación. Aunque solo para hacerle saber que ya debían irse al taller. Que llegaba tarde. Que se había quedado dormido.

Rog ni siquiera sabía cuándo, pero notaba los párpados tan pesados que tenía que haber sido hacía una hora, como muchísimo.

Había vuelto a pasarse la noche en vela.

Creía recordar habérselo dicho a su prima mientras se vestía a toda prisa y le insistía en que fuera yendo con los demás, que ya los alcanzaría; había perdido la cuenta de cuántas veces le había preguntado Matine si de verdad estaba bien. La respuesta era no. No se podía «estar bien» si tu primer estímulo del día era una especie de infarto. Claro que no era eso lo que le había dicho.

–Muy bien, me voy, pero no tardes –había respondido ella, con los brazos cruzados sobre su peto de trabajo y la boca torcida en una sonrisa un tanto maléfica–. Necesito que veas a mi hermano; se ha tomado tus palabras de ayer súper en serio y ha decidido que su nueva misión vital es adoptar a Ikash.

–¿Qué?

–Ya verás, ya.

Y con esas palabras en el fondo de la mente, Rog había acabado alcanzando la cocina entre jadeos y con Darinn flotando sobre la cabeza.

–¿La cocina en silencio? –preguntó ella–. Lo nunca visto.

Aquello le dibujó una sonrisa.

Era cierto. Además, todo estaba ya recogido: los cacharros –cucharillas, cuchillos, platitos y un par de tazas de porcelana

labrada– se escurrían junto al fregadero; las encimeras de madera blanca estaban libres de migas, pese a la enorme hogaza de pan que reposaba en una esquina, ya por la mitad, y hasta habían sacado trapos limpios, que colgaban ahora junto al horno de leña.

Era el lugar que menos sufría la influencia decorativa de Tía; no por nada era el que menos frecuentaba de toda la casa. El desayuno era la única comida del día que no compartían con ella, ya que se levantaba sobre las seis de la madrugada y solía encerrarse en su despacho hasta mediodía, como mínimo.

–Anda –dijo–, vamos a desayunar.

Bajo las florecillas que colgaban del techo y se mecían en la brisa que entraba por el ventanuco de la izquierda, se acercó a la mesa del centro, a la que alguien había puesto el mantel favorito de su prima Phie: uno blanco con un estampado de brochazos difuminados que parecían ondear en las inexistentes arrugas. Aquello le hizo torcer los labios.

No le había dado tiempo a preguntarle a Matine si se sabía algo de ella, aunque al pasar por delante de la puerta de su dormitorio la había visto cerrada, lo que significaba que debía de seguir todo igual. Lo único de lo que le había informado, aparte de lo de su hermano, era de que, una vez más, Derro no los acompañaría aquella mañana porque seguía *investigando* (el tono irónico lo había puesto ella).

Por lo tanto, aunque eso su prima no lo había puesto en palabras, lo necesitaban; la tarde anterior se habían quedado a medias ordenando el destrozo, y el piso de arriba ni lo habían tocado. Sí. Debía darse prisa.

Eso era lo principal.

–¿Me pasas los cereales, porfa?

Mientras él se acercaba a por un bol y una cucharilla seca, Darinn flotó hasta el armario que había junto a la puertecilla del patio trasero. Era un mueble alto, con dos docenas de compartimentos de distinto tamaño, algunos cubiertos de cristal y otros de la misma madera clara que componía la cocina entera; lo habían diseñado sus tíos Alluis y Lina –los padres de Phie, Derro y Pol, su hermano pequeño–, que era a lo que se dedicaban.

–¿De melaza o de colorines? –le preguntó desde las alturas.

–De colorines.

–Qué sorpresa –replicó, mientras convocaba su aura para atraer el paquete.

En cuestión de unos segundos, Rog lo tenía abierto sobre la mesa para devorar su contenido y, así, poder irse cuanto antes. No obstante, el destino tenía varias sorpresas bajo la manga. En cuanto abrió la nevera, se acordó de que el día anterior se le había gastado la leche que tomaba; por lo tanto, solo quedaba de la normal, y era intolerante. Así que, como no quería pasarse el día con molestias en el estómago (más), tuvo que bajarlos con zumo de bieb, que estaba bueno, sí, pero le llevó un rato lograr exprimir el jugo de esas pequeñas bolitas moradas. Y mira que ya tenía práctica en exprimir...

Claro que era más su propia cabeza que otra cosa.

De hecho, a eso se había dedicado desde que se había metido en su cuarto la noche anterior. O, más bien, desde que se habían sentado a cenar.

Sobre todo, a dar vueltas al hecho de que Ikash no había hecho acto de presencia. Tía se había encargado de excusarle, alegando que había sido una jornada muy intensa para él. No obstante, lo único que Rog había sido capaz de convocar había sido su expresión en el taller y el pánico que se había filtrado en su voz.

«No quería hacerlo».

Entonces, la sensación de culpabilidad se le había enredado en el pecho y ya no se había marchado de ahí. Lo único bueno que aquellas horas de mirar al techo le habían concedido había sido que por fin había podido hablar con Darinn, contarle cómo se había sentido los últimos días, revelarle todos sus pensamientos y lo reflejado que se había visto en Ikash. Lo último que recordaba antes de que Matine lo despertara habían sido sus palabras, en un susurro:

«Bueno, que no haya podido ser esa noche no significa que el mundo se acabe aquí, ¿no? Mañana será otro día». Se había aferrado tanto a ellas que debía de haberse expandido también a sus manos entre las sábanas.

Se llevó otra cucharada a la boca.

De pronto, se dio cuenta de que ni siquiera sabía qué hora era.

Y fue cuando pasó. Al girarse en busca del relojito que colgaba de la pared, bol en mano, lo que quedaba en su interior –el líquido fucsia de las bieb y un par o tres de cereales blandujos– se le derramó sobre la pernera del peto de trabajo.

–No –soltó–. No. Nonononononono...

Corrió hacia la chimenea a por uno de los trapos nuevos y regresó a limpiar el destrozo que había causado. Darinn trató de echarle una mano mientras le decía que no pasaba nada, que podía subir en un segundito a cambiarse y luego terminar de desayunar, pero él apenas la escuchaba.

El tintineo de los cacharros se mezclaba con su respiración y con el abrir y cerrar de los armarios, mientras sus pies bailaban de un lado a otro de la cocina con movimientos frenéticos y torpes; tanto que estuvo a punto de tropezar, primero nada más salir de la cocina en dirección a las escaleras, que prácticamente subió de dos en dos, y después en el rellano, cuando estuvo a punto de darse de bruces con algo.

No. No con algo. Con alguien.

Darinn se detuvo casi antes que él.

–¿Todavía sigues aquí?

Rog dio un respingo.

–Tía –dejó escapar–. No. Digo sí. Sigo aquí. Pero ya me iba. O sea, tengo que pasar a mi habitación primero y luego...

–Más despacio –le cortó ella–. Me he perdido antes de que empezaras. ¿Cómo es que estás todavía en casa? ¿Por qué no te has ido con tus primos?

Las luces de la mañana caían sobre su rostro como una cortina brillante; tanto que le ocultaban gran parte de las arrugas del lado izquierdo y le arrebataban parte del color cobrizo a su cabello, que, como siempre, llevaba recogido en lo alto de la cabeza.

Llevaba uno de sus vestidos sencillos (es decir, que estaba confeccionado con un solo kilo de tela, en lugar de tres). Era de color gris oscuro y se cerraba en lo alto del cuello en un punto rematado por una borla dorada. No le pasó desapercibido el hecho de que Ankoe no la acompañaba. Claro.

–Eh... Me he quedado dormido. –Ella lo contempló de arriba abajo con sus ojillos incisivos hasta que reparó en la mancha que se extendía por su pernera. Dobló la rodilla hacia dentro–. Oh. Bueno, eso es... Me he manchado un poco desayunando; por eso subía.

Pasó un segundo. Luego otro.

–Ya veo. Te dejo que te vayas, pues.

Tras inclinar la cabeza, Rog echó a caminar hacia la bifurcación que había al fondo del pasillo. No obstante, apenas había dado media docena de pasos cuando oyó que lo llamaba. Se detuvo de inmediato, y su reflejo en el aparador negro con las patas enroscadas que había a su derecha le devolvió su expresión asombrada durante los instantes que tardó en volverse. Tenía el pelo hecho un desastre.

–¿Sí, Tía?

–He hablado con Istella esta mañana. Me ha contado lo que les dijiste ayer a ella y a tus primos.

Rog se esforzó por no fruncir el ceño. Se mantuvo en silencio unos instantes, a la espera de que añadiera algo más.

Como no lo hizo, carraspeó.

–Ah..., ¿sí?

Un asentimiento. Y, después, agregó:

–Y enhorabuena por tu predisposición ayer en el taller.

–Gra... Gracias.

¿Se estaba refiriendo a lo de Ikash? ¿A que le ofreciera echarle una mano para recoger los abalorios del gabinete de Istella? No llegó a descubrirlo; para cuando se le pasó por la cabeza preguntárselo, Tía ya se había dado la vuelta y se alejaba en dirección a su despacho.

–Es el ser humano más raro que he conocido en mi vida. –La voz de Darinn fue un susurro contra su oído, pero la percibió casi como un grito. Le chistó en una especie de acto reflejo–. ¡Perdón, perdón! Pero no me dirás que no... ¿Se puede saber qué ha sido eso? ¿«Enhorabuena»? ¿Quién se supone que estaba agradeciéndole qué a quién?

Rog no fue capaz de responder a eso.

Aun así, le había parecido captar algo en la fina curva de los labios de Tía. Estaba... complacida. Era uno de sus detalles; esas cosas

que le habían hecho darse cuenta a lo largo de los años de que le caía bien. No habían sido demasiados, pero, por alguna razón, los había ido recopilando en su mente.

Recordaba que, de pequeño, solía recurrir a él para llevar las pastas de té al salón cuando iban a visitarla, y que nunca mentaba si faltaba alguna (o varias) de la pirámide en la que le gustaba colocarlas. O esa vez, cuando tenía diez años, en la que le había respondido de forma cortante al exmarido de su tía Ulhia, la madre de Istella, después de que se burlara de él por su timidez y su forma de hablar «amanerada».

O el día de su ceremonia de graduación, según Rog había llegado, birrete en mano, adonde lo esperaba su familia, que ocupaba un porcentaje importante del patio de butacas. Entonces, las primeras palabras de Tía habían sido: «Tendré que pedir que les echen un vistazo a las enredaderas volátiles del patio antes del verano; las muy sinvergüenzas se empeñan en atravesar las ventanas del lado este».

Rog no lo había entendido en un primer momento, claro, y había parpadeado varias veces antes de limitarse a darle un beso en la mejilla y pasar a aceptar las felicitaciones de los demás; luego se había enterado de que esa era la zona de su casa en la que ya tenía una habitación reservada para él.

La promesa debía de haber quedado en saco roto –o las enredaderas habían sido más tercas de lo que prometían los expertos en botánica–, porque ahí seguían, en eterna lucha contra el alféizar de su ventana, a la espera de que la abriera. Sin embargo, ya se había acostumbrado a ellas.

En un inicio, no había sabido si creerse las pullas de sus primos sobre su trato preferente («¡Que le ha salido un competidor a Phie, tú!»), pero lo cierto era que era el único al que le había pedido que le echara una mano con sus manuales de hechizos durante el verano, y que luego iban apareciendo, de uno en uno, bajo el marco de su puerta.

Así que había llegado a pensar que tal vez sí tuvieran razón, aunque «preferente» quizá no fuera el mejor adjetivo para describir que no le diera tantas respuestas cortantes como al resto. Aunque,

en realidad, tampoco es que hubiera mantenido demasiadas conversaciones con ella.

Solo eran eso, detalles que sobresalían como largos dedos entre los recovecos de los porqués. Por eso no lograba encontrar ninguno.

Aquella vez no iba a ser diferente.

Así pues, tras pasarse de nuevo la yema de los dedos por el rastro de jugo de bieb y susurrar un «Da igual; vámonos», apretó el paso hasta su dormitorio.



Capítulo 17

–No, no. Estoy sorprendida. Le ha preguntado hasta su color favorito.

Rog terminó de subir las escaleras que conducían al taller, con la mano derecha en la barandilla y los ojos fijos en los rizos de Matine, que lo precedía. Había estado esperándolos con Yiun en el patio delantero (bajo el pretexto de seguir buscando sus bufandas ahí, por si acaso), y lo primero que había hecho había sido ponerles al día de todo lo que había pasado en la hora y algo que habían tardado en llegar.

–¿En serio?

Al parecer, el «modo adopción» de Guezo se basaba en un interrogatorio de datos variados e insustanciales, y en contar su vida y el funcionamiento de su trabajo y de las dinámicas familiares (con, también, datos variados e insustanciales).

–Ajá. Y él parece estar bien, ¿eh? Sorprendentemente. O sea, sí que esta mañana se ha acojonado, porque ya sabes cómo es mi hermano de intenso: le ha dado los buenos días a voces y ha estado a esto de cargarse un plato porque lo ha estampado contra la mesa al ponérselo delante, pero luego... –Matine se encogió de hombros–. En realidad, ha hablado él casi todo el tiempo; Ikash solo lo ha escuchado y ha ido respondiendo sus preguntas y demás, creo. Porque iban por delante. Pero, vaya, que en ningún momento me ha dado la sensación de que estuviese incómodo. Quizás abrumado. Aunque ¿quién no lo estaría, no? Con tanto palique... –Y agregó–: Deberías plantearte ser, no sé, político o algo así.

–Como si no me cuestionara ya mi profesión cada día.

–Bueno. Tienes todo un abanico de posibilidades ante ti y toda la vida por delante. No te conformes.

Rog torció los labios, pero no le dio tiempo a decir nada más; su prima, con una risita velada, abrió la puerta y ambos se colaron en el interior, seguidos por sus onnie.

–¡Ya estamos aquíííí! –saludó a gritos–. Y ha sido un tremendo fracaso, pero traigo compañía.

–Fantástico –replicó Istella. Se encontraba recolocando la cortina que separaba el lado derecho del mostrador de venta, el que daba al gabinete de Matine–. Lo de la compañía, digo –aclaró–. Siento lo de las bufandas.

Rog se alegró de oírla más animada esa mañana. O más relajada, al menos. Además, las ojeras que le habían decorado los ojos habían menguado. Debía de haber podido dormir más que él, confiada en la efectividad del poder de sus joyas, aunque sabía que durante la noche había vuelto cada cierto tiempo a echar vistazos a Phie.

–Una cosa –añadió–: ¿me hacéis el favor de pasarme una de esas anillas, por favor? Se me ha debido de olvidar cogerla. Y el pobre Vurei...

En lo alto, su onnie, que había abandonado su lugar habitual sobre su pecho, se encargaba de mantener el último pliegue en su sitio, moviéndose de un lado a otro como una pequeña centella blanca que se peleaba contra el peso de las esquirlas decorativas. A Rog le parecía oír su respiración agitada.

Matine, Yiun y Darinn acudieron en su ayuda, y él se quedó ahí, en la entrada, contemplándolo todo como un pasmarote.

Olía a una mezcla muy curiosa entre frutos silvestres y humo perlado.

Por alguna razón, pese a que Matine le había advertido de que habían hecho bastante progreso con la recogida, le sorprendió comprobar que era verdad. La mayor parte del suelo estaba ya despejada; solo quedaban alguna que otra caja del pedido del otro día suelta, una lámpara con cabeza elíptica que nadie había tocado y algún diminuto centelleo de los abalorios que se les habían quedado extraviados la tarde anterior.

Lo que todavía faltaba por solucionar, eso sí, era el tema de las cosas rotas, y ya no solo eran inventos, cachivaches y útiles de trabajo, sino también la mayoría del entramado auxiliar que se

encargaba de transportarlo todo de un lado al otro del taller. Ya el día anterior se habían dado cuenta de que sería complicado salvarlo, y habían decidido ir amontonando todo lo que encontraban delante del gabinete de Guezo.

Aunque, desde la perspectiva que tenía Rog, ni siquiera llegaba a sobresalir; parecía una pirámide de trastos más de todas las que siempre tenía acumuladas.

Él se encontraba justo en medio; en efecto, bien acompañado, y fuera lo que fuera que estuviera diciendo, Ikash lo estaba escuchando con total atención.

Tal y como Matine le había contado, llevaba puesto uno de los antiguos uniformes de Derro, que, al parecer, Guezo había hurtado en una de sus pausas para ir al baño, tras pasarse cerca de media hora al acecho.

Le quedaba bastante bien; tal vez los pantalones un poco por encima de los tobillos y la camisa algo suelta sobre los hombros, y le sobresalía de más por los huecos de los brazos del chaleco. Pero, por lo demás, podía pasar por cualquiera de ellos (al menos, desde detrás de las ventanas hechizadas).

Al verlo, una especie de escalofrío lo recorrió desde la punta retorcida de sus botas hasta el último de los mechones cobrizos que había conseguido apañarse antes de salir de casa, ya con pantalones limpios. ¿Orgullo? ¿Alivio? No habría sabido definirlo. Y tampoco tuvo tiempo de detenerse a preguntárselo, porque justo en ese momento su primo se percató de su llegada.

–¡*Dichososísimos* los ojos, Rollito! –le gritó–. ¡Ya pensábamos que te estabas escaqueando! ¡Venga, ven, únete a los hombres de bien!

Ni siquiera tuvo que darles la orden a sus pies; se pusieron en movimiento por sí solos, y Darinn voló a su encuentro. Para cuando quiso darse cuenta de lo que estaba haciendo, sentía que le ardían las mejillas y la siguiente pregunta del interrogatorio se difuminaba en el aire:

–¿... daheerar sois hombres y mujeres? O sea, machos y hembras. ¿Cómo se diría?

Ikash boqueó, y Guezo soltó una carcajada. Después, le dio una palmadita en el hombro y se volvió sin esperar a que respondiera.

–Este tío es lo más, Rollito –le dijo–. No sabes la mañana entretenida que llevamos.

–Oh... Eh...

–Hola.

Le costó unos segundos de más asimilar que era a él a quien se dirigía Ikash. Bajo la luz que lograba colarse por la ventana borrosa, sus ojos seguían reluciendo en blanco, pero había un poso de fondo, un toque rojizo que parecía fundirse con su pupila, aunque era tan sutil que podría habérselo imaginado.

Tuvo que forzar a sus labios para darle una réplica que le salió demasiado baja. Y temblorosa:

–Ho... hola.

–Me ha estado ayudando a organizar esta movida. –Guezo, ajeno al intercambio, seguía hablando–. Pero, en fin: una mierda. Y mira que me jode, ¿eh? –Dirigió de nuevo la vista a su acompañante–. El sistema de transporte fue lo... tercero que hice nada más empezar a trabajar aquí. –Le salió más como una pregunta que como afirmación–. Sí, creo que sí. Y solo me llevó una semana.

Ikash asintió varias veces despacio, aunque lo cierto era que se le veía sorprendido con aquello. No obstante, de pronto, pareció reparar en algo:

–A ti y a tu onnie, ¿no?

Rog se fijó en que Rimo se removía sobre su mesa de trabajo, atento a lo que decían de él, pero, como siempre, sin opinar.

–Bueno, claro. ¡Veo que lo vas pillando! ¿Sabes que no había visto un onnie hasta que llegó aquí, Rollito? –le preguntó de pronto–. He pensado que luego podríamos presentárselos uno a uno. Mira, la de mi primo se llama Darinn. Darinn, saluda –le pidió, y ella lo hizo encantada con uno de sus tintineos y sacudiendo sus colores en el aire–. Es una pluma porque mi primo forja hechizos.

El rostro de Ikash se iluminó un segundo mientras la contemplaba, aunque pasó a fijar la atención de nuevo en Rog. Si tenía intención de decir algo, no tuvo ocasión, porque Guezo continuó:

–Pero vaya, eso, que en aquel entonces iba volado. *Íbamos*. No me ha vuelto a pasar en la vida –confesó con una risita–. Era un jovenzuelo *productiverrísimo*. Qué pena que no hayas podido verlo

en funcionamiento, en verdad, porque no sabes tú cómo va: pura seda. ¿Que mi hermana se ha quedado sin una tela en concreto y está en el almacén? En medio segundo, suya. ¿Que Phie necesita comprobar algo del mostrador? ¡Pa! –chasqueó los dedos–; lo tiene. Y su gabinete está arriba, te recuerdo. O ¿yo qué sé? Que es el último viernes del mes y se ha pasado la señora Carmira para traernos pastitas, pues merienda para todos sin que nadie se mueva del sitio. Tendrías que probarlas, por cierto; están de cagarse en el peto. En fin, eso –concluyó–, que ya me tocará arreglarlo.

Una vez más, posó su mirada azul en Rog, y el océano de pecas que le cubría las mejillas se esparció al compás de la sonrisa.

–Oye, ¿has visto lo colegas que somos ya? Y he descubierto qué es lo que has visto en él: es igual de *frikazazo* que tú. –Al ver que Rog separaba los labios, se adelantó–: ¡Es broma, es broma! –Le propinó un golpecito en el pecho a Ikash, que dio un respingo–. Aunque antes le he preguntado qué es lo que más le ha gustado de lo que lleva visto de Aness y coge y me suelta que «huele a río». A *río* –repitió–. ¿Cómo cojones se supone que huele un río?

–Levanta el alerón y ahí tienes la respuesta.

La intervención de su hermana, que había dejado a Istella recogiendo el mostrador tras haber terminado con la cortina, hizo que todos rieran a su alrededor, Guezo el primero. Y más fuerte que nadie. No obstante, Rog no pudo evitar fijarse en que...

–¡Pero mirad cómo se ríe el muy cabrón! –exclamó su primo.

Sí. Ikash lo había hecho también: con sutileza, echando la cabeza un poco hacia atrás y mostrando lo justo los dientes. Eran pequeños, y tenía los colmillos bastante más largos que el resto, pero, una vez más, no tanto como decían las leyendas. Y sonaba fluido, como una corriente rápida.

Justo como..., sí, los ríos.

–Es... –comenzó a justificarse, en voz no muy alta–. Es que ha sido *gracia*. –Al oírlo, Matine alzó la barbilla, altanera, lo que pareció motivarle a continuar un poco más fuerte–: Y ya se lo dije. Antes. Huelen a tierra húmeda, a la vegetación y los hongos...

–¿A los *hongos*? –apostilló ella–. ¿Veis? Todo encaja.

Una nueva ronda de carcajadas, aunque esta vez acompañada de un par de ojos en blanco y un resoplido.

–Sí, sí, hermanita. Eres graciosísima. Y ahora, encima, te vas a unir a este traidor para hacerme la vida imposible. Como si no te conociera.

Al escucharlo, y tal vez sintiéndose culpable, Ikash añadió:

–Yo no me reiría tanto de los hongos...

Y (¿cómo no?) Guezo debió de considerar que era lo más gracioso que había dicho en toda la mañana.

–Ah, ¿no? ¿Y eso por qué?

Él agachó la vista un instante, consciente de que la atención de todos había recaído en él, pero no tardó en explicarse:

–Eh... Porque pueden dar problemas. Pero, si se huelen antes, se puede saber y se puede hacer...

–No, si ¿veis lo que os he dicho? –lo cortó Guezo–. *Fri-ka-za-zo*. Y encima, un pringao que no va a poder salir de aquí para hacer una visita a nuestro *ultraolorosisísimo* río. Qué pena, ¿eh?

Aun así, le cubrió los hombros con el brazo y le dedicó una inmensa sonrisa. Y, pese a que Ikash contrajo un poco el rostro, pillado por sorpresa o extrañado por el repentino contacto físico, no pareció molesto. Ni de lejos.

Además, en ese instante, algo en la cabeza de su primo debió de hacer *clic*, porque pasó a señalarle algo que se encontraba en los estantes de madera de su gabinete, con tanta efusividad que, a pesar de que Matine negara con la cabeza, era imposible que alguien pudiera sentirse incómodo a su lado.

Hasta ella, en el fondo, parecía divertida.

Aunque, para Rog, su voz comenzó a convertirse en un rumor doble en el interior de sus oídos, porque se mezclaba con lo que le había dicho hacía un instante: «Ya he descubierto qué es lo que has visto en él». Le había soltado aquello. Justo en sus narices.

La caricia cálida que le había recorrido las mejillas pasó a treparle por las orejas. Sí, le había parecido ver ciertas similitudes entre los dos, y por eso había sentido esa especie de simpatía hacia él, pero... ya estaba. No lo conocía de nada, y quizás ni siquiera tuvieran nada más en común. Sí, de acuerdo, se fijaba en el olor del taller, era su

costumbre, pero, en realidad, el resto de los olores no le llamaban especialmente la atención. ¿Acaso a Ikash sí? ¿Sería otra característica de su especie?

Frunció el ceño. «Especie»...

Y entonces su primo se coló, en modo triple, en su rango auditivo:

–Pero, en fin, eso será tema para el Guezo de... ¿dentro de quince minutos? ¿Nos damos un descansito, primatillos? Recordar las pastas de la señora Carmira me ha dado hambre, y ahora no dejo de pensar en ellas. No hay nada de comer, ¿no? –Al alzar la vista, Rog vio que Matine hacía un cero con los dedos. Él resopló y, de pronto, agregó–: Aunque, bua, ¿sabéis lo que realmente me apetecería? Un buen trozo de la tarta de vin que hace tu madre, Rollito. Quizás podríamos aprovechar el cargamento del otro día y preparar una. Es tradición en nuestra familia, ¿sabes, Ikash? Eso sí que es...

–¿Vin? ¿Has dicho vin?

Guezo lo miró un microsegundo, sorprendido por la intensidad con la que lo había interrumpido, antes de volver a soltar una risotada.

–Claro, *vin* –respondió–. Vin, de savia vin. ¿Por qué?

Pese a que Ikash separó y juntó los labios un par de veces, no respondió de inmediato. En su lugar, fijó la mirada en los trozos de metal y madera del transportador que se acumulaban a unos pasos de sus pies.

–¿Ikash...? –lo llamó Guezo.

–La savia vin sirve... para arreglar cosas. –Alzó la vista hacia él. Después, recorrió con la mirada a los demás–. ¿Lo sabéis? Tal vez podríais...

–¡Drácala, claro! –lo cortó–. ¡Eres un genio! ¡Un maldito genio!

Y, tras soltar la enésima carcajada, que rebotó por todo el taller, echó a correr hacia el mostrador, llamando a gritos a Istella.

Capítulo 18

Solo habían necesitado terminar de ensamblar dos piezas del sistema de transporte para que la mente de Guezo comenzara a dar saltos mortales hacia atrás, y ya no había parado en ningún segundo de los minutos que habían compuesto las siguientes... ¿cuatro, cinco horas? Habían decidido quedarse a almorzar en el taller para molestar lo menos posible en casa; en especial, a Ankoe, que habría tenido que llevarse y traer de nuevo a Ikash. Ni siquiera se habían tenido que mover de allí: habían sido sus onnie quienes habían ido volando (literalmente) a casa y se habían encargado de prepararles algo.

Lo cual significaba que Guezo no había cerrado la boca ni teniéndola llena.

–¿*Ef* que *nof daif* cuenta *fe* lo que *fifnifica efto*? *Ef* que *pofría hafer* lo que me *fiera* la gana. ¡La gana! –Ahí, por suerte, había terminado de tragar–. De hecho, estoy pensando que incluso podría...

Sus palabras se habían quedado en el aire, pero sus ojos, acompañados por el papel marrón que envolvía su bocadillo –el tercero que se había zampado–, habían viajado hacia el otro lado del taller y se habían fijado en un punto en concreto.

El escaparate.

–Dime que no. –Claro que Rog, apoyado contra el mostrador y rodeado de envoltorios vacíos, había sido el único que había oído el resoplido de Matine–. Se me va a cortar la digestión hasta antes de empezar a hacerla.

Este, por supuesto, había continuado en su mundo:

–¡Sí, sí! ¡Ya lo estoy viendo! ¡Va a ser espectacular! Te tengo que poner al día de esto, Ikash, pero vas a ayudarme. Lo tuyo es puro talento... Aunque ya nos meteremos con ello cuando acabemos de

arreglarlo todo, primatillos míos. Nos preocupéis. ¿Tú vas a volverte o te quedas con nosotros, Istella?

–«Creo que... Creo que voy a subir a comprobar una vez más que todo sigue igual, si no os importa. Intentaré volver cuanto antes».

En eso había consistido el resto de la tarde: en arreglar cosas.

Pero lo cierto era que Guezo estaba en lo cierto. A falta de Derro, que habría sido quien se habría encargado de haber aparecido en algún momento, había sido Ikash quien había preparado aquella densa pasta que les había permitido arreglar la mayoría de cosas que se habían roto, o, al menos, comenzar a hacerlo.

Porque, a pesar de que la savia vin –mezclada con agua, lágrimas de dernácea, polvos de otar y no se sabía qué otras cosas más– era capaz de adherirse a casi cualquier material y fundirse con él de forma que prácticamente parecía no haber sufrido ningún desperfecto, tardaba unas cuantas horas en hacer efecto.

En el caso de Ikash, bajo el tacto de sus dedos, era apenas un minuto.

–No es talento. –Las palabras de Matine fueron un susurro en el oído de Rog mientras ambos lo contemplaban, sentado en el mismo rincón que había ocupado desde que se había puesto en marcha por la mañana, con las piernas cruzadas, un caldero de cristal en el regazo, el cuenco del ungüento junto a los pies y una taza de leche a medio beber–. Es poder.

Aunque, esta vez, sin fuerza arrasadora. Sin arrugas en el aire. Solo la forma en la que propinaba leves caricias en las grietas, como si necesitara reverenciar cada una de ellas antes de hacerla desaparecer.

Y mientras, sus ojos bailaban del azul celeste al violeta.

Fue gracias a ellos, por seguirlos sin apenas darse cuenta, que Rog se percató de que Viure había vuelto.

No lo había visto cruzar el taller, pero sí quedarse flotando justo en el centro, envuelto en su aura de colores, como si no supiera adónde o a quién dirigirse.

–Istella me ha pedido que viniera a avisaros –dijo al fin. Aun así, no sonaba preocupado; más bien lo contrario–. Vuestra prima se ha despertado.

–¿Quieres más agua?

–Estoy bien, Derro. De verdad.

La voz de Phie sonaba extraña: demasiado suave, apagada, en contraste con el tono firme, envolvente y moteado de dulzura con el que siempre se dirigía al mundo.

Y no es que hubiera llegado a perder del todo esto último, pero sí sonaba un tanto hastiada. Aunque no tanto como la voz que llenó entonces su dormitorio:

–Pues sí, ya está bien. Es la decimoquinta vez que se lo preguntas en menos de cinco minutos.

–Lo hace con buena intención, Tía –se apresuró a mediar Phie antes de que su hermano pudiera decir nada.

Ella bufó desde la butaca de piel que había junto a la cama.

–No hemos pasado de tenerte dormida tres días para tenerte ahora ahogada. O peor, meada viva.

Aquello hizo que Guezo soltara una risita por lo bajo.

Por su parte, Derro, y pese a que era bastante evidente que estaba molesto, se limitó a dejar la jarra en la mesilla y encaminarse hasta el escritorio. Al verlo, Phie le dirigió una especie de disculpa con los labios apretados a la que él no respondió. Después, suspiró y preguntó:

–¿Sabéis qué es lo que realmente necesito?

Hizo una pausa que dedicó a fijar la vista en sus primos. Primero en Istella, que no había dejado de toquetearse la larguísima trenza desde que habían llegado del taller. Después, en Matine y en su hermano, que se encontraban cada uno a un lado de la cama y que lo único que habían hecho había sido darle la bienvenida como si acabara de levantarse de la tumba (era evidente quién) y preguntarle cómo estaba para evitar soltarle un «¿eres imbécil?» (también). Y, por último, Rog, que no había sido capaz de despegar los labios en ningún momento.

Ni siquiera sabía por qué.

Cuando habían llegado a casa, antes de subir al segundo piso, Istella les había puesto al día de lo que Phie les había contado al

despertar.

En efecto, seguía bien y lo recordaba todo. O, al menos, hasta cierto punto.

–Que dejéis de mirarme como si me fuera a volatilizar de un momento a otro y vengáis a abrazarme de una vez –les dijo. Y luego agregó–: De mi hermano y de Tía no me lo espero, pero al menos de vosotros, ¿no?

Fue entonces cuando regresó su sonrisa. Y tal vez fuera más pequeña que de costumbre, más cansada, pero seguía siendo tan cálida y contagiosa como siempre bajo las pecas dispersas que le cubrían las mejillas y la curva de sus hoyuelos. No tardó en expandirse como una plaga a su alrededor.

Porque, si regresaba su sonrisa, significaba que había regresado ella.

Que estaba bien.

De verdad.

Los cuatro se arrojaron a la vez sobre la cama y se convirtieron en una mezcla de rizos cobrizos, codos y carcajadas. Rog no supo cuánto duró; podría haber sido un instante o una eternidad. Lo único que tuvo claro, que sintió real, fue el poso en el pecho, como si se le hubiera cerrado un hueco inmenso que ni siquiera se había dado cuenta de que se había abierto.

–Ya sí que estoy como nueva –concluyó Phie mientras ellos tomaban asiento a su alrededor. Pasaron a ocupar casi cada centímetro libre del colchón, que chirrió un poco bajo su peso–. En fin, tres días, ¿eh? Llevaba siglos sin darme unas vacaciones tan largas.

Aquello los volvió a hacer reír.

–Pues yo ya estaba pensando en unirme, sinceramente. –Guezo se miró las uñas con fingido aire casual, aunque de pronto frunció el ceño–. ¿«Unírteme»? En fin, como sea. No lo he hecho porque ¿qué habría sido de estos sin mí? Tú eres mucho más prescindible. –Se ganó un resoplido de su hermana y varias cejas arqueadas que solo se disiparon cuando añadió–: Aunque se supone que somos un equipo; no lo vuelvas a hacer. Por si acaso.

–Por *favor* –reformuló Istella, que no le había soltado la mano a Phie; la mano en la que no descansaba Nuantt, claro, que se aferraba a su vínculo como si fuera parte de ella.

–Te hemos echado de menos.

La voz de Rog fue un susurro, pero le recorrió de arriba abajo. Su prima fijó la mirada en él; por primera vez desde que habían llegado, radiante –radiante de verdad–. Y afirmó:

–Entonces, me lo pensaré. Sobre todo si vais a cuidarme tan bien. Así que gracias. En especial a ti, Derro. Por las vacaciones, me refiero –bromeó.

Él no respondió. De hecho, era posible que ni siquiera la hubiera escuchado. Seguía apoyado en su escritorio, con los brazos cruzados y la vista fija en la ventana, ausente.

Todos lo contemplaron extrañados. Pese a que su hermana dudó un instante, tal vez pensando en preguntarle si todo iba bien, acabó por encogerse de hombros y dirigir la atención de nuevo a sus primos.

–Y, por supuesto, también a ti, Tella. No he podido decírtelo antes.

–Cielo...

Phie negó con la cabeza para cortarla, y después hizo una seña con la barbilla hacia el pecho de su camisón, donde aún llevaba el broche de dulces sueños que le había puesto.

–Es precioso.

Ella sonrió, enternecida.

–Puedes quedártelo, si quieres.

–¿De verdad?

–Lo que hay que ver –soltó de pronto su tía. Ella también había permanecido en silencio, aunque no había apartado los ojos de ellos; en aquel momento, eso sí, los puso en blanco–. Sois unos moñas como una catapulta de grande.

La carcajada colectiva retumbó contra las paredes.

Y al compás de los chirridos de la cama, se les sacudieron los hombros, se doblaron por la mitad, se dejaron caer los unos contra los otros y les llegó a pinchar en el estómago.

Tía se mantuvo recta en su posición, aunque, por la forma en la que apretaba los labios, podría dar la sensación de que estaba

evitando que se le combaran hacia arriba, siguiendo la dirección su pelo, apretado en un recogido alto.

–Y, bueno, contadme –continuó Phie una vez lograron calmarse–. ¿Qué habéis estado haciendo estos días? ¿Ha pasado algo interesante? Imagino que habréis estado ocupados, ¿no? Con el taller y demás...

–Ni te lo imaginas, prima –respondió Guezo–. Hemos tenido que recogerlo todo y arreglar un porrón de cosas que se habían roto, y Matine ha perdido sus bufandas de invisibilidad. Menos mal que a Ikash se le ha ocurrido usar savia vin; para arreglar cosas, digo, porque...

–¿Ikash? –Una arruga se posó en su ceño–. ¿Quién es Ikash?

Y fue como si se accionara un interruptor.

A su alrededor, los rostros se convirtieron en cejas alzadas y labios apretados. Matine y Rog compartieron una mirada furtiva, y él se dio cuenta de pronto de que ni siquiera sabía dónde se encontraba. Lo habían dejado en el taller junto a sus onnie, a la espera de que llegara Ankoe a buscarlo, mientras ellos echaban a correr cuesta arriba hacia la casa de Tía.

–¿Cómo que quién...? –empezó a preguntar Guezo mientras buscaba a Istella, a Derro y a su tía con la mirada–. ¿No se lo habéis contado?

–Uy, qué misterio –dijo Phie, aunque sonaba divertida. Alisó las sábanas que aún le tapaban las piernas–. ¿Contarme qué?

Matine separó los labios para contestar:

–Que tenemos...

Sin embargo, no fue ella quien acabó la frase:

–Un daheerar. –Derro se alejó del escritorio y dejó caer las manos–. Sí. Uno de carne y hueso, aquí, con nosotros. Es nuestro nuevo «invitado», aparte del culpable de lo que pasó en el taller, claro. Pensaba que vendría con vosotros –agregó, con un tono casual que era de todo menos eso–. Como no habéis parado de pasearlo de aquí para allá como un...

–*Derro*.

El tono de Tía contenía una advertencia.

Él, por supuesto, se calló, aunque mantuvo la barbilla alzada, el ceño fruncido y la mirada fija en la máscara de perplejidad de su hermana.

–¿Cómo que un... daheerar?

Hubo un nuevo instante de silencio y, después, comenzaron a relatar, paso a paso, los sucesos de aquellos tres días que habían quedado a sus espaldas.



Capítulo 19

Todo en Ikash chillaba «culpa» cuando se detuvo en el umbral del comedor, desde las sendas blancas de su pelo hasta el dobladillo del pantalón prestado que se había puesto para la cena.

Lo acompañaba Guezo. Se había ofrecido a ir a buscarlo para que Tía no tuviera que hacer el esfuerzo de ir hasta su dormitorio y bajar, y parecía encantado con la misión, pese a que Rimo flotara tras ambos como si nada de aquello fuera con él. No obstante, a los pocos pasos debió de darse cuenta de que Ikash se había quedado atrás, con la atención fija en la mano con la que se rodeaba la muñeca contraria.

Se detuvo para mirarle, lo llamó por su nombre y asintió varias veces en su dirección. Solo entonces Ikash alzó la barbilla y le mantuvo la mirada unos segundos, nívea de nuevo, antes de dirigirla a los rostros que lo contemplaban desde la larguísima mesa.

La vajilla ya estaba lista pero aún vacía, a la espera.

–Hola, Ikash. Yo soy Phie. –Fue la primera en hablar. La sonrisa le había trepado hasta los ojos y un ligero tono rojizo había pasado a cubrirle las mejillas. Las fuerzas que le habían faltado al despertarse parecían recuperadas por completo–. Es un placer. Puedes sentarte, si quieres.

A Rog, desde su hueco de siempre junto a Matine, le dio la sensación de que Ikash hacía un verdadero esfuerzo por no retroceder y poner en orden sus ideas, sus palabras y las emociones que lo recorrían mientras se acomodaba en la silla más cercana a la puerta.

No se acordó de saludar. Lo único que dijo fue:

–Siento... Siento mucho lo que pasó.

Pero ella ya estaba negando con la cabeza.

Lo primero que había pedido había sido conocerle –«Si él quiere, claro. ¿Ha vuelto ya a casa?»–. No más explicaciones. No hurgar en las incógnitas de su especie ni en las razones que lo habían llevado hasta allí, ni lo que había sucedido en el pasado y que su tía había mantenido en secreto. Rog sabía que no había sido por curiosidad, por comprobar con sus propios ojos que era cierto, sino porque... Sí, porque era un ser sintiente más. Porque estaba en su casa. Porque ella también pretendía ayudarle.

–No te preocupes. Ya está todo perfecto. –Alzó ambas manos para mostrárselo, para *mostrarse*. Se había puesto un sencillo vestido de color azul celeste, con mangas cortas abullonadas sobre las que caían sus mechones brillantes. Al ver que no respondía, continuó hablando–: Y, por lo que tengo entendido, en el taller también. Mis primos me han contado la idea que has tenido. La de la savia. Me parece maravillosa.

Él tragó saliva.

–Mi... Nosotros la empleamos mucho. Tiene... –Hizo una pausa, como si estuviera esforzándose por buscar la forma más correcta de expresarlo–. Cualidades.

Phie dejó escapar una risita cantarina.

–Es cierto. Un montón. Tuve un profesor de Botánica Mágica en la universidad que decía que nadie había sido capaz de descubrir todas sus aplicaciones, y que creía que nunca se lograría. –El maestro Benmaj; también le había dado clase a Rog, aunque a él nunca le había apasionado su asignatura–. Aunque él no las llamaba «aplicaciones»; las llamaba «sus misterios» –agravó la voz para pronunciarlo con tono enigmático, aunque de inmediato regresó al suyo–. Y luego está nuestra familia, que somos unos glotones sin vergüenza y preferimos comérnosla; ya te habrán contado.

Aquello pareció hacerle gracia, porque las comisuras de sus labios se retorcieron un poco hacia arriba; se le veía infinitamente más cómodo que hacía unos segundos. Phie solía tener ese efecto en los demás.

–Sí. Lo ha dicho Guezo.

Al oír que pronunciaba su nombre, su primo, que también se había colocado en su sitio, al otro lado de Matine, dejó escapar un sonidito

de celebración que animó a Ikash a continuar:

–Yo nunca he comido. Vin.

–¿Qué me dices? –se sorprendió Phie–. Entonces, tendremos que invitarte a alguna de nuestras fiestas familiares. ¿Verdad?

Aquello se lo preguntó a Istella, que se encontraba a su lado. Su figura se recortaba contra la inmensa chimenea que presidía la sala, imponente con su boca conformada por tres círculos concéntricos repletos de orificios por los que emanaba calor. Claro que, a esas alturas del año, permanecía apagada.

–¡Oye, pues sí! –se adelantó Guezo–. ¡El cumpleaños de nuestra tía es a finales de verano!

Al oír eso, no obstante, el rostro de Ikash cambió. Dirigió un vistazo vacilante a la aludida, que había permanecido inmutable en la cabecera de la mesa, justo en el lado contrario a Istella. Tampoco entonces se inmutó; se limitó a seguir acariciando a Ankoe, que descansaba en su regazo.

El resto de los onnie reposaban en sus soportes de la pared, solo que, de vez en cuando, podía vérseles centellear, atentos a lo que se estaba cociendo debajo de ellos.

–No sé si... –empezó a decir Ikash y, a mitad de frase, le devolvió la mirada a Guezo–. No sé si estaré aquí a finales de verano.

–Ah, ¿no? –Fue Phie quien lo preguntó–. ¿Y eso?

Él torció la cabeza.

–¿No sabes lo...? Lo mío.

–¿Lo de tus poderes, dices?

Asintió y, de pronto, apartó la vista y la fijó en el suelo. Parecía pensativo, confuso, aunque, cuando acabó volviéndose de nuevo a Tía, a Rog le pareció alcanzar a ver algo más en sus iris: ansiedad encerrada en un torbellino de preguntas. Ella debió de captarlas al vuelo y, por fin, se decidió a alzar la voz:

–Sigo sin poder darte una respuesta.

–Me dijiste que lo investigarías –susurró él, con cierto reproche.

–Y eso he hecho. –Había un deje cortante en su tono, aunque tampoco mucho más de lo habitual–. Es lo malo de las investigaciones, ¿sabes? A veces no llegan a ninguna parte.

–Pero... –Permaneció unos segundos en silencio, intercalando la mirada entre ella, Guezo y Phie, despacio. Después, preguntó–: ¿Tanto?

Fue ahí cuando Rog, tras compartir un vistazo rápido con Matine, creyó entender lo que pasaba. Era obvio que Ikash pretendía marcharse en cuanto lograra su objetivo, pero no debía de pensar que fuera a llevarles tanto.

–Podría ser –fue la respuesta de su tía–. O incluso más, no te voy a engañar. Todo dependerá del hechizo.

Ikash suspiró, abatido.

En ese momento, Derro, que no había dicho palabra desde que habían puesto al día a su hermana, apoyó los codos sobre la mesa.

–¿Un hechizo? –preguntó, como si no lo esperara–. ¿Qué clase de hechizo?

Rog parpadeó, extrañado. Él, pese a que su tía no hubiera especificado qué tipo de magia necesitarían para ayudar a Ikash, lo había dado por hecho. Al fin y al cabo, ella misma había tratado de arrebatarle los poderes a un daheerar (o inhibírselos, bloqueárselos o lo que sea que fuera su intención). *Ella*, la forjadora más poderosa que conocían.

–¿Y para qué necesita nuestra ayuda entonces, Tía? –insistió su primo.

Su voz pendió en el aire como una niebla densa, capaz de adherirse a los muebles y hasta a las esquirlas dentadas de la lámpara de araña que colgaba sobre sus cabezas.

Todos sus primos habían pasado a vestir expresiones torcidas, pensativas, y mantenían la vista clavada en ella. Ikash, el último en el que se fijó Rog, tenía el ceño fruncido en incomprensión.

Tras lo que pareció una eternidad, Tía chasqueó la lengua.

–Estaba esperando a que despertara tu hermana para daros explicaciones –dijo–. Pero, en fin, ya que nos ponemos tan señoritos... –Detuvo las manos y las cerró sobre el mantel–. Sí, mi intención es emplear un hechizo, pero no se trata de uno cualquiera. Es un hechizo que necesita beber de una fuente de energía muchísimo más poderosa de lo que Ankoe y yo podríamos convocar

por nosotros mismos. No os imagináis hasta qué punto; estamos hablando de la magia de un daheerar.

»Ese fue uno de los problemas con los que me encontré al tratar de conjurarlo hace once años: es imposible que una única persona abarque una cantidad de poder así. Se te va de las manos. Es ahí donde entráis vosotros –explicó–, donde entran vuestros poderes y los de vuestros onnie. Tal vez no funcione con la magia de un solo individuo, pero si añadimos más a la ecuación...

Dejó pasar unos segundos, tal vez para que la información terminara de calar en sus sobrinos y en Ikash, y luego añadió:

–Al menos, esa es mi teoría. Lo que he estado tratando de responder estos días.

–Y no lo ha conseguido.

La intervención de Phie, su suposición, fue en voz suave, pero debió de tocar un punto clave, porque la expresión de su tía se agrió.

Se irguió en la butaca.

–No –reconoció–. Es algo que no llegaremos a saber a ciencia cierta hasta que tengamos el hechizo. Lo cual me lleva a nuestro segundo problema: el que traté de usar en su momento tiene ciertas... carencias léxicas. No nos sirve. Va a haber que forjarlo otra vez. En origen.

Rog separó los labios.

Forjarlo en origen. Crearlo desde cero.

Eso apenas se hacía. Al fin y al cabo, la gran mayoría de los hechizos habían sido creados ya. Siempre había retazos de textos empleados por otros forjadores que, por mucho que pudieran adaptarse a las necesidades de quienes los llevaban a cabo y a las circunstancias en las que fueran a emplearse, solían seguir un patrón: una misma cadencia de palabras, de versos, de ritmos, de figuras retóricas y hasta de puntuación. Había cientos y cientos de manuales al respecto para que cualquiera pudiera recurrir a ellos.

Pero hacerlos surgir de la nada era otro mundo.

La única vez que él lo había intentado había sido durante el último curso de la carrera, en la asignatura de Forja Avanzada nivel 4, y había sido un trabajo en grupo con cinco compañeros. El objetivo

didáctico pautado por la maestra había sido encontrar una variación de un hechizo ya existente. Y eso que él estaba superorgulloso de la fachada ignífuga de la cabaña que habían hechizado y del sobresaliente que habían obtenido.

Aun así, era casi imposible dar con un hechizo que no se le hubiera ocurrido a nadie más; se podían entremezclar, adaptar y ajustar, y eso provocaba cambios sutiles en el efecto final, pequeños matices; como la fluidez y dirección del vuelo en un hechizo de levitación, el tono de amarillo exacto que tomaba uno de tinte o la nitidez de los bordes del campo visual en uno de visión periférica.

Sin embargo, dar con algo que realmente nadie había hecho...

¿Significaba eso que, hacía once años, Tía había forjado en origen un hechizo completo ella sola? Por mucho que no le hubiera salido bien, el simple hecho de que fuera capaz de crearlo, de conseguir que hiciera efecto y ponerlo en práctica, era una barbaridad.

–Es ahí por donde pretendo que comencemos –les hizo saber–. Y ya estoy demasiado vieja para tanto trote y tantas locuras, así que, por supuesto, para esto cuento con vosotros. Con vosotros dos.

Se inclinó hacia delante y buscó con la mirada. Primero la posó en Phie, que ya estaba asintiendo, intrigada a la par que decidida, como cada vez que le caía un reto en las manos.

Después, se dirigió hacia la derecha.

«Con vosotros dos».

Hacia Rog.



Capítulo 20

Fue como sumergirse de golpe en el mar: el mundo entero, más allá, se quedó en silencio. Aunque tal vez fuera porque donde estalló el ruido fue en su interior.

En letras temblorosas entre los dedos.

En frustración.

En recuerdos de intentos que no llegaban a ningún puerto.

En miedo.

En horas y horas encerrado en el gabinete.

En la más sucia nada.

Enmarcada por sus cejas delineadas a la perfección, la mirada de Tía seguía clavada en él, a la espera de que contestara.

–¿Yo? –Fue lo primero que le salió; más susurro que pregunta, y mucho menos una verdadera respuesta–. Pero... No... No puedo. –Miró la copa y los platos que tenía ante él en busca de palabras, como si fuera a encontrarlas allí–. Llevo meses sin ser capaz de forjar un hechizo. –Ni el más sencillo de todos. Ni el más corto. Ni algunos que había hecho cientos de veces. La magia no le respondía–. Lo...

«Lo sabes», completó en su mente. «Lo sabéis».

Pero eso no lo dijo; tan solo volvió a posar los ojos en Tía, tratando de ignorar los del resto, y repitió la única certeza que tenía:

–No puedo hacerlo.

Le pareció que sonaba a disculpa.

Y pensó que ojalá lo fuera.

Que ojalá valiera. Que ojalá *le* sirviera.

–Rog. –Matine fue la primera en llamarlo–. No hace falta que lo hagas, si no te ves capaz. –Sintió el roce de sus dedos en la mano que tenía apoyada en la silla, la calidez de su cuerpo. Cerca. Siempre

cerca. Quiso aferrarse a eso; a ella y al zumbido de Darinn junto al oído derecho. No sabía en qué momento había abandonado su soporte y había acudido hasta él–. Lo sabes, ¿verdad? –insistió, aunque torció la cabeza en dirección a la cabecera de la mesa en una cortina de rizos–. ¿Verdad?

Tía tardó un par de segundos de más en responder; el tiempo que le llevó recolocarse en su asiento y examinarlos a los dos, uno a uno:

–Por supuesto. De hecho, no se va a obligar a nadie a dar su aportación y colaboración, si está en desacuerdo –agregó, con la vista fija en Derro, que se limitó a darle unos toquecitos a su tenedor.

Y, durante un segundo, Rog creyó que ahí quedaría todo. Que podría relajar los músculos, dejar que el aire penetrara en su pecho y acallar el bucle que era su cabeza y que le decía que no. Que aquello era demasiado para él. Que volvería a fracasar, como no dejaba de hacer.

Claro que Tía tenía sus propios planes.

–Aunque contar con tu forja nos facilitaría el proceso. Sé que eres consciente de ello. –Por alguna razón, escuchar aquello le produjo un pinchazo en el pecho. Separó los labios, pero la voz de su tía se filtró antes de que pudiera decir nada–. Al igual que todos lo somos del problema al que estás enfrentándote, Rog. No pienses que le estoy quitando importancia –le aseguró–; mi única intención es ayudarte, y no me gustaría que te cerrases en banda sin haber barajado todas las posibilidades que tienes a tu alcance. Porque las tienes. Una acaba de presentarse ante ti por su propio pie, de hecho.

Entonces, para sorpresa de todos, señaló a Ikash.

Su expresión se convirtió en una máscara perdida.

Ella siguió hablando:

–Se ha especulado muchísimo sobre la naturaleza y el alcance de los poderes de los daheerar a lo largo de la historia, pero son pocos los que conocen siquiera dónde residen sus bases. Los daheerar toman la magia del mundo, de todos los seres y objetos que la portan, y la hacen suya. Son, para que me entendáis, hermanos de

los onnie, que la filtran y la ceden a través de nuestro vínculo, pero con un paso más allá: los daheerar están vinculados con la propia magia.

–¡¿Veis?! ¡Os lo dije!

–Guezo, cállate –le espetó su hermana.

Por supuesto, Tía los ignoró.

–De hecho, nuestro objetivo, el objetivo del hechizo que vamos a forjar, es deshacer ese vínculo; ahí es donde se encuentra la verdadera dificultad.

Istella se aclaró la garganta.

–Pero... ¿eso no es peligroso?

–Lo más peligroso a lo que me he enfrentado jamás, sí.

Por la forma en que Ikash apretaba la mandíbula, debía de ser más que consciente de los riesgos. Tal vez ella ya le hubiera advertido de antemano.

Pero no de todo, ¿verdad?

–Nuestro objetivo es inhabilitar el vínculo que tienen con la magia, sí –continuó, ajena a las miradas que le lanzaban desde los distintos flancos de la mesa, desde incrédulas a alucinadas y escépticas–. Pero, hasta que pueda hacerse, ¿por qué no aprovecharla en su propio beneficio? O, en este caso, en un beneficio mutuo.

Por el rabillo del ojo, Rog vio que Ikash fruncía cada vez más el ceño.

–El vínculo que tienen los daheerar con la magia no solo les permite emplearla ellos mismos, sino también *para sí* mismos y para los demás: humanos, criaturas y el medio en sí. La canalizan, la ceden, la usan y, lo más importante, la renuevan; potencian su potencia inicial. Y es justo eso lo que podemos explotar. Tú, querido –se dirigió a Rog–, podrías recuperar tu capacidad de forja desde su mismísimo núcleo y unirte a tu prima y a mí. Y, de esa manera, tú –miró al otro lado, hacia Ikash– obtienes lo que has venido a buscar de manera infinitamente más segura y afianzada, y puede que incluso antes de que acabe el verano, si tanto te preocupa ese hecho.

En cuanto sus palabras se difuminaron, una pátina de silencio se posó sobre la mesa, como un segundo mantel que, sin embargo,

estaba repleto de bultos. Demasiados.

El primero en el que reparó Rog se encontraba justo en el centro de su pecho, donde notaba la magia como un miembro fantasma. En ese punto exacto, la añoranza y la culpa y la decepción se entrelazaban para llamarla, pero ella nunca contestaba. Jamás había creído que pudiera echar de menos una parte de sí mismo, pero ahí estaba.

No sabía cómo sentirse.

Porque, en realidad, no sonaba mal del todo.

Y, al mismo tiempo, no parecía natural, sino salido de un sueño.

Y, al mismo tiempo, no era *suyo*. Y daba miedo.

Y nada le aseguraba que fuera a surtir efecto.

Porque no lo creía. Porque nada lo había hecho. Ni las horas eternas sentado ante el escritorio, en su gabinete y en su cuarto. Ni haberle pedido ayuda a Phie en los pocos huecos que tenía. Ni, como le había aconsejado Istella, revisar sus libros de texto y cuadernos de práctica. Ni las dinámicas que había descubierto Guezo en no sabía dónde y que había tratado de probar con Darinn, a la desesperada. Nada.

Fue entonces cuando vio el segundo bulto, al fijarse de nuevo en Ikash. Y tal vez fuera porque sus ojos habían caído en él, tan blancos que ni siquiera parecían tener iris. Había separado los labios.

Le temblaron una vez. Dos. Tres.

Por un instante, creyó que hablaría. Que diría que sí. Que se sumergiría de cabeza en la propuesta. Sin embargo, volvió a cerrarlos y apartó la mirada, y Rog leyó en ella lo mismo que lo asolaba a él: la duda y el miedo.

Pese a que necesitaba ese hechizo casi como respirar, o incluso más, le seguía aterrando su propia magia, le aterraba él mismo. No era capaz. Y él tampoco.

Así que dejó que su voz entrara en el bucle de sus pensamientos:

–No puedo. De verdad que no puedo hacerlo. Yo solo... –Negó con la cabeza, tratando de ignorar el centelleo de Darinn, el roce de Matine, los ojos de Phie y de su tía, la lástima de Istella, que se sostenía la trenza aunque no llegaba a pellizcarla, y la forma en que

Guezo daba golpecitos con el pie en el suelo mientras Derro permanecía estoico en su asiento–. Lo siento.

No supo para quién era aquello exactamente.

Y quiso desaparecer.

Porque sí, sabía que lo necesitaban, todos, no solo en ese instante, con ese objetivo, sino siempre. Cada día. En el taller. En esa casa en la que le habían cedido un hueco en el que encajar. Y porque habría dado cualquier cosa por no sentirse así: tan débil, pequeño e inútil.

Y tan perdido.

–Rog –oyó que lo llamaban, como en un segundo plano.

Otra voz intervino:

–Está bien, Tía –Phie había posado la mano en la mesa, desnuda y desprotegida–. No pasa nada. Podemos intentarlo nosotras. Al menos, comenzar. –Fijó la mirada en él–. Hay tiempo, cariño. Te lo he dicho siempre: en estas cosas no conviene correr, y menos ahora. Te animo a que lo reconsideres, pero no te presiones. No tienes que decir que sí. De hecho, no tienes que decir nada. Es tu magia, es tu forja y eres tú; no somos nosotros, ¿vale?

No supo en qué momento asintió.

Lo único que notaba era que le picaban los ojos.

No lloró. No lo había hecho en todos esos meses y no iba a hacerlo ahora, bajo tantas miradas, bajo tanto peso, bajo la atmósfera cargada. Se recostó en la silla, apartó con cuidado la mano para que Matine le soltara y se aseguró de no volverse hacia ella. Sabía que no encontraría pena en su expresión, pero tampoco quería su rabia. No quería que lo defendiera.

No quería que nadie hiciera lo que él no podía.

Así que se sumió en el silencio e intentó disfrutar de la cena que poco a poco comenzó a llenar los platos. Eso también fue en vano.



Capítulo 21

Volver a abrir el taller al público había sido una bocanada de aire fresco.

Solo les había llevado una mañana terminar de arreglar todos los objetos arreglables (que habían resultado ser la gran mayoría), y la tarde y la mañana siguientes, ordenar el sótano y la planta superior. Después, tras la siesta, solo habían tenido que ajustar un par de cosillas pendientes (papeleo, inventario, organización y pedidos varios). Al tercer día, ya habían podido anunciar la reapertura, cartelito en la puerta incluido, y la voz se había corrido por el pueblo entero.

Rog se recostó sobre el mostrador junto a Darinn y echó un vistazo a su alrededor, dejándose envolver por el trajín previo al comienzo de la jornada. Le estaba tocando atender a los clientes esa semana, y aquel era el único momento del día en el que podría sentirse así, tan... desocupado; el caos llegaría en un rato.

Lo había echado de menos.

Todo había vuelto a la normalidad: la afluencia de gente, la nitidez de las ventanas, el orden –y el desorden– de los gabinetes y hasta Phie, que había regresado a su puesto después de tomarse el tiempo de reposo que le habían aconsejado.

Se la seguía viendo cansada, era cierto. El filtro de sueño estaba teniendo un único efecto secundario: que se le pegaran las sábanas, cosa rarísima en ella, que era siempre la primera en levantarse. Claro que algo tenía que afectarle, también, que Tía y ella hubieran comenzado ya a trabajar en el hechizo de desvinculación y que estuviera compaginándolo con la forja del taller.

La noche anterior, Rog las había oído volver a sus habitaciones. O, bueno, no a ellas. A Ikash. Estaba aportando su colaboración. No sabía en qué y no sabía si quería saberlo. Sin embargo, para variar,

ya no había podido pegar ojo en toda la noche por estar dándole vueltas y vueltas y vueltas al mismo tema.

A qué debería hacer. A si de verdad funcionaría.

Seguía sin ser capaz de dar respuesta.

Y sin borrarse de la mente la manera en la que Ikash lo había mirado.

Al menos, esta vez no había tenido que despertarle nadie. Ni correr. De hecho, habían tenido un comienzo del día precioso, en gran parte gracias a Phie, que les había dado una sorpresa al encontrarse en la cocina cuando ellos habían entrado a desayunar, con el pelo recogido en alto y el mandil de trabajo, y les había anunciado que iba a acompañarlos desde primerísima hora y hasta el cierre. Todos lo habían celebrado a voz en grito. Incluso Derro había sonreído, ya hecho por fin a la idea de que no, no iba a volatilizarse ante él.

Y luego había estado el instante que habían compartido nada más salir de casa, cuando Phie los había detenido con un gritito emocionado que les había hecho dar un respingo justo antes de descender por las escaleras del porche.

Había sido la primera en verlo.

La primavera ya se estaba esfumando, y las flores cambiantes que se esparcían por el jardín delantero se habían propuesto recordárselo: la mitad de ellas se habían transformado en girasoles, que bordeaban tanto el sendero de la entrada como la fachada, desde las escaleras hasta la esquina. A partir de ese punto, se iban dispersando aquí y allá, casi con desgana hasta llegar a la fuente que se encontraba en mitad del patio, compuesta por cinco bloques de granito negro tan pegados que era difícil creer que pudiera correr agua por ellos. La otra mitad de las flores eran –o, al menos, eso creía Rog– geranios.

Nadie sabía qué les estaría esperando cuando regresaran.

–¡Son preciosas! –había exclamado Istella–. Aunque ojalá esta tarde haya gazanias o dalias. A mi madre le encantaría que fueran dalias. Lo cual, por cierto, me recuerda que debería escribirle. Si no lo he hecho para la hora de la cena, que alguien me lo recuerde.

Todos sabían que se acordaría. Aun así, risueña, había cruzado la cerca junto al resto de sus primos y, juntos por primera vez en lo que se le antojaban siglos, habían echado a andar sobre las piedrecitas blancas que iban hasta el taller y más allá.

De alguna forma, le había dado la sensación de que todas las piezas habían regresado a su sitio; que el río, con aroma o sin él, había vuelto a su cauce. Claro que no era cierto.

Estaban siendo unos días... extraños.

Justo en ese instante, sintió el ya familiar tirón en el aire.

Al parpadear, Ankoe e Ikash se habían materializado en el centro de la zona de trabajo.

–¡Ay! –chilló Matine, que pasaba por allí cargada con un pedido que acababa de llegar y que, en esta ocasión, sí que habían llevado hasta la entrada del taller–. No me voy a acostumbrar nunca, ¿eh?

–Anda, hermanita –intervino Guezo antes de que Ikash pudiera pensar en disculparse, que, a juzgar por la forma en la que separó los labios, era lo que estaba a punto de hacer–. Baja el volumen y quítate del medio para que podamos trabajar en paz y armonía. Agradecido.

–Tendrás que quitarme tú. A ver si te atreves.

Él la imitó con voz de pito. Luego, sin más, agarró de la muñeca a Ikash y, con su habitual parloteo como banda sonora, se lo llevó en dirección al escaparate.

Fue entonces cuando Rog lo sintió: los ojos de Ikash lo buscaron tras el mostrador, azules entre las pestañas. Y se dio cuenta de que, al contrario que su prima, él sí se había acostumbrado a su llegada repentina, al hechizo de Ankoe, al tropiezo en el ambiente y a verlos surgir de la nada. O quizás era que lo había estado esperando.

Al igual que, de alguna forma, había esperado aquel cruce de miradas.

Porque en eso se habían resumido sus interacciones desde la conversación con Tía en el salón: cada vez que Ikash aparecía, o cuando su voz se filtraba en sus oídos, sentía el impulso de volverse hacia él.

Ni siquiera llegaba a pensarlo; tan solo ocurría.

Y en cada una de ellas se había topado con que él lo contemplaba de vuelta con el rostro moteado, como gotas de pintura en un lienzo en blanco, de la misma culpa que él sentía crepitar en su interior.

Un «lo siento» no pronunciado. Un «te entiendo» en el aire.

En ocasiones, se había atrevido a dedicarle alguna sonrisa –pequeña, tímida, casi inexistente–, que había acabado desapareciendo al recibir la réplica en la distancia. Nada más. No era capaz de sostenérsela más que unos segundos.

El golpe del paquete al caer junto a él lo trajo de vuelta a la realidad. Matine apoyó los brazos a su lado, con los ojos en blanco.

–¿Os dije que sería mala idea o no os lo dije? Está insoportable.

–No seas tan dura –la reprendió Istella con voz suave. Se había acercado tras ella y cargaba el cuerpecito alargado de Ankoe entre los dedos, con sumo cuidado. Llevaba varios días recogiéndolo antes de que la fatiga del hechizo de traslación lo hiciera desplomarse–. Solo quiere que les cunda el tiempo; lo sabes.

Después de acabar con las reparaciones, Guezo se las había apañado para tomar por banda a Ikash y convencerle de que le echara una mano con su proyecto abandonado-no-tan-abandonado.

–Así no te tiras todo el día ocioso en una casa tan grande; ya verás –le había dicho–. Te lo vas a pasar tope. –Y luego había añadido por lo bajo–: Y así no te toca soportar a nuestra tía *toooodo* el día. Porque ya es telita de por sí, pero con el calor... No sabes de la que te libras, colega.

En realidad, a quien más le había costado convencer era a sus primos:

–¡Venga, va! ¡Con él no puede salir mal! –les había asegurado después de una hora entera de matraca porque, obvio, ellos se negaban a enfrentarse al riesgo de volver a perder la mitad de objetos del taller nada más recuperarlos–. Ya habéis visto lo que hace con la savia. Va a ser una *saviarbaridad*. Si pasa algo, os juro que asumo yo toda la responsabilidad. Lo juro en serio *en serio*.

Habían aceptado para que se callara.

Y, por su parte, Tía, cuando se lo habían comentado, se había limitado a encogerse de hombros, aunque había puesto la condición de que Ikash trabajara en el sótano para evitar el peligro de que

alguien lo viera. Por eso su primo iba con tantas prisas ahora: aprovechaba el tiempo de preparación para chismear con el escaparate en sí, tomando medidas y haciendo comprobaciones y cosas así.

–Además, me parece que el gesto que tuvo es adorable –siguió diciendo Istella a medida que iba colocando a Ankoe en el cojín que habían dispuesto junto a la caja registradora–. Jamás lo habría esperado de él, pero está siendo un anfitrión y un compañero admirable. Me parece que es justo lo que Ikash necesita, un amigo, y creo que los demás deberíamos aprender de él.

Rog asintió. No podía estar más de acuerdo.

Dirigió la vista hacia ellos, recortados contra la luz que penetraba a través del inmenso ventanal, al que habían despojado de todo cachivache y balda para poder comenzar con el experimento. Guezo, con su maletín de herramientas a los pies, le mostraba a Ikash una retorcida y no más grande que su mano. Y debió de hacerle alguna broma o soltar alguno de sus comentarios sarcásticos, porque, de pronto, Rog lo vio reír.

Y sintió una especie de tirón en el estómago que no supo reconocer.

–Ya, sí –bufó Matine–. Muy bonito. Aunque también se suponía que mi hermano continuaría con su trabajo, pero se está pasando casi más tiempo allí que aquí, y tenemos muchas movidas pendientes. Ayer no se dignó a subir hasta las siete de la tarde.

Eso también era cierto, aunque Rog suponía que tenía un buen respaldo: había dedicado los últimos dos días a prepararle a Ikash una especie de gabinete improvisado para que pudiera trabajar en sus prototipos con mayor comodidad.

–No será para tanto –le quitó importancia Istella, aunque, de pronto, su tono tomó cierto deje pícaro–. Además, y sin ánimo de ofender, estás comenzando a sonarme un poquitito como Derro.

Aquello hizo que su prima diera un salto.

–¡«Sin ánimo de ofender», dice la tía! ¡Antes me desvivo! ¿Sabéis qué? ¡Que viva la amistad, el amor, el bricolaje y el tocapelotismo!

Los tres estallaron en una carcajada.

–Ay... –acabó suspirando Istella–. En realidad, no debería haber dicho eso. Me siento un poco mal. Estos días está bastante más agradable.

–Estos días apenas nos está dirigiendo la palabra –repuso Matine.

Y ella torció los labios, Rog supuso que para no darle la razón. Porque la tenía. Había pasado de estar encerrado en su habitación a hacerlo en su gabinete y, de vez en cuando, el olor de sus pociones se filtraba por todo el taller. Era evidente que, pese a que se le veía mucho más relajado por Phie, no le hacía demasiada gracia tener a Ikash rondando por ahí y que hubiera hecho tan buenas migas con Guezo.

–En fin... –Istella se acarició la trenza y dirigió la vista a su izquierda antes de preguntar–: ¿Cómo vas, Ankoe? ¿Mejor?

Él se removió en su sitio.

–Sí, sí. Se lo digo siempre: no se preocupe por mí, señorita.

Claro que no podían evitar inquietarse por él, sobre todo cuando tenía las cerdas despeinadas y sonaba tan abatido. Aun así, había perdido parte del tono oxidado que adoptaba su cuerpo de pincel cada vez que se teletransportaba hasta el taller, y, al menos, no había vuelto a darle ningún ataque de tos desde la semana anterior.

Había sido... alarmante. Los onnie no solían enfermar, y si ocurría era porque algo realmente malo estaba sucediendo.

Ankoe, no obstante, le había quitado importancia, repitiéndoles una y otra vez que era porque estaba mayor y que necesitaba un instante, que se le acabaría pasando. Y, como Tía tampoco se había mostrado demasiado alterada al enterarse (qué sorpresa), no les había quedado otra que relajarse.

Eso sí, Istella se había negado en redondo a que se marchara después de hacer el hechizo, y le había pedido a Matine que le confeccionara esa especie de camastro, hecho de un grueso algodón envuelto por una tela de lunares blancos y rosas, que, unido a la especie de puntero dorado que le había añadido ella, tenía un efecto calmante. De momento, parecía estar dando resultado.

Aunque, por la forma en la que torció el gesto, no parecía demasiado convencida. Solía pasarle. Rog la vio separar los labios, a

punto de decir algo, pero entonces oyeron los golpes: dos rápidos y cortos, contra las tablas del suelo.

Acompañados de la vibrante risa de Guezo.

–¡Hay que mirar por dónde se va, *chavalén*! ¡Es de primero de existencia! ¡No me irás a decir que esa clase te la saltaste!

Cuando se volvieron en su dirección, Ikash se encontraba apoyado sobre su pecho, con los brazos recogidos; Guezo debía de haber logrado sostenerle antes de que se cayera de bruces contra el escaparate. La imagen resultaba bastante cómica, sobre todo en vista de que no había habido heridos en el proceso.

La expresión del rostro de Ikash, al menos, era de alivio. Aunque, al convocar la voz tras separarse, sonó avergonzado:

–Es que... hay algo en el suelo.

–¿Algo? –repitió su primo mientras echaba vistazos alrededor de sus botas con tanto empeño que los rizos le botaron sobre la frente–. ¿Qué algo? Yo no veo nada.

Tan solo un pequeño y alargado parpadeo, como una serpiente apenas dibujada sobre la madera.

Matine se separó del mostrador como impulsada por un resorte.

–Una mierda. ¡Mis bufandas!

Capítulo 22

Estaba siendo un espectáculo bastante curioso de ver.

Sentada con las piernas cruzadas en el suelo y contenta como si fuera la mañana de su cumpleaños, Matine trataba de desliar tres bufandas de color amarillo chillón que desaparecían cada dos o tres segundos, para volver a surgir al instante siguiente sobre su regazo.

Su teoría era que, en algún punto del destrozo, debían de haberse unido entre sí como si de su último salvavidas en medio del océano se tratara, y se habían quedado enganchadas en la parte baja del escaparate, hechas un gurruño invisible, a la espera de que alguien fuera empujándolas con el pie hasta estirarlas del todo y que otro alguien se escurriera y se partiera la crisma con ellas.

–Listo –declaró una vez consiguió separarlas, fácil quince minutos más tarde; hasta Ankoe se había marchado a casa.

Levantó ambas manos, con una bufanda en la derecha y dos en la izquierda, y, mientras el cuerpito redondo de su onnie flotaba a su alrededor, se las mostró al público reunido en torno a ella: Rog, Darinn, Istella, Viure, Guezo e Ikash. Rimo debía de andar pululando por allí, fuera de la vista.

–Ha costado, ¿eh? –resopló–. Madre mía.

–De tal hilo, tal tela –masculló su hermano. Después, arqueando una ceja, tomó la parte colgante de una de las bufandas para verla desde más de cerca–. Aunque ¿se puede saber por qué...?

De pronto, bajo su caricia, la tela volvió a volatilizarse y, con ella, el brazo que tenía en el aire, desde la punta de los dedos hasta el hombro. La soltó de un manotazo con un «¡eh!» que rebotó por todo el taller y asustó a Viure, que había escapado del pecho de Istella para revolotear alrededor de las bufandas. Voló hasta reunirse con Darinn, que lo cubrió con sus plumas arcoíris.

–¡Oye, oye! –Matine bajó los brazos y las bufandas cayeron flácidas sobre sus pantalones de trabajo–. ¡Un respeto! ¿No ves que están cansadas?

–¿Cansadas?

La pregunta fue de Ikash. Ninguno la esperaba, y mucho menos aquel tono entre la curiosidad y el entusiasmo. No obstante, sí era cierto que no había apartado los ojos –burdeos, aguamarina y, en aquel momento, de un gris muy leve–, y ahora contemplaba las bufandas como si fueran algo venido de otro mundo.

Matine tardó un puñado de segundos extra en reaccionar.

–Sí, bueno... Es una forma de hablar, en realidad. O sea, no es cierto que estén cansadas. Son bufandas normales y corrientes. No sienten *de verdad*, pero... –Pero siempre le había gustado hacer como que sí; incluso, a veces, mientras trabajaba, hablaba con las telas, y hasta les canturreaba. A Rog y a Darinn les parecía divertidísimo–. A lo que me refiero es a que el hechizo que les tejimos Yiun y yo se está agotando ya. Por eso hacen eso, como que van y vienen, y por eso no llegan a hacer efecto en otras telas. Solo en la piel al contacto directo.

Para mostrárselo, apoyó una mano en ellas, y también desapareció. Yiun se acercó en el aire, curioso, e Ikash se inclinó un poco más, como si de pronto tuviera ganas de tocarla. No llegó a hacerlo.

Entonces, su mano regresó.

Él parpadeó, y sus ojos tomaron un tono gris mucho más oscuro.

–Es... –Parecía no ser capaz de encontrar las palabras. Se había llevado una mano al pecho. Por alguna razón. No la entendió. Aunque, tras unos segundos, la apartó y dijo–: Podría ser que están felices de verte, después de todo lo que las has buscado.

Aquello la pilló aún más por sorpresa.

Se quedó con los labios separados hasta que una sonrisa se le dibujó, muy despacio, de oreja a oreja. Rog torció la cabeza. ¿Estaba... enternecida? Desde luego que Istella sí lo estaba, porque, de pronto, con las manos apoyadas en el mandil con el que se cubría el uniforme, intervino:

–Estoy segura de que sí.

–Pues menos mal –dijo Matine, aunque sonaba ufana–, porque bien que se han hecho de rogar, las muy puñeteras.

Hizo un gesto hacia ellas e Ikash sonrió.

–A mí me parecen... –Echó una mirada a Guezo, que se la había estado devolviendo desde que había comenzado a hablar como si se hubiera tragado un diccionario y hubiera empezado a escupir entradas aleatorias en alto. Y en otro idioma. Y con un sombrero de paja y lentejuelas en la cabeza–. ¿Cómo era esa palabra que me enseñaste ayer? –Él frunció el ceño–. Sí, cuando junté los bordes de las baldas con esa... cosa que me diste. ¿*Treme*...?

Lo siguiente que vieron fue que abría la boca como una cueva.

–¿En serio vas a decirme que *esto* te parece *tremendatuken*? ¡No puedes decir que ese truquito de nada es *tremendatuken*, Ikash! –Su hermana se quejó desde su sitio, pero él la ignoró–. ¡Pierde la mismísima esencia de lo que es *tremendatuken*!

Ikash dudó. Después, se encogió de hombros.

–Me lo parece.

Guezo chasqueó la lengua.

–Oh. Eh... –Matine se rascó la nuca por debajo de su mata de rizos, y se puso en pie mientras colocaba una bufanda sobre otra para comenzar a doblarlas–. Bueno...

Sonaba nerviosa, casi incómoda, y Rog no pudo evitar las ganas de sonreír, porque sabía a la perfección a qué se debía.

Era la persona más echada para delante que conocía, pero, como todo el mundo, tenía un punto débil. En su caso, llevaba fatal los cumplidos, en especial cuando iban dirigidos a su don, a su trabajo. Para ella, «lo que hacía era lo que le *salía* tras horas de dedicación y esfuerzo y colaboración con Yiun; fin».

Nada destacable. Nada increíble. Y, por supuesto, algo que no bebía en absoluto de un talento que había ido cultivando desde niña.

–O sea, yo te lo agradezco –se apresuró a añadir, con toda la delicadeza que fue capaz de reunir–. Mucho. Pero en verdad no son para tanto. Quiero decir, ya de primeras el diseño hace aguas de lejos. –Agitó un poco las bufandas hacia él–. Es bastante poco práctico, si me preguntas, y más con el calor que va a empezar a hacer de aquí a nada. ¿Quién quiere volverse invisible con *una*

bufanda si después vas a morirte de asfixia? Jamás encontrarían tu cadáver y todo olería fatal, pero nadie sabría de dónde viene.

Hubo un instante de silencio. A continuación, Ikash soltó una carcajada, a la que Guezo, Istella, los onnie y Rog se unieron al instante.

–¡Oye! –insistió Matine, negando con la cabeza y mirando a su alrededor, aunque nadie le hizo mucho caso; ni siquiera su propio onnie, que de la risa había perdido las fuerzas y caído sobre su hombro–. ¡Es en serio! El concepto está bien, de acuerdo: hacerte invisible es chulo y tal, y útil. Puedes hacer e ir adonde te dé la gana sin que nadie lo sepa, pero habría que darle un buen retoque para que realmente... –Se detuvo–. Espera. Eso es. ¡Yiun! –los llamó, y él dio un respingo bajo su oreja.

Después, los ojillos de Matine buscaron entre sus primos hasta caer en Ikash, y desde ahí pasaron al gabinete de Istella, con sus joyas colgantes en las ramas de sus soportes, hasta recaer en el mostrador, vacío a excepción de la caja registradora y el cojín de reposo de Ankoe.

Los demás dejaron de reír poco a poco, sin comprender muy bien qué estaba pasando. Sin embargo, Rog lo supo antes de que abriera la boca. Reconocía esa expresión como si fuera suya y se estuviera mirando en el espejo.

Acababa de tener una idea.

Y otra de las características de su prima, casi una manía, era que jamás revelaba lo que se le había ocurrido hasta que se encontraba esbozado a la perfección en su cerebrito y tenía todos los medios posibles para desarrollarlo.

De inmediato.

Por eso, los dejó a todos con la palabra en la boca y, sin despedirse, echó a correr hacia su gabinete, con Yiun tras su estela. Rog estaba más que hecho a ello, así que su honesta reacción fue esbozar una sonrisita. Aunque quizás fuera también porque él tenía cierto puesto de honor en toda esa gestión; iba a ser el primero al que se lo contaría.

Su hermano, sin embargo, bufó.

–No soporto que haga eso. –Alzó los brazos en dirección a las cortinas, que ya se habían cerrado tras ella y mostraban la curiosa imagen de una especie de zapatería en mitad de la selva; incluso caían gotas de una lluvia que, por supuesto, no llegaba a mojar el cuero–. ¿Qué se cree? ¿Señorita Universo de Misterios Inexpugnables?

Istella soltó una risita mientras negaba con la cabeza.

–Bueno, tú déjala. Ya nos enteraremos. Aunque... Oh. –Alzó un dedo para señalar el reloj que colgaba junto al mostrador–. Ya casi es hora.

De que cada uno se pusiera manos a la obra.

Y de que Ikash desapareciera de la vista.

Guezo chasqueó la lengua; aun así, no dijo nada más. Rog se quedó mirando cómo le daba un par de palmaditas en la espalda y cómo él, tras torcer los labios, se encaminaba hacia la parte trasera del taller. Solo se volvió una vez.

Sus ojos eran ya blancos cuando, fijos en él, traspasó la cortina de cuentas.



Capítulo 23

Los siguientes cuarenta y cinco minutos trascurrieron tan lentos que Rog no pudo evitar dar un respingo cuando Darinn le indicó que había entrado un cliente. Se había quedado empanado.

Se irguió tras el mostrador y tardó un par de segundos en reconocer a la joven de pelo negro y ojos verdes que se encaminaba hacia él, con una mano aferrada a la bolsa de tela que colgaba sobre el hombro abullonado de su vestido azul marino. No recordaba su nombre con exactitud –¿Aura, Lare, Raelle?–, pero era la hija de los Dane, los dueños del herbolario mágico que había un par de calles por detrás.

–Hola, buenos días.

Se dirigió a ella con ese tono apaciguado y luminoso que llevaba toda su vida practicando y del que tan orgulloso se sentía. Aunque quedó en un segundo plano cuando Guezo –que, al contrario que Istella, no había echado las cortinas de su gabinete– gritó su saludo desde detrás de una montaña de cachivaches.

Si es que podía considerarse «saludo» un:

–¡Drácala! ¡Esa Arualle guapísima!

Eso era. Arualle.

–¡Hola! –exclamó ella, en absoluto molesta por el piropo. Era común en su primo, desde luego, aunque Rog se moría de vergüenza cada vez que lo presenciaba; de hecho, eso mismo hizo mientras la recién llegada se acercaba al mostrador. La seguía una pequeña pala de jardinería flotante, su onnie–. Buenos días. Rog, ¿verdad?

Sintió un pinchazo en el estómago por no haberse acordado de su nombre. Aun así, asintió y volvió a ponerse en modo «atención al cliente»:

–¿En qué puedo ayudarte?

–¡Trátala bien, Rollito, que es clienta especial!

La exclamación de Guezo, esta vez, hizo que ella negara con la cabeza.

–Qué tonto es... –Suspiró–. En fin, verás: una de las secciones de plantas medicinales que tenemos en el invernadero nos está dando problemas. Les está costando germinar. No parece muy grave –se apresuró a aclarar–. O, al menos, no debería serlo si conseguimos arreglarlo pronto, pero es que nada de lo que hemos hecho está dando resultados, y justo ahora comienza su época de gaiación. Por eso estoy aquí.

Él apretó los labios. ¿Qué pasaba últimamente con las plantas?

Empezaba a arrepentirse de no haber prestado nunca demasiada atención en las clases de Botánica; ni siquiera le sonaba haber oído hablar jamás de eso de la *gaiación*. Carraspeó.

–Humm... ¿Y sabes qué podría servir? Quiero decir –se apresuró a añadir–, ¿vienes en busca de algo en concreto?

–Más o menos. Mi madre ha estado preguntado a algunos conocidos y le han hablado de una pócima que recibe el nombre de «infusión de Ras». No sé si te sonará, pero tengo entendido que aquí elaboráis pociones, así que...

–Ah, sí, ¡claro! –El alivio le recorrió de arriba abajo–. Aunque eso es más bien cosa de mi primo Derro; déjame un segundo que vaya a buscarlo. Estoy seguro de que él sabrá decirte.

–Sin problema. Gracias.

Rog, con una sonrisa y la promesa de volver «ahora mismo», se perdió en la parte trasera del taller.

Se detuvo ante el gabinete de Derro.

No emanaba de él ningún olor extraño que indicara que su primo tenía algo entre manos, aunque, por si acaso, le pidió al Firmamento no encontrarlo demasiado ocupado y dio un par de toquecitos a una de las vigas de madera antes de apartar la cortina.

Primero le golpeó en la cara una oleada de calor.

Después, llegó la voz de su primo:

–Rog, ¿pasa algo?

Era evidente que no esperaba a nadie, pero no sonaba molesto.

Era buena señal.

A pesar de encontrarse de pie, tenía las manos apoyadas en su mesa de trabajo y parecía estar leyendo, porque había un libro abierto de par en par ante él. Lo cierto era que no sabía cómo lograba hacerlo en mitad de la penumbra que reinaba, tan profunda que apenas se percibían los estantes repletos de pócimas y recetarios y los armarios en los que guardaba los ingredientes. Lo único que la rompía era el fuego que crepitaba en la chimenea y la luz que emanaba del inmenso caldero que se encontraba encima, borboteante.

Claro que, si se ponía así, tampoco cómo sobrevivía a las temperaturas que llegaba a alcanzar en verano. En aquel momento no llevaba más que una camiseta de manga corta que le marcó los músculos de los brazos cuando se alzó y los cruzó sobre el pecho.

Hishu se removió a su lado.

–No, no –respondió Rog–. Es solo que acaba de venir Arualle, la hija de los Dane. Están teniendo un problema en el invernadero del herbolario y cree que necesita una poción.

Derro ni se inmutó.

–Bueno –acabó diciendo–. Ahora voy. O dile que pase, no sé.

–Vale, sí.

Él asintió. Después, volvió a inclinarse sobre su lectura.

Rog se quedó pasmado un instante por lo rápido que había sido, pero acabó sacudiendo la cabeza y retrocediendo sobre sus pasos. De pronto, oyó un sonido familiar a su izquierda.

El de la cortina de un gabinete al correrse.

–¡Míralo! –El rostro de Matine apareció tras un nenúfar gigante, aunque no tanto como su sonrisa–. Espero no pillarte con mucha plancha, porque eres justo la persona a la que estaba buscando.

Capítulo 24

–Necesito que te gires un poco, Ikash. Sí, justo. Quédate así, ¿vale? No te muevas.

–A menos que seas de los que les gustan que los pinchen –le soltó Guezo, que, alzado sobre las puntas de los pies, se balanceaba adelante y atrás. Rog no sabía cómo Rimo, enganchado a su cinturón, no se mareaba–. En las preferencias de cada uno es mejor no meterse.

Aquello hizo que Ikash frunciera el ceño tras los trozos de tela de todo tipo que daban tumbos en torno a su cabeza como las telas de un acróbata.

Si es que podía considerarse «acróbata» a Yiun, claro. Tal vez lo más correcto habría sido decir «pintor», ya que el resplandor de sus agujas esparcía destellos rosas sobre las sendas blancas de su pelo.

–A mí no me... No me gustan los pinchazos.

–Es solo por si acaso, colega; ya sabes que este es un espacio seguro en el que puedes expresarte sin miedo a recibir ningún tipo de crítica.

Matine, desde lo alto del taburete en el que estaba subida y sin apartar la cinta métrica que tenía estirada entre las manos, bufó.

–Guezo, si vas a seguir dando la matraca, preferiría que te piraras.

Él se limitó a alzar los brazos con la expresión inocente de quien no llevaba ya diez minutos enteros comentado cada palabra que oía y cada imagen que se presentaba ante sus ojos; en concreto, desde que había aparecido bajo el pretexto de «vigilar que todo esté yendo como la seda. Jajá, "como la seda", ¿lo pilláis? *Como la seda*».

–Estaba en ello, querida hermana –replicó con voz cantarina–. Bastante tiempo me habéis hecho perder ya, con lo ocupado que estoy.

A continuación, le guiñó un ojo a Ikash, le revolvió el pelo a Rog al compás de un «¡Rollitooo!» y desapareció tras la tela blanca que había colgado del techo para separar aquella esquina del resto del sótano. Era el recoveco que le había cedido y diseñado a su nuevo mejor amigo.

«Diseñado» muy entre comillas, porque lo cierto era que a Rog, de primeras, le había sorprendido encontrarlo prácticamente vacío a excepción de... restos por todo el suelo: las baldas que habían quitado del escaparate, varios trozos de metal desperdigados, un par de tablas de madera superpuestas, láminas de algo parecido al cristal, pero que se retorcía sobre sí mismo, un bol de savia vin junto a la pared, cuyo aroma se arremolinaba en cada rincón...

Después había pensado que tal vez Ikash no necesitara mueble alguno. Al fin y al cabo, ¿no lo habían visto trabajar siempre sentado en el suelo?

Matine chasqueó la lengua.

–Vaya huevazos tiene.

–¿«Huevazos»?

La ingenuidad del sujeto de sus experimentos le arrancó una pequeña risita a Matine.

–Da igual –dijo–. En fin, sigamos. Ya me queda poco.

Y le dio un tirón a la cinta. Ikash buscó la mirada de Rog, tal vez a la espera de que le respondiera. Él, sin embargo, solo fue capaz de tragar saliva y dedicarle otra de sus sonrisas vacías y tímidas y estúpidas y sin sentido, y apartar la mirada.

Como llevaba haciendo desde que habían bajado.

No entendía por qué se comportaba de esa forma. Era como si cada fibra de su ser le gritara que siguiera buscando eso tan interesante entre los cachivaches que había a su alrededor, mientras su prima, con la lengua atrapada entre los dientes, tomaba medidas. Aunque luego se obligaba a volver. Porque tenía que hacerlo.

Era su misión: quedarse a pocos pasos de ella, con su kit de costura abierto entre los brazos para que pudiera ir cogiendo y dejando cosas desde su puesto en lo alto. Estaba ayudándola a actualizar su creación de las bufandas con un diseño nuevo que haría a Ikash invisible, para permitirle ir y venir del taller sin que

nadie lo viera (y sin morir de calor en el trayecto). Y, por supuesto, para que Ankoe dejara de sufrir las consecuencias del hechizo de transporte.

Era una idea increíble y, por eso, cuando le había pedido que dejara a Darinn a cargo del mostrador y bajara con ella, Rog había aceptado. A pesar de aquella parte de él que no podía evitar sentirse... tan raro todo el rato. Como culpable. Como si estuviera haciendo algo malo.

O, lo que era peor, cometiendo un error.

Otro más.

Y, aunque Ikash se había mostrado encantado con la iniciativa de su prima, por alguna razón también parecía nervioso. Por eso, cada pocos minutos, Rog se fijaba en sus manos, en sus muñecas finas y dedos eternos; porque se los pasaba por los pantalones. Y por eso luego volvía a su cuello, alargado y fino, en el que, bajo la sombra de su mandíbula, la nuez se le marcaba como un canto en mitad de un riachuelo cuando tragaba saliva.

–Hale, pues ya estaría. –Su prima apartó el trozo de tela por la que se había decantado al final: varios metros de un tono azulado y con una textura tan fina que, al tomarla entre los dedos, se los transparentaba–. No creo que pueda tenerlo para antes de la hora del almuerzo, pero, si me doy brío, tal vez por la tarde... –Dejó la frase incompleta al bajarse del taburete de un salto–. Así que, nada, te voy contando.

Él asintió varias veces.

–Sí.

–De maravilla. Y mil gracias por mostrarte tan dispuesto; estoy segura de que Ankoe nos lo va a agradecer muchísimo. –Le dedicó una sonrisa que recibió una réplica cargada de alivio–. Y nada, ya te dejamos tranquilo, que entre unos y otros somos unos *pesaos* de la leche. No te molestamos más.

Aquello le hizo torcer la cabeza y, durante un segundo, Rog pensó que no debía de comprender cómo podía considerarse «pesada» la leche. Al final, acabó negando y los labios también se le curvaron hacia arriba.

–No... No. He estado bien.

Matine le guiñó el ojo y chasqueó los dedos para que las telas flotantes volaran hasta sus brazos.

–Lo sé. Era una forma de hablar.

Soltó una risita que se fundió con la de Yiun antes de dirigirse a su primo. Le quitó el kit de costura de las manos, lo apoyó en el suelo y procedió a guardar en él, poco a poco, todos los materiales restantes.

Después, tras alzarse de un salto, le preguntó:

–Bueno, ¿qué? ¿Nos vamos? Que Darinn se ha mostrado muy dispuesta a quedarse atendiendo a los clientes, pero aquí nos conocemos todos...

–Sí –respondió Rog, más rápido de lo normal para una situación de aparente tranquilidad. Carraspeó–. Sí, vámonos. Seguro que nos está esperando. Eh...

–¡Genial!

Matine se dio la vuelta para apartar la cortina blanca, que reveló los cientos de cajas, armarios viejos y estanterías desvencijadas que rellenaban el sótano, más ordenado tras la semana anterior de lo que lo habían visto en su vida. Incluso habían desempolvado un viejo piano que había al fondo.

Por eso, quizás, no llegó a ver cómo Ikash clavaba los ojos en su primo antes de que él pudiera pensar en dar un paso adelante. Esta vez, la sonrisa que esbozó llevaba su nombre y un susurro:

–Adiós, Rog.

No supo cómo su propia despedida llegó a escapar de sus labios, si de forma torpe, atropellada o una mezcla de ambas, y hasta dudó de si había llegado a pronunciarla. Pero después la oyó en el eco y vio cómo ampliaba el gesto en los labios de Ikash y tuvo ganas de salir corriendo.

Por suerte, no lo hizo. Pero tampoco fue capaz de quedarse quieto. Sus pies echaron a andar por el laberinto que se extendía ante él y, a partir de entonces, lo único que pudo hacer fue mantener la vista fija en las escaleras del fondo; solo se detuvo cuando la mano de su prima cayó sobre la que él había apoyado en la barandilla.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que la había dejado atrás en algún momento, y de que, por cómo sus ojos pasaron a

recorrerle de arriba abajo al volverse hacia ella, debía de llevar un rato llamándolo.

–Eh. ¿Todo bien?

Quiso decirle que sí, que por supuesto. Pero ni siquiera tuvo que abrir la boca para que ella supiera la respuesta verdadera: el «no», y el peso que había llevado a cuestas desde que su tía, sentada en la cabeza de la mesa del salón, había puesto la primera semilla.

–Yiun –lo llamó Matine–, ve adelantándote.

Y después dejó el kit de cualquier manera en mitad de las escaleras, tiró a Rog de la muñeca y lo envolvió entre sus brazos.

Él se limitó a apoyar la cabeza sobre su hombro y a respirar su calidez como si no hubiera tomado oxígeno en siglos. No llevó la cuenta de cuánto tiempo pasaron así, pero no le habría importado alargarlo un poco más; en especial, cuando volvió a mirarle en mitad de la penumbra y le dijo:

–No sé si querrás que te lo recuerde. –Ante su falta de respuesta, se lo tomó como vía libre; ni siquiera él tenía claro qué quería–. Pero no tienes que hacer nada que no quieras hacer.

Y fue como la chispa que prende el incendio.

–Pero es que quiero, Matine. Quiero hacerlo. Quiero ayudarle. Y quiero recuperar mi magia. Es solo que... Es solo que no me veo capaz. Y menos así. A costa de él.

–Pues ahí lo tienes.

–Ya, pero...

–No –lo cortó–. «Ya, pero» no. Si quieres ayudarle, hay cientos de formas; no tienes que recurrir a la que va a hacerte pasarlo mal.

–Pero Tía... y Phie...

–No. Esto no es cosa de ellas ni de ninguno de los demás; ni de Ikash siquiera. Así que deja de sentirte culpable. Ni siquiera sabes si va a funcionar. Es normal que no quieras. Bastante tienes ya con seguir intentándolo cada día.

Y así como habían estallado, las llamas se extinguieron.

Rog se descubrió abrazándose a sí mismo.

–No... –comenzó, y la culpa se filtró en su voz–. No he intentado convocar mis poderes desde... desde la conversación. Ni siquiera me he sentado en el escritorio.

En realidad, tampoco había entrado en su gabinete. Se había dicho que apenas había tenido tiempo, que sus tareas en el taller aquellos días eran igual de importantes. Sin embargo, una parte de él sabía que se trataba de... En fin, de pura cobardía.

«¿Sabes qué, Rog?», le había dicho ella aquella mañana mientras transportaban cuesta abajo la lona que había hechizado. «Me parece de admirar que, pese a todo, lo sigas intentando cada día. Dice mucho de ti».

Casi tuvo ganas de reír, pero le habría salido como un gemido atascado en los pulmones, porque ni siquiera *eso* había sido capaz de hacerlo. Como tampoco fue capaz de alzar la vista y enfrentar lo que sabía que vería en sus ojos.

Claro que Matine era Matine.

Y siempre conseguía encontrar la forma de pillarlo desprevenido:

–Bueno, ¿y qué? –Cuando levantó la barbilla, con una arruga en el entrecejo, vio que tenía los brazos abiertos a ambos lados y una expresión de verdadero hartazgo sobre las pecas–. No, en serio, ¿y qué? Que le den por culo de una vez. A la magia, a la forja de hechizos y al puto taller entero.

Rog parpadeó, incapaz de creerse lo que escuchaban sus oídos.

–¿Estás loca? –soltó. Aunque, poco a poco, fue sintiendo como, al compás de los de su prima, los labios le daban tirones. Tirones genuinos–. Estás loca. ¿Cómo puedes decir eso? No puedo dejarlo todo a un lado sin más.

–Pues, entonces, esta noche sientas el culo en la silla de tu dormitorio, lo vuelves a intentar y dejas de reprocharte cada puñetero paso que das.

En cuanto le soltó aquello, Rog dejó escapar una bocanada de aire; ni siquiera había sido consciente de haberla retenido.

Durante los siguientes segundos, se limitó a observarla: su ceja izquierda arqueada, la boca torcida hacia un lado, destilando picardía y arrugándole la naricilla, y los rizos como un perfecto marco de cobre que lo encuadraba todo. Todo lo que era ella. Lo que significaba para él. Lo muchísimo que la necesitaba.

Lo muchísimo que la quería.

No le quedó otra que negar con la cabeza y ceder:

–Está bien. Lo haré.

–Perfecto. Y ahora, *pa'lante*, como los de la isla de Falante.

Con una risita, atrapó con una mano el kit de costura, lo tomó a él con la otra y lo guio hacia arriba, allí donde el runrún de la actividad llamaba a los Vondel a la acción.



Capítulo 25

Nadie tuvo que obligarlo a sentarse ante el escritorio aquella noche.

Había sido un día largo y estaba cansado, sí, pero no se lo pensó dos veces antes de cruzar el dormitorio y comenzar con su ritual previo a la forja.

Apartó todos los vestigios de su eterno desorden de la mesa, los acumuló a los lados y encendió una vela que pintó aquel rincón de la estancia de naranja y la cubrió de un aroma añejo, gastado y penetrante, como a libro viejo. Después, a la derecha, dispuso un frasco fino, de cristal púrpura y cabeza de corcho, y en el centro, una única hoja en blanco que contrastaba sobre la madera negra.

Apoyó los antebrazos en ella.

Y ni siquiera tuvo que pedirlo: antes de que pudiera parpadear, Darinn ya se había hecho un hueco centelleante entre sus dedos.

–¿Listo? –le preguntó, como una brisa.

Rog tomó aire y quiso creer que venía de ella.

–Listo.

Posó en lo alto del papel el índice de la mano izquierda, alineado con el pulgar en una ele algo torcida, y bajó los párpados.

Entonces, trató de imaginarse que todo lo que lo rodeaba desaparecía para dar paso a aquel limbo que siempre lo había fascinado; ese punto en ninguna parte que, sin embargo, tantas veces le había hecho sentirse capaz de llegar adonde fuera. Hasta el fin del mundo, de ser necesario.

Estuvo a punto de conseguirlo, de borrar la presencia de su cama deshecha justo enfrente y de las puertas del armario a la derecha, aún abiertas para mostrarle al mundo las baldas y las pocas prendas de ropa que colgaban dentro, porque la mayoría estaban dispersas aquí y allá en un arcoíris de arrugas. Y casi llegó a olvidarse de la forma en la que la escasa luz exterior se colaba entre las

enredaderas de la ventana y se derramaba sobre los recipientes, vacíos desde hacía meses, que se acumulaban sobre la cómoda y la mesita de noche y en los huecos entre cajones. Casi.

Unos golpecitos en la distancia lo trajeron todo de vuelta.

–¿Se puede?

El rostro de Phie había aparecido bajo el marco de la puerta.

Pillado por sorpresa, Rog dejó caer los brazos, y Darinn echó a volar sobre su cabeza. No obstante, terminó por asentir.

–Espero no molestar demasiado –comenzó a decir su prima mientras se abría paso en su dirección. Si tenía alguna opinión sobre el desastre que era su habitación, no dio ninguna muestra–. He ido a buscarte a la habitación de Matine y me ha dicho que ya te habías ido, así que me he acercado para ver si te pillaba antes de que te metieras en la cama; no esperaba encontrarte ocupado. Puedo venir mañana, si lo prefieres.

A pesar de la hora que era, seguía llevando el uniforme del taller y no se había deshecho el recogido del pelo, lo que permitía apreciar sus rasgos finos y suaves y su esbozo de ojeras. Además, tampoco es que soliera ir demasiado por allí. No debía de ser ninguna tontería.

–No, no, tranquila –le aseguró él–. Sigo luego; ni siquiera había llegado a empezar. Aún tengo tiempo.

En realidad, no estaba tan seguro. Al fin y al cabo, «que era tarde», «que estaba cansado», «que quizás mejor mañana» habían sido sus excusas los últimos días. Y cuanto más lo alargara, lo sabía, más aumentaría la probabilidad de que su cabeza las utilizara como escudo en aquella eterna batalla. No obstante, al escucharle, Phie esbozó una sonrisa inmensa.

Y, de alguna forma, le bastó.

–¿Sabes? –le dijo Phie en una especie de susurro, como si fuera un secreto–. Siempre me han dicho que debía ser un buen ejemplo para mis primos pequeños, pero una parte de mí esperaba que ninguno de vosotros se fijara en las peores partes. Y, aun así, aquí estás, forjando hechizos en mitad de la noche.

Rog se encogió de hombros.

–Es cuando hay más silencio.

–Justo –concedió ella–. Aunque no sé yo si en esta casa llega a haberlo del todo alguna vez. –Terminó de acercarse a su escritorio y lo recorrió con la mirada–. Aunque este es el tipo de ejemplo que sí que me gusta dar.

A Rog le llevó unos segundos percatarse de a qué se refería.

Sintió el rubor recorrerle las mejillas.

Phie también disponía así los materiales de trabajo cuando forjaba hechizos. Era lo único en lo que él era meticuloso en la vida, así que por supuesto que tenía que beber de ella, la persona más ordenada y rigurosa y concienzuda que conocía; más incluso que su hermano, y ya era decir.

Aunque lo cierto era que no se había dado cuenta hasta que ella misma se había percatado, hacía años. Al fin y al cabo, siempre había disfrutado de observarla cuando forjaba. De pequeño –y de no tan pequeño–, cada vez que tenía oportunidad, se quedaba junto a su mesa o apartado y, a veces, incluso semiescondido junto a la puerta para no ser una molestia. Así que, en algún punto, casi por defecto, había comenzado a imitarla. Ella siempre se había mostrado encantada al respecto.

En verdad, a una parte de él siempre le habría gustado ser más como ella. Sabía que el perfeccionismo le había dado algún que otro quebradero de cabeza, pero no podía evitar pensar que, si se hubieran parecido más, no habría llegado jamás al punto en el que se encontraba.

No habría perdido sus palabras. No habría perdido su magia.

Entonces, la certeza le golpeó en la cara.

Se preguntó cómo no se había dado cuenta en cuanto había llamado a la puerta, al verla así vestida. Al verla tan cansada. No necesitó que volviera a abrir la boca siquiera. Aquella noche, como todas durante la última semana, pretendía trabajar con Tía en el hechizo de desvinculación; de hecho, era lo bastante tarde ya como para que el proceso llevara un buen rato comenzado, así que debía de haberlo interrumpido para ir hasta allí. A buscarlo.

Un miedo que no se había percatado de que habitaba en su estómago brotó y se le extendió por las extremidades, junto a una

extraña sensación de inevitabilidad que, al mismo tiempo, no lo era tanto. Tendría que haberlo esperado.

La voz le salió temblorosa:

–Te ha pedido Tía que vengas a hablar conmigo, ¿verdad?

A que le insistiera. A que le convenciera de participar. A que se juntara con Ikash y le obligara a emplear unos poderes que odiaba para que él pudiera ayudarlas a arrebatárselos. Darinn vibró a su lado, alarmada.

Sin embargo, Phie...

–¿Tía? –repitió–. ¿Por qué iba a querer...?

Se detuvo al comprenderlo y, de pronto, su rostro pasó del desconcierto a la lástima. Rog odió cada segundo que tardó en quebrar el silencio de nuevo, y se odió por odiarlo. Porque era ella.

Y porque se había equivocado.

Como un estúpido; como un cobarde.

Lo supo en cuanto su voz, quebradiza, volvió a llegarle a los oídos:

–Claro que no, cariño. –Dio un paso adelante–. Jamás haría eso, ni aunque Tía me lo pidiera.

Lo peor era que Rog lo sabía.

De pronto, se sintió muy cansado; tanto que ni siquiera fue capaz de convocar el «lo siento» que le abrasaba por dentro.

Tan solo asintió, despacio, mientras su onnie se dejaba reposar contra la mesa a su lado, no supo si para reconfortarle o si para reprocharle aquella reacción.

–Y entonces... –susurró–. ¿Por qué estás aquí?

Su prima no respondió de inmediato. Lo miró de arriba abajo, como si temiera que se quebrase en mil pedazos en cuanto retomara la palabra. Su tono, no obstante, volvió a ser el de siempre:

–Venía porque necesitamos el *Manual Decimotercero de Forja Mágica* de Pandoma Nenfa.

Rog deseó que el suelo lo succionara. Aunque estaba seguro de que acabaría escupiéndolo, porque ni siquiera él habría podido tragarlo.

–Tía llevaba un rato buscándolo –le explicó–, y se ha acordado de que te lo prestó y quería saber si te importaba que me lo llevara.

Solo sería esta noche –se apresuró a añadir–. Puedo devolvértelo en cuanto acabemos.

–No, no –respondió a toda velocidad, tanto para no bloquearse como para no comenzar a insultarse en voz alta. Se sentía como un imbécil–. No me hace falta, no te preocupes. Podéis quedároslo. O sea, que no necesitáis mi permiso: es suyo. Eh...

Se levantó y se percató de que no sabía dónde estaba; hacía siglos que ni siquiera lo ojeaba. Echó un vistazo alrededor y separó los labios, avergonzado y consciente de cada centímetro de sí mismo y del desastre que era su habitación.

Por suerte, Darinn lo salvó:

–¿Por qué no miras en el armario mientras yo me acerco al baúl?

Deseó abrazarla hasta espachurrarla.

–Sí –dejó escapar–. Perfecto. Gracias.

–Sin problema.

Por el rabillo del ojo, mientras se ponía en marcha, vio que se alzaba de su escritorio en un halo de plumas arcoíris y volaba hasta la cama, a cuyos pies se encontraba el inmenso baúl de madera que había traído desde Tiaral. Parte de la almohada había caído sobre la tapa y reposaba en equilibrio precario desde el colchón.

Se concentró en la misión que tenía entre manos.

–Rog, una cosa...

Se dio la vuelta, al compás del tintín de las perchas, atraído por los sentimientos que volvían a fundirse con sus palabras. Solo que en esta ocasión era distinto. No parecían cargar lástima, sino preocupación.

Y también un toque espolvoreado de frustración.

–Sabes que no estás defraudando a nadie, ¿verdad?

Se quedó paralizado durante una eternidad.

Separó y juntó los labios varias veces, con la vista fija en aquellos ojos azules repletos de pestañas, pero no logró convocar nada.

Por eso, ella continuó:

–Lo digo en serio. Sabemos lo mal que lo estás pasando con esto y cuánto te estás esforzando. Nadie está esperando nada de ti aparte de que estés, de que tomes decisiones con las que te sientas cómodo y de que avances al paso que necesites. Nada más.

Pero es que ese era el problema. Que no *estaba*. Que no se sentía cómodo en su propia piel. Que no estaba avanzando.

Ni lento ni rápido. Estaba estancado.

Dejó caer los brazos y apartó la mirada, allí donde Darinn se encontraba buceando en el interior del baúl y haciendo levitar libros con su magia. Y más allá, a un punto entre los zapatos desparejados, las capas que llevaba semanas sin ponerse, los cuadernos garabateados y la vieja bolsa de cuero que había llevado a la universidad y que nunca se había atrevido a tirar.

–No es eso...

–¿Y qué es? –le preguntó, y ni siquiera alzó el volumen. Fue un suspiro y un paso adelante–. Puedes contármelo.

Estiró una mano en su dirección que, sin embargo, cayó al cabo de unos segundos. Porque la ignoró. Porque había fingido que no la había visto, pasando a fijar la atención a sus pies, cubiertos por unas zapatillas de andar por casa desgastadas.

No se había atrevido a tomársela.

–Es... –De nuevo le fallaban las palabras–. Es todo. Es Tía, sois vosotros y es Ikash también. Es... mi trabajo. –Alzó la vista–. Dices que no estáis esperando nada de mí, pero no es cierto. ¿Para qué me uní al taller, si no? ¿Para quedarme mirándoos?

–Rog. –Phie pronunció su nombre, y lo hizo con tanta solemnidad que incluso se sintió incómodo en su propia piel–. No ha habido un solo día desde que comenzaste a trabajar con nosotros que te haya visto perder el tiempo. Ni siquiera cuando empezó tu bloqueo.

–Pues no sé cómo llamar entonces a quedarme sentado horas en mi gabinete sin que sirva de nada.

Otro paso adelante.

–Pero es que no todo son los hechizos, cariño.

–Sí, sí que lo son. –No se podía creer que *ella* le estuviera diciendo eso. Ella, que forjaba uno tras otro sin descanso. Que apenas bajaba al piso inferior durante toda la jornada de lo ocupada que estaba. Que tenía una pared entera repleta de recipientes a la espera de que alguien se los llevara o que los encargara desde cualquier punto de Yhandal–. Es por ellos por lo que estoy aquí. Son lo que me ha hecho ganarme mi lugar en el taller.

La vio negar con la cabeza.

–Esa es justo la cuestión, Rog: que no es así. Ese lugar te ha pertenecido siempre. E independientemente de lo que hagas con él, no lo vas a perder. Es tuyo. Todos queremos que lo sea. Y todos entendemos por lo que estás pasando. No es culpa tuya.

No supo qué decir; sentía la voz atorada en la garganta, el corazón latiéndole desbocado pese a los pinchazos y los pensamientos en un torbellino. No obstante, o quizás por eso, ella agregó:

–Si lo que te preocupa es no estar cumpliendo lo que se espera de cualquiera que trabaje con nosotros, ¿es que acaso no haces inventario? ¿Es que no haces envíos y pedidos y ayudas a recogerlos cuando llegan? ¿No lo dejas todo listo al final del día y te aseguras de que esté todo perfecto antes de cada apertura? Y, bueno, sin ir más lejos, ¿no has estado toda esta semana encargándote de la atención a los clientes tú solo?

Se mordió el labio.

Porque... sí, de acuerdo, era cierto.

–Pero eso son... las cosas pequeñas –acabó diciendo.

Por no decir «lo que puede hacer cualquiera».

Por no decir «lo que tenemos que hacer todos».

Por no decir «y lo que nadie quiere hacer, aun así».

Por no decir «lo único para lo que parece que valgo».

–Sí, Rog, pero es que las cosas pequeñas, las cosas sencillas, son la base, lo que conforma el todo. Nos centramos siempre en los grandes actos, en lo que hace que el mundo entero se quede boquiabierto, y no nos damos cuenta de que, al final, es lo que acaba quedando a un lado. Yo he sido la primera a la que le ha pasado toda su vida, pero luego te das cuenta.

Aquello le hizo fruncir el ceño. ¿Se refería a su pasado?

Todos sabían que al principio no había estado tan segura de aceptar la propuesta que le había hecho su hermano de irse con él a Aness, cuando hacerlo ni siquiera era tradición, solo una locura que parecía estar yendo bien; ella también había tenido entre las manos la promesa de un futuro brillante, y hasta una persona con quien habría podido compartirlo. Un chico con el que había estado durante muchos años.

Al final había decidido irse al sur, mudarse a casa de Tía; Rog no sabía qué razones la habían llevado a ello, pero sí que él no las había entendido y había acabado yéndose sola.

No obstante, él nunca había soñado en grande.

Lo único que había querido siempre era estar allí.

En su rincón. Con su magia. Con lo que siempre había creído que podía conseguir con ella: ayudar, aportar, sumar.

Nada más.

–Entiendo más que nadie lo que es la forja para ti, lo sabes –le dijo Phie, como si le hubiera leído la mente–, pero al único al que le debes tus hechizos es a ti mismo, y solo por el hecho de lo que significan para ti. No tienes ningún cupo que cumplir. Porque, en lo importante, ya lo tienes cumplido. Siempre has estado para el taller. Siempre estás para todo el mundo. Y eso es muchísimo, Rog; más que suficiente.

Y, entonces sí, su mano encontró la suya.

Lo hizo sin pedir permiso, sin darle oportunidad de dudar, de huir; tal vez porque sabía que, aunque no se sintiera en el derecho, era lo que más necesitaba en el mundo. Su contacto. Su calor. Su dulzura.

Para conseguir dejar escapar todo:

–Me da miedo. Me da miedo no poder volver a forjar un hechizo nunca más, que mi magia nunca regrese y confirmar... que la he perdido de verdad.

Ella negó despacio.

–Eres un forjador maravilloso, Rog; he visto con mis propios ojos lo que eres capaz de hacer, y sé que tu magia está ahí, en tu interior. A la espera de que puedas darle alas otra vez.

–¿Y si no? –preguntó, y apenas fue un susurro que tropezó sobre su lengua–. ¿Y si no puedo? ¿Y si realmente necesito una fuerza externa?

–A Ikash. –Rog asintió. –Bueno, ¿qué habría de malo en necesitarla? –inquirió, pasándole el dedo por el dorso de la mano–: Todos necesitamos ayuda alguna vez. ¿No está él aquí justo por eso?

La pregunta cayó como el mazo de un juez, directa y con la fuerza suficiente para repicar en el eco, pero Rog no hubiera sabido decir

cuál era la sentencia.

¿Qué debía hacer? ¿Aprovechar los poderes de Ikash, lo que más le aterraba, «en su propio beneficio», tal y como había dicho Tía? ¿Obligarle a sufrir para dejar de hacerlo él?

El silencio los envolvió como una manta hasta que el resplandor de su onnie lo devolvió al mundo real, o quizás su vocecilla al resonar junto a él:

–P-Perdonad que os moleste, pero ¿es este el libro?

Al volverse hacia ella, lo descubrieron flotando bajo sus plumas, las gruesas y viejas tapas de cuero envueltas en su aura rosácea.

–¡Sí! –respondió su prima–. Ese es. Muchísimas gracias, Darinn. –La luz se fundió contra sus dedos cuando extendió las manos para tomar el manual–. Bueno, a los dos.

–Gracias a ti. Por hablar conmigo. Por tus... palabras.

«Sabes que no estás defraudando a nadie, ¿verdad?».

Ella le sonrió.

–Somos forjadores: siempre van a ser nuestras mejores aliadas.



Capítulo 26

«¿Y si tiene razón?».

No sabía con exactitud cuánto tiempo había pasado desde que había vuelto a sentarse ante el escritorio, después de que su prima se marchase, ni cuántas veces había repetido la conversación en su cabeza, con la mirada fija en la ventana, ahí donde las enredaderas extendían sus largos dedos.

Tampoco sabía cómo sentirse al respecto.

Sin embargo, de pronto, el pensamiento saltó de su lengua.

Darinn conformó un tirabuzón en el aire para volverse hacia él, y la siguiente pregunta siguió la estela de la primera, sin darle tregua:

–¿Y si necesito su ayuda?

–Bueno... –respondió ella–. Podría ser.

Rog dejó caer los antebrazos sobre la hoja que, ¿cómo no?, seguía en blanco. Y no tenía ni pizca de sueño, pero ni siquiera se había molestado en volver a intentar convocar su magia. No habría servido de nada.

Apoyó la cabeza en las manos y contempló a su onnie, que flotaba a escasos centímetros de él, con las plumas arcoíris ondeantes, centelleante y tranquila.

–¿Qué crees que debería hacer? –le preguntó.

Esta vez, Darinn no contestó de inmediato. Dio una pequeña sacudida y, poco a poco, comenzó a acercarse hasta que su punta encontró madera.

–No me corresponde a mí tomar esa decisión, Rog.

Él suspiró y sintió el cosquilleo en la piel, sobre la muñeca.

Los minutos se fueron sucediendo, uno por uno, sus respiraciones se acompasaron, y hasta una de las enredaderas repicó contra el cristal, quebrando ese silencio que no era silencio, que solo había

dado pie a un nuevo hilo de pensamientos que se retorcía casi más que cualquiera de ellas.

–¿No lo echas de menos? –le preguntó a Darinn.

–¿Forjar contigo? Mucho. Cada día.

Y, aun así, nunca le había forzado a nada.

Más bien al contrario.

De fondo, un nuevo golpeteo contra la ventana.

–Yo también –confesó, pese a que no hiciera falta. Al igual que tampoco que ella le susurrase que lo sabía y pasara a darle unos toquecitos cálidos en el meñique. Un intento por reconfortarle.

Pero nada lo hacía.

Por eso, con más fuerza, casi con rabia, repitió:

–Yo también. –Se incorporó de golpe–. Y lo peor es que la solución parece fácil. Me la están dando en bandeja y, aun así...

–Dudas. –Darinn flotó hasta que quedó a su altura–. Dudar está bien, Rog. Es una forma de protegernos y de proteger lo que nos importa. Supongo que el problema está en cuando lo haces tanto que te terminas atascando en tu propia cabeza.

Se dejó caer contra el respaldo, abatido, removido por sus palabras. Porque sabía que estaba en lo cierto. Que era justo lo que le pasaba.

Lo que le acababa pasando siempre.

Ella se lo quedó mirando; no supo si pensativa, si arrepentida o simplemente dejándole su espacio, y no lo supo porque, de pronto, añadió:

–Tal vez lo que deberías preguntarte es si dudas por él o si dudas por ti.

Rog separó los labios.

Y, entonces, oyó el impacto: directo contra el cristal, y tan potente que, durante unos segundos, temió que la ventana se hubiera roto en mil pedazos. Sin embargo, no. Estaba intacta.

Solo que no había rastro de las enredaderas.

–Darinn...

El resplandor lo detuvo; solo fue un destello rápido, aunque no lo suficiente como para no ver que se había equivocado, que las enredaderas seguían allí, pero que se habían separado del muro. De

repente, cómo látigos en mitad de la noche, cayeron de nuevo sobre él.

Rog se levantó de su asiento, despacio, con el ceño fruncido.

Tardó un instante en recordar cuándo había visto una luz así. Porque lo había hecho, hacía varias noches ya. Bajo la puerta del despacho de Tía.

Cuando la había escuchado hablar con Ikash.

Comenzó a cruzar su habitación, primero despacio, después a zancadas, dejando atrás la mesa y prendas de ropa y recipientes de hechizos tirados por el suelo y a Darinn, que, pese a que lo llamó varias veces, acabó apresurándose en su dirección.

Estuvo a punto de chocar con él cuando frenó en seco.

Porque la vio otra vez.

Era un pulso azulado, como el fulgor de un faro, que atravesó la noche y, engarzado a las ramas de las enredaderas, tiró de ellas. Rog se aproximó a la ventana y la abrió justo en el momento en el que la luz volvió a esfumarse y ellas se precipitaron de regreso a su sitio. Y, pese a que consiguió apartarse a tiempo, varias le arañaron los brazos en su eterno empeño por colarse en el interior de su habitación.

Contuvo un siseo mientras se inclinaba hacia delante para echar un vistazo. El patio se encontraba envuelto en sombras; apenas alcanzaba a distinguir el sendero que lo recorría.

Entrecerró los párpados.

–Darinn, ¿ves algo?

Lo primero que sintió, junto su oreja, fue su centelleo; lo había potenciado para que emanara de ella a modo de linterna rosácea, y comenzó a deslizarse por la pared. No llegó a adelantarse más que unos centímetros, porque la luminiscencia azul surgió de algún punto a su derecha, extendiéndose como una onda expansiva.

Y tiró de ella.

–¡Darinn! –exclamó.

Pero su aura ya era un punto menguante en la distancia.

En un impulso, apoyó las manos en el alféizar, aunque de inmediato retrocedió, con el corazón en un puño, y apretó el paso en dirección al pasillo. Avanzó en mitad de una quietud que solo

acabaron rompiendo sus jadeos, tratando de no chocarse con los armarios retorcidos y aparadores que nadie había abierto en años. Y estuvo a punto de tropezarse con la alfombra, pero consiguió aferrarse a la barandilla de las escaleras antes de que fuera demasiado tarde.

Empezó a sortear los escalones de dos en dos, de cuatro en cuatro, y no pensó en a quién podía despertar. No pensó en nada más que en bajar y bajar y bajar.

En cuanto salió al exterior, una brisa fresca se ciñó a su cuerpo, que se quejaba por el esfuerzo, por cada pisada. Aun así, lo ignoró, y se dispuso a descender por el último tramo de escaleras hasta que sus pantuflas encontraron el sendero de piedra.

Y fue entonces, tras doblar la esquina más lejana a su habitación, más allá del pozo y del océano de flores, que no eran más que figuras sin sentido en la penumbra, cuando lo vio.

En un hueco entre los árboles que había tratado de ocultarlo en vano.

Ikash.

Supo de inmediato de dónde provenía el resplandor azul: estaba envuelto en él.

Se encontraba sentado en la tierra y se rodeaba las rodillas con los brazos. La ropa le daba sacudidas a medida que la luz, en ondas, escapaba desde cada fibra de su ser: los dedos, los codos, los mechones del pelo y su columna vertebral.

Una. Pausa. Otra. Pausa. Y de nuevo.

La mayoría viajaban hacia el cielo, atravesando la maleza, aunque algunas se extraviaban y salían disparadas al ras de las plantas del patio, o pasaban cerca de la fachada de casa de Tía; tanto que parecía que iban a arrancarle las tejas, los ladrillos oscurecidos por el paso del tiempo o las enredaderas del lado este.

Rog fue incapaz de dar un paso más; solo tenía ojos para el estallido de azules que se esparcía ante él, como si una tormenta eléctrica estuviera azotando Aness. Pero no era electricidad; era magia.

Era Ikash.

No toda la luz surgía de su cuerpo. También caía contra él.

O quizás era que la absorbía.

Algunas de las ondas se dispersaban en fragmentos resplandecientes que regresaban en cuanto las dejaba ir, como si se negaran a abandonarlo del todo; como si necesitaran aferrarse a su piel.

Entonces, reparó en el resto de colores.

Naranjas, verdes, rojos, violetas, amarillos, púrpuras; centellas más pequeñas, alargadas y redondas y retorcidas, aunque difíciles de apreciar porque se fusionaban con la luz. Venían de distintos puntos del patio y más allá, atraídas por la luz como abejas a la miel, al igual que...

–Darinn.

La vio surgir por fin entre un cúmulo de arbustos mal recortados, como los despojos de un ave abatida. Debía de haberse desplomado allí en algún momento después de salir volando de su dormitorio. Ahora, flotaba de nuevo.

Y su aura parpadeaba.

Rog gritó su nombre y su voz se perdió en el fragor, pero la fuerza de su alarma, de su miedo, fue por primera vez más poderosa que la de sus piernas. Cuando quiso darse cuenta, se encontraba pisando las flores, con el cuerpecito de la onnie entre las manos.

No le importó perder las pantuflas en el proceso.

Cayeron juntos al suelo justo cuando la luz terminaba de despegarse de sus plumas para salir disparada hacia el vórtice resplandeciente.

–Darinn –la llamó–. ¿Estás bien? –Al ver que no respondía de inmediato, nervioso, repitió–: Dime, ¿estás bien?

Ella se removió entre sus manos. No parecía haber cambiado nada; solo parecía aturdida, confusa. Aun así, la sentía igual de cálida que siempre.

Aunque no hubiera rastro de su aura.

–Sí... Solo ha sido...

De pronto, se estremeció.

Y a Rog solo le dio tiempo a alzar la barbilla.

En su rincón entre la maleza, Ikash separó los brazos y, con un gemido, estiró la espalda y echó la cabeza hacia atrás. Una columna

lumínica, blanca como la nieve bajo el sol, abandonó su pecho hasta fundirse en las alturas durante dos siglos y media eternidad atrapada en un latido. Y desapareció. Como si jamás hubiera estado allí.

Pero por supuesto que había estado; había sido testigo de ello con cada uno de sus sentidos, y lo confirmó en cuanto la mirada de Ikash lo encontró de rodillas en mitad del jardín.

Vio su rostro cubrirse de pánico.

Antes de que Rog pudiera obligarse a separar los labios, él ya se había puesto en pie y echado a correr.



Capítulo 27

–Espera... ¡No!

No lo entendía. ¿Por qué huía?

¿Por qué esa máscara de terror tatuada a fuego?

–¡Eh, espera!

Con Darinn apretada contra el pecho, se alzó sobre los tobillos, y estuvo a punto de perder apoyo, pero consiguió afianzar los pies descalzos en la tierra y avanzó tras él. Las ventanas de la casa de Tía estaban oscuras. De hecho, no había más rastro de luz que la de las estrellas; allí ni siquiera llegaba el resplandor de las farolas que salpicaban las cuestas de Aness, justo al otro lado.

Parecían a kilómetros de distancia.

–¡Ikash, por favor!

Solo entonces consiguió que se detuviera.

Claro que, en realidad, no habría llegado demasiado lejos. Sus pisadas habían sido tropiezos a trompicones, y tuvo la suerte de encontrarse la pared del cobertizo entre la maleza, porque le permitió apoyarse en ella antes de venirse abajo. Se quedó ahí, de rodillas, tembloroso, como si hubiera perdido la última de las fuerzas.

De pronto alarmado, Rog terminó de recortar distancias.

–Ikash –tanteó al llegar a su lado–, ¿estás bien...? ¿Qué...?

Se interrumpió al ver que giraba sobre sí mismo para encararlo, aunque más bien lo que hizo fue dejarse caer contra la pared de espaldas. Todo el miedo se había borrado de su rostro, sustituido por un abatimiento que se profundizó a medida que sus ojos blancos le escrutaban.

Después, carraspeó y separó los labios, tal vez para explicarse, para excusarse; lo único que acabó convocando fue un gemido.

Rog se arrodilló en el suelo.

–Ikash, ¿te duele algo? ¿Aviso a alguien?

De pronto, su rostro se contrajo.

–Tu onnie.

Había pasado a clavar la vista en Darinn, que seguía en sus brazos, y su expresión se fue pintando poco a poco de algo parecido a la pena. O no: a la culpa. Rog la reconoció porque ya la había visto dibujada antes en sus rasgos.

Y el miedo le punzó el estómago.

–¿Qué le pasa? –preguntó mientras los sucesos que acababan de tener lugar comenzaban a aparecer en su mente, dispersos, brillantes, incoherentes–. ¿Qué ha sido eso que acabas de hacer? ¿Qué le ha pasado a su aura? ¿Cómo...?

Tras un momento interminable, Ikash acabó negando con la cabeza y varios mechones, negros y blancos, le cayeron por la frente.

–No... –Dejó caer los hombros–. Está bien.

Rog separó los labios y, antes de que pudiera responder, sintió la vibración de su onnie contra el pecho. Lo siguiente que oyó fue que lo llamaba. Con cierta sorpresa. Con alivio. Como...

Como siempre.

Dirigió la vista hacia ella para descubrir que, aunque tenue –más de lo que lo había visto jamás–, el brillo rosáceo volvía a emanar de sus plumas, del fino metal que le daba forma, y la rodeaba.

–No entiendo...

–Es magia. Ella.

Rog frunció el ceño y lo miró por debajo de las pestañas.

–¿Cómo que *es* magia?

–Tu onnie. –Ikash hizo un pequeño gesto con las cejas hacia ella–. Está hecha de magia. Es en su interior. No puedo... robársela del todo.

«Robársela».

Aquella palabra rebotó en el eco de la noche, como un pulso vibrante y estático que lo golpeó en las sienes. Y entonces, la voz de Tía se coló a través un recoveco de sus recuerdos: «Los daheerar toman la magia del mundo, de todos los seres y objetos que la portan, y la hacen suya».

–¿Es...? ¿Es así como lo hacéis?

Para su sorpresa, Ikash negó con la cabeza.

Después solo hubo silencio. Un silencio largo. Tanto que, cuando Darinn parpadeó, Rog dio un respingo.

Se percató de que su luz había ido recuperándose poco a poco y ahora se derramaba sobre su pijama, sobre las manos con las que acariciaba la hierba del suelo, sobre el rostro alzado del chico que se encontraba a apenas unos centímetros de él, apoyado en el cobertizo de paredes de madera.

Rog torció el gesto sin dejar de mirarlo. También parecía ir mejorando; se le veía menos tembloroso, aunque, potenciada bajo aquel tono rosáceo, seguía habiendo culpa en sus rasgos, en su nariz fina, en sus labios apretados, en su mandíbula; solo que no era cualquier tipo de culpa. Era una culpa cansada.

Mucho más de lo que pudiera estar cualquier cuerpo.

Otro pensamiento rebotó en el fondo de su mente: tal vez lo mejor fuera que se marchara, que lo dejara ahí para que terminase de recuperarse.

No pudo.

Algo le impedía ponerse en pie: esa sensación que le había perseguido desde que le había oído hablar con Tía; esa desesperación por algo que era más grande que él, ese dolor en su voz, ese miedo. Lo mismo que, en realidad, le había impedido tomar una decisión.

«¿Dudas por él o dudas por ti?».

Apretó los dientes.

Fuera lo que fuese, no podía dejarlo ahí.

No podía dejarlo tirado también en eso.

–Ikash, creo que deberíamos ir...

Claro que él habló al mismo tiempo y no le escuchó:

–Nosotros canalizamos magia en activo. Magia que hay. Que nos rodea. –Rog no supo si se refería a cuando alguien la usaba o si era algo más allá, pero no se atrevió a separar los labios–. Podemos quedarla o devolverla. Yo siempre... la devuelvo.

Señaló el cielo. Cientos de estrellas lo moteaban.

–Eso es lo que has visto –continuó, y cada frase parecía quemarle en la lengua–. Cada noche... Lo hago cada noche. Si no la usamos o soltamos, se acumula y pasa a nosotros, la absorbemos. Si la devolvemos, se renueva. No afecta. –Hizo una pausa para dirigir la vista al hueco entre la maleza que había tratado de ocultarlo–. Lo que ha ocurrido es que tu onnie estaba cerca usando su magia. Y la he tomado. Pasa. Cuando estoy tratando de soltar magia, también entra un poco. Lo... intenta.

Sí. Lo había visto.

–Como cuando abres una puerta o una ventana y hace viento.

Solo entonces, al escucharle, Ikash lo miró.

Había vergüenza en sus iris.

Aun así, asintió.

–Pero ella es magia –repitió mientras contemplaba a Darinn flotar junto a su rostro, tan cerca que podría haberla tocado–. Su aura. Aunque la hubiese absorbido, habría pasado eso. Vuelve. Por eso está bien.

Darinn tintineó en respuesta.

No había habido nada de lo que preocuparse.

Arrepentido, Rog se aclaró la garganta.

–Perdona. Me he preocupado y...

Él negó con la cabeza para cortarlo.

–Lo entiendo. Es tu onnie.

Volvió a hacerse el silencio, e Ikash pasó a contemplar de nuevo el jardín. Rog se fijó en cómo se rodeaba con los dedos los tobillos, que le quedaban al descubierto, mientras la ligera brisa le acariciaba el flequillo. Y se descubrió dándose cuenta de lo mucho que las preguntas le picaban en la garganta.

No quería sonar entrometido ni grosero, pero una parte de sí mismo no podía tenerle delante y evitar querer saber.

No. No «saber». Comprender. *Comprenderle*.

–¿Por qué...? ¿Por qué lo haces? ¿Por qué sueltas la magia?

–No la quiero. Hago daño.

Aquello lo dejó boquiabierto.

¿Daño? Pero Darinn estaba bien, ¿no? Entonces, ¿a qué se refería? ¿A lo que había pasado en el taller? ¿A Phie?

Ni siquiera había sido responsabilidad suya, sino del filtro del sueño de Derro, y ya se encontraba a la perfección. ¿Tan mal se seguía sintiendo por lo que había ocurrido, o era que...?

–¿Te haces daño tú? –La pregunta fue de su onnie–. ¿Por eso estás así? ¿Te duele?

Él volvió a negar.

–Es cansancio. Hoy he acumulado demasiada, más que... los otros días. –Estiró la espalda y, después, tal vez al leer su incomprensión, resumió–: El taller. Había mucha.

Mucha magia.

¿Más de lo normal? Bueno, Ankoe lo había llevado al taller, Derro había tenido varias pociones al fuego a lo largo del día, Guezo había estado trasteando aquí y allá, y seguro que Istella y Viure habían fabricado alguna joya, además de todas las que habían activado para los clientes; eran cosas que pasaban siempre. No obstante...

Claro.

Había vuelto Phie; habían vuelto sus hechizos. Y, por supuesto, había estado también el tema de las bufandas de Matine.

Rog recordó cómo se había llevado la mano al pecho mientras las contemplaba, embelesado, junto al escaparate. ¿Habría sentido su magia ahí? ¿Y después también mientras le tomaba medidas para su nuevo proyecto? ¿Era eso «magia en activo»?

Había demasiadas incógnitas rondando por su cabeza.

Oyó un suspiro.

–Cansa, pero ya se pasa –dijo Ikash–. Es mejor.

Rog torció la cabeza. ¿Mejor? ¿El qué? ¿Soltar la magia?

–¿Mejor que hacer daño? –comprendió.

Y, esta vez, sí había dado en el clavo.

–No es... *ya* –trató de explicar. ¿«De inmediato»?–. No todas las criaturas son como los onnie; no a todas les vuelve la magia si la consumes, si te alimentas de ella. Si la robas. –Otra vez esa palabra, «robar»; sonaba grotesca en su voz–. Se... deshacen. Por eso soy así: no... No como los demás. –Hizo una pausa–. No sé qué dirán exacto esas... leyendas vuestras. Guezo se ríe. Dice que están equivocadas y se ríe; se ríe siempre –añadió, con una sonrisa que

comenzó genuina y, de pronto, se tornó amarga–. Pero yo no lo creo.

Rog no tenía ni idea de que su primo le hubiera hablado también de ellas. Claro que, conociéndolo, no debía sorprenderle: cuanto más impertinente pudiera resultar algo, más ganas tendría de soltarlo por la boca.

–Yo soy pequeño –continuó–, débil; no tengo pelo blanco ni colmillos, pero sí ojos normales. Porque no consumo la magia. No como ellos. Todos.

Rog parpadeó, asimilando la información.

Entonces..., ¿las leyendas estaban en lo cierto?

Sin embargo, de alguna forma, también chocaban con sus palabras.

Él jamás habría dicho que Ikash fuera pequeño ni débil: le sacaba más de una cabeza y, sí, era delgado, pero también fuerte. Sobre todo, después de los días que había pasado allí, comiendo hasta hartarse y –también por la extraña influencia de Guezo, que había insistido mucho en que lo hiciera, como si fuera un cachorrito de diato– bebiendo leche. Lo había visto cargar con las baldas. Claro que..., teniendo en cuenta que las leyendas describían a los daheerar como criaturas de hasta cuatro metros de altura, tal vez no fuera tan extraño. Quizás...

Quizás era así como se veía él.

«Pero sí ojos normales», había dicho, y lo paradójico que resultaba le podría haber hecho soltar una carcajada.

Porque Ikash tenía los ojos más extraños y curiosos y fascinantes que había visto en su vida: ojos blancos que cambiaban de color a veces, sin ningún tipo de sentido. ¿No eran así los del resto de daheerar? ¿Era él el único?

¿Y todo por no absorber la magia tras tomarla?

No. Por no querer hacer daño.

«Se deshacen».

–¿Y no puedes evitar canalizar magia de base? –preguntó.

Esta vez, tras su negativa, le pareció leer algo más en su semblante.

Frustración.

–Llega –se limitó a contestar.

–Entiendo.

Y era cierto. Iba encajando las piezas del puzle.

Era el vínculo del que les había hablado Tía, ¿verdad?

«No solo les permite emplearla ellos mismos, sino también *para sí* mismos y para los demás», les había dicho. «La canalizan, la ceden, la usan y, lo más importante, la renuevan; potencian su potencia inicial».

Tomaban la magia del medio de forma involuntaria y luego podían usarla, absorberla o soltarla a placer. Claro que a Ikash tampoco le gustaba emplear la magia, ¿no? La reprimía; por eso había tenido lugar el destrozo, y por eso había tenido ese arrebato cuando Derro se lo había echado en cara.

Porque perdía el control de una magia que tomaba sin pretenderlo.

–Entonces, la acumulas y la sueltas por las noches.

Ikash dudó un instante.

–El resto del tiempo..., cuando puedo. Pero siempre queda.

O sea, que también se deshacía de la magia a lo largo del día, solo que iba ahí cada noche a terminar de expulsarla para no absorber la que quedaba, que era lo que hacía que los suyos acabaran teniendo aquella fisonomía.

–Cuando la uso, suelto igual –añadió–, como con la savia.

Claro; era lo único en lo que Rog le había visto usar su magia a conciencia. Lo único con lo que no parecía sentirse incómodo.

Debía de ser agotador.

Quiso decírselo, pero no le salían las palabras. Ni los sentimientos. Se sentía... enfadado y también triste. Y al mismo tiempo le parecía injusto y una locura y una barbaridad. No obstante, lo que menos quería era mostrar lástima; sabía lo horrible que era ser consciente de que la dabas. Así que se aferró a lo único que creía que podía hacer.

–Siento haber metido las narices donde no me llaman.

Para su sorpresa, Ikash frunció el ceño.

–¿Las... «narices»?

–Oh –se sorprendió al darse cuenta–. O sea, haber aparecido mientras estabas... Ya sabes. Expulsando tu magia. Antes. Es una

expresión.

Él lo contempló unos instantes con los ojos entrecerrados.

–No te preocupes –acabó diciendo–. Es normal. –Hizo un gesto hacia Darinn y solo entonces le dedicó una sonrisita tímida ante la que ella parpadeó–. En verdad debería... disculparme yo. Además, tu tía ya me dijo que podía pasar.

–¿Mi tía lo sabe?

Antes de terminar de formular la pregunta, la respuesta le escupió en la cara. Por supuesto que lo sabía.

–Sí. No quería que lo hiciera aquí, pero yo... quiero estar solo –confesó–. Mientras. Es un momento...

–Privado –completó Rog por él, y volvió a asentir.

–No me gusta. Pero no hay otra. –Clavó la vista en la hierba y repitió–: Soy débil. –Rog frunció el ceño. Antes había sido un dato más en toda aquella avalancha de información. Ahora sonaba como si fuera el resumen de todo. Como si lo definiera–. Por eso estoy aquí. Por eso vine.

–¿A que te ayudáramos a deshacerte de tus poderes?

¿Creía que eso le haría «fuerte»?

Ikash apretó los labios y permaneció en silencio un largo rato, como si estuviera buscando en su interior las palabras exactas para explicarse. Una nube se había colocado entre ellos, el cobertizo y los astros para cuando logró encontrarlas, y su voz se convirtió en un eco arraigado en un pasado que aún seguía vistiendo cicatrices:

–Para ellos no soy daheerar; para ellos soy... como aquí. Humano. –Y sus ojos lo encontraron–. Pero no para mí.

Capítulo 28

Ahí estaba. Esa era la razón por la que quería deshacerse de sus poderes. La razón de sus miedos. La razón de su pozo de vergüenza.

La razón de todo.

Para el resto de daheerar no era lo bastante daheerar, porque no quería usar la magia de otras criaturas para absorberla y adoptar el aspecto normal de los de su especie. Para ellos, era débil. Y, por ende, para sí mismo.

Y, sin embargo, tampoco era humano.

Su vínculo con la magia lo hacía más poderoso, sí, pero también un potencial peligro. Estaba en un punto intermedio entre dos mundos en los que no encontraba un hueco por el simple hecho de no querer hacer daño en ninguno de los extremos de la balanza. Pero ¿cuánto tendría que haberse hecho a sí mismo en el proceso? ¿Cuánto tendría que seguir haciéndose con cada paso?

Rog lo sintió como una puñalada.

Las palabras se le perdieron en la garganta, como si cada fibra de su cuerpo tirase de ellas hacia dentro. Y, aun así, quería hablar.

Quería decir algo. Lo que fuera.

–Ikash...

Él negó con la cabeza.

–Estamos –dijo. ¿Estaban *en ello*, tratando de buscarle una solución por fin?–. Tu tía es... generosa.

Aquello hizo que su boca formara una O perfecta, y hasta Darinn, que había estado observando en un silencio lúgubre, dio un pequeño vuelco en el aire. Después, sintió cómo le tiraban las comisuras de los labios.

–Sí –se limitó a decir, no obstante–. Quiere ayudarte.

Y Phie también, con el hechizo. Y Guezo, con su constante compañía. E Istella, con su dulzura. Y hasta Matine, con sus

bufandas.

«Pero yo no».

Aunque eso no lo dijo.

«¿Dudas por él o dudas por ti?».

–Estáis siendo buenos conmigo. *Muy*.

«Estáis»... Como si le hubiera leído la mente, como si quisiera clavarle otro puñal y, a la vez, como si no tuviera ni la más mínima idea de lo que la voz de su cabeza le susurraba a escondidas.

–Y me gusta aquí –añadió–. Aness.

–Por su olor a río...

Y entonces fue cuando Ikash rio.

Fue una risa cantarina, más dulce que las que compartía con Guezo, y sonó tan repentina en mitad de la noche que Rog tuvo que contenerse para no dar un respingo. Lo había dicho sin pensar, como un acto reflejo, y tan bajito que incluso podría haberse confundido con la brisa. Aun así, le había escuchado. Y se había reído.

Lo había causado él.

–Es el mejor olor –decretó Ikash, reajustando su postura contra la pared. Ya parecía haberse recuperado–. No tengo culpa de que Guezo no sepa apreciar las cosas buenas. Las cosas buenas de verdad.

Rog sonrió.

–Pobre Guezo... –se quejó Darinn–. Si es un destello de luz.

Aquello hizo que Ikash asintiera.

–Sí es. –Sonrió, y el color de sus ojos se tiñó de su aura. Y luego, tras volverse hacia Rog, agregó–: Dijo que tú también sientes los olores.

Una caricia cálida se le expandió por las mejillas. «Ya he descubierto qué es lo que has visto en él: es igual de *frikazazo* que tú».

–Solo... –comenzó a justificarse–. En realidad, es solo al entrar al taller; una costumbre que tengo desde pequeño.

–¿Qué es «costumbre»?

Rog parpadeó.

Hacía ya un rato que se había dejado caer del todo al suelo, pero se descubrió removiéndose para cambiarse de postura. Sentado en

el suelo. Las piernas cruzadas. Los dedos arrancando la hierba.

–Oh. Humm. –Miró a Darinn, que parpadeó; una forma muy sutil de decirle: «Ahí te quedas, chiquito»–. Es... algo que haces siempre. Puede ser en cierto momento del año o de una estación o una acción cotidiana que sueles repetir. A veces tanto que ni siquiera piensas que *vas* a hacerla; solo la haces.

Ikash torció la cabeza, pensativo, o quizás tratando de imaginárselo, de enlazar el concepto con algo que hiciera él a menudo. Se tiró un buen rato así.

–El taller huele a savia vin –afirmó de pronto, y Rog no pudo evitar volver a sonreír por su rotundidad.

–Estos días, sí... Lo que pasa es que otros no.

Una arruga se le dibujó en el ceño.

–¿No? ¿Y a qué?

–Bueno –masculló Darinn–. La verdad es que nunca sabes qué vas encontrarte. Es todo un mundo de posibilidades.

Rog asintió.

–Es... –Los recuerdos empezaron a deshacerse, sin permiso, en su boca–. Normalmente, huele a lo que Derro y Hishu tuvieran en el caldero antes de cerrar el día anterior. O a tinte, si Matine usó alguno para sus telas. Aunque a veces huele a flores que alguien ha traído por sorpresa, o a comida. O al perfume de Istella, que es quien más se echa –añadió, con una nueva sonrisita–. También hay días, cuando llueve y la fachada se humedece, que huele a madera. O a rocío y a las plantas del jardín, porque entramos con el olor impregnado. Y por la tarde suele ser incluso más inesperado: a veces, huele a los clientes que han venido por la mañana. Y, bueno, cuando estaba el transportador de Guezo, pasaba que se le quedaban enganchadas cosas; algún ingrediente, por ejemplo. Claro que no siempre eran los mejores para ambientar...

De pronto se cortó, consciente de la cantidad de palabras que había soltado por la boca. De cada parte de sí mismo. De que Ikash lo había observado, sin apartar un segundo la mirada, mientras hablaba.

Sin embargo, cuando se fijó bien en sus ojos, en su postura, en su expresión, lo único que fue capaz de sacar como conclusión fue que

parecía... interesado. De manera genuina. No recordaba la última vez que le había sucedido.

Carraspeó.

–O sea, yo sé que es un poco tontería, algo infantil. Pero comencé y, no sé, ya no se me ha ido nunca y siempre me ha parecido...

–*Tremendatuken*.

Y esta vez, tras quedarse un instante paralizado, fue su turno de reír. Le escapó como un suspiro, suave y en calma sobre los labios, pero lo sintió como un cosquilleo en la garganta. En el pecho.

Si algo podía reconocérsele a su primo era lo mucho que estaba consiguiendo calar en él con su humor alocado, su voz siempre alzada y sus juegos de palabras inventadas que nunca nadie sabía de dónde venían. Jamás lo habría dicho, y a una parte de él le enternecía.

A la otra... A la otra, por alguna razón, no.

No tanto.

–Es importante para ti. –La voz de Ikash atravesó una vez más su línea de pensamientos–. Tu trabajo. El taller.

Rog tardó un par de segundos de más en darse cuenta de que no era una pregunta. Aun así, despacio, alzó la barbilla, y contestó:

–Sí, para todos.

Él sacudió la cabeza.

–Digo tus hechizos. Allí. Guezo me habló de ello. Esa noche. Después de cenar.

Tras la proposición de Tía, ¿no?

Tenía sentido. Al fin y al cabo, era la noche a partir de la cual sus miradas habían ido encontrándose en cada esquina con una disculpa furtiva en los iris y la culpa fundida en las pestañas. ¿Le habría preguntado él por su reacción, por su negación? ¿Con qué intención? ¿Y qué le había contado? ¿Con cuánto detalle?

Rog no sabía si quería saberlo.

–Lo extrañas –añadió Ikash. –Solo entonces, porque no le quedaba otra, porque la respuesta era la que era, porque la sentía arder en cada poro, asintió–. Lo entiendo –repuso–. Y he querido hablar contigo. Estos días. Pero no he... –Se mojó los labios–. No he sido...

No he podido. Entiendo tu miedo, porque yo también tengo. Tengo siempre miedo.

Lo dijo con simpleza, como quien comentaba el clima y no como quien resumía con tres simples golpes de voz lo que anidaba en su pecho desde hacía días, quizás siglos.

Rog boqueó.

Él, sin embargo, como si hubiera entrado en vórtice imparable, siguió:

–Lo que dijo tu tía, eso... Me dio miedo. Primero. También. Porque no sabía. No *esperaba* y... no quise más magia. No quise más daño, como en el taller. Vi tu cara, te escuché y no quise más daño. Pero hablé con Guezo, me contó sobre tus hechizos y pensé. Mucho. Pero no sabía qué hacer. Pensaba y te veía y, de nuevo, miedo, porque te entendía. Porque te entiendo. Porque no quería que te sintieras... cerrado. Porque lo odio. Odio lo que hago. Pero aquí...

Alzó la vista y miró a su alrededor. No al cielo. No al cobertizo. No al patio ni a la mansión. No a Aness.

Sino a él, en ese rincón pintado de centellas rosas que compartían.

–Pienso –continuó–. Te veo hablar de eso y pienso. Pienso que yo... también tuve miedo. En mi tierra, antes de venir. De huir. Tuve miedo ese día y lo hice. Y tuve miedo al siguiente y seguí caminando... No ha desaparecido, pero *estoy*. Llegué. Y también tengo miedo hoy, pero te miro y... Quizás tú... Quizás yo... No somos...

Rog lo comprendió al instante, y se le saltó un latido.

–Tan distintos.

Iguales, pero al revés.

Él quería su magia de regreso; Ikash, que desapareciera. Y ambos necesitaban una parte del otro para impulsar que ocurriera.

–Sí –concluyó él.

Rog se quedó mirando la hierba, pintada de rosa brillante, mientras Darinn flotaba junto a su rodilla, a su lado siempre.

«¿Dudas por él o dudas por ti?».

–¿Me estás –se oyó decir, lo bastante alto como para que solo ellos tres lo percibieran– proponiendo una especie de trato?

Durante un segundo, pensó que era posible que tampoco comprendiera esa palabra. No obstante, un mechón blanco le cayó en la frente cuando asintió.

–Tu tía me explicó la forma. Creo que puedo.

«¿Dudas por él o dudas por ti?».

Dudaba por todo. Siempre lo había hecho.

Aquella noche no iba a ser diferente. Por eso no hubo apretones de manos ni sonrisas cómplices bajo la luna, solo una mirada cargada de un vértigo compartido en mitad del silencio que convocó un solo:

–De acuerdo.



Capítulo 29

Cuando, a la mañana siguiente, antes de poner rumbo al taller, Rog comunicó la decisión que Ikash y él habían tomado, nadie se puso a celebrarlo a voz en grito; tan solo vio varios parpadeos y el pequeño asentimiento cómplice que le dedicó Phie.

Matine se volvió hacia él.

–¿Estás seguro?

Antes de responder, le dirigió una mirada a Ikash, que estaba a un par de pasos de él. Se le veía tranquilo, como si la noche anterior no hubieran sellado su futuro sin posibilidad de marcha atrás.

Al menos, así lo sentía la parte más dramática de sí mismo.

Sin embargo, había un brillo en sus iris, en el rosa amarillento que tomaron de pronto, que rezumaba camaradería. Y, sobre todo, convicción.

–Sí –dijo–. Creo que sí.

–Bien –oyó a su izquierda.

Y en quien clavó los ojos entonces fue en su tía.

Se encontraba a los pies de la escalinata del vestíbulo y el remate de la barandilla –dos grandes bellotas doradas repletas de secciones puntiagudas a cada lado– se alzaba por encima de su cabeza y le dibujaba una sombra en el rostro que, no obstante, no llegaba a alcanzarle los labios. Los apretó un tanto, tal vez pensativa, tal vez complacida, o tal vez ninguna de las dos cosas, aunque lo que más le chocó a Rog fue que no parecía sorprendida.

De hecho, le dio la sensación de que ya... lo sabía.

O quizás era que una parte de ella lo esperaba.

No supo cómo sentirse al respecto.

–Podrías empezar mostrándole tu proceso de forja –le sugirió a continuación–. Así, Ikash puede verlo con sus propios ojos y

comprenderlo mejor antes de proceder. –Y, sin esperar respuesta, alzó la voz–: ¡Ankoe!

Aunque, antes de que él pudiera siquiera pensar en flotar hacia la entrada, Matine dio un paso adelante.

–Espere, Tía. No va a hacer falta. –Comenzó a rebuscar en la bandolera que llevaba al hombro y no tardó en sacar de ella un paquetito envuelto en papel. Se lo tendió a Ikash–. Para ti. Lo terminé anoche.

–¿Sí? –se sorprendió él–. ¿Es la bufanda?

Ella sonrió, pícara.

–Es *mejor* que una bufanda. Anda, toma.

De pronto, se puso nerviosísimo, o eso le pareció a Rog al ver que, tras echar un vistazo a su alrededor, se apresuraba a coger el paquetito y abrirlo entre crujidos para revelar una tela azul semitransparente.

–Es una bufanda –dijo, y sonaba demasiado confuso, y a la vez intrigado y a la vez emocionado, para ser un reproche.

–Es un pareo –le corrigió su prima–. Más ancho y más fresquito, perfecto para esta época.

Rog no podía estar más de acuerdo, y se lo había hecho saber cuando ella le había hablado del proyecto la noche anterior. Por eso avanzó, ilusionado, expectante y curioso al mismo tiempo.

–¿Un pareo? –Guezo también se había acercado, seguido casi a regañadientes por Rimo, para tener la mejor perspectiva. Soltó una carcajada escéptica–. ¡Los pareos son de viejas!

Ikash frunció el ceño mientras lo inspeccionaba de nuevo.

–¿Por qué? –quiso saber.

–Tú ni caso, que no tiene ni idea –replicó Matine–. ¿Le has visto vestirse alguna vez?

–A mí me parece ideal –intervino Istella, colando la cabeza por encima de su hombro. Phie se había acercado con ella y también parecía gustarle lo que veían sus ojos; los únicos que, para sorpresa de nadie, se mantuvieron sin decir palabra en su sitio, justo delante de la puerta, fueron Derro y Hishu. Incluso Tía había arqueado la ceja–. Quiero uno.

–Ponte a la cola –canturreó Matine, y el «¡oye!» que exclamó ella le arrancó una risita–. Bueno, me lo pensaré. –Al escucharla, Viure parpadeó sobre su pecho. Después, se dirigió de nuevo a Ikash–. ¿No te lo pruebas?

–Oh. Eh... Sí. –Un instante de duda–. Sí.

No obstante, en cuanto lo estiró ante él, el envoltorio que lo había estado protegiendo se precipitó hasta el suelo. Hizo ademán de inclinarse a recogerlo con una disculpa, pero no llegó muy lejos: Matine lo apartó con el pie, le arrebató la prenda de las manos con todo el cuidado que pudo (que tampoco fue mucho) y, tras ponerse de puntillas, se la pasó por los hombros de la camisa del uniforme.

Volvió a apoyar los talones en el suelo y le echó un vistazo de arriba abajo. Sonrió, satisfecha.

–Guapísimo y veraniego –decretó–. Y ahora –añadió, acariciando el borde de la tela mientras Yiun acudía a su lado como una centella redonda–, espera.

Y, entonces, Ikash se fundió con la penumbra que los rodeaba.

Los susurros de sorpresa solo se demoraron unos segundos en rellenar los rincones del recibidor. De hecho, el primero fue suyo a medida que giraba las manos justo delante de él. Porque no... no habían desaparecido del todo. Todo él seguía ahí como un esbozo volátil, una figura con dedos, pies, cabeza y cuello, aunque casi imperceptible en mitad del aire. Casi.

–Chulo, ¿eh? –preguntó Matine, complacida por las reacciones; hasta Derro había fijado la mirada en la nada tangible que era Ikash–. Decidimos que no fuera tanto invisibilidad, sino camuflaje; nos pareció mejor. Que no es que Aness sea demasiado grande, pero tampoco queremos perderte por el camino al taller, ¿no?

–Eh... No –le oyeron decir, algo ahogado.

Era extraño que el sonido surgiera así, de esa arruga en la realidad.

–Pues hale, ya lo tienes. –Dio una palmada en el aire y Yiun emitió un destello morado–. Listo para ir por ahí sin sacrificar onnies inocentes en el proceso. Y así también puedes pasar más tiempo en la planta superior... Dos por uno.

–Y entonces, ¿para qué le he montado su propio gabinete? –se quejó su hermano.

No obstante, Ikash seguía en un limbo de fascinación que solo le permitió dejar escapar un:

–Gracias.

Dejó pasar unos segundos en los que sus bordes terminaron de fusionarse con el entorno. Rog parpadeó. O sea que, si se quedaba quieto, pasaba a ser inapreciable por completo.

Era sencillamente espectacular.

–Solo que... –lo oyó carraspear–. ¿Cómo paro?

–¡Ah, sí! –exclamó Matine–. Quítatelo.

Y eso hizo, porque, de pronto, resurgió.

Fue poco a poco, como una luz parpadeante que recobrara su fuerza.

Una sonrisa encantada e incrédula se le había pintado en los labios, y no hizo más que aumentar mientras comprobaba que sus piernas siguieran justo en la parte baja de su cuerpo. Ni siquiera parecía saber qué decir.

–Para que funcione –siguió explicando Yiun con su vocecilla–, solo tienes que colocártelo y, como has visto, hará efecto en unos instantes. Luego, te lo quitas y se va.

–Enróllatelo bien al cuello si no quieres que se te quede enganchado mientras trabajas o caminas –agregó Matine–; sobre todo por el taller, que hay muchas cosas. Y, oh, intenta que no se moje.

Tras asimilar la información, Ikash asintió, concienzudo.

Después, se giró hacia Tía. O tal vez hacia Ankoe. Rog no llegó a saberlo porque no tuvo oportunidad de hablar; ella se adelantó:

–De acuerdo. Marchaos ya si no queréis llegar tarde.

Y, sin más, se dio la vuelta y comenzó a subir la escalinata. Tuvieron que suponer que esa era su forma de agradecer el gesto, aunque Ankoe sí soltó un pequeño parpadeo antes de apresurarse tras ella; claro que a Matine no pareció importarle lo más mínimo. Estaba satisfecha con su trabajo.

–Eres increíble –le susurró Rog mientras el resto comenzaba a atravesar la puerta–. De verdad.

–Lo sé.

Aquello le hizo sonreír, y el gesto se quedó sobre sus labios cuando la luz del sol cayó por fin sobre sus mejillas, y a medida que descendían las escaleras de la entradilla.

Más adelante sonaba la voz de Guezo, de fondo. Estaba hablando con Ikash –que se había vuelto a colocar el pareo antes de salir– lleno de entusiasmo, tal vez por la perspectiva pudiera acompañarlos, o por poder dirigirse a alguien que no parecía estar del todo ahí. De hecho, justo antes de cruzar la valla, Istella tuvo que recordarle que el camuflaje no serviría de nada si alguien los descubría hablando con el aire.

Su primo replicó, pero fue entonces cuando algo a la derecha de Rog llamó su atención. Contempló las florecillas rosas que aquella mañana poblaban el patio delantero. No sabía de qué tipo eran, pero tampoco le importó; solo tenía ojos para los tramos aplastados que había entre ellas. Pisadas.

Las suyas. Las que había dejado la noche anterior.



Capítulo 30

La puerta de su gabinete chirrió bajo la presión de sus dedos.

Lo recibió como siempre: a oscuras, en silencio y con el olor a papel viejo y a magia impregnado en las paredes. No obstante, había algo distinto, una sensación que se le pegó a la piel como una segunda camisa en cuanto dio un paso para colarse en el interior y Darinn se encargó de iluminarlo todo con su aura.

Era demasiado pequeño. E Ikash, cargado con el taburete que le había dado Matine al llegar al taller, había entrado tras ellos.

–Es bonito.

Rog no supo qué responder.

Acabó por tragar saliva, esbozó una sonrisa que ni siquiera sintió como tal, y se dirigió al otro lado de su escritorio. Ahí, encendió un par de velas. Y, tras colocar una en el candelero de la pared y otra en la mesa, se dejó caer en la silla, tratando de mantener a raya la avalancha de dudas y preguntas y miedos que había vuelto a caer sobre él.

Porque, por muy firme que le hubiera salido la voz en el recibidor de casa, de pronto ya no se sentía tan seguro. De pronto era consciente de todo. De las molduras del techo. De las muescas que el destrozo había dejado en la madera de los pocos muebles que los rodeaban. Y, sobre todo, de esos iris de verde difuminado que habían dejado de observar las baldas para pasar a contemplarlo a él, a la luz de las pequeñas llamas. Sin reparos. A la espera.

Supuso que ya no había marcha atrás.

«Podrías empezar mostrándole tu proceso de forja».

Carraspeó.

–Puedes sentarte si quieres –ofreció y, mientras Ikash apoyaba el taburete en el suelo, se dispuso a abrir el primer cajón en busca de

un folio–. Bueno..., imagino que ya habrás visto cómo forjan mi tía y mi prima.

–No.

Rog alzó la cabeza al oírlo. Se percató de que había fijado la vista en sus manos, en la hoja que no había llegado a posar en la mesa, y en que tenía el ceño fruncido.

–¿No? ¿Y cuando vas con ellas por las noches?

Él negó.

–Es... otra cosa. Me preguntan.

–¿Cómo que... te preguntan? –inquirió, extrañado aunque con reparo; lo que menos quería era que sintiera que le estaba haciendo un interrogatorio, pero la curiosidad tiraba de él.

Apoyó la hoja de papel con cuidado ante ambos y, como siempre, la colocó hasta que quedó alineada a la perfección, cerca de la vela y justo en el centro de su escritorio.

–Quieren saber –fue su respuesta–. Sobre mí.

–Oh.

De todas las cosas que había esperado que le dijera, esa era la última.

No había querido meter las narices en el tema de su hechizo desde la conversación en el comedor. De hecho, cada vez que había tenido la tentación de hacerlo –al ver las ojeras de Phie cada mañana; al entrar en el comedor y encontrársela hablando con su Tía; al pasar por delante del despacho en el primer piso–, de preguntarle aunque fuera a Matine o a Istella al respecto, había acabado oyendo una vocecilla en el fondo de su conciencia que le susurraba que no estaba en su derecho.

Sin embargo, en ese momento...

–¿Y sabes...? –continuó–. En fin, ¿para qué?

Ikash se encogió de hombros.

–Conocerme. –Dejó pasar un par de segundos antes de agregar–: No voy siempre. Solo algunas noches. Cuando me dicen.

Oh.

Por alguna razón, una parte de sí mismo se llenó de un alivio que, sin embargo, fue seguido de inmediato por un pinchazo de culpabilidad; eso significaba que las veces que lo había oído regresar

a su cuarto había sido porque había ido al patio a deshacerse de su magia. ¿Verdad?

–Dijeron que iban a probar otro antes –le hizo saber Ikash a continuación, y fue repentino, como si acabara de recordarlo–. Otro hechizo. ¿Es eso?

«¿Es eso a lo que te refieres?».

Claro que no era esa la dirección que siguió su línea de pensamiento.

–¿Entonces...? ¿Entonces no han empezado todavía a forjar el de desvinculación? ¿El tuyo?

Como toda respuesta, volvió a encogerse de hombros.

De pronto, parecía triste. O decepcionado. O no: lo más probable era que le estuviera agobiando, recordándole lo despacio que iría todo. Aún recordaba su cara cuando Tía le había dicho que se alargaría hasta más allá del verano.

–Perdona –decidió atajar–. Da igual. Era... Da igual –repitió–. Centrémonos en esto, ¿vale? –Le dedicó una sonrisa que deseó que pareciera sincera; *quería* que fuera sincera, pero los nervios le estaban poniendo trabas. Demasiadas. Por suerte, Ikash no tardó en asentir–. Genial, eh...

Durante unos instantes, no supo cómo continuar. Tenía la hoja delante, la vela cerca de una de sus esquinas y a Darinn flotando cerca de su oreja, pero, si se paraba a pensarlo, jamás le había explicado a nadie cómo se creaba un hechizo, y menos a un daheerar. Por lo que fuera.

La mejor forma sería *enseñárselo* tal cual..., pero ese era justo el problema que los había llevado hasta ahí.

Suspiró.

Tal vez podía dirigirse a él como si fuera un cliente más, como si estuviera presentándole un producto que acabara de llegar; recordar las palabras que habían usado con él sus profesores, tanto en la academia de secundaria como en la universidad. Fusionarlas con las suyas propias. Y, pese a que primero se le escapó un «hummm», después fueron saliendo:

–Cada proceso de forja es un mundo. O sea, la base es más o menos la misma, ¿no? Es lo que se enseña. Pero, al final, cada uno

lo hace de forma diferente, y eso es lo que hace que sea... especial. Único. No hay dos hechizos iguales por mucho que traten de tener el mismo efecto. Y tampoco el efecto lo es del todo. Hay muchos factores que lo condicionan. Pero bueno, estas son las herramientas básicas: una hoja de papel y un recipiente en el que verter el hechizo final. Aunque en realidad no servirían de nada sin un onnie.

Darinn, al oírlo, parpadeó en rosa, y fue suficiente para que la seriedad se esfumara de la expresión de Ikash. Había algo en los onnie que lo fascinaba.

Aquello lo animó a continuar:

–A veces también viene bien contar con algún manual que te ayude en el proceso. Hay muchas plantillas con ejemplos de hechizos similares, y puede ser útil para inspirarte y coger ideas, porque, al final, las palabras vienen de cada uno, y ya habrás visto que el idioma de la magia no es como el nuestro.

Ikash asintió.

–Es un idioma muy antiguo que vamos aprendiendo poco a poco –prosiguió–. Es bastante... complicado. Yo empecé muy pronto. Con ocho años.

Aquello pareció sorprenderlo, porque parpadeó. Y, pese a que de pronto Rog dudó si la percepción del tiempo funcionaba igual con los daheerar, de quienes se decía que vivían siglos enteros, y si entendería de verdad cuánto llevaba estudiándolo, también sintió que la tensión se le iba despegando de los hombros.

–Siempre he sabido que quería dedicarme a esto –declaró–. La vela es porque le da un «aire intensito» –agregó, haciendo un gesto hacia ella–. Eso dice mi prima Matine.

Ikash soltó una risa leve. Él la correspondió antes de confesar:

–En realidad es porque me relaja. A mi prima Phie le pasa lo mismo... De hecho, si lo hago es porque me fijé en ella. –No sabía por qué se lo contaba; tal vez fuera porque una parte de sí mismo se sentía incómoda si no le daba el crédito que se merecía–. Pero bueno, el resumen de todo esto podría ser que primero convocamos nuestra magia; después, los onnie la filtran, y nosotros nos encargamos de plasmar las palabras en el papel y de darles forma. Una vez están afianzadas, cosa que sabemos porque resplandecen y

las podemos tomar con los dedos, las guardamos en el recipiente para cuando necesitemos usar el hechizo. Y así hasta que se gaste, porque el efecto no es para siempre. Aunque basta con repetir el hechizo y ya está.

No le recordó cuál era su problema. Que justo era el primer paso el que llevaba siglos escapándosele de entre los dedos. Que su magia no acudía y que, poco a poco, también sus palabras habían ido escabulléndose hasta desaparecer.

Entonces se dio cuenta de que le faltaba mencionar una cosa:

–Ah, por cierto: para hacer funcionar el hechizo no hace falta repetir todas las palabras con las que lo has forjado. Se activan con una sola a la que llamamos «palabra centro». Es una especie de orden, un resumen de lo que se pretende lograr.

–Veo. ¿Y todos esos recipientes tienen hechizos?

Ikash había vuelto a dirigir la vista a las baldas. Rog torció los labios.

–Solo algunos. Muchos se perdieron con el..., bueno, con el accidente, pero la verdad es que tampoco antes quedaban demasiados –se apresuró a añadir–. Por mi bloqueo.

–Ese brilla.

Había pasado a fijar la atención en un frasco con forma rectangular que había en la balda de la derecha, sobre el escritorio, y la señalaba con un dedo. Los ojos se le habían vuelto a pintar de blanco.

–Es uno de los que se mantienen. Aunque no debe de quedarle mucho...

–¿Para qué sirve?

Lo cierto era que no se acordaba.

Por suerte, tenía a Darinn con él. Podía ser todo lo perezosa que quisiera, pero tenía una memoria impecable, al contrario que él.

–Es un encantamiento de ligereza.

Rog se puso en pie y lo tomó entre los dedos. El contenedor estaba hecho de hojalata transparente, lisa y dura contra sus yemas, y, aunque estaba un poco abollado, sí, soltaba destellos azulados.

–Si quieres echarle un vistazo...

Se lo tendió con cuidado.

Ikash dudó antes de aceptarlo, con una mano contra la tapa y la otra en la base, de forma que, durante un segundo, los dos lo sostuvieron desde lados opuestos.

No obstante, Rog lo soltó de inmediato y volvió a sentarse.

Aunque ya no apartó la vista de él. De la forma en la que dejó el recipiente sobre la mesa y alejó las manos, como si le diera reparo volver a tocarlo. Solo que apenas duró unos latidos, porque enseguida empezó a darle vueltas frente a él, poco a poco, concentrado en cada detalle y parpadeando cada vez que centelleaba.

–¿Qué hace un encantamiento de ligereza? –preguntó.

Y, por alguna razón, le pilló por sorpresa.

Aquel hechizo, en concreto, lo habían forjado para echarle una mano a Istella con uno de sus proyectos. Viure y ella necesitaban crear un brazalete con un toque especial: unos remaches de marfil con forma de hoja que, pese a lo elegantes que quedaban, le había costado muchísimo confeccionar, porque cada vez que limaban las piezas se les quebraban de lo finas que eran.

El hechizo le había permitido minimizar la potencia de su roce, que ya era delicado de por sí, hasta que había sido apenas un soplo de viento. Algo imposible de conseguir en manos humanas.

–¿En serio puedes hacer eso? –fue lo primero que Ikash quiso saber en cuanto las palabras se fundieron en sus labios.

–Podía. Hace ya mucho que no.

La voz le salió muy pequeña.

–Bueno –le dio un toquecito a la hojalata–, podrás.

Lo dejó escapar de esa forma tan desenfadada, tan desenvuelta y fresca, que Rog sintió como si le lanzaran un cubo de agua por la cabeza.

Lo primero que pensó fue que se había equivocado con la conjugación o con la elección de palabras. Lo segundo fue que no lo sabía, que nada podía asegurárselo y que él ni siquiera lo creía.

Y quiso decírselo, llevarle la contraria, servirse de cualquiera de los argumentos que lo habían asediado durante los últimos meses y blandirlo ante él; se descubrió incapaz. Además, Ikash ni siquiera le estaba mirando. Había vuelto a inspeccionar el recipiente y a darle

una vuelta completa más, absorto, sin mover un solo músculo de la cara. Por alguna razón, le recordó a su reacción con las bufandas de Matine, aunque en este caso tenía un toque más reservado, como si lo temiera a la vez que le fascinara.

–Es curioso que te sorprendas tanto con nuestras cosas –soltó sin pensar–. Tú podrías hacer lo mismo con tu magia y ni parpadearías.

Se arrepintió nada más decirlo.

Fue consciente de cómo su voz se le clavaba a Ikash y le transformaba el rostro. Cuando volvió a fijar los ojos en él, se le había cincelado de surcos, como grietas en la nieve.

–Poder. –No sonaba enfadado. Ni siquiera triste o dolido, sino solo frustrado–. No sé. No lo he hecho.

Rog se mordió el labio.

–Perdóname otra vez. No sé por qué...

No obstante, Ikash estaba negando con la cabeza.

–Hay cosas que no sabes.

La forma en que lo dijo fue curiosa; aquellas palabras las podría haber pronunciado cualquiera de los protagonistas de las historias de su hermana Aila, misteriosos y reservados, llenos de secretos, pero en su voz eran distintas, al igual que en sus ojos.

Era comprensión a través del dolor.

Era un «Es normal que lo hagas».

–Pero no quiero incomodarte.

–Tú también –replicó él, sin embargo–. También lo estás. Con esto.

Y señaló el recipiente.

«Esto también te incomoda a ti. Esto también te hace daño a ti».

Rog tragó saliva y se contempló las manos.

–Ya... –Y entonces, la certeza revoloteó en algún punto de su cabeza: «No somos tan distintos»–. Quizás sea eso lo que necesitamos. Quizás es la clave.

–¿La clave?

Sus miradas se encontraron por encima del escritorio.

–Sí. Quizás tenemos que profundizar en eso, en las partes que nos incomodan a cada uno, para... llegar a entendernos del todo. Para que tú puedas ayudarme y, luego, yo a mi tía y a mi prima. A ti.

–Para que tu magia vuelva y la mía se marche.

–Exacto, sí.

Hubo un instante de quietud antes de que Darinn lo quebrara con un tintineo y una sacudida de plumas que denotaba cierto hastío:

–Muy bien. ¿Quién va primero?



Capítulo 31

La pregunta incómoda de salida estaba escrita en el aire.

–¿Cómo empezó? Tu bloqueo.

Y debía haberla esperado, pero, aun así, Rog la sintió como un pinchazo en el pecho, como un vuelco repentino en un viaje de vuelta al pasado, a los cientos de veces que había tenido que contar la misma historia y los cien veredictos que había recibido; esos que nunca llegaban a inspirar comprensión. No del todo.

Aunque no podía culpar a nadie; él tampoco lo entendía.

Ikash, desde el otro lado, esperaba la respuesta con las manos apoyadas en la mesa del escritorio y una expresión de pura calma, de interés. Así que tomó aire y se aferró a la única certeza que tenía en ese instante: que la idea de hacer aquello había sido suya, que no podía arrepentirse cuando ni siquiera habían comenzado.

Y repetirlo una vez más no iba a hacer más daño. ¿Verdad?

–No lo sé. Fue casi de un día para otro. Y no hubo nada que lo causara –añadió, tal vez en un impulso, tal vez por costumbre o porque una parte de él lo necesitaba–. Ya lo hemos comprobado todo: no hubo ningún hechizo que saliera mal, ninguna pócima o experimento del taller que pudiera haberme afectado, ni, no sé, maldiciones externas o algo así. Es cosa mía y ya.

–¿Cosa tuya?

–O sea, porque siempre... Porque siempre he sido... inseguro. Al fin y al cabo, forjar hechizos es lo que más me apasionaba..., *apasiona*, en el mundo –se apresuró a corregir–. Y a veces dudo.

Iba de la mano. El proceso previo a la forja solía ir acompañado de esa vocecilla en el fondo de la cabeza que se cuestionaba si sus hechizos estaban bien, si servirían de algo, si cumplirían su propósito; si las palabras que usaba para darles forma eran las más certeras y, por lo tanto, las más poderosas.

Sin embargo, la magia, su tirón, siempre había estado ahí como el asidero al que aferrarse. Hasta que... había dejado de estar.

Y esa era la conclusión a la que habían llegado.

Era culpa de su cabeza.

–Parece difícil.

Rog no supo si se refería a forjar en sí o si era su forma de mostrarle empatía. Tampoco se atrevió a preguntar.

–Tiene su aquel, sí –asintió–. Pero es fascinante. Es... Sientes que el mundo entero se detiene, que todo lo que eres es magia, y que creas algo especial. Algo enorme. Algo que compartes con los demás, pero sobre todo con tu onnie. –Sus ojos recayeron en Darinn–. De pequeño decía que era como construir llaves capaces de abrir puertecitas a la realidad para alterarla. Y lo es, aunque solo cambien detalles pequeños.

–Te gusta. Se ve.

Aquello le arrancó una pequeña sonrisa.

–Sí, mucho.

–¿Recuerdas la primera vez?

La pregunta lo pilló por sorpresa, pero... sí. A la perfección.

Como si hubiera sido el día anterior.

Había tenido lugar un mes después de que Matine y él se hubieran vinculado con sus onnie, en esa ceremonia en la que la forma que tomaban aquellas centellas flotantes e informes definía cuál sería el don de cada uno. Y lo cierto era que se había sorprendido al enterarse de que era un forjador, y su familia también; no solía ocurrir a menudo. Tal vez por ello había dedicado todo su tiempo a aprender, a observar y a conocer a Darinn.

Habían conectado desde el minuto uno, y la magia había acudido a él un día cualquiera, en medio de una carcajada compartida, con ella entre los dedos.

Había sido lo más real y poderoso y vibrante que había sentido en su vida, y esa había sido la razón por la que no le había costado nada seguir las indicaciones de su maestra en su primera clase de forja propiamente dicha.

–Fue un poco desastre –confesó; aún se sentía un poco culpable.

–Fue divertidísimo –apostilló Darinn.

–La profesora nos pidió que creáramos un hechizo de arruga que luego pudiéramos emplear con unos periódicos viejos que nos había dado. Salió más o menos bien; conseguimos tenerlo para el final de la hora, pero, al ponerlo en práctica, acabé haciendo que le encogiera la ropa. Al final, le llegaba la falda por los muslos.

Menos mal que llevaba medias. Aunque se le llenaran de carreras.

–Pobre señorita Noemah... –rio ella por lo bajo–. Pero al menos no fuiste como los demás: uno casi le arranca el pelo a una de tus compañeras de todo lo que se lo enredó.

Eso era cierto, y Rog, solo que un poco a su pesar, sintió el tironeo en las comisuras de los labios, sobre todo al ver que Ikash también parecía divertido.

De pronto, se dio cuenta de una cosa.

En aquella ocasión, a pesar de que el hechizo hubiera salido mal, no le había importado lo más mínimo. Sí, se había deshecho en disculpas con su maestra, pero todo se había calmado cuando ella le había asegurado, con la sonrisa dulce que la caracterizaba, que no pasaba nada; que eran gajes del oficio, y que seguro que la siguiente vez iría mejor.

No se acordaba del momento exacto en que habían comenzado sus miedos, sus dudas e inseguridades, aunque cuando había sido más consciente de ellos había sido durante la época de la academia. No obstante, ya nunca lo habían abandonado. Habían ido por rachas, por supuesto, a medida que avanzaba, que trataba de perfeccionar su técnica, de superarse a sí mismo –y eso que nunca se había considerado una persona competitiva; más bien al contrario–. Aun así, la presión general había ido en aumento: la del resto de maestros e incluso la de su familia, pese a que nunca le hubieran impuesto destacar, sino porque, simplemente, se daba por hecho. Era lo que tenía que hacer.

Y, en realidad, sí que había habido progreso. Porque se había dejado la piel en ello. Porque veía reconocimiento en los ojos que lo observaban y en las palabras que le dedicaban. Porque siempre había tenido claro cuál era su objetivo, cuáles eran sus sueños, y eso, al final, pesaba un poco más.

El taller. Se había aferrado a él.

–¿Y la última? –Ikash se había inclinado un poco más sobre la mesa, y el brillo del aura de Darinn le dibujaba senderos en los pómulos–. ¿Recuerdas?

Asintió.

–Sí. Fue un poco como todas. Nada distinto.

Había sido a finales de invierno, justo allí, en su gabinete, y era tarde; apenas quedaba media hora antes de cerrar. Aun así, su magia se había encargado de templarle los huesos durante todo el proceso.

Había tardado más de lo normal en decidir los últimos versos, y esa había sido la razón de su inseguridad. Sin embargo, el hechizo había acabado tomando un precioso brillo rojizo sobre el papel, que se había profundizado cuando lo había guardado en su frasquito y lo había sellado con un tapón de vidrio opaco.

No había tenido tiempo de ponerlo en práctica, pero había abrazado la familiaridad que siempre lo acompañaba al terminar: el poso que quedaba en el fondo del estómago, la vibración en las yemas y los primeros quejidos de una Darinn deseosa de volver a casa. Incluso recordaba haber pensado, mientras recogía, cuál sería el próximo hechizo que forjaría.

No se le pasó por la cabeza que no fuera a haber un próximo.

–Aunque sí es verdad que los días siguientes fueron... moviditos –rememoró–. Coincidió con el final de la semana, los días de descanso, y al lunes siguiente tuve que encargarme yo del pedido. Y, ah, me puse malo.

Un constipado, nada grave. Aun así, había tenido que sufrirlo mientras movía los paquetes y organizaba y etiquetaba el contenido. Y, a pesar de que al final había contado con la ayuda de Istella y de Matine, la tarea le había llevado toda la mañana; había acabado muy cansado y, luego, la magia se le había resistido al tratar de convocarla por la tarde.

No le había costado lo más mínimo escudarse en ello para no continuar.

Había sido el día después cuando había confirmado que sus poderes no respondían. No obstante, se había forzado a darse margen; se había dicho que tal vez necesitara recuperarse del

constipado: con tanto moqueo, no se concentraba del todo. La mañana siguiente lo había intentado con los resquicios del malestar aún en los pulmones; por la tarde, la frustración lo cubría ya como una segunda piel.

El tercer día había sido una pesadilla.

Y ya no recordaba haber vuelto a despertar.

–No ha servido nada de lo que he hecho –concluyó.

En algún momento, mientras buceaba en los últimos meses, la vista se le había ido a las manos de Ikash, que seguían ante él, acariciando con movimientos circulares la madera. No llegaba a alcanzar el papel ni la vela, como si no se atreviera a tocarlos.

Ni a interrumpirle.

Quizás por eso esperó un puñado de segundos antes de hacer la siguiente pregunta. Por alguna razón, Rog no supo decir si era «incómoda».

–¿Me dejas?

Lo vio estirar los dedos. Alzarlos por encima de la mesa. Dirigirlos hacia los suyos. Después, apartó la vista de ellos para fijarla en sus ojos. No había insistencia en ellos, solo calma y un poco de reparo en forma de niebla; un intento de tragarse el miedo que sabía que también sentía.

Supo de inmediato qué pretendía.

–¿De verdad sabes cómo hacerlo?

Las cejas de Ikash se juntaron un tanto, aunque acabó asintiendo.

–Voy a intentarlo. Quiero.

Entonces fue Rog quien alargó la mano, despacio.

No se dio cuenta de que había contenido el aliento hasta que, unos segundos más tarde, apenas un par de latidos desacompasados, le atravesó los labios en un suspiro; justo en el instante en el que sus pieles se encontraron por encima del escritorio, pintadas de luz rosa y centelleos de fuego.

Fue distinto a aquel primer día en el taller, cuando Ikash le había dado el diminuto abalorio de Istella. En aquella ocasión había sido rápido, demasiado, como un relámpago que atraviesa el cielo sin atraer ningún trueno y que luego se marcha para solo dejar el esbozo de nubes en lo alto.

Esta vez, sin embargo, el calor de sus dedos le cubrió los suyos en un roce certero y firme y a la vez suave, y tan real como que se encontraba ante él, con los ojos de pronto cerrados, semicubiertos por unos mechones blancos y negros que se le habían precipitado por la frente.

Durante un segundo, no pasó nada.

En el siguiente, la magia le vibró en el pecho.

Tuvo que detener el grito que le trepó por la garganta, una mezcla de sorpresa y emoción y, sobre todo, reconocimiento. Porque ahí estaba. Trémula y diminuta y candente a la altura del esternón, pero *ahí*. Con él. En él.

Era su magia. La habría reconocido en cualquier parte.

Y estaba despierta.

–Ikash –dejó escapar.

Pero, de repente, la sintió parpadear con más fuerza, tanta que acabó escurriéndosele por las costillas en un reguero ardiente que se asentó en su ombligo.

Y después, desapareció.

Oyó un pequeño golpe contra la mesa y, al volver en sí, vio que la mano de Ikash reposaba sobre la madera, cerrada en un puño. Volvió a llamarlo, alarmado, y al no recibir respuesta se inclinó hacia delante.

Darinn lo imitó a un mismo tiempo.

–Ikash –repitió –, ¿estás bien?

No obstante, él estiró los dedos mientras negaba con la cabeza; era su forma de decirle que sí. Tardó unos segundos en convocar la voz:

–No te preocupes. Es... No estoy hecho. Nunca...

Rog se lo quedó mirando, con las palmas apoyadas en el escritorio, sin saber qué hacer. Qué decir. Qué acababa de pasar.

El zumbido de su onnie pasó a rellenarlo todo, pero, como él, no pudo hacer nada más que quedarse contemplándolo hasta que, poco a poco, pareció recuperarse. Fue casi como la noche anterior. Casi.

–Ha funcionado –dijo Ikash entonces. Sonaba algo ronco, pero sus ojos, de nuevo fijos en él, estaban rellenos de una luz sorprendida o

incrédula. O ambas–. He tomado tu magia. La he soltado. En ti. ¿Lo has sentido?

Rog asintió.

Claro que lo había sentido. Había sido...

Como siempre. Como lo que recordaba.

Como lo que tanto extrañaba.

–Tu tía tenía razón –añadió, y sonrió un poco.

Aquellas palabras se quedaron flotando entre ellos, como una segunda capa en la atmósfera que palpitaba en cientos de posibilidades. O tal vez en una sola. La única que Rog necesitaba.

Esperanza.

–¿Crees que...? –comenzó–. ¿Podrías volver a hacerlo?

Ikash lo miró a los ojos.

Después, volvió a ofrecerle la mano.



Capítulo 32

–Hemos tenido que parar porque se cansa mucho, pero he vuelto a sentirla, chicas. Mi magia. Estaba ahí.

Seguía sin creerlo.

Habían pasado ya un par de horas desde que Ikash y él habían dejado su gabinete para pasar a centrarse en el resto de sus tareas. Aunque por su parte había sido más «intentarlo». En vano. Ni siquiera el vaivén de clientes había sido capaz de llevarse la sensación que le había surgido en el pecho con el roce de sus dedos: la certeza de que su magia no se había marchado, de que seguía en su interior.

Y esa tarde iba a volver a sentirla.

Se moría de ganas.

–No sabes cómo me alegro, Rog.

Phie se encontraba a su lado, apoyada en la barandilla del porche, con uno de los tirantes del peto desabrochado y acariciándose con la mano desnuda los dedos de la que le cubría Nuantt. El sonido de los pajarillos que sobrevolaban el tejado acompasó la dulzura de sus palabras.

–Sí –se unió Istella, que había tomado sitio a la derecha de su prima y llevaba un rato arreglándose la trenza–. Y de que te hayas sentido cómodo.

Mucho. Todo el tiempo.

Había algo, ya no solo en la sensación de tener su magia de regreso, sino también en Ikash, que le había dado la tranquilidad que no había sentido en meses. Tal vez que cada uno de sus gestos, de sus roces, iba precedido de un instante de reparo, de duda, de pregunta. De un «no quiero hacerte daño».

–Yo creo que solo eso –añadió Phie–, que lo hayas sentido, ya es un paso enorme. Un comienzo. Todo tiene que empezar por algo.

–Sí –susurró él, y lo acompañó de una pequeña sonrisa–. Eso es lo que piensa Tía. Cree que, si Ikash consigue convocar mis poderes, ayudarme a forjar con su impulso, acabaré acostumbrándome de nuevo a llamar mi magia y a crear hechizos yo solo. Me lo ha contado él.

Había sido durante uno de los tres descansos que se habían visto obligados a darse, a pesar de que solo habían conseguido despertar la magia en su interior durante unos segundos. En realidad, el esfuerzo era de Ikash; por ahora, él apenas tenía que hacer más que dejar que le tomara la mano y esperar a que la magia llegara.

Aun así, lo había intentado hacer por sí mismo cuando se había quedado solo con Darinn. Solo por si acaso, fruto del cosquilleo que la esperanza había dejado en su pecho. Y, sí, no había surtido efecto, pero, de momento, para la parte de él que había estado conteniendo las lágrimas durante todos esos meses, era más que suficiente.

Ambos tenían trabajo que hacer.

–Poco a poco.

Rog asintió al oír las palabras de Matine, que, al cabo de unos minutos, bajó la pierna que había tenido apoyada en la pared. Yiun dio un botecito en el aire.

–¿Estos piensan aparecer en algún momento, o vamos a tener que comernos entre nosotros? –gruñó–. Quince siglos llevamos esperando.

Habían decidido subir a almorzar a casa de Tía por primera vez desde la llegada de Ikash, para evitarles la molestia de las últimas semanas a sus onnie. Sin embargo, él y Guezo seguían en el sótano; Istella ya había enviado a Viure a avisarlos y, aunque había vuelto con varios «Sí, ahora» y «Un minutín» de su parte, aún no habían aparecido.

Así que ahí estaban. A la espera. Y sus primas habían decido aprovechar la oportunidad para ahondar en lo que había ocurrido esa mañana en su gabinete. Y en él. Sobre todo, en él.

Phie suspiró.

–Sí que se están poniendo pesaditos, sí...

Matine avanzó un paso.

–Por mí, vamos subiendo nosotros y, si se quedan sin comer, pues que no coman. El mundo no se para porque ellos lo decidan. Tenemos que abrir por la tarde, no sé si se acordarán.

–Bueno, cariño –trató de mediar Istella–, no te agobies. Está feo que no los esperemos. Además, imagínate que le pasase algo al pareo de Ikash y perdiera el efecto en mitad del camino.

–El pareo va perfectamente.

–Aún hay tiempo –cambió de enfoque, paciente.

–Sí, el margen perfecto para que me caiga redonda y desmayada.

–No te estaría pasando esto si te hubieras cogido algo de almuerzo.

Ahí sí que hubo un poquito de retintín, un «como ya te he dicho otras veces» que flotó en el aire, aunque no llegó a salir de sus labios.

–Una «frutita» no es almuerzo, Istella.

Se encogió de hombros.

–Yo solo lo sugiero.

Rog tuvo que contener una risita. Tal y como se repetía siempre, sí. Palabra por palabra. Él también tenía hambre, la verdad; había sido una mañana muy intensa. Además, se moría por tomar un té fresquito que lo despejara durante la siesta. ¿Por qué estarían entreteniéndose tanto?

Sus ojos viajaron hasta el cristal del escaparate.

Aunque resplandeciente bajo la mezcla de los rayos de sol unidos al aura de sus onnie, seguía vacío, y los clientes habían empezado a hacer preguntas. No obstante, a Guezo le encantaba hacerse el misterioso: «Tengo entre manos un proyecto revolucionario, Tonoi, pero, ya sabe lo que se dice: "Las cosas de taller no son *pa'yer*". Ni *pa'* mañana. Ruego paciencia».

Claro que Rog no creía que a Tonoi Fenrer le importase demasiado en realidad. El problema no era tanto ese, sino el que Derro llevaba reprochándole toda la semana: seguía habiendo chismorreos sobre el destrozo momentáneo del taller, y que hubiera partes en «proceso de cambio» no había hecho sino potenciarlos. Y, pese a que se habían encargado de asegurarle a todo el que les venía con la copla, opinaba que, cuanto antes estuviera todo en orden, mejor.

Guezo y él habían medio discutido por ello esa mañana.

De hecho, Rog pensaba que esa era la razón por la que Derro no estaba con ellos mientras esperaban, sino un poco más adelante, sentado en las escaleras con los pies en la tierra batida y Hishu flotando por encima de su cabeza.

A juzgar por su postura, con los brazos apoyados en las rodillas y la espalda encorvada, no se le veía enfadado, tan solo pensativo. Contemplaba el jardín en silencio; los huecos en los que ya no había arbustos ni flores de colores, solo césped pisoteado y restos de hojas y palos.

De pronto, se movió un poco y le pareció percibir un atisbo blanco entre los dedos de su mano izquierda, como una hoja de papel doblada. Pero en ese momento, el tintineo de la puerta llegó a sus oídos, un instante antes de que lo hiciera la exclamación de Matine:

–¡Madre mía! ¡Por fin!

Sin embargo, la expresión de Guezo cuando Rog se giró hacia él le pilló por sorpresa. Tenía los hombros hundidos, como si estuviera frustrado, y no dijo una sola palabra.

Y eso, en él, era muy extraño.

–Uy –dijo su hermana, con tono casi preocupado–. ¿Pasa algo?

Ikash, que se encontraba justo detrás de él, respondió primero. Sus ojos blancos encontraron los de Rog por encima del hombro de su primo:

–Hay un problema.

–Se nos está gastando la savia vin –atajó Guezo–. No tenemos suficiente para terminar con la reforma. Si fuera otro material, no pasaría nada: se pide más y ya. Pero a saber cuándo mierdas la pueden conseguir los proveedores.

–Oh. –Istella se soltó la trenza y avanzó, pasándose las manos por el mandil–. Pero... ¿tan imprescindible es?

–Imprescindible hasta el punto de que todo el proyecto se basa en su uso, sí.

–Pensaba que solo la estabais usando para ensamblar las piezas del escaparate –volvió a intervenir Matine.

–No. O sea –se corrigió–, al principio sí, pero luego vi todo lo que Ikash podía hacer con ella y me estuvo explicando algunos de sus

usos, y eran... perfectos. Justo lo que necesitaba para la idea que tengo. Pero... Ufff –bufó, extendiendo la mano hacia un lado–, es que no nos da ni de broma.

–Guezo...

Ikash se detuvo al ver que negaba con la cabeza.

–Da igual. Escribiré y que me digan lo que tenga que ser: si tengo que esperarme otros tres meses, pues me darán mucho por culo y ya está. Pero me da rabia. –Sus ojillos viajaron a un punto más allá de donde Rog torcía la boca, ahí donde acababa la barandilla–. No puedo hacer más, ¿vale?

Todos se giraron a un mismo tiempo.

En algún momento, Derro se había puesto en pie y los contemplaba desde la mitad de la escalera. Sus dedos volaron hasta el bolsillo de su pantalón, donde guardó lo que fuese que tuviera en la mano, y terminó de subir hasta el porche.

–Está bien –se limitó a decir, para sorpresa de todos.

No era que la discusión hubiera sido muy acalorada, en absoluto, tan solo un pequeño intercambio de opiniones ante el mostrador principal, pero es que ni siquiera sonaba preocupado. No parecía él. Estaba como... distraído.

En otro mundo.

–¿Todo bien, Derro? –le preguntó su hermana, que debía de haber pensado lo mismo. Aunque lo que hizo él fue fruncir el ceño.

–¿Por qué no iba a estarlo? –La recorrió con la vista primero a ella y, después, cuando pareció entenderlo, a Guezo y a Ikash, que seguía tras él–. Ya veremos qué hacer. Has dicho que ibas a escribir a los proveedores, ¿no? Pues no veo por dónde más tirar. –El silencio los rodeó durante un microsegundo–. En fin, ya estamos todos, ¿no? Pues vamos.

Y, tras darse la vuelta, se dispuso a preceder la marcha de regreso a casa, como si de pronto le hubieran venido las ganas. Rog buscó los rostros que lo rodeaban. Parecían igual de perdidos que él. No obstante, a Guezo pareció valerle su respuesta, porque, tras borrarse la ceja enarcada, se encogió de hombros y echó a caminar.

Los ojos de Rog recayeron en los de Ikash, tras él.

A la luz del sol de primera hora de la tarde, parecían incluso más blancos. Como si no hubiera diferencia con su iris. Durante un instante, tuvo el impulso de preguntarle por qué eran así la mayor parte del tiempo y, de pronto, soltaban destellos de colores.

Tal vez fuera algo personal y profundo, como aquellos personajes de leyenda cuyos rasgos mutaban con sus recuerdos o sus emociones; eso explicaría por qué percibía las suyas con tanta intensidad. Claro que incluso cuando no era así, él seguía sintiéndolos; era en su voz, en su rostro, no en su mirada. No solo. El resto de su cuerpo no cambiaba de color.

De hecho, solo varió cuando, tras dedicarle una sonrisa, se echó el pareo por los hombros, desapareció, y la vergüenza le mordió el estómago.

¿Qué le importaba a él?

–¿Rog? –oyó que lo llamaba Matine.

Y, con un respingo, echó a caminar tras ella.

Cuando quiso darse cuenta, ya se encontraba compartiendo conversaciones banales bajo el aura de los onnie, a medida que avanzaban entre fachadas del color del otoño y soles engarzados a las puertas.

Tras las cortinas se percibía el movimiento de quienes ya habían regresado a sus hogares tras una mañana atareada. Ayia y Zali Duhran –la alcaldesa y su marido– los saludaron cuando pasaron frente a su patio delantero. Y, después de doblar la esquina, oyeron a su espalda el ronroneo del automóvil de Daved Valeo, que recién llegaba de trabajar en los cultivos de nagera a las afueras. Aunque las tres ruedas estaban manchadas de barro, de alguna forma, siempre conseguía que las puertas metálicas centellearan en verde pulido.

Durante un rato, fue la escena típica de un día más entre todos los que Rog había vivido en Aness: ocupado, disperso y normal. Solo eso. Pero no lo era. Por supuesto que no. Aún tenía esa sensación en el pecho, desacompasada por los jadeos que querían escapar de sus labios con cada paso cuesta arriba, y que dio un vuelco cuando, una vez más, su mirada tropezó con la figura informe de Ikash.

Avanzaba a unos metros de distancia, solo que a trompicones, como si también estuviera afectado por el esfuerzo.

Una sonrisita se le pintó en los labios. Ni siquiera se dio cuenta.

–Ahora echarás de menos tener a Ankoe –se descubrió diciendo. *Bromeando*.

E Ikash rio flojito.

Aunque después le pareció que negaba con la cabeza.

–Está bien. Lo prefiero. Ir aquí. –Hizo una pausa, tal vez para buscar las palabras adecuadas o para tomar aire–. Con vosotros. Y por Ankoe. Y andar no me importa; lo sabes. –Lo añadió casi de seguido, aunque en un volumen mucho más bajo, lo suficiente como para que solo lo escucharan él y Darinn, que revoloteaba entre ambos.

Podría haber parecido un secreto.

Y «podría», porque en parte lo era.

Rog ni siquiera les había dicho nada a sus primas sobre las preguntas incómodas que habían seguido compartiendo en el interior de su gabinete, a resguardo del resto del mundo. Primero, tímidas; después, cada vez más resueltas.

Y sí, lo sabía, al igual que sabía que era así como había llegado a Aness: a pie desde la cordillera Odelot, donde se refugiaba la tribu a la que pertenecía. Había tardado dos semanas, y en ningún momento había hecho uso de su magia ni para darse impulso ni para mitigar el cansancio. No; cada noche, como siempre, se había deshecho de ella. Y, aunque Rog no lo había dicho en alto, le parecía una suerte que hubiera podido, tal y como le había contado, curarse mientras lo hacía, como un efecto secundario involuntario, porque no quería ni imaginar la de heridas y moratones y magulladuras que un trayecto como ese podía causar.

También había sido así como se había enterado de que el daheerar que había pedido ayuda a su tía en el pasado no era «el», sino «la».

Se llamaba Brae y también venía de allí, pero nunca había vuelto. Sin embargo, le había dejado el rastro de su historia, de su atrevimiento. Tal y como creían, esa había sido la razón que lo había hecho decidirse a marcharse de allí: pensaba que ella lo había

conseguido, pese a no ser cierto. Esa era la pista que había seguido hasta el taller.

Hasta ellos.

Rog no pudo evitar ampliar el gesto de sus labios. E Ikash solo se lo quedó mirando un par de segundos más; después, con un resoplido, se fundió en el aire junto a él.



Capítulo 33

Aquel nuevo intento solo requirió que Ikash le rozara la palma con las yemas de los dedos; la magia acudió y Rog la abrazó, como llevaba ya toda la semana haciéndolo.

Poco a poco había ido sintiendo suyo ese pequeño gesto que, no obstante, era un mundo entero. Y por eso llevaban ya una hora tratando de ir un poco más allá, a la parte en la que le tocaba a él hacer un esfuerzo.

A él y a Darinn.

Así pues, en cuanto notó que sus poderes se asentaban en su pecho cuando los dedos de Ikash se cerraron sobre los suyos –cuando sus lazos vibrantes repiquetearon contra sus costillas, el bajo de la garganta y el comienzo de su pecho–, estiró la mano contraria hacia el techo del gabinete, a la espera de que ella acudiera.

Su roce fue cálido, familiar, como siempre, y tuvo que contener las comisuras de los labios para que no se le estiraran y la atención se le marchara.

Al contacto, una chispa azul titiló entre sus dedos.

Dirigió la vista hacia Ikash, y un asentimiento le bastó para saber qué quería decirle: «Adelante. Inténtalo».

Así que lo hizo. Apretó los dedos en torno al cuerpecito de su onnie y, en un susurro que no tuvo que pronunciar, le pidió a la magia que fluyera hacia ella, que se dejara llevar por la caricia de su aura, que se fundieran una vez más. Notó el cosquilleo que lo predecía, una pequeña vibración en las yemas y, luego, con un nuevo centelleo que le hizo apretar los párpados..., desapareció.

De nuevo.

Rog se desplomó sobre el escritorio con un quejido y el vértigo dando tumbos bajo el vientre. No sintió el dolor del golpe; ni rastro quedaba ya del deslumbramiento, solo un par de manchas blancas

tras los párpados y una frustración que se le atoró en la garganta hasta que, por fin, pudo convocar un bufido y un:

–Joé.

Una parte de él había creído que esa vez lo lograrían; quizás no plasmar las palabras que tenía preparadas en una notita en el bolsillo que había copiado de su registro personal, pero sí verter la magia en Darinn y tal vez, solo tal vez, hacer un trazo sobre el papel.

Y, aun así, nada.

–Ha estado muy cerca, Rog –trató de animarlo ella.

Flotaba por encima de su nuca; la oía vibrar.

–Pero –replicó, cansado, pequeño– no lo suficiente.

–Bueno, piensa en el martes. Y en el miércoles. Ahí sí que no fuimos a ninguna parte.

Suspiró porque tenía razón, pero, al mismo tiempo...

–¿Qué es «joé»? –La voz de Ikash se filtró entre el cúmulo de sus pensamientos, de sus reproches–. ¿Una palabra de magia?

Al alzar la barbilla, lo descubrió en mitad de su máscara de extenuación, con los párpados un tanto cerrados y los labios apenas separados. La estampa se completaba con el pelo alborotado y los hombros caídos y la mano que había dejado reposar en su escritorio, entre los dos, con los puños de la camisa arremangados.

No obstante, no sonaba decepcionado.

Estaba ahí cada día, esforzándose durante horas por él. Y, pese a que Rog acababa de fracasar una vez más, solo parecía curioso por lo que acababa de decir.

Era... increíble.

–Algo así, sí –suspiró en mitad de una sonrisa leve. Aunque luego confesó la verdad–: Es broma. Aunque, desde luego que libera de alguna forma. Es... una expresión que se usa para quejarse. Para expresar tu rabia. O tu desilusión. Es una expresión coloquial, eso sí.

Le resultaba curioso tener que explicar cosas así, pero, al mismo tiempo, le producía cierta ternura.

–¿Coloquial?

–Sí. Algo que no dirías en una situación formal.

Se le formó una arruga en el ceño.

–¿Esto no es una situación formal?

Rog rio.

–No lo diría, no; o sea, somos...

Se detuvo.

¿Qué eran? Iba a haber dicho «amigos», pero no; apenas se conocían desde hacía unas semanas, y no estaban tan unidos como Guezo y él.

Ni de lejos.

¿Entonces? ¿«Compañeros de experimentos»? ¿«Sujetos»? Eso sonaba demasiado frío, demasiado artificial. Porque, sí, vivían en el mismo sitio y compartían espacio de trabajo y un objetivo común, pero... también estaban las preguntas incómodas; las que habían seguido compartiendo durante los últimos días. En las que él mismo había acabado por revelar cosas que nunca habría esperado contarle y que, de hecho, no le había contado a nadie.

Y cada noche había vuelto a la cama con un dato nuevo sobre Ikash, sobre su vida y su pasado y su presente. Y no todos habían sido profundos ni privados, en realidad. Habían ido derivando en cosas distintas. Banales, incluso.

Porque, sí, Rog sabía que los daheerar de su tribu eran capaces de construir aldeas de la nada con sus poderes, de abrir valles y hacer surgir bosques y reducirlos a nada. Que alcanzaban velocidades sobrenaturales. Que podían provocar avalanchas, terremotos y grandes ventiscas. Que recolectaban hongos. Que no les gustaba vivir entre humanos, aunque no los temían. Que, de hecho, Ikash no creía que sintieran miedo. O sí, pero que forzaban no tenerlo. Que estaba mal visto mostrarse débil.

Como él.

Pero también que no había una sola comida que no le gustara, aunque no le iban mucho los sabores cítricos. Que sabía contar estrellas. Que se bañaba con agua fría al llegar a casa, porque siempre lo había hecho, y que en las cordilleras en las que había crecido nevaba siempre, a excepción de un par de semanas al año.

Y entonces, Rog le había contado que él nunca había visto nieve con sus propios ojos, y que, en realidad, no le gustaba demasiado el invierno. Que prefería el paso del verano al otoño.

Ikash también le había contado que le incomodaban los sonidos chirriantes y que nunca había escuchado música, así que, tras la cena de ese día, Rog le había pedido a Istella que le pusiera alguno de sus vinilos. Ella lo había hecho encantada. Y al día siguiente, le había hablado de su hermana Nayra, de su piano y de su magia sónica. Y también, por extensión, de Aila. Y de sus padres. Y de cómo era vivir en una ciudad tan grande como Tiaral.

Ikash le había contado que los daheerar no consideraban «familia» a los suyos; que simplemente engendraban, convivían, se peleaban y se alimentaban de la magia que le robaban al mundo –una vez más esa palabra, «robar»–, y que por eso le gustaba lo unidos que estaban sus primos y él.

Y que se había sorprendido al conocerlos.

Lo cierto era que la mayoría de sus preguntas habían versado sobre ello y, con toda la atención del mundo, había escuchado hablar a Rog de sus anécdotas de pequeños: los líos en los que se había metido en la escuela al seguir a Matine, las horas que había pasado viendo a Phie forjar, lo loca que había sido la mañana en la que Guezo había querido «tunear» la caja registradora y lo protector que era Derro con Pol, su hermano pequeño.

Y le había hablado de sus tíos y también de cómo no siempre se había sentido cómodo entre ellos, a pesar de que sabía que lo querían y él los quería a ellos. Por su introversión, tal vez; por su miedo a decir algo que lo hiciera quedar como un estúpido. Por sentir que, a veces, era distinto.

«Por suerte, ya no me pasa tanto», se había asegurado de *asegurarle*. «Y con mis primos, nada de nada. Con ellos es fácil».

Su respuesta se había trenzado en el espacio entre ambos:

«Sí. Suerte».

–¿Y sientes eso? –atajó Ikash, devolviéndolo de golpe a la realidad de su gabinete, de sus paredes estrechas y baldas acristaladas y emociones que giraban en el aire. A la realidad de su rostro, de nuevo brillante, como si el esfuerzo de usar sus poderes solo fuera un recuerdo–. ¿Desilusión?

Un suspiró saltó de los labios de Rog.

–Supongo que me había montado mis propias historias en la cabeza. Pero bueno –agregó–, no es importante; me pasa a menudo.

Claro que él no iba a dejarlo ahí:

–¿Y qué cuentan? Las historias.

De nuevo se le pintó una sonrisa pequeña ante su curiosidad; solo que en parte era triste y también cansada... y, sí, desilusionada. *Decepcionada*. Por eso, su primer impulso fue convocar una sola palabra: «Mentiras». Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que no eran eso del todo.

Gracias a él.

–Son sueños. Sueños que aún me queda mucho por alcanzar.

Ikash se quedó en silencio un par de segundos.

–¿Y si dormimos? –le preguntó. Aunque era más bien una propuesta, la más inocente que le habían hecho jamás. No obstante, no le pasó desapercibido el plural–. Se hacen verdad.

Él cogió aire. No sabía si había entendido lo que quería decirle, pero, al mismo tiempo, le dio igual; le gustaba esa opción, su sencillez. Así que, al compás de su respiración, soltó:

–Ojalá.

–Oye –la vocecilla de Darinn se encargó de atravesar la quietud que, por primera vez en toda la mañana, los cubrió como una cúpula–, ¿por qué no os dais un descanso? Hoy es viernes. Y fin de mes.

Rog supo a qué se refería de inmediato.

–¡Claro! –Se levantó de la silla–. Las pastas de la señora Carmira, Ikash. De las que te habló Guezo, ¿te acuerdas? Tienes que probarlas. ¡Vamos!

Capítulo 34

Nunca había visto una expresión más alucinada que la que pasó a cubrir los rasgos de Ikash en cuanto el primer bocado se perdió tras sus labios.

Al unísono, las carcajadas rebotaron en cada rincón del taller.

Se habían dispuesto alrededor del mostrador, que aquel día le tocaba custodiar a Istella; junto a ella, Guezo, Matine y sus onnie. Ante ellos reposaba la cajita llena de pastitas de sabor a mantequilla de adín con las que los obsequiaba la gerente de la Dulcería Míralaymira, su evidente clienta favorita.

No por nada usaba mangas pasteleras que le hacía Guezo y delantales que nunca se manchaban, cortesía de Matine. Además, solía llevar los pendientes alzadores de Istella, porque era más bien bajita y no siempre llegaba a los armarios superiores de la cocina. Y cada cierto tiempo se hacía con un hechizo para controlar la temperatura de cada una de las secciones de su inmenso horno de leña.

Era uno de los primeros que había forjado Rog al llegar a Aness. No recordaba la última vez que se lo había forjado.

Tuvo suerte de poder sustituir el sabor amargo del pensamiento con el de la pastita, y ambos se le fundieron en la garganta. Se negaba a dejar que le afectara: aquel era, sin duda, el mejor momento del mes. En realidad, casi del año.

Los viernes por la tarde era cuando menos trajín tenían en el taller, y si encima se le sumaba el hecho de que al día siguiente empezaba endor –el primer mes del verano–, a nadie le sorprendía que apenas se hubieran acercado tres personas, aparte de la señora Carmira. Y solo «a echar un vistazo», tal y como les había contado Istella.

Por eso, Guezo había animado a Ikash a quitarse el pareo durante ese rato; no quería perderse ni el más mínimo detalle de su

reacción.

–¿Te lo dije o no te lo dije?

Su única respuesta fue asentir muy rápido con la cabeza; después, se lanzó a por otra pastita y se la zampó.

–Mira qué ansias –se quejó Matine, aunque fue entre risas y con migas pegadas alrededor de la boca–. ¡Que hay que compartir, chaval!

–*Pefdón*.

Y eso volvió a hacerlos reír a todos.

Fue entonces, una vez terminó de tragar y se llevó las manos a la espalda –en un intento quizás de mostrarse inocente, o tal vez para contener el impulso de tomar otra más–, cuando sus ojos se difuminaron en un perfecto azul celeste.

Rog estuvo a punto de apartar la mirada, luchando contra el impulso de preguntarle por qué. Lo habría hecho de no ser porque Darinn se le adelantó:

–¿Por qué te pasa eso, Ikash? Lo de los ojos. ¿Por qué te cambian?

Con cada pregunta, Rog sintió que las mejillas se le sonrojaban más y más y quiso chillar. Porque, cuatro días atrás, había hablado del tema con ella. Porque había pensado: «¿Por qué no?» Era su onnie. Y era una tontería; una pregunta lanzada al aire, sin más. De hecho, ni siquiera sabía por qué le hacía sentir tanta curiosidad.

Quiso estirar el brazo para atraparla y llevársela a su gabinete, o tal vez incluso ordenarle que se fuera a casa por la ventana si hacía falta. No obstante, fue Guezo el que respondió:

–¡Ah! ¡Porque está comiendo!

«¿Qué?».

–¿Te pasa cuando comes? –intervino Matine–. Guau.

Ikash parpadeó, sorprendido por sus reacciones, o tal vez tímido al sentir sus miradas clavadas en él. Rog no era capaz de descifrarlo; seguía tratando de asimilar demasiadas cosas. ¿Era... en serio?

El azul tomó un tono ocre profundo.

–Es después –respondió–. Justo.

–¿Con la digestión? –preguntó Istella, que se encontraba tapando la cajita de las pastas con sumo cuidado.

Él asintió, y esta vez sí pareció confuso, aunque también... divertido. Al menos, esa fue la sensación que le dio a Rog al ver que compartía una mirada con Guezo. ¿Él lo sabía?

No tardó en confirmarlo:

–¿A que es chulo? Fue lo primero que le pregunté. Aunque pensé que lo sabíais, porque Phie... Ah, claro –agregó de pronto–, fue después del desayuno y vosotras ya os habíais ido a vestir. Y fue el día que Rollito se quedó dormido, así que... qué cosas. Pero en fin. Es *tremendatuken*. –Se acercó un paso hacia Ikash y le rodeó el hombro con los brazos, mientras los rizos le saltaban sobre la frente–. ¿Os fijasteis cuando se le pusieron dorados aquí, en el taller?

Rog dejó de escucharlo porque su mirada había recaído en los labios de Ikash, que sonreían ante sus carcajadas. Pese a que los párpados se le iban cerrando, volvió a ver el cambio tras ellos. Y los porqués que revoloteaban a su alrededor.



Capítulo 35

—Es cuando te alimentas de algo que no es magia, ¿verdad? Lo de tus ojos.

No supo cómo la voz le salió tan suave, tan calmada, teniendo en cuenta que acababan de dejar atrás la cuesta para entrar en el patio delantero de casa de Tía. Los demás ya se encontraban subiendo las escaleras y desapareciendo tras la puerta, e incluso Darinn se había adelantado con Yiun y Viure, deseosos todos de darse su merecido descanso después de la semana.

Había esperado a que Guezo se despidiera, a estar de nuevo a solas con Ikash y a que se quitara el pareo, para hacer la pregunta. Mientras recogía su gabinete y la zona de trabajo principal junto a Derro, le había dado tiempo a darle cientos de vueltas y a masticar la conclusión a la que había llegado.

Ahora lo único que los rodeaba era el océano de flores pomposas que se perdía tras las esquinas, de un violeta pintado de dorado por el sol que se despedía en el horizonte. El resplandor, se fijó, se derramaba por el lado izquierdo del rostro de Ikash, y su asentimiento hizo que se balanceara sobre su sien y la curva de sus labios.

Un destello grisáceo se fundió tras sus párpados.

—Cuando tomo comida humana.

De nuevo, pensó en las veces que había visto cómo sus ojos cambiaban de color. La primera, en la habitación de Phie, cuando Tía se lo había presentado, cuando les había revelado qué necesitaba, por qué había ido hasta allí. ¿Le habría dado algo de comer antes de llevarlo? Podía ser, teniendo en cuenta cómo había devorado después la cena; recordaba pensar que tal vez llevara tiempo sin hacerlo.

También solían brillarle cuando Ankoe lo transportaba hasta el taller, justo después del desayuno, excepto aquel primer día, que habían tardado tanto en llegar. Y, durante el tiempo que pasaba allí, también lo veía de vez en cuando mientras ayudaba a Guezo, siempre acompañado de las tazas de leche que le daba, o durante el descanso tras el almuerzo. Rog había llegado a creer que el color de sus ojos se debía a que Ikash dedicaba el tiempo de descanso a seguir trabajando con su magia y la savia vin. Claro que, en otras ocasiones, no le pasaba al recurrir a ella, como aquellos días en su gabinete. Y, sin embargo, sí recordaba haber visto destellos en su mirada antes de que se fuera a su dormitorio, tras la cena.

Rog separó los labios, pero no fue capaz de convocar nada.

Estaba tratando de asimilar que había llegado a la conclusión correcta, y a la vez aún confuso por la revelación. Y fascinado. Y tal vez un poco removido. E incluso se le había olvidado estar molesto con su onnie. Porque no, no lo estaba. No podía.

–¿Por qué os sorprende tanto? –le preguntó Ikash, con una pequeña sonrisa en los labios–. Matine e Istella igual. No entiendo. –Encogió un poco los hombros–. Es nada.

Como diciendo: «Es una tontería, una nimiedad».

Porque, claro, era cuando hacía la digestión, ¿no?, como había dicho Istella. Para él debía de ser la cosa más mundana del mundo.

Y, en parte, tenía razón. ¿Por qué le había dado tanta importancia? Tal vez porque resultaba llamativo, con sus facciones afiladas y la oscuridad moteada de su pelo. Porque resaltaba en contraste con el blanco que predominaba sobre sus iris. Porque había querido saber más sobre su raza. Porque había sido nuevo y era distinto y porque era siempre...

Bonito. Objetivamente.

Sí, si se paraba a pensarlo, tenía cierta gracia; sobre todo, que en su cabeza hubiera sido tremendo drama.

No pudo evitar reír un poco en mitad de un suspiro.

–Cosas de humanos fácilmente impresionables –dijo.

La sonrisa de Ikash se pronunció.

–Ya. Un daheerar no entendería.

Esta vez, la carcajada que le arrancó la ironía de su voz pareció rebotar contra la fachada de la mansión que se alzaba sobre ellos. De hecho, tuvo la sensación de que podría haberlos oído la calle entera.

Y se equivocaba, pero solo a medias, porque su prima Matine sí que lo hizo: su cabecita rizada no tardó ni medio minuto en aparecer bajo el marco tallado de la puerta. Ya tenía el peto desabrochado y todo.

–¡Ah! –exclamó, y Rog tuvo que esforzarse por ocultar el respingo que le hizo dar–. ¡Ahí estáis! ¡Y yo pensando que os había perdido por el camino! Aunque, pensándolo bien –añadió, avanzando por el porche hacia ellos–, habría sido un puntito para mí y mi perfecto pareo. En fin, ¿qué estabais haciendo?

–Oh, eh... –se oyó decir–. Nada. ¿Vamos?

Se giró hacia Ikash, que asintió, y ambos comenzaron a subir.

Nada más alcanzar los últimos escalones, reparó en que su prima los contemplaba de arriba abajo. De pronto, arqueó un poquito la ceja izquierda y los labios se fueron cerrando en una especie de mohín que casi parecía irradiar satisfacción.

Como si supiera algo que él no.

–¿Pasa algo? –le preguntó.

Ella no respondió de inmediato; extendió la sonrisa hacia un lado y apoyó un codo en la barandilla. Su mar de rizos se desparramó al compás, también centelleante bajo la luz del sol poniente. Como fuego.

–Qué va. ¿Y a ti?

–¿A mí? –se extrañó.

–¿A *vosotros*? –reformuló. Fue casi un canturreo.

Aquello terminó de dejarlo de piedra.

–¿A nosot...? –Le echó una mirada rápida a Ikash. Se le veía tan normal, recto, con el pulgar en el bolsillo de su pantalón de trabajo y el pelo alborotado–. No, ¿por qué?

–Ah, no, nada. –Se recoló sobre su apoyo–. Porque hablabais.

–Oh –dijo, incómodo por una razón que no lograba entender. O no incómodo, sino consciente de sí mismo, de cada centímetro de su

cuerpo. Por la forma en la que lo (los) miraba–. No era nada. O sea, de lo de antes. De lo de sus ojos.

–Ah, de sus ojos.

–De lo mucho que importan mis tripas aquí, parece –intervino Ikash–. De eso.

Aquello la dejó perpleja un instante, pero después le arrancó una carcajada. Rog también sintió cómo las comisuras de los labios volvían a tironearle. No conocía esa parte de él tan guasona, pero le estaba resultando graciosísima. Y que fuera suficiente para cortar la escena lo llenó de calma.

Matine se incorporó, aún con la misma mueca divertida.

–Hay que ver lo que hace juntarse tanto con mi hermano... –Negó con la cabeza. Después, se volvió hacia su primo–. Anda, vamos. Darinn me ha dicho que se iba adelantando a tu habitación; imagino que Yiun estará con ella.

En el interior de la casona siempre hacía un poco más de fresco durante los meses cálidos, y después de la caminata, Rog agradeció que fuera esa sensación la que los acogió en cuanto llegaron al vestíbulo.

Pese a que lo encontraron vacío, se oía de lejos la inconfundible voz de Guezo, que debía de estar hablando con Rimo –o consigo mismo, ¿quién sabía?; ambas cosas eran bastante parecidas–, y los pasos de los demás en los pisos superiores. No obstante, quedaron en un segundo plano cuando Matine comenzó a parlotear sobre la mantita de verano que había confeccionado aquella tarde para la hija de Orneal Tarmin, que apenas tenía tres meses.

–Uh...

Su prima se había detenido al principio del tramo de escaleras que separaba el primer piso del segundo. Ikash, a unos pasos de ella, tenía la vista clavada a lo lejos, sobre el hombro de Rog.

Se giró.

El pasillo también estaba vacío, y nadie había llegado a encender ninguna de las lamparitas fusiformes de la pared. La única luz eran unos rayos de ocaso que se colaban entre las cortinas, y las sombras alargadas que convocaban los muebles alcanzaban la puerta del despacho de Tía.

Abierta.

No de par en par, no, pero sí lo suficiente como para que llegaran a ver que había luz en el interior; una que se derramaba en naranja sobre el escritorio, la pila de libros ordenados a la perfección que reposaba en él, el tintero en el que solía descansar Ankoe y la inmensa estantería que bordeaba toda la pared del fondo.

Lo suficiente como para que fuera evidente... lo evidente:

–¿No está dentro? –oyó preguntar a Matine.

–No parece.

La respuesta saltó de sus labios, y sonaba tan extrañada como se sentía él mismo. Su tía jamás dejaba su despacho abierto, y menos si no se encontraba en él.

De pronto, la luz parpadeó con más fuerza.

–Vamos.

Su prima pasó por su lado con la ligereza de un soplo de viento, tan rápido que Rog ni siquiera pudo pensar en decirle que esperara. Claro que tal vez fuera porque la curiosidad también tiraba de él, o porque Ikash lo adelantó y un instinto sin nombre lo hizo apretar el ritmo.

Cuando apenas les quedaba un metro para alcanzar el umbral, vieron de dónde llegaba la luz. Matine dejó escapar un «Oh» ahogado e hizo amago de frenar, pero acabó internándose en la habitación con los ojos fijos en el punto exacto en el que se encontraba el origen del resplandor.

Rog contuvo el aliento.

Era una esfera brillante que giraba sobre sí misma cerca del centro, reflejándose en las puertas del gigantesco armario que gobernaba el muro de la derecha: tres torres acabadas en puntas retorcidas repletas de exhibidores de madera tallada.

No se parecía a la luz que había visto hacía ya tantas noches, la que sabía que había emitido Ikash al purgarse de su magia ante su tía. Su color era fascinante, como el de la puesta de sol que alcanzaban a ver tras la ventana, entre los tejados menguantes de Aness, pero entremezclado con el chisporroteo de una hoguera, un toque de ralladura de ihiera fresca y arena. Además, un aura blanca

envolvía el conjunto en un halo, como un velo que se transparentaba en ondas que parecían tratar de abrazarlo. Era...

Lo supo de pronto.

–Un hechizo.

Sintió cómo los ojos de sus acompañantes se clavaban en él al oír su susurro, y supo que Matine estuvo a punto de decir algo, de preguntarle quizás, porque la vio separar los labios, pero la esfera comenzó a moverse.

Rog no supo si fue rápido o despacio, solo que flotó por el despacho con un destino muy claro: la figura que se había detenido a unos pasos de la puerta, con una expresión de asombro impresa en el rostro.

Ikash.

El blanco de sus iris se tiñó del color del resplandor, como si una llamarada le atravesara la mirada, con más fuerza con cada centímetro que sorteaba; atraída por él. Y, cuando sus ojos se cruzaron con los suyos en la distancia, Rog supo por qué: sus poderes. Estaba absorbiendo la magia.

No llegó a alcanzarlo, no obstante.

Antes, oyeron el chasquido y la voz que debían haber esperado:

–*Akenerdas*.

«Retirada».

La esfera regresó a su sitio en menos de lo que dura un parpadeo.

Su tía se encontraba en la entrada de su despacho, con el cabello recogido en lo alto, el vestido negro ondeante sobre sus zapatos y el aura de Ankoe, que flotaba ante ella, segmentada entre las arrugas de su boca.

–No sé quién os habrá dado permiso para entrar aquí –dijo–, pero creo que lo recordaría si lo hubiera hecho yo. –Una pausa–. No lo recuerdo, no.

Aunque no sonaba enfadada.

–Tía –comenzó a decir Matine–. Lo sentimos muchísimo: vimos la puerta abierta y nos extrañó, así que pensamos...

Se cortó al verla avanzar.

La tela de sus ropas era tan oscura que la luz de la esfera, que seguía acariciando el contorno de los muebles, las manos de su

prima y el pelo de Ikash, no llegaba a reflejarse en ellas y moría sobre la alfombra.

–Tal vez habría sido mejor que no pensarais nada y que os limitarais a prepararos para la cena, ¿no te parece, querida? –Tía apuntó con un dedo hacia el pasillo. La orden estaba clara, pero que la pronunciara en alto hizo que Rog, incluso cuando el cariz de su voz no varió ni lo más mínimo, la notara pesada sobre los hombros–: Marchaos.

Ni se lo pensó; fue el primero en abandonar el despacho.

Cuando se animó a volverse, ya en las escaleras, vio que la expresión de su prima se había despojado del susto inicial para conformar un mohín de extrañeza.

–En fin –suspiró.

Ikash y él compartieron otra mirada que terminó con un encogimiento de hombros por su parte. Cuando las palabras de Darinn resurgieron en su cabeza, Rog esbozó una mueca empática: «Es el ser humano más raro que he conocido en mi vida».

Así que siguieron subiendo.



Capítulo 36

No tardaron en confirmar que a Tía no le había importado que se hubieran colado en su despacho. Al menos, no muchísimo. O eso creían.

Cuando estaba enfadada, se sabía.

No había hecho ninguna mención durante la cena, en la que participó con algunas de sus típicas intervenciones afiladas dispersas, primero hacia su plato de benerai en salsa de thie –al parecer, porque estaba «demasiado picante»– y luego hacia Guezo, aunque enseguida había centrado el foco en los proveedores del taller y en su «incompetencia inalterable». Después, cuando le habían dado las buenas noches, se había limitado a hacer lo de siempre: inclinar la cabeza y repetir las mismas palabras que le dedicaban sus sobrinos.

A lo largo de la semana, tampoco había mencionado nada al respecto. Por lo tanto, Matine y Rog habían decidido que no, no lo estaba.

Y así había llegado el sábado siguiente.

La mañana había amanecido tranquila y luminosa, como si el sol se hubiera empeñado en traer el verano un poco antes de su comienzo propiamente dicho; por lo pronto, a Rog le había sobrado la chaqueta con la que había decidido envolverse tras levantarse de la cama.

Una sonrisita se le pintó en los labios a lo largo del camino al piso inferior, a desayunar; en parte, por lo descansado que se sentía –llevaba días durmiendo muchísimo mejor–, y en parte porque Darinn le estaba contando el sueño que había tenido esa noche al compás del crujido de los escalones. Fue entonces, mientras le hablaba del masaje que les habían dado a sus plumas arcoíris en un mundo pintado de rosa azucarado, cuando su impresión de «mañana

tranquila» se desvaneció al oír las voces que atravesaban la puerta de la cocina:

–¡Hazlo otra vez, hazlo otra vez!

Era Guezo, por supuesto. Y en cuanto entró, se lo encontró a la cabeza de la mesa central, junto a Ikash y rodeado por el resto de sus primos, con el rostro tan manchado por la emoción como lo estaba... todo.

A Rog le llevó un par de segundos reconocer la sustancia dorada y viscosa que salpicaba el mantel de helechos, los platitos de tostadas intactas y los botes de mermelada. Hasta había varios regueros sobre el paquete de galletas recién abierto que tenía enfrente Phie.

Savia vin.

–Bueno –intervino Derro desde su sitio de siempre, a la derecha. Era el único que no seguía en pijama, con el tupé perfecto y el rostro, ¿cómo no?, sin rastro de barba–. Pero esta vez que sea en el bol, a poder ser.

Señaló el único utensilio que parecía haberse librado del baño, que se encontraba justo delante de Guezo. No obstante, no le escuchó; había alzado la barbilla y sus ojos se habían clavado en la entrada. En él.

–¡Rollito! –exclamó–. No te vas a creer lo que Ikash sabe hacer. ¡Puede multiplicar la putísima savia vin con sus poderes!

Y lo vio.

La vio, cayendo a gotas pegajosas de entre los dedos del aludido.

Parpadeó. Aunque, en cuanto alzó la vista y se topó con unos iris que se segmentaban en destellos violáceos –a causa del trozo de bizcocho a medio comer en su platito, imaginó–, supo que era cierto. Aunque parecía... algo nervioso.

Al menos eso le pareció la sonrisa tímida que le dedicó bajo las florecillas del techo. Tal vez un «buenos días». Tal vez un «no sé si disfruto de tanta atención». Y con la suya, Rog trató de decirle que le entendía pero que no se preocupara.

Que buenos días también. Que... guau.

–¿En serio? –se oyó susurrar justo antes de escurrirse hasta su sitio.

–Ha sido brutal. –Fue Matine quien respondió mientras negaba con la cabeza de pura fascinación, junto a una Istella que parecía tan absorta como... ¿preocupada?–. Es que no hay otra forma de describirlo.

–Sí, sí –asintió su hermano–. Se presentó anoche en mi habitación y me lo mostró. Que lo había descubierto sin querer, me dijo. «Sin querer» –repitió, volviendo a clavar la vista a su izquierda–. ¡Drácala! ¿Cómo se puede hacer algo *así* sin querer?

Aunque un ligero tono rojizo se esparció por las mejillas de Ikash, también el gesto de sus labios se amplió un poco. Sin embargo, tras rascarse la nuca, acabó excusándose:

–Tenía. Vin, digo. Lo que quedaba. Y solo..., no sé, pasó.

Rog torció la boca y fijó la atención en el líquido amarillento que era su bebida habitual. ¿Habría sido durante su purga nocturna?

¿Antes? Porque para hacer aquello tenía que emplear su magia, ¿no? No soltarla.

Al haberse quedado frito de inmediato, aquella noche no lo había oído bajar, pese a que... era posible que hubiera permanecido atento por si lo oía. Un poco solo. Y que llevara así desde que habían establecido su pacto.

–¡Venga, va! –le instó su primo, tras darle una palmadita en el hombro–. Hazlo otra vez. Y, sí, en el bol –agregó al reparar en que Derro alzaba un dedo–. O quizás deberíamos buscar algo más grande. Si pudieras hacer más..., en plan *mucho* más, solucionaríamos todos nuestros problemas. ¡Podríamos acabar con el escaparate y mandar a tomar por culo a los proveedores de los co...!

–Espera, Guezo –lo cortó Istella. Era el único momento del día en el que no llevaba el pelo recogido, y le caía en ondas suaves sobre el pecho descubierto de su camisa de franela, enmarcando a Viure–. Tal vez deberíamos esperar un poco. No son siquiera las diez de la mañana y ya tienes al pobre a tope; deja al menos que termine de desayunar.

–Además –terció Phie–, no sabemos hasta qué punto es efectivo. No me malinterpretéis –añadió con un esbozo de sonrisa–, ha sido impresionante, pero tal vez deberíamos asegurarnos de que los efectos habituales de la savia se mantienen.

–¡Eso ya lo he comprobado yo! –se quejó Guezo, y se apuntó al pecho con el dedo.

Los restos dorados también habían llegado a su camiseta azul, pero no parecía importarle; de hecho, la mancha se ahuecaba en un punto junto a su clavícula izquierda, como si hubiera estirado el dedo para, después, llevárselo a los labios.

Su prima soltó una risita.

–No sé yo si eso es suficiente. Tampoco llevará mucho, de todos modos. Podemos recuperar los restos y analizarlos en el taller el lunes.

–¡¿El lunes?!

–Vaya, Guezo –dijo, casi más sorprendida que antes, si cabía, aunque aún con el toque divertido vibrante sobre la lengua–. Si alguien me hubiera dicho hace, ¿qué?, medio segundo que preferirías volver al trabajo antes que pasarte el fin de semana tirado a la bartola, me habría atragantado de la risa.

Y eso, de hecho, hizo que todos a su alrededor se atragantaran de la risa; hasta las comisuras de la boca de su hermano se alzaron. Sobre todo porque fue Hishu quien, colgado del respaldo de su silla, se carcajeó más fuerte.

Era adorable, con la vocecilla tan metálica que tenía.

–Será mi primera tarea del día, ¿vale? –aseguró Phie cuando lograron calmarse, dirigiéndose tanto a Guezo como a Derro, pese a que este último no había vuelto a sacar el tema.

Después, hizo un gesto con la cabeza a Nuantt, y él balanceó sus dedos de tela en el aire para indicarle su conformidad. Entonces, volvió a sonreír y pareció a punto de decir algo más, pero no tuvo ocasión. En ese momento, el timbre de la casa resonó tras las paredes.

–¡Ay! –exclamó Istella–. Debe de ser el correo. Voy yo si...

–No te preocupes, amor –la detuvo Phie–. Estoy esperando una carta del Congreso Estival de Forja. –Se puso en pie, no sin robar una galleta del paquete antes–. Este año es en Fanofhe, y aún tienen que confirmarme la fecha y la temática de mi ponencia. Quiero empezar a preparármela cuanto antes.

No le llevó demasiado tiempo regresar, pero fue suficiente como para que Istella distribuyera entre todos servilletas con las que limpiar la savia y se dedicara a reservar un poco en un cuenco, además de para que Ikash se lavara las manos y Guezo se sirviera otra tostada bajo la mirada absorta de Rimo, Yiun y Matine.

«Ya llevas cinco; lo sabes, ¿no?».

Para cuando Phie estuvo de vuelta, Rog se encontraba vertiendo bebida de sori en una taza mientras Darinn le acercaba los cereales. Su rostro siempre dulce mostraba cierta... picardía.

–¿Te ha llegado? –quiso saber Istella.

–Sí. –Sacudió el sobrecito marrón antes de dirigirse al aparador de la izquierda. En la parte superior guardaban la vajilla y la colección de frasquitos de especias mientras que, sobre los cajones de la inferior, reposaba la cestita en la que solían guardar las cartas pendientes de leer. Habían llegado unas cuantas, a juzgar por lo que veía–. El congreso va a ser el trece de anfost, y me toca hablar de conjuros de visión truncada.

Rog parpadeó; sonaba superinteresante.

Había oído hablar de ellos, pero nunca los había estudiado, y mucho menos forjado; eran hechizos que te permitían ver en la oscuridad o a través de una niebla muy espesa, e incluso traspasar materiales sólidos como las paredes. Iba a preguntarle si podrían acompañarla Darinn y él cuando la mueca pícara de su prima se acentuó.

–Te ha llegado una carta también a ti, Derro –le hizo saber, sosteniendo entre los dedos un sobre mientras sus labios se apretaban como si estuviera conteniendo una sonrisita; tal vez porque él alzó la mirada como impulsado por un resorte y con una pregunta en sus ojos azules–. De parte de Arualle Dane.

El arrastre de la silla resonó entre los muebles, y Guezo, Ikash y Matine se removieron, pillados por sorpresa. No obstante, la voz de Derro sonó indiferente cuando dijo:

–Ah, bien. Gracias.

Extendió la mano para que se la diera y su hermana lo hizo con un movimiento grácil, aunque no sin antes preguntar:

–¿Cómo es que te ha escrito?

Fue inmediato: su rostro se quedó estático.

–Eh –acabó diciendo, aunque tomó el sobre a toda velocidad–. Pues no lo sé. La tendré que leer, ¿no? –Poco a poco, el retintín se fue colando en su voz–. Acaba de llegar.

–Ajá. Bueno, pues ya nos cuentas.

Él la miró como si acabara de soltar un sacrilegio.

–Bueno, creo que estoy en mi derecho de mantener en *privado* mi correo *privado*, ¿no? Y los demás –agregó, volviéndose hacia los rostros que, por supuesto, permanecían atentos al intercambio–, ¿por qué no os ocupáis de vuestros asuntos?

Sin más, tomó los restos de su desayuno, los metió en la pila y abandonó la cocina, ignorando las imprecaciones de Matine, a quien le tocaba recoger esa mañana. No obstante, Phie no parecía en absoluto molesta. Más bien lo contrario.

Era como si todo eso le resultara divertidísimo.

–*Vaya* –se limitó a decir tras apartar la mirada de la puerta, y regresó a la mesa.

–Pues no entiendo por qué se pone así –suspiró Istella pensativa, mientras acariciaba el contorno de Viure–. Imagino que Arualle querrá darle las gracias por lo de la pócima. Resa Teramm y Nan Olie me estuvieron contando que habían tenido una buena liada en el herbolario...

–Pues mucho tendrá que agradecerle –replicó ella, como si nada–, teniendo en cuenta que es la cuarta carta que le envía esta semana.

–¡¿Qué?! –exclamó Matine.

–Sí. Aunque no sabía quién se las enviaba. Hasta ahora. Le veía recogerlas y luego intentar... como ocultarlas. No se le da muy bien, la verdad. Se pone nervioso por *alguna* razón.

Rog no pudo evitar recordar el atisbo blanco que había visto entre los dedos de su primo aquel día en el taller, justo antes de subir a casa. ¿Sería una de ellas?

–Espera. ¿Estás diciendo que es posible que los dos...? –comenzó a preguntar Istella, con el mismo tono emocionado que ponía cuando les resumía las tramas de sus libros de romance favoritos.

Entonces, Rog lo entendió:

–¿De verdad?

–A ver, no lo sé seguro, claro –respondió Phie–. Pero me da que pensar, porque le conozco, y aparte de que esté así, con tanto secretismo, últimamente lo veo raro, como en las nubes. ¿Vosotros no?

Era cierto.

–Sí. –Matine dio un golpecito en la mesa–. Y mucho más majo de lo normal; lo del escaparate, por ejemplo. –Guezo cerró la boca en una O perfecta–. Y tampoco parece ya *taaan* molesto con que Ikash esté aquí... –El aludido permanecía en silencio como si tratara de seguir la conversación pero le estuviera costando un poco. No obstante, apretó un poco los labios al oír su nombre–. Que tampoco es que le quede otra, ¿no?

Hubo un silencio de miradas compartidas.

–En fin –acabó suspirando su prima mayor–, tampoco es que quiera yo «meterme en sus asuntos». Que se envíe lo que quiera con quien quiera... Pero llevaba días con la mosca detrás de la oreja, y lo de hoy ha terminado de confirmar mis sospechas. Se trae algo entre manos con ella, sea lo que sea.

–Pues –susurró Istella– yo creo que podrían hacer buena pareja. Encima en esta época... –Hizo un gesto hacia la ventana, donde la luz del sol caía sobre las decoraciones de la ventana y dibujaba senderos de sombras sobre sus figuras–. Es época de enamorarse. Mirad qué cielo.

A Rog no le pasó desapercibida la cara de asco que puso Guezo, y no pudo evitar esbozar una sonrisa; sobre todo, cuando su hermana comenzó a picarle:

–¿Qué pasa? ¿Estás celoso?

–Hablando del cielo y del buen tiempo –intervino Phie, con el rostro brillante–, ¿qué os parecería si mañana hiciéramos un pícnic junto al río? Así podríamos enseñárselo a Ikash, ahora que tiene el pareo. –Se volvió hacia él, que hasta ese momento había tenido la vista fija en Matine, tal vez preguntándose qué significaba «celoso»–. Guezo me contó que te había llamado la atención.

Él parpadeó y sus iris se colorearon de verde pistacho.

–Oh. Sí. Me... encantaría. Gracias.

Matine se alzó de un salto.

–¡Bua, genial! –exclamó–. Puedo dejarle uno de mis bañadores de secado instantáneo. ¡Ya verás, Ikash! ¡Vas a crear tendencia! –Aunque luego agregó en voz más baja, mientras las risas volvían a colmar la cocina–: Entre nosotros, al menos. Vas a ser la figura camaleónica más sexi que han visto los ojos Vondel jamás. Y de forma bastante literal, además.



Capítulo 37

Parecía que Aness al completo se había puesto de acuerdo para hacer exactamente el mismo plan que ellos aquel día. Claro que tampoco tendría que haberles sorprendido. Cada año se repetía la misma tónica: un rayito de sol más cálido de lo normal y todo el mundo tenía la imperiosa necesidad de ponerse a remojo.

Por supuesto, cruzarse con los grupos de mayores, jóvenes y niños que reposaban en tumbonas portables junto a la orilla o que chapoteaban en el agua los había obligado a intercambiar saludos continuos durante su búsqueda del «punto más *alejaderrérimo* posible; no queremos linchamientos públicos a daheerars en apuros en el santo día del Firmamento, por favor y gracias».

Además, habían tenido que detenerse en varias ocasiones para responder a los «¡Uy, qué alegría veros aquí a todos!». «¡Qué guapos estáis!». «Mirad que le dije a mi marido que teníamos que pasarnos por el taller un día de estos, pero nada, aquí seguimos» y «De verdad que cada día te pareces más a tu tía, Phie, querida», y a la tanda de preguntas subsecuente; es decir, a que, por cierto, ya que la mencionaban, que qué tal estaba, que cómo era que no los acompañaba con el día tan precioso que hacía y que si acaso no le habían dicho nunca que, a su edad, tendría que darle un poco más el aire y salir a estirar las piernas.

–¡Una tiene que cuidarse! –se había indignado Rosira Aroch como si Tía fuera a oírla desde la casona. Era la bibliotecaria del pueblo, una mujer bajita, estirada y vestida con un bañador de rosas rojas. Y luego había añadido en voz un poco más baja (aunque tampoco mucho)–: Y a vosotros os interesa más que a nadie, ¿eh? ¿O no?

–Es pesadísima –se quejó Matine mientras los siete se repartían bajo la sombra de un ciprés. Habían encontrado un claro en la parte este del bosquecito que rodeaba el río y, pese a que habían tenido

que caminar casi dos kilómetros, parecía que, por fin, no había nadie alrededor–. Si Tía no quiere venir, que no venga. Y si no, que suba ella a convencerla.

De hecho, ellos le habían preguntado, por mucho que supieran la respuesta de antemano.

–De verdad que no la soporto –añadió–. El otro día me retuvo en la cola de la verdulería de Tefama Diviel y estuvo veinte minutos dándome la chapa sobre sus hijos, y todo para acabar diciéndome que si no había pensado nunca en alisarme el pelo. Así, de la nada. ¿Perdón? Pues lo lleva claro: me quitarán los rizos de mi calva y fría cabeza de muerta.

Y, como para sentenciarlo, dejó caer su bolsita de fieltro sobre la toalla que había dejado ya junto a la de Phie. Rog no sabía si era la impermeable o la de fondo extraíble, porque lo único que «extrajo» de ella, tras sentarse con las piernas cruzadas, fue el bote de crema solar que, por supuesto, Istella le había recordado cincuenta veces que se llevara.

–En fin –decretó una vez terminó de aplicarse la última tanda por los brazos–, no pienso dejar que me amargue el día.

Y, sin más, se alzó y echó a correr hasta la orilla.

–¡Pero espera a que se absorba! –le gritó Istella.

–¡Que solo voy a meter los pies!

Y no, de pronto ya no había ni rastro de mal humor en su voz; solo un poco de retintín, aunque se lo llevó el grito triunfal que soltó en cuanto el agua le rozó la piel. Rog sonrió. Sabía cuánto adoraba bajar al río y, sobre todo, que la acompañaran ellos, porque era la excusa perfecta para que se pusieran sus bañadores de rayas amarillas, azul aguamarina y blancas que les había hecho, en una imitación muy acertada del color de los ojos de la familia.

–¡Eh, Ikash! –lo llamó Guezo en ese momento–. ¿Me echas?

Entonces, su atención viajó a la derecha. Hasta él, la figura borrosa que pasó por delante y onduló la figura de su primo, que, tras señalarse la espalda con el pulgar, le tendió el bote de protección solar.

Aunque no precisamente hacia donde se encontraba.

–Estoy aquí –le dijo.

–¡Ah, cojones, vale! –exclamó él entre risas, y cambió la trayectoria en dirección a su voz–. Es que lo pones complicado, ¿eh? Toma. –La crema desapareció en contacto con las manos de Ikash –. Oye –añadió mientras se daba la vuelta y se deshacía de la camiseta por encima para después dejarla caer a escasos centímetros de Rimo, que se encontraba tan a gusto sobre la toalla–, ¿por qué no te quitas aquí el pareo? No hay nadie.

–No –se apresuró a atajar Derro.

Pese a que llevaba el traje de baño bajo la camisa blanca, no parecía tener demasiadas ganas de meterse en el río: se había traído un par de libros, unos tomos bien gruesos que descansaban junto a sus piernas, al amparo del aura de Hishu.

Rog no pudo evitar que le diera algo de pena. Cuando eran pequeños, no salía del agua; sus padres tenían que sacarle prácticamente a rastras.

–Venga, va –insistió Guezo por encima del hombro–. Al menos, que se eche crema el muchacho. Que sea invisible no significa que sea inmune a la radiación, ¿no?

–¡Es camuflaje! –lo corrigió Matine, cantarina.

–Pues mejor me lo pones.

Su primo se lo quedó mirando unos instantes como si pretendiera replicar, pero sin llegar a hacerlo.

–Mirad, haced lo que os dé la gana –acabó por decir Derro, y se dejó caer sobre los codos–. Pero, si le ve alguien, las explicaciones las dais vosotros. A quien sea primero y a Tía después.

–¡*Yassss*!

–Échate crema, sí –le dijo Phie a Ikash por encima de la exclamación de Guezo–, por si acaso. –Sonrió. Llevaba el pelo recogido en lo alto de la cabeza de forma desenfadada, y sus pómulos embadurnados de crema brillaban por encima de las pecas–. Pero luego vuelve a ponértelo, ¿vale? No queremos que pase nada.

–Vale.

El cuerpo de Ikash se materializó ante ellos en un parpadeo: camiseta gris de manga corta y el mismo bañador que llevaban todos.

Le quedaba muy bien.

O sea, bastante mejor que su uniforme prestado.

El patrón de la tela, que acababa por encima de sus rodillas, se fundía con la palidez de su piel como si formara parte de ella, y Rog se descubrió imaginando cómo sería si, en lugar de imitar los ojos Vondel, fuera capaz de reflejar los *suyos*, la forma en que cambiaban de color, a pesar de que en ese momento ya hubieran vuelto a su blanco original.

Guezo señaló el bote de protección solar con la cabeza.

–Trae, anda, que te doy por la espalda. Pero luego me echas tú, ¿eh?

Ikash le sonrió, algo tímido, aunque se acercó a él de todos modos.

–¿Aquí? –le preguntó.

–No, mejor cuélgate de ese árbol; estaré más cómodo. ¡Pues aquí, drácala, claro! –exclamó, divertido, al ver que Ikash dirigía la vista a las ramas, muy dispuesto a hacerlo. Se echó un pegote de crema en la palma de la mano–. Ahora, el momento que todos estábamos esperando –anunció–: Quítate la camiseta, *guapeterritón*.

Rog se atragantó.

O no, pero fue muy parecido: algo le recorrió la garganta y le bailó claqué sobre la nuez y las mejillas. La vista se le desvió lejos, por encima de las toallas y las bolsas llenas de comida y la trenza de Istella y el primer mamotreto que Derro se había puesto en el regazo, hasta más allá del agua que a Matine le llegaba ya por las pantorrillas.

Aun así, por el rabillo del ojo seguía percibiendo algunos atisbos de lo que se encontraba a apenas unos pasos de él. El movimiento. Otra prenda que resbalaba hasta el suelo. Piel que quedaba al aire. Músculo sobre hueso.

Se centró en la corriente. Sí. En su superficie cristalina, tanto que dejaba entrever las rocas que se esparcían por el fondo e incluso los pececitos de color perlado que iban de aquí para allá.

¿... Por qué reaccionaba de esa forma, como si tuviera quince años?

¿Por qué no podía evitarlo?

Dio un respingo cuando, tras lo que le parecieron siglos, la voz de Istella lo alcanzó por encima del eco de la corriente:

–Ey, Rog. ¿No te echas crema?

–Eh... Hum, sí. Claro. Estaba esperando a que... ¿Tienes tú?

Se sintió imbécil mientras se daba la vuelta y, de espaldas a sus primos, empezaba a extenderse por los hombros la protección que ella le cedió con la más grande de las sonrisas.

–Bueno, ¿qué? –oyó que exclamaba Matine–. ¿Estamos cobardicas hoy, o cómo es esto? ¡Que os veo muy secos!

Phie fue la primera en levantarse con una mueca divertida en los labios. Después fue Guezo, que pasó junto a Rog como una exhalación, pese a que se acabó deteniendo, con apenas haber puesto un pie donde la sombra de los árboles ya no llegaba, al recibir la evidente advertencia de Istella.

–De algo habrá que morir, ¿no? –replicó él.

Y se encogió de hombros, a lo que ella chasqueó la lengua.

–Sí, *ahogado*. Vas a ver.

–¡Bueno, bueno, la princesita asesina!

–Echa a correr.

Y eso hicieron, hasta desembocar en un estallido de agua que arrancó exclamaciones a sus dos primas al salpicarlas de arriba abajo. Fue el pistoletazo de salida de la batalla de agua más encarnizada que se hubiera jamás visto en Yhandal. Como cada año, como cada vez que bajaban al río, a disputarse quién era el verdadero vencedor de la última contienda, hubiera sido cuando fuera.

Nunca llegaba a haber uno.

Por trampas. Por empates de a tres y de a cuatro. Por alianzas injustas. Por faltas de pruebas en la piel. Por aprovecharse de supuestos momentos de pausa y por ataques por la espalda. Por todo y por nada.

Esta vez, fue justo pensar en los veranos anteriores lo que hizo regresar la sonrisa a sus labios, seguida del impulso de ponerse también en pie, de unirse a la contienda y demostrar un valor que solo resurgía bajo el sol y el agua dulce.

Antes de sucumbir, se le olvidó no mirar.

Que no quería hacerlo.

Y, cuando en un acto reflejo dirigió los ojos hacia su derecha, descubrió que los de Ikash, aún arrodillado sobre las toallas, estaban fijos en él. También.



Capítulo 38

Bajo la mezcla caótica de gritos, quejas, resoplidos y exhortaciones entre rayas de colores, una nueva tromba de agua cayó sobre Matine.

–¡Eh! ¡Eso no vale, pedazo capullo! ¡Eres invisible!

–¡*Camuflado*! –replicó con mucho retintín la voz que surgía desde algún punto indeterminado de la orilla. Ikash–. ¡No tengo culpa de tu mala puntería!

Rog, sumergido hasta la cintura, no pudo evitar reír.

–¡Dilo! –se unió Istella.

–¡Tú te callas, mona! –Y Matine la atacó, aunque no sin antes gritar–: ¡Que alguien se encargue de tumbar al tramposo!

Lejos de asustarse por la amenaza incipiente, Ikash rio también.

Había descubierto cómo aprovechar al máximo los poderes del pareo y se movía a placer por el borde del río, como delataba el agua que se removía bajo sus pies. Era borroso e imprevisible. Por eso, aunque Yiun y Nuantt obedecieron la orden de su prima de inmediato y comenzaron a tomar chorritos de agua para lanzárselos, la mayoría apenas le rozaba; solo de vez en cuando alguno se detenía en medio del aire y descendía por sus ejes.

–¡Necesitamos refuerzos! –gritó uno de ellos.

Rog no llegó a saber quién, porque la figura de pelo cobrizo y piel pálida de Guezo se cruzó en su camino y tuvo que poner pies en polvorosa; no quería ser víctima de la «llave aguadilla» que llevaba cinco minutos amenazando con repartir.

Su onnie, sin embargo, no se había dado cuenta.

–¡Darinn! –trató de advertirla–. ¡Cuidad...!

Una oleada de agua lo interrumpió a medio camino, convirtiendo toda su realidad en oscuridad al verse obligado a apretar los párpados. Y, pese a que se aseguró de afianzar bien los pies entre

las rocas del suelo, al instante siguiente una mano se cerró sobre la suya.

Solo le dio tiempo a tomar aire antes de venirse abajo.

El río lo acogió entre sus brazos como a un antiguo amigo, aunque apenas duró unos segundos; el tirón siguiente se tornó mucho más suave cuando lo guio de regreso a la superficie.

Se pasó la mano por la cara para enjugarse el agua; solo entonces lo recibió una sonrisa más que conocida. Phie.

–¿Te encuentras bien?

Lo preguntó en un susurro y Rog, antes siquiera de asentir y devolverle el gesto, divertido pese a su evidente pérdida de puntos, supo de sobra la razón: era para que sus compañeros de equipo no la oyeran asociarse con el enemigo.

Se habían dividido en dos bandos en algún punto de la reyerta, sin pretenderlo ni hablarlo siquiera, y el resultado había sido un equipo compuesto de Istella, Ikash y él, por un lado, y otro con los hermanitos y Phie. Sus onnie iban incluidos, por supuesto, aunque Rimo podía considerarse una excepción porque –para disgusto de Guezo, que trataba de instarlo de vez en cuando a participar–, no podía importarle menos el juego. Iba flotando de un lado a otro a ras del río, sin hacer caso a nadie.

Rog contempló el campo de batalla: Matine tenía la atención dividida entre Istella e Ikash, que lanzaba unos contrataques acuáticos muy potentes, y su hermano acababa de surgir del agua, de espaldas a Phie y a él.

Y con la primera víctima de una de sus aguadillas hecha un gurruño arcoíris entre las manos. Rog se mordió la lengua en mitad de otra risita.

Sabía lo que se venía.

–Ay, Darinn...

–¡Suéltame! –la oyó tratar de ordenarle a su primo mientras se removía al compás de sus carcajadas, incapaz de volar. Tenía las plumas empapadas–. ¡Déjame en la orilla ahora mismo!

–¡Sus deseos son órdenes, señorita! ¡Tiempo muerto!

Echó a caminar todo lo rápido que le permitía la corriente, con ella alzada por delante del cuerpo bajo la mirada de sus primas, que

habían pasado a contemplar su avance ahora que la batalla se había detenido.

Sus quejas no se detuvieron.

Si había alguien que odiara el agua, esa era su onnie. Yiun y Viure habían tenido que hacer un gran esfuerzo para convencerla de unirse, aunque Rog había sido testigo de que le había ido gustando cada vez más al ver que su equipo iba obteniendo la victoria; gracias a Ikash, por supuesto.

Estaba seguro de que Guezo, que se tomaba las guerras de agua como si no compartiera apellido con ninguno de ellos, había creído que vencerlos sería pan comido: Istella y él, «los blandos de la familia», con Ikash, que tenía que mantener el pareo lo más en alto posible para que, bajo designio de Matine, no se mojase y perdiera sus capacidades de camuflaje; además, había sido idea de ella, por lo que imaginaba que también debía de haberse sorprendido de sus capacidades.

Sonrió.

–Eh, chavales –los llamó entonces su primo en una especie de murmullo confidencial que no era «murmullo» en absoluto. Ya había dejado a Darinn en la hierba pisada, bajo el sol, y aún se la oía refunfuñar en la distancia, aunque en este caso con sus amigos onnie, que habían acudido de inmediato a tratar de calmarla–. Venid. –Una sonrisita maliciosa se le había dibujado en la cara–. Se me ha ocurrido una cosa.

Ni siquiera esperó a que el resto terminara de alcanzarlo, entre brazadas y pataditas que causaron chapoteos por todos lados: hizo un gesto con la cabeza hacia el árbol bajo el que reposaban sus cosas, donde Derro llevaba ya un rato hojeando sus volúmenes de elaboración de pociones con el ceño fruncido. Hishu descansaba junto a él.

Phie fue la primera en entenderlo:

–No le va a hacer ni pizca de gracia.

Aun así, no parecía estar en contra, a juzgar por la curva de sus labios. Guezo le devolvió la mirada, y sus rizos mojados le saltaron en la frente.

–Justo por eso.

–Te va a matar –agregó Istella–. *Nos*.

–Pues yo digo que bienvenido sea. –Matine contenía una risita en la voz; sangre de su sangre y tal para cual.

Aunque, en realidad, *todos* lo eran, porque, cuando las miradas recayeron en Rog, él se limitó a encogerse de hombros.

–Bien –dijo su primo, satisfecho–. Tengo un plan. ¿Ikash?

–Estoy.

Sonó tan cerca que le hizo dar un respingo.

–Me cago en tu estampa, *chavalén*...

–¿Que te qué?

Todos volvieron a reír.

–Nada, nada –dijo Guezo–. Pero avisa cuando te acerques así. ¿Yo qué sé? Chasquea la lengua varias veces o algo. En fin –atajó–, el plan. –Tras mirar atrás para asegurarse de que Derro siguiera centrado en sus cosas, se inclinó un poco para que los demás también lo hicieran y comenzó a explicarse–: Nos dividimos: dos que hagan como que se dirigen a las toallas, mientras tú –se volvió adonde creía que estaba Ikash–, que estás más seco y que no te va a ver, te adelantas y te acercas...

–No chasqueo, ¿no?

Rog y Phie contuvieron sus sonrisas, aunque Matine fue incapaz de no reír.

–Evidentemente –replicó Guezo con cierto tonito, pese a que fuera evidente que también le había hecho gracia–. Pero eso: te acercas tú primero, porque necesitamos quitarle el libro, que entonces sí que nos mata. –Hubo un silencio largo; tanto que tuvo que preguntar–: ¿Ikash?

–Me va a odiar más.

–Nah –le quitó importancia él–. Luego me echas la culpa a mí y *apañao*. Sé lidiar con él. Tú concéntrate en ser rápido: en cuanto te dé la señal, zas, se lo quitas, y quienes estén fuera se lanzarán contra él y lo mantendrán bien sujeto para que los demás vayan detrás y, entre todos... –Hizo un sonidito de movimiento, como un silbido balanceante–. Al agua con él. ¿Está claro?

El asentimiento fue general, aunque Istella mostraba cierto recelo.

–Pero con cuidado –puntualizó.

–Es un río, Tella –le recordó Matine–, no un volcán.

Y debió de ser suficiente, porque no replicó.

–Muy bien –continuó Guezo–. Puedo salir yo entre los primeros, si queréis. Y Phie, que no creo que se queje tanto si eres tú quien lo agarra. –Ella asintió; sabía que tenía razón–. Mi hermana, Istella, y Rog venís después. Aseguraos de manteneros... normales, que no se note que tramamos algo. ¿Tiramos?

Y ahí que fueron, cada uno a sus puestos.

Rog se colocó junto a sus primas en la orilla, consciente de cada centímetro de su cuerpo y de los nervios en el estómago. Los rizos de Matine se extendían ante su pecho como la cola de una sirena guiada por la corriente. Al igual que él, la sentía preparada para salir corriendo y con la vista fija en Phie y Guezo, que ya se encontraban estirando sus toallas. Y en Ikash, en su figura ondeante, que se había ido acercando poco a poco.

Todo ocurrió en un parpadeo.

Primero fue el grito:

–¡PRIMO AL AGUA!

Y luego todo fue frenesí.

Los tres saltaron al mismo tiempo a tierra mientras, a lo lejos, entre sacudidas de verde con cada pisada, un libro salía volando. Un aluvión de gotas se desprendió de sus cuerpos y se esparció por la hierba mientras el aire de la mañana les mordía la piel. Rog oyó los primeros gritos de alarma que se entrelazaron con voces que reían y pedían estarse quieto «por su propio bien» y, luego, ¡correr, correr, correr!

Entonces llegó, y sus manos cayeron sobre las piernas de Derro mientras el resto se hacía hueco donde podía y él se quejaba y les ordenaba que lo soltaran, pero a nadie le importaba porque había un único objetivo: regresar sobre sus pasos.

El estallido de los siete cuerpos que cayeron al río convocó olas que se entremezclaron con más risas mojadas, auras rosáceas, bocanadas de aire fresco al resurgir a la superficie y nuevas quejas que, no obstante, acabaron en lanzamientos de agua entre unos y otros hasta que ya no hubo equipos, solo pura adrenalina fundida en sus papilas gustativas.

Y Rog rio. Rio cuando Derro atrapó a su hermana para usarla de escudo humano, y rio pese a que sus músculos se quejaban de tanto esforzarse por contratacar empujando a un lado y a otro. Simplemente rio, y no creyó que hiciera falta dejar de hacerlo; sonaba bien, sonaba a hogar, y así se sintió mientras se confabulaban para salvar a Phie, espalda contra espalda con Istella. Y luego, incluso al gritar cuando Guezo la hundió primero a ella y luego a su hermana, que resurgió al instante para vengarse.

Pero, de pronto, su rostro se quedó congelado; solo fue un segundo antes de que se llevara las manos a los labios, tal vez para contener la sorpresa o una palabrota u otra carcajada, o una mezcla de todas.

–Oh, oh. Chicos...

Porque habían sido siete los cuerpos que habían caído al río.

Ikash, en carne y hueso y plena consistencia bajo la luz del sol, se encogió sobre sí mismo, su expresión empapada de aprensión.

Claro que no tanto como la tela del pareo que flotaba a su alrededor.



Capítulo 39

–Creo que me quedé enganchado. De Guezo, cuando saltamos. Pero no sabía que me lo había quitado. Estuve de pie... *todo*.

–¿Todo el rato? –dedujo Phie.

Para mantener el pareo alejado del agua, supuso Rog, como le había advertido Matine. Ikash asintió y se apretó un poco más las piernas; las tenía dobladas y apoyadas en el pecho. A pesar de que ya llevaban un rato fuera y que los bañadores de secado rápido habían cumplido, varias gotitas le caían desde el pelo y echaban carreras por su piel.

Habían descubierto un recoveco bien cubierto por las ramas de los árboles algo más allá, en la curva del río. Él se encontraba sentado junto al tronco más alejado, a apenas unos metros de la orilla. Los demás lo rodeaban.

–Bueno, no pasa nada –resumió Matine.

Era lo mismo que le había dicho antes, al salir del río. No obstante, su primo Derro no había estado tan de acuerdo. Lo que había ocurrido había servido para hacerle olvidar su chapuzón involuntario por mucho que fueran conscientes de que, al final, se lo había pasado bien.

–Sí pasa, sí –había replicado–. Imaginaos que alguien lo hubiera visto. Pensaba que teníais mucha más cabeza.

A lo que ella había soltado un:

–Ya estamos: míster intenso haciendo de míster intenso. No le ha visto nadie; para algo hemos venido hasta el culo de Aness, ¿sabes?

Istella se había encargado de intervenir y había tranquilizado a Derro; al fin y al cabo, después, de hacerle ver que ya había pasado y que todo estaba bien. Después, les había pedido a Viure y a Nuantt que colgaran el pareo de un árbol para que se secara cuanto antes; Yiun y Matine tendrían que volver a hechizar la tela, porque,

en efecto, había perdido el efecto. Pero, en realidad, iba a pasar de todos modos tarde o temprano, tal y como les había recordado ella.

Por suerte, ahí se había quedado todo. Porque, además, Phie se había dado cuenta de lo rápido que había pasado la mañana, e Istella le había sugerido a Derro que fueran preparando las cosas del pícnic. Así había conseguido mantenerlo entretenido.

Si Rog giraba la cabeza, alcanzaba a entrever tras los árboles, arrodillado entre bolsas y no más ceñudo que de costumbre bajo su tupé deshecho. De pronto, alzó la cabeza.

–Guezo, ven, anda –le pidió–. Necesito que me ayudes a colocar el hornillo.

–Ajá –respondió él. Dio un paso atrás y se salió del semicírculo que conformaban en torno a Ikash, y luego, como si fuera un anuncio, entonó–: He de marcharme; se requiere la fuerza de un hombre.

Y, para remarcarlo, sacó molla.

–Bastante mejorable –bufó su hermana, divertida.

–«Dijo, atragantándose de la envidia».

–¿Envidia? Si puedo contigo con un dedo.

–Já, perdona que...

–Está fuerte –opinó entonces Ikash.

A Rog le sorprendió la intervención, sí, pero más su voz. Había escapado demasiado pequeña, casi distante y preocupada; debía de sentirse culpable por no haberse percatado antes de que se le había caído el pareo en el río.

Aunque Rog pensaba que era entendible. Había habido... mucho caos.

–Tú ínflale el ego –se quejó Matine–, di que sí.

Guezo alzó la barbilla y, muy ufano, soltó un:

–Lo que tiene tener ojos en la cara.

Luego se dio la vuelta para acudir al encuentro de Derro, que los contemplaba con una ceja enarcada mientras se pasaba la plancha del hornillo de una mano a otra.

–Bueno, espera –lo detuvo Phie–. Te acompaño, que como tenga que encargarse Tella de cocinar...

–Uf, ya ves –asintió Matine, y añadió–: Yo también voy.

Al oírla, Rog dio un paso adelante que, no obstante, no vino seguido de ningún otro, porque entonces oyó preguntar a Guezo:

–Oye, ¿e Ikash?

Todos se volvieron al unísono hacia él, que se removió en el sitio.

–Yo... –Carraspeó–. Prefiero estar un rato aquí.

–¿Estás seguro? –le preguntó.

–¿Estás bien? –reformuló Phie.

–Sí. Solo quiero... quedarme. Un poco. Voy luego.

Hubo un silencio. Y fue cuando ocurrió:

–¿Te quedas tú con él, Rog? Así le haces compañía.

Una parte de él tuvo el impulso de soltar un «Oh», pero, en su lugar, se quedó con los labios separados. Nervioso de pronto, dudó un segundo.

O quizás quince mil.

Sus ojos buscaron a Matine de inmediato, tal vez con una pregunta. Y «tal vez» porque ni siquiera llegó a convocarla en su mente al ver su expresión, que era como de... advertencia, con la mandíbula apretada y el cuello estirado tras la pared de rizos húmedos. No lo entendió, aunque después la vio articular con los labios una sola palabra: «Quédate».

–Sí –respondió de inmediato–. Sí, vale. Claro. –Se volvió hacia Ikash y encontró sus ojos–. Si no te importa.

Él negó con la cabeza despacio, y Phie sonrió.

–Genial, cielo. Os avisaremos cuando esté la comida.

Sin más, los tres se dieron la vuelta y los dejaron allí solos, contemplando cómo sus figuras se alejaban en dirección a Istella y Derro.

Rog no tuvo claro qué tipo de orden mental lo condujo a sentarse en la hierba ni cuánto tardó en llegar, pero lo hizo a varios centímetros de Ikash, que había pasado a posar la vista en la distancia, tal vez en la superficie cristalina del agua o quizás más allá, en el rincón de nenúfares sobre el que unos pajarillos revoloteaban.

Si hubiera estirado la mano, habría llegado a tocarlo.

No lo hizo. Se lo quedó mirando a él, por mucho que antes no hubiera querido hacerlo y ahora tampoco..., o quizás sí. No lo sabía,

pero tampoco podía evitarlo, porque se descubrió recorriendo los mechones blancos y negros de su pelo, dispersos y pegados a una frente que se mantenía algo fruncida. Después, sus mejillas sonrosadas, la curva de sus labios y el cuello, que se inclinaba hacia delante, siguiendo la curva de los brazos con los que seguía rodeándose y que convocaban sombras hacia el resto de su torso.

Tragó saliva.

«Está fuerte», había dicho de su primo, y recordó haber pensado lo mismo de él la noche de su pacto; en ese momento pudo comprobarlo: su piel pálida reflejaba el rastro de los músculos como una segunda capa. Se preguntó cómo sería alzar los dedos y rozarlo, y se preguntó por qué se preguntaba eso, y por qué se estaba sintiendo así ese día.

Llevaban semanas pasando horas y horas juntos.

No obstante, las mejillas le ardían cuando la pregunta escapó de su boca:

–¿Qué te pasa?

Ikash volvió a dirigirse hacia él, aunque no respondió de inmediato, como si tuviera que pensar bien qué decirle, o como si estuviera planteándose si contárselo o... mentirle. Tratar de ocultarlo.

–Dije que Derro me odiaría.

Rog parpadeó de pura sorpresa. ¿De verdad era eso? Le parecía tan sencillo, tan trivial y a la vez tan... tierno que tuvo que contenerse para que la sonrisa no asomara a sus labios.

–No creo que te odie, Ikash.

–No seas Guezo –le amonestó él–. Me... *tiene*. Y ya.

Tardó un poco en entender a qué se refería.

–¿Que te tolera, dices?

Él tampoco pareció comprender la palabra, porque se quedó contemplándolo en silencio, recortado contra los tonos de marrón y verde del bosque y el ligero esbozo del agua en calma que se dejaba ver a su espalda.

De verdad parecía que aquello le importaba.

Le recordó un poco a él de pequeño, a las veces que había tratado de acercarse a su primo, tal vez no para llevarse su aprobación o algo por el estilo, como le había pasado con su hermana, sino que

había sido más bien porque, al fin y al cabo, era el mayor. Y le había parecido que tenía un aura especial. O interesante. Perfecta.

No obstante, con el tiempo –al descubrir que alguien «perfecto» no era lo mismo que alguien «perfeccionista»–, se había cansado de hacerlo. Le quería mucho, eso sin duda, pero eso no quitaba que no siempre encajaran.

–Lo digo en serio –insistió Rog–. Derro tiene sus cosas, y puede que al principio no le gustara mucho la idea de que te quedaras con nosotros, pero era porque quería protegernos y debía de pensar que, en fin, con el accidente y demás... –Se cortó, no demasiado convencido con los derroteros por los que se le estaba yendo el discurso, y se esforzó por reconducirlo–: Pero ahora te conoce. Ha visto que no pretendes hacernos daño.

Ikash se mordió el labio.

–Habéis hecho mucho por mí –acabó diciendo al cabo de unos latidos–. Todo. Quisisteis ayudarme. Me disteis una habitación. Comida. Me dejasteis estar en el taller, y *oculto*. Y el pareo. –Sus ojillos viajaron hacia el árbol en el que seguía secándose; la tela transparentaba las ramas y las coloreaba de azul–. Porque no puedo estar aquí. No pueden verme.

–Pero eso es por ti, Ikash. Por el secreto de los daheerar.

Aunque, si se paraba a pensarlo, sí podía haber consecuencias si la gente se enteraba de que estaba allí. Por lo pronto, sus vecinos harían preguntas, preguntas incómodas, aunque no tenían por qué descubrir quién –*qué*– era en realidad. Y, en todo caso, una parte de él quería creer que ninguno de ellos, incluso si lo hicieran, fuera a irse de la lengua; serían unos metomentodos de cuidado, pero eran buena gente. Aun así, tal vez sería dar muchas explicaciones. Demasiadas.

Ikash suspiró.

–Ya. No sé, yo... Solo quiero gustaros.

Esta vez sí que fue incapaz de contener la sonrisa.

–Nos gustas. O sea –se apresuró añadir, de nuevo con la caricia cálida bajo los pómulos–, que nos caes genial. Nos gusta que estés aquí. –Aquello hizo que Ikash se removiera un poco. Los largos dedos de su mano izquierda comenzaron a descender, muy muy

lento, por su pierna. Hasta caer en el suelo–. Y, sinceramente, si a Derro no, pues es problema suyo. Aunque, de verdad, no lo creo. Tal vez podrías acercarte a él de alguna forma, si te preocupa tanto, pero... no sé.

Él asintió, no demasiado convencido.

Se quedaron callados; fue un silencio largo, y pese a que Rog deseó romperlo en pedazos durante cada uno de los minutos que se extendió, se descubrió incapaz. Ninguna frase le parecía correcta, coherente ni estable siquiera. Y, además, Ikash volvió a fijar la mirada en el río, a lo lejos.

Tanto como lo comenzó a sentir a él.

Sus propios ojos, en algún momento, al compás de la incomodidad, empezaron a viajar de él a sus primos, que charlaban y se movían de un lado a otro como motas de colores en un lienzo. Los vio agacharse, inclinarse de nuevo, hablar y extender los brazos y abrir botes y latas y fiambreras. Poco a poco, el olor de la comida se esparció en la brisa de la mañana hasta alcanzarle, y el chisporroteo de las brasas se superpuso al piar de las aves y al avance continuo de la corriente, aunque no a sus pensamientos.

Ni siquiera tenía hambre.

Se preguntó si debía irse. Pero entonces Ikash retomó la palabra, y sonó igual que siempre: como si para él la quietud no hubiera sido abrumadora ni incómoda, sino justo lo contrario.

–Es importante para nosotros. El agua. Por eso, creo, no noté el pareo. No pensaba.

«Para nosotros». Los daheerar.

–Llevaba mucho sin tocarla –continuó sin dirigirle la mirada, aunque una pequeña sonrisa había regresado a sus labios–. Natural, no el baño en casa de vuestra tía. La echaba de menos.

–¿Sí? –fue lo único que Rog se sintió capaz de convocar.

Ikash asintió y siguió hablando:

–Le pedimos... cosas. Y es allí donde vamos. Ríos. Lagos. Tras el suelo, dentro. Nubes. A todos. Al morir.

Entonces lo entendió.

Era eso en lo que creían los daheerar. En el agua.

Él nunca había sido demasiado religioso, la verdad; nadie lo era en su familia. Sin embargo, sí conocía a algunos creyentes, tanto en Tiaral como allí, en Aness. Acudían cada sábado por la noche al templo a recitar oraciones dirigidas al Firmamento para, sí, solicitarle bienestar, guía, bonanza, perdón, salud, protección; que los acogiera en el Núcleo, un paraíso que se fundía en los cielos y que recogía las almas de los que se marchaban.

Siempre le había parecido un pensamiento bonito. Tal vez algo idílico de más, pero sabía que podía llegar a ser muy poderoso; tanto como la propia magia.

–¿Puedo preguntar –se descubrió diciendo– cómo?

Los ojos de Ikash recayeron por fin en los suyos.

Blancos como la nieve que cubría los picos de la cordillera Odelot.

Agua en estado sólido.

–No sé. Pero llovía el día que me fui. Y llegué aquí.



Capítulo 40

Iban a estar comiendo sobras durante las siguientes dos semanas.

Claro que nadie iba a quejarse.

Ni un poquito.

En cada centímetro disponible de las toallas había una bandeja, una fiambrera o un plato, todos a rebosar de... cualquier cosa que se pudiera imaginar: filetes de rannel recién cocinados, ensalada de brotes rosas, patatas asadas con cinco o seis tipos distintos de salsas que iban repartiéndose de mano en mano, caremeros encurtidos y minicroquetas con forma cuadrada cuyo cremoso interior tenía cierto toque amarillento; además de sándwiches de queso, tomate y adyas curado partidos en cuartos, humus de remolacha con palitos para mojar, cucuruchos de jarebo y mermelada, brochetas de fruta, zumo de naranja y albahaca y de bieb... Había hasta batidos de arándanos, los favoritos de Istella.

Se había encargado Phie de todo: de ir al mercado el día anterior y de pasarse la tarde metida en la cocina, e incluso parte de esa mañana, desde primera hora. No había dejado que ninguno le echara una mano; solo Nuantt –en el sentido menos estricto de la palabra–. Había dicho que quería hacerles «algo especial».

Y vaya si lo era.

–Esto. Es. Una. Maldita. *Barbaritidad*. –Guezo parpadeó varias veces–. Una *barbaritidad* en plan «¿Quéééééé?» –Eso lo entonó con tono exageradamente grave antes de dirigirse a la artífice del festín y a su pinche, que flotaba junto a ella–. Pásame otro.

Ella soltó una risita antes de inclinarse de nuevo hacia la bandeja que había ante sus rodillas, repleta de trocitos de pan tostado coronados con paté de berefas a la démora y una guinda encima. Le tendió uno y él, al llevárselo a la boca, soltó un gemidito de placer.

–Te has pasado el putísimo surtido, Phie.

–Y eso que todavía no habéis probado los palitos de soja...

Rog no llegó a ver cómo se los ofrecía, porque justo mientras se ponía a rebuscar en el interior de la bolsa que había hechizado para que mantuviera el frescor de los alimentos, escuchó el susurro contra el oído y su atención se desvió:

–Rog, ¿qué significa eso? «Putísimo surtido».

La sonrisa se le pintó sola mientas se volvía hacia la derecha.

–Se dice cuando algo es impresionante. –Ikash asintió muy rápido bajo el resplandor de Darinn, en clarísima conformidad–. O sea, «pasarse el surtido» –añadió mientras veía cómo él le daba el último mordisco a su propio montadito–. Esa es la expresión. Lo otro es cosecha de Guezo y es malsonante.

Aquello pareció extrañarlo.

–¿«Putísimo»? –articuló tras tragar–. ¿Por qué? No suena mal.

No pudo sino reírse otra vez, acompasado con Darinn.

Matine, que estaba a su lado, también lo hizo, pero en silencio, llevándose los dedos a la boca en un intento por evitar que se le escapase lo que fuera que estuviera comiendo. No obstante, para fingir que no había puesto la oreja, se volvió hacia Istella, que se estaba bebiendo su tercer vaso de batido y repitiendo por enésima vez: «De verdad, Phie, mil gracias». Aunque el primero que había agradecido sus esfuerzos había sido Derro, lo que había convocado una oleada de voces y abrazos entre todos.

En ese instante, se encontraba justo enfrente de su hermana, con el tupé recolocado y, aparentemente, cero recuerdos de discusión previa ni suceso imprevisto alguno, como si hubieran desaparecido con el primer bocado de sus filetes de rannel.

Solía ocurrir.

–Bueno, tú no lo digas mucho –le previno Rog a Ikash–, por si acaso. O sea, con nosotros sí podrías, no hay problema, pero puede que si te escuchara otra persona, alguien que no conoces, por ejemplo, no le sentase muy bien.

–En situaciones formales, ¿no? Tampoco.

Vaya. Se acordaba.

Que no es que hubiera pasado tanto tiempo, pero...

–Eso es. Esto, por ejemplo, es todo lo contrario de formal.

–Coloquial.

–¡Sí! Más o menos, sí –Aun así, se sentía casi orgulloso, especial; estaba aprendiendo con él, de alguna forma–. Aunque, en el caso de esta palabra, va un poco más allá. Es otro nivel de coloquialidad. Ese tipo de palabras, las palabrotas, están un poco mal vistas.

–Pues qué tontería. Solo son palabras.

Aquello lo dejó en silencio varios segundos; los suficientes para que le oyera preguntar un «¿no?» en voz más baja. Le había sorprendido que hubiera sacado esa conclusión y, sobre todo, la inocencia que contenía.

–Es que las palabras pueden tener mucho poder –acabó susurrando. Sus ojos se fijaron primero en sus dedos largos, apoyados sobre el bañador, y después, tras subir por su torso a toda velocidad, en sus iris. Ya se encontraban centelleando: un rosa segmentado de verde bajo la sombra del ciprés–. Por eso hay que tener cuidado con ellas. Aquí, con la gente que te conoce, tal vez no importa tanto, porque hay un vínculo diferente, pero también pueden marcar la diferencia en muchos sentidos, incluso con ellos. Las palabras son parte de la forma en que nos comunicamos, y pueden influir en muchas cosas: en qué piensan de ti, en qué efecto tienes en los demás, en cómo los haces sentir... Incluso a veces pueden hacer daño o manipular. Y todo lo contrario: pueden hacerte reír, emocionarte, y también llenarte de curiosidad o ponerte triste o hacer que te...

«Fijes en alguien», estuvo a punto de decir. «Que conectes».

No supo por qué no lo hizo.

–Es lo que digo... –continuó–. O sea, no es que siempre tengas que estar cuestionándote todo lo que dices. –Aunque él muchas veces lo hacía. Aunque solía refugiarse en la seguridad del silencio–. Porque también influyen otras cosas: los gestos, las expresiones, el tono con el que te dirijas a los demás... Pero sí creo que es importante ser consciente del peso que tienen las palabras.

Como lo fue él de pronto de las miradas que habían recaído en él, desde cada uno de los flancos; todos habían dejado de comer a dos carrillos para contemplarle.

–Es un tema complicado, lo siento –se apresuró a añadir–. No quiero liarte tampoco.

Pero Ikash negó muy despacio con la cabeza.

–Son tus hechizos –dijo–. Al final. Las palabras. Tienen poder.

–Sí... Eso es.

Esa era la base de la forja.

No pudo evitar que la vista se le fuera un segundo hacia Phie, a su expresión tranquila y suave entre mechones de su pelo suelto pese a que no dijo nada.

–Aunque no los necesitas siempre. –Ikash había torcido la boca un poco, pensativo–. Ya haces cosas con tus palabras solo, como ahora.

Y se señaló el pecho.

Rog sintió que el corazón le daba un vuelco en el suyo.

–Gracias –agregó–. Por explicar.

No supo qué decir. No supo hablar. Ni tampoco si llegó a escuchar el «no es nada» que creyó convocar mientras los ojos se le iban a Matine, que sonreía. Apenas era un esbozo, pero lo estaba haciendo.

–Bueno –la voz de Phie atravesó sus pensamientos, cantarina como siempre–. Si nadie va a comer más...

–¡Esta es tu opinión! –exclamó Guezo.

Y se metió una de las croquetas cuadradas de golpe en la boca.

Todos los demás se echaron a reír o pusieron los ojos en blanco o chasquearon la lengua –aunque en algunos casos, como el de Rimo, no había lengua que chasquear– y Rog soltó un aire que no sabía que había estado conteniendo.

–Ajá –replicó su prima–. Muy bien, pues cuando termines, avísame. Tengo una sorpresa de postre.

–¡¿En serio?!

Con una nueva sonrisita, le indicó a Nuantt que la buscara entre los recipientes a su alrededor, y eso hizo, ondeando sus dedos de encaje hasta que, por fin, dio con un rectángulo metálico cubierto con un trapo de florecitas.

Un molde.

En mitad del silencio expectante que los había envuelto, vieron que lo elevaba en el aire para ofrecérselo a Phie. Ella apartó el trapo para

colocarlo bocabajo en un plato alargado, le dio un par de golpecitos y comenzó a retirarlo. Y, ante sus miradas, surgió...

El bizcocho más intrincadamente increíble que Rog había visto en su vida.

Las paredes del molde habían encontrado su rincón en cada centímetro de la superficie, que estaba decorada con surcos que subían, bajaban, daban vuelcos y se extendían hacia fuera en espirales. Era de tono dorado, jugoso pero consistente, y estaba rematado por un glaseado blanco que se escurría por los recovecos y se adhería a las migas.

–Bueno –comenzó a decir su prima, mientras las bocas a su alrededor se hacían más agua que el propio río–. No es un pastel de la tía Theres, ¿no?, pero he hecho lo que he podido...

–¿Lo que has podido? –repitió Matine, incrédula, mientras se echaba hacia delante, seguida por Yiun–. ¿Estamos locos?

–¡Está precioso! –exclamó Istella–. ¡Qué pinta!

Rog no podía estar más de acuerdo: no tenía nada que envidiar a los postres de su madre. Sí, no era tan majestuoso como sus tartas –que llegaban a tener tres o cuatro pisos, estaban rellenas de crema y decoradas al milímetro–, pero teniendo en cuenta el poco tiempo del que había dispuesto ella...

Phie dejó el bizcocho ante ellos, en el centro de las toallas.

Y, con una expresión un tanto ufana, dirigió la vista hacia Guezo.

Él, no obstante, tenía el ceño fruncido.

–Espera –dijo–. ¿Las tartas de la tía...?

Rog lo entendió justo después; cuando su prima pasó a mirar a Ikash.

–No podías seguir entre los Vondel sin haber probado la savia vin.

Su rostro permaneció inmóvil un instante y, después, se fue cubriendo de asombro. Las cejas le treparon hasta el nacimiento del pelo y los labios se le separaron, dejando ver sus dientes mientras la información penetraba y sus ojos, ahora brillantes en fucsia, se le paseaba entre todos.

–¿Es la... mía? –preguntó con voz temblorosa. Se miró las manos, aunque después levantó de nuevo la vista y el fucsia se le abrió en segmentos de azul celeste–. Lo que... multipliqué yo.

–Sí –respondió ella, radiante–. Hablé con Tía y, al final, hicimos las comprobaciones anoche. Parece que todo es normal. De hecho –añadió, pasándose un mechón de pelo tras la oreja–, tiene una calidad incluso mejor que la que nos traen al taller. Parece savia pura, Ikash. Recién salida de las hojas de vin.

–¡¿Os lo dije o no os lo dije?! –berreó Guezo–. ¡Os lo dije! ¡Eres un *rack*, *chavalén*! –le soltó, como si estuviera conteniendo las ganas de lanzarse contra él para sacudirlo entre los brazos. En su lugar, dio una palmada en el aire–. Habrá que probarlo, ¡¿no?! ¡Dale, dale, *daleeeeeeee*!

Y así fue. Entre los vítores que los rodearon, Phie sacó un cuchillo y comenzó a rebanar el bizcocho y a pasar los platitos a Istella para que fuera repartiéndolos, acompañados de un pequeño tenedor para cada uno y la bocanada de su aroma inconfundible, dulzón y capaz de cubrirlo todo.

Por supuesto, a Ikash le dejó el trozo más grande, a petición de Matine.

Rog le vio tomar el plato y colocárselo sobre las piernas, esperando a que los demás recibieran el suyo. Parecía abrumado, aún sorprendido por el alcance de lo que había hecho, pero su boca no tardó en curvarse hacia arriba, tal vez contagiada por las sonrisas de los demás. Todos comenzaron a animarlo a dar el primer bocado. Lo hizo despacio.

Sus iris se pintaron de plata en cuanto el bizcocho tropezó con su lengua.

–Drácala –susurró.

Y todos explotaron en carcajadas.



Capítulo 41

–No. No te creo. ¡Istella!

–Lo siento, amor. No me quedaba otra.

Y, pese a la mueca culpable, empujó el manojo de cartas hacia Matine por encima de los pliegues de las toallas que habían unido para tratar de formar una sola. Ella echó la cabeza hacia atrás mientras una sonrisa irónica se le abría en los labios, acompañada de un bufido de frustración.

Era la segunda vez que le salía el tiro por la culata en sus intentos por remontar la partida del *Calavera Bucanera*, el juego favorito de su hermano; de hecho, lo era tanto que a veces Rog llegaba a pensar que lo llevaba encima todos los días de su vida, porque a la mínima oportunidad lo sacaba de la nada y proponía «echarse uno» (o dos, o tres o los que hicieran falta). Y, aunque todos estaban esforzándose al máximo por llevarse las bazas que creían que conseguirían ganar y que no les penalizara el fallo más ínfimo, lo cierto era que él, como siempre, los estaba vapuleando.

No obstante, había que reconocer que Derro también era bastante bueno.

De momento, ambos rondaban los trescientos puntos, seguidos por una Istella que ese día debía de haberse levantado con –según Matine, que ya estaba en números negativos– «la suerte pringada en el culo». Después iba Phie con casi doscientos, y a continuación él, que había perdido los setenta puntos que había logrado rascar mediante la «jugada comodín», que consistía en apostar a perder toda la baza y lograrlo; cosa que, en realidad, casi nunca salía bien, porque la gracia del juego estaba en fastidiar a los demás, y podía esperar que fuera justo eso lo que sus primos iban a hacer.

Era todo un poco lío, pero acababa siendo adictivo.

Y, al menos, no lo estaban dejando por los suelos, como le ocurría siempre; y ya no solo por Matine, sino también por Ikash, que el pobre no sabía por dónde le llegaban las cartas. Iba incluso peor que ella.

Aun así, no parecía demasiado preocupado. Al contrario: estaba encantado con el juego, y por eso, pese a que las primeras rondas había hecho equipo con Guezo para aprenderse las dinámicas, llevaba un par él solo.

Claro que, en realidad, casi parecía más fascinado por el arte que mostraban las cartas –ilustraciones que, entre palos de colores y naipes especiales, representaban el mar, la costa, barcos, banderas, instrumentos de navegación, criaturas mágicas marinas y, por supuesto, distintos y temibles piratas– que por el juego en sí.

–¡Venga, va! –exclamó Guezo–. ¡Última baza!

A Derro le faltó frotarse las manos; su sonrisa lo decía todo.

–Rog, te toca barajar –le recordó Matine.

Bufó.

Odiaba hacerlo, pero tomó el cúmulo de cartas en cuanto Darinn se las colocó entre las manos y comenzó a segmentarlas y a revolverlas y a entremezclarlas. Y, sí, tal vez se le cayera alguna sobre las piernas en el intento, pero podría haber sido mucho peor. Así que, con una sonrisita, se puso a repartir diez cartas en siete montoncitos ante él.

La última se la colocó a sí mismo.

Echó un vistazo a las que le habían tocado, una por una.

Su cerebro ya se encontraba sorteando probabilidades entre sirenas y banderas blancas de huida cuando un asteroide cayó con un golpe sordo al lado de Istella. Todos saltaron al oírla gritar.

–¡Eh! –exclamó Guezo, que se puso en pie de inmediato y le pegó una patada al...

No. No era ningún asteroide.

Era una pelota; una pelota de playa con algunas secciones amarillas y otras transparentes, que salió disparada en dirección al río. Entonces llegaron los gritos tras la maleza:

–¡Eh, eh!

Lo siguiente que Rog oyó fue la voz de Derro:

–Mierda. –Se echó hacia adelante–. Rápido. Ikash.

Todos se pusieron en movimiento de inmediato, en una mezcla de piernas, brazos, luces de aura onnie y trajes de baño a rayas. Rog se incorporó también como un resorte, aunque no tardó en quedarse paralizado de rodillas.

No sabía qué hacer.

–El pareo –propuso Guezo por encima de su cabeza.

–No llega –dijo la vocecita de Yiun.

De hecho, ni siquiera sabían si estaba seco del todo, por no mencionar que hacía falta reaplicarle magia.

–Hum. –Matine miró alrededor, con la desesperación pintada sobre las pecas, aunque de pronto ordenó–: Ikash, escóndete. Corre.

Sin embargo, se encontraba dándose impulso hacia arriba, con una mano en el suelo y los mechones de pelo negro y blancos sacudiéndose sobre su frente, cuando Derro volvió a susurrar:

–Mierda...

Y, en cuestión de medio segundo, su figura pasó por encima de los cachivaches que habían traído mientras otras dos de no más de metro sesenta de altura, desnudas de cintura para arriba y con bañadores de colores, se abrían paso entre los árboles en la otra punta del refugio y desembocaban en él.

–¡Tú! –dijo una. *Uno*–. ¡Que se la lleva la corriente!

Eran dos chiquillos; los reconoció cuando uno de ellos, el más alto, se internó en el agua y avanzó todo lo rápido que pudo para recuperar la pelota antes de que quedara atrapada entre los brazos de las plantas acuáticas que oscilaban en la superficie. Eran...

–¡Jaro! ¡Enze!

Arualle Dane surgió en el mismo punto por el que habían aparecido ellos, sus hermanos pequeños, con el pelo negro recogido en lo alto y una camisa blanca que le llegaba hasta medio muslo. Tres onnie –su pala de jardinería, unas tijeras de poda y otro que parecía un rastrillo– seguían su estela.

El suyo se detuvo al reparar en que no estaban solos y debió de avisarla en bajo, porque, de inmediato, los ojos de Arualle recayeron en los primos Vondel. Derro se había quedado tieso en el sitio,

aunque su cuerpo, pegado al de Guezo y a Matine, conseguía ocultar más o menos a Ikash.

–Ah –dejó escapar; a Rog le pareció que, de pronto, fruncía el ceño mientras los recorría con la mirada–. Perdón, ¿eh?

Se volvió hacia los chiquillos. El mayor, Jaro, ya salía del río, chorreando de arriba abajo, pero con su presa abrazada contra el pecho.

Arualle apretó el paso hacia ellos.

–De verdad, ¿qué os he dicho?

Enze, el pequeño, se rodeaba con los brazos algo avergonzado, sobre todo cuando el rastrillo volador flotó sobre su cabeza. El otro no lo parecía en absoluto, y llegó a su encuentro con la cabeza bien alta y la frente cubierta por el flequillo.

–No hacía falta que nos siguieras –le dijo a su hermana.

–¿Que no hacía falta...?

Rog se perdió la siguiente parte del discurso por el murmullo tembloroso de Istella:

–¿Creéis que lo han visto? A Ikash.

–Espero que no –respondió Matine.

–¿Y qué hacemos? ¿Que aproveche y se esconda?

–Detrás del árbol este, sí –se mostró de acuerdo Guezo, aún en su formación, con los brazos cruzados sobre el pecho desnudo.

–No. –Derro no apartaba la mirada del frente–. Lo verían moverse o lo oirían. Lo mejor es que nos quedemos así y no hagamos nada. Actuad con naturalidad.

–Pues parecéis guardianes en formación –opinó Darinn, que no había abandonado el lado de Rog en ningún momento. Él no podía sino estar de acuerdo.

E Istella, por cómo asintió, tampoco.

–Entonces, que se esconda cuando no miren –propuso Matine.

–¿Y cómo sabemos que no miran? –apostilló su hermano.

–*Mirándolos*.

–Podemos entretenerlos –dijo Nuantt, y giró sus dedos de tela hacia Phie, que había vuelto a recostarse en su sitio, con las piernas dobladas hacia un lado–. Parecen ocupados, pero nunca se sabe.

Ella asintió, pese a la evidente preocupación que se le dibujaba en el ceño o quizás de concentración, en su intento por encontrar una solución. No tardó en hacerlo:

–¿Por qué no vas a hablar con ella, Derro?

–¿Qué?

Tal vez Rog se equivocaba, pero le pareció que su primo había empalidecido.

–Eres su amigo, ¿no?

–No soy... –Aunque reformuló–: Solo la ayudé con una poción.

–Ya –atajó ella, y sonaba firme pese a que era evidente que la ironía se colaba entre sus palabras–. Pues podrías ayudarnos a *nosotros* con esto, aprovechándolo, ¿no crees?

Aquello lo hizo dudar un segundo, aunque acabó por ponerse en pie con un bufido. Cuando les dio la espalda, su hermana esbozó una pequeña sonrisa que se contagió a su alrededor, y luego se inclinó en dirección a Guezo.

–Acompáñale –le pidió en un susurro– y luego nos cuentas.

Él obedeció encantado, lo que a su vez hizo que Rog se percatara de que quizás debería ocupar su sitio para seguir tapando a Ikash. Sus ojos se encontraron un instante. Fue inevitable; seguían en fase de cambio –plata y rosa–, y sintió un pinchazo de lástima al ver ansiedad en ellos. Quiso decirle algo, lo que fuera, pero no supo ni qué ni si debía; se limitó a tratar de esbozar una sonrisa que no supo si le salió demasiado bien.

Observaron cómo sus primos se acercaban a los Dane, sus espaldas iluminadas bajo el sol. Guezo incluso había tomado la delantera.

–¡... por eso nos alejamos! –estaba diciendo el mayor de los hermanos, que no debía de tener más de doce años. Parecía dirigirse a su onnie, las tijeras, que se abrían y cerraban en un gesto de enfado–. Además, no les hemos dado. Y si hubiera ocurrido, no habría pasado nada.

Y dio un paso adelante, como si pretendiera marcharse sin más y dejar la discusión ahí. No obstante, su hermana lo detuvo, tomándolo por el brazo.

–Es una pelota mágica, Jaro. ¿O no has visto cómo bota? Eso hace daño.

Aunque, justo en ese momento, la voz de Guezo restalló:

–¡Ah, bueno! ¡Por suerte, mis reflejos actuaron justo cuando debían hacerlo!

E hizo un sonido como «¡gua!» mientras daba otra patada en el aire que hizo dar un bote a los seis; la pala de Arualle incluso soltó un chillido.

–¿Os han dado? –le oyeron preguntar a ella entonces. Parecía preocupada de verdad, a juzgar por su postura y la forma en la que paseó la mirada entre ellos dos y sus hermanos antes de fijarla en la distancia.

En el rincón de las toallas.

Istella, Phie, Rog y Matine saludaron mientras sus onnie soltaban destellos. A nadie se le pasó el gruñido de Rimo:

–Pues vamos bien.

–Casi –canturreó Guezo más allá–, pero no. No te preocupes, son cosas que pasan. Todos hemos jugado de niños. ¡Ey! –se dirigió a ellos–. *Chulerrísima* esa pelota, ¿eh? ¿De dónde la habéis sacado?

Justo lo que necesitaban.

–Ikash... –susurró Matine–. Prepárate.

Rog lo sintió comenzar a moverse.

En la distancia, Jaro había hinchado el pecho, e incluso Enze alzó un poquito la cabeza, dispuesto a responder. No obstante, antes de que pudieran hacerlo, su hermana los fulminó con la mirada.

–Pedid disculpas.

–Han dicho que no les...

–Jaro.

–*Vaaaaaale*. Perdón. No queríamos daros. De verdad.

–Me lo creo –replicó Guezo y, al instante, dio un paso hacia ellos y agregó–: ¿Me dejáis verla?

Y eso hicieron, animados de nuevo.

–Ikash –repitió Matine–. Ahora.

Cuando obedeció, con el más puro de los sigilos, Rog no pudo evitar sorprenderse al notar una especie de brisa leve contra la espalda y la piel desnuda de sus pies. Y, aun así, le pareció ver que

los ojos de Arualle se desviaban un instante hacia ellos. Por suerte, Derro estaba allí para desviar su atención, por tenso que pareciera.

–Yyy... ¿cómo es que estáis por aquí? –preguntó.

–Bueno, supongo que por lo mismo que vosotros –respondió ella. Ya no sonaba tan molesta; de hecho, casi parecía intrigada, y a cada instante más–. Me sorprende que estés aquí.

–Ah... ¿Y eso?

–No sé. –Alzó la barbilla–. Como estabas *tan* ocupado...

–¿Soy yo –preguntó Matine con una risita contenida–, o se lo está comiendo con la mirada?

–¿Quién a quién, exactamente? –repuso Phie.

Istella soltó una risita.

–Eh... –balbuceó Derro mientras cruzaba los brazos sobre el pecho–. Yo no... Quiero decir, lo estoy, pero mi hermana... Y mis primos...

Rog no recordaba haberlo visto trastabillar con las palabras así en su vida, ni siquiera con Tía. Sintió el tirón en los labios.

–Ya veo –dijo Arualle, y echó otro vistazo hacia ellos. Una sonrisita se había abierto también en sus labios, aunque, por alguna razón, parecía contener cierta ironía–. Bueno, pues no os molestamos más –decidió, y le hizo un gesto a su onnie antes de volverse hacia sus hermanos–. Enze, Jaro, vámonos.

–¡¿Tan pronto?! –se quejó Guezo–. ¡Quería probarla!

–Bueno, el verano es largo –dijo ella con aire divertido mientras sus hermanos acudían a su encuentro a su pesar–. Podéis juntaros y hacerlo en otro momento... –Entonces, sus grandes ojos se clavaron en Derro–. Si no seguís *tan* hasta arriba con el taller, claro. –Luego, gritó para que la oyeran desde el rincón del ciprés–: ¡Hasta luego!

Capítulo 42

Esa noche, las enredaderas volátiles habían pasado a ocupar hasta el último centímetro del alféizar de la ventana de su cuarto; Rog ni siquiera habría podido cerrarla. Por eso, ni se había molestado en intentarlo.

Una brisita se colaba en el interior y se paseaba entre los trastos que, eso sí, el día anterior se había dignado a recoger a toda prisa, aunque solo porque Ikash le había preguntado si era allí donde quería practicar la forja de hechizos y, por alguna razón que seguía sin comprender, había respondido que sí.

Luego se había dado cuenta de lo que suponía.

Aun así, de acuerdo, tal vez no estaba como los chorros del oro –de hecho, cada superficie tenía un par o tres de *algos*, y no quería ni pensar en abrir las puertas del armario, donde había amontonado toda la ropa que había por el suelo–, pero daba el pego. Al menos no había peligro de tropezar y partirse la crisma, tal y como le había dicho Matine a Istella mientras se colaban por la puerta junto a sus onnie.

Habían llegado en el momento perfecto para impedir que empezara la nueva sesión de forja asistida. Y, para más inri, cuando llevaban ya un rato allí, Guezo hizo acto de aparición.

–*Buenérrimaaaas* –canturreó bajo el marco, mientras Darinn susurraba un «Vaya festival» con su tono más hastiado que, por suerte, solo oyó Rog–. ¿De qué hablamos?

–Pues de nuestro querido primo enamorado –respondió Matine sin molestarse en saludar. Porque, por supuesto, esa era la razón que las había llevado allí: seguir chismorreando de Derro en reunión. Ya habían repasado al dedillo la escena del río, aunque apenas habían hecho mención al hecho de que hubieran estado a punto de pillar a Ikash–. ¿Quién nos lo iba a decir, eh?

Estaban todos apretujados en la cama... más o menos, porque Rog, en realidad, había tomado asiento sobre el baúl, justo a los pies, lo que hacía parecer que Istella le sacaba una cabeza. Por su parte, Matine se había colocado frente al cabecero, e Ikash entre ambas.

En ese momento, Rog le vio alzar la mano en dirección a su primo, que ya se había colado en su cuarto, dispuesto a pasearse por doquier. Era prácticamente el único movimiento que había hecho desde que los habían interrumpido, porque había contemplado su intercambio en silencio con esa expresión de concentración que ponía siempre.

Le parecía adorable.

–Bueno, *potencialmente* enamorado –la corrigió Istella. Al fin y al cabo, recordemos que es un proceso; debe cocerse poco a poco. Ir fluyendo. No se puede forzar porque, si no, se pierde la magia. Aunque... –Dejó escapar un gritito ahogado mientras apretaba el cojín que le había robado a Rog contra la camisa de su pijama–. No lo hemos hablado, pero ¿cómo estaba Derro mientras volvíamos a casa...? ¿Su *cara*?

Viure soltó un destello.

–A mí me parece una movida un poco rara –opinó Guezo–. Por lo que ha dicho Arualle, digo; eso de que «si no estábamos tan superocupados con el taller», tal. Sonaba casi a reproche. Y no estamos *tan* ocupados... A mí me da que Derro se lo ha puesto de excusa.

–Tampoco me extrañaría –murmuró Rog.

Tanto Darinn como Matine asintieron; era su pretexto favorito.

–¿Y si en realidad no le gusta? –se aventuró a preguntar su primo–. O no le interesa; lo que sea. Pero no sabe decírselo.

–Ay, no –dijo Istella–. Yo creo que es justo lo contrario. Lo que le pasa es que está en negación porque no le ha pasado nunca, que yo sepa, y no sabe gestionar sus sentimientos. Por eso tampoco quiere hablar con nosotros del tema.

Aquello los dejó en silencio unos segundos, porque sonaba bastante creíble; solo había que ver cómo reaccionaba ante Arualle.

–Bueno, no sé. –Guezo retomó el paso un poco más despacio, con las manos en los bolsillos de los pantalones cortos de su pijama–. Pero, vaya, que debería replantearse sus métodos si es que quiere darse unos besitos con ella; le está yendo de pena.

–Que tú sepas –dijo su hermana.

–Que yo *vea*. En su cara. Era yo quien estaba al ladito de ella en el río.

Sus primas intercambiaron una mirada larguísima.

–No tiene ni idea –acabó resumiendo Istella, apartándose la trenza.

–Pero ni un poquito.

Yiun se removió en el aire con un chirridito. Y, aunque Rog sentía que se estaba perdiendo algo, Guezo chasqueó la lengua.

Era evidente que, en realidad, el tema le divertía.

–Bueno, no seré yo quien le lleve la contraria a las «expertas del amor» –lo entonó con rimbombancia–. ¿Tú qué opinas, Rollito? –preguntó de pronto, y él dio un respingo–. Imagino que tú también te mereces ese título. ¿No estabas con el chiquito este de la universidad...?

–Perdona, ¿qué? –soltó Darinn, incrédula.

–No sé, yo me fío más de él que de la «siempre a dos velas» de mi hermana.

Rog se había quedado mudo.

Aunque, por supuesto, Matine ya tenía una réplica en la lengua:

–¿Pero tú qué sabrás qué velas tengo y qué no?

–¿Has estado con alguien?

Ella soltó una risotada que estuvo a punto de arrojarla contra el cabecero, donde reposaban Yiun, con sus alfileres en ristre.

–No pienso hablar de esto contigo, gracias. Aunque –agregó–, Rog no es precisamente el mejor ejemplo. Su ex fue un gilipollas.

Solo entonces tragó saliva, consciente de los ojos que recayeron en él como estrellas fugaces, azules aguamarina con sendas doradas.

Y blancos.

–Sí... –comenzó en bajo–. Lo fue.

Una sensación extraña le había empezado a morder el estómago –¿vergüenza?–, pero ni siquiera entendía el porqué. No recordaba

haberle contado a Guezo lo que había ocurrido, pero tampoco habría tenido problema en hacerlo, pese a que ya se hubiera desahogado en su momento con Darinn y con sus primas. Había pasado ya mucho tiempo, dos años enteros, y lo tenía más que superado. Y, sin embargo, no continuó.

Tuvo la sensación, por la forma en la que su primo separó los labios, que iba a indagar más, pero otra voz se adelantó. Y el corazón se le saltó un latido.

–Perdón. –Ikash tenía los labios algo apretados y paseaba los dedos por la colcha–. Ibas a hacer hechizos, Rog.

Parpadeó. De todo lo que habría imaginado que diría, eso era lo último.

–Oh –se le escapó. Su mirada viajó hacia el escritorio, en el que reposaba la hoja de papel que le había dado tiempo a colocar antes de que llegaran; ni siquiera había podido sacar la vela–. Hum, sí, eh...

–Ah –dijo Matine, con las cejas arqueadas–. No lo sabía. Como es tarde...

–Ya, sí. Eh... No pasa nada. En verdad...

–¡No, no! –Istella ya se estaba alzando como una centella fucsia entre mechones de cobre–. Perdonadnos. Mejor nos vamos. Ojalá vaya bien. –Le dedicó una sonrisita culpable–. Mañana nos cuentas, ¿vale, cielo?

–Sí, vale.

–¿Guezo?

Su primo se levantó al oír su nombre y le guiñó un ojo a Rog justo antes de que su hermana se convirtiera en un borrón de rizos ante él.

No le pasaron desapercibidas las sonrisitas compartidas.

–¿Te encuentras bien? –La pregunta de Ikash lo devolvió a una realidad en la que el corazón no le iba igual de rápido sin algún motivo y en la que volvían a estar solos bajo el resplandor de su onnie–. Parecías... mal.

–¿Qué? No, no. Es solo...

Se cortó porque... no lo sabía.

No comprendía qué le había pasado.

Para variar, no se entendía.

–¿Seguro? –esta vez, la pregunta fue de Darinn.

–Sí, sí. Seguro.

–¿Y de verdad quieres intentar forjar ahora?

Se mordió el labio por dentro.

–Bueno... Podríamos intentarlo, sí. Vamos.

Porque ¿qué iba a decir?

Dio un paso o dos hacia el escritorio antes de darse cuenta de que Ikash no se había movido de la cama; seguía mirándole por debajo de las pestañas, con las manos muy juntas aunque sin llegar a tocarse, pensativo.

Y fue cuando lo entendió.

–Lo has hecho para cambiar de tema. Porque... Porque me has visto... –«Mal», había dicho. Por el tema de Kemil. Por eso había interrumpido la conversación–. Ay. No... Lo siento. No quería que pareciera eso. En realidad, no me importa. Es solo que...

Estaba él ahí. Había sentido sus ojos en él.

O no. No los suyos, sino los de todos.

–No merece la pena –acabó diciendo–. Matine lo ha resumido de maravilla: fue un imbécil.

–De remate –añadió Darinn.

Aquello hizo que algo en su interior se relajara, que los labios se le estiraran un poco. Y echó a andar de vuelta hacia Ikash.

–El resumen es que estuve con un chico un tiempo, casi un año. Y todo parecía ir bien; conocí a su familia y todo. Yo también le presenté a mis padres y a mis hermanas. Y, bueno, a Matine y a Guezo.

Fue pura casualidad, pero ocurrió.

–Y luego –completó su onnie con un bufido– se enteró de que no era el único con el que, como diría Guezo, quería «darse unos besitos». Fin.

Por cómo Ikash torció el gesto, no pareció entenderlo del todo.

–¿Besitos?

Rog sintió que se le encendían las mejillas.

–Sí –respondió Darinn, por suerte–. Boca contra boca. Las juntan. Nunca he entendido por qué lo hacen. –Bufó–. Humanos...

Él, sin embargo, se llevó los dedos a los labios. Después, se los miró con duda en el ceño antes de alzar la vista hacia Rog y susurrar:

–Un imbécil de remate.



Capítulo 43

Sí, el orden de su cuarto daba el pego.

Al menos, en lo que a paz interior se refería; una parte de él, la que tantas veces había escuchado a Phie, había pensado mientras recogía a toda prisa que tal vez así podría concentrarse mejor.

Y, por alguna razón, sí. Fue así.

Porque, cuando volvió a intentarlo aquella noche de domingo, con la luna bien alta en el cielo, apenas le llevó un par de segundos –desde que su mano izquierda se cerró en torno a la de Ikash y tomó a Darinn con la derecha– hacer que todo desapareciera: las dudas, los recelos, los días y las últimas conversaciones en sus recuerdos.

Entre relámpagos en las venas, la magia fluyó, se expandió en su pecho y coloreó los bordes de su dormitorio y del mundo. Y, entonces, la punta de su onnie se iluminó. Quiso soltar un suspiro, pero se contuvo.

El brazo se le estremeció en el aire, pero lo bajó.

Y, aunque las palabras que ya se había aprendido de memoria hicieron el intento de saltar al otro lado del abismo, se aferró a ellas al compás del parpadeo de unos ojos blancos.

La tinta brillante se esparció en el papel como una cicatriz:

F.

Un latido. Dos. Otro temblor.

La segunda letra: *Fe*...

El roce del metal al repicar contra la madera.

Un ínfimo toque, o tres.

Fera...

Y, una vez más, la magia se perdió. Primero entre sus dedos; después, en plumas arcoíris, y ya no se fijó en cuándo abandonó su cuerpo por completo. Porque, pese a todo, solo tenía ojos para los trazos dorados que había dejado ante él.

Separó los labios.

–Ikash –logró convocar–, Darinn... He...

–Sí –asintió él, que se acercó a su lado. Jadeaba–. Siguen.

Tuvo que parpadear, aunque no supo si para evitar que la vista se le empañara o para creerse lo que veía en el papel, manchado por el resplandor del aura de su onnie, que parecía bailotear de emoción a su alrededor.

Tal vez no hubiera logrado terminar de componer siquiera la primera palabra del hechizo, pero las letras continuaban ahí. Eran tangibles.

Si estiraba la mano, podría recorrer su contorno.

–Siguen, Rog.

No supo qué fue lo que lo alzó de la silla, lo que impulsó a sus brazos a estirarse, a cerrarse casi al instante; solo fue consciente de que estaba abrazando a Ikash al notar el repicar de su corazón sobre las costillas y su respiración en el oído; cuando dejó caer el peso sobre sus hombros y el aire escapó de entre sus labios. Dudó un segundo. No obstante, ni siquiera pensó en separarse. No era una posibilidad.

Si se le hizo un nudo en la garganta, fue por una emoción inabarcable, inexplicable, inefable. Fue por lo que cada célula de su cuerpo estaba deseando susurrarle desde no sabía cuándo:

–Gracias.

No hubo respuesta, tal vez a falta de una, pero sí un roce lento, a tientas, mientras él también lo rodeaba. Y fue un suspiro y una eternidad a un tiempo, pero sus manos acabaron posándose con un poco más de fuerza sobre la tela de su camisa y el pliegue de sus huesos; solo lo justo, el roce de una mariposa entre los pétalos de las margaritas. Eran unas de las flores más sencillas. Y pequeñas.

Tal vez por eso siempre las reconocía.



Capítulo 44

Una semana después, seguía recordando el poso que, al separarse, había quedado en sus clavículas. Aunque ¿cómo no iba a hacerlo si regresaba –como una brisa fantasma, un velo, una segunda piel– cuando menos lo esperaba?

Tal vez más veces de las que se permitía a sí mismo admitir.

Aunque ¿qué tendría que admitir, de todos modos? No pasaba nada, ¿no? Estaba bien recordar momentos especiales. Era un abrazo, y siempre le habían gustado; le parecían la forma más pura, más física, de demostrar algo. Lo que fuera: agradecimiento, sí, y cariño y emoción y felicidad. Aunque también servían para desahogarse y volcar rabia, frustración, miedo. Para estar y saber que se estaba.

Eran casi hechizos en sí.

Y ¿quién sabía? Tal vez había sido lo que había conjurado los últimos días.

Habían sido mágicos. Rog no recordaba haberse reído tantísimo durante sus jornadas laborales en meses, y eso que tampoco había ninguna razón concreta; era más bien el ambiente que se respiraba, como una banda sonora de fondo. Una que se componía de la vocecilla de Istella, que canturreaba a coro con Viure mientras ultimaban los detalles de sus collares, y de Matine diciendo barbaridades y soñando en voz alta sobre la cantidad de dinero que les aportarían las nuevas prendas para el verano que estaba diseñando, y el taconeo de Phie cada vez que ella y Nuantt llegaban o se iban del taller, porque habían tenido que hacer varios turnos, tanto allí como en casa, por el hechizo de desvinculación.

Se reunían y bromeaban y, sí, también se abrazaban. Además, ella les había ido trayendo novedades sobre las ya-no-tan misteriosas cartas de Derro, que no habían dejado de llegar. Eso los tenía

cuchicheando durante horas, por mucho que su primo siguiera sin soltar prenda. Claro que, cuanto más se picaba, más insistían ellos; en especial, los hermanitos. No obstante, Rog se alegraba por él.

Era inevitable no hacerlo. Aunque tal vez era un poco culpa de Istella, que seguía emocionándose cada vez más con la perspectiva y señalando cada detalle para que se fijaran. Porque, pese a sus gruñidos y a todo el tiempo que pasaba encerrado y metido en sus movidas, lo pillaban echando vistazos por la ventana más veces de lo que podría considerarse normal, o esbozando sonrisas veladas cuando creía que nadie lo miraba, o escapando de su cuarto a escondidas para echar un vistazo al buzón. Era muy tierno.

Llevaba ya varios días sin hacer eso último, no obstante; Matine tenía la teoría de que había empezado a usar a Hishu –y Arualle, a su propio onnie– para continuar con la correspondencia, porque le había parecido ver un cucharón de peltre flotando por encima de los tejados.

Además, sí, estaba bastante más agradable. Esa misma mañana, Rog había estado a punto de chocarse con él en las escaleras, y su primo se había limitado a soltar un «¡Eeep!» mientras retrocedía. Después, le había dedicado una sonrisa y una palmadita en el hombro antes de proponerle que bajaran juntos a desayunar, y por el camino hasta le había preguntado por el avance de su forja.

Así que una parte de sí mismo había empezado a desear que saliera bien. Le gustaba Arualle para él. Por lo poco que la conocía, era una chica con las ideas claras y carácter fuerte, y eso que con ellos siempre era superagradable. Aparte de que soportaba de maravilla las tonterías de Guezo, cosa que no le pasaba a todo el mundo.

Era de valorar.

–¡Vamos, vamos, vamos! –lo oyó exclamar justo a él un instante antes de que sus rizos atravesaran la cortina de cuentas con un chasquido. Después, se plantó, con los brazos abiertos, victorioso, ante el mostrador de venta. Ante Rog–. Ya solo nos falta una pieza y tendríamos el *potrísimo* escaparate.

–¡Oye, qué bien! –lo felicitó.

–¡De maravilla! –se le unió Istella desde su mesa de trabajo.

Darinn se limitó a bajar en el aire hasta posarse en la lista de pedidos. Ambos habían pasado muchas –infinitas– horas allí esa semana, porque Guezo e Ikash se habían recluido la mayor parte del tiempo en el sótano, que se había convertido en una mezcla de fábrica de savia vin y de gabinete, y solo daban muestras de existencia cuando les tocaba nueva sesión de forja en el suyo. Como en ese momento..

Por eso a Rog no le extrañó que Ikash apareciera justo detrás de él.

Sus ojos –con un toque rojizo que revelaba que se habían tomado un tentempié de media mañana (tal vez otra taza de leche o, ¿quién sabía?, una untada de savia con el dedo, instado por su primo)– cayeron directos en él. Y vio en ellos cómo se ampliaba su sonrisa antes incluso que en los labios, por las arruguitas que pasaron a rodeárselos como un aura.

Regresó de inmediato, por supuesto, como a lo largo de la semana: el recuerdo de la calidez de su cuerpo sobre el pecho. De su abrazo.

–Es fuerte, ¿eh? –dijo de fondo Guezo; debía de haberse acercado al gabinete de Istella–. Vaya parto.

Claro que, en realidad, Rog no lo miraba.

No había apartado la mirada de Ikash.

–¿Vamos? –le preguntó él.

Rog amplió su sonrisa y echó a caminar en su dirección. Justo antes de pasar por su lado, no obstante, sintió una especie de caricia, un tirón que no sabía de dónde venía, pero que pretendía rozarlo. Que le susurraba que extendiera los dedos y le tocara. El hombro, cubierto por la camisa; la piel expuesta porque se había arremangado hasta la mitad del antebrazo; su mandíbula afilada, inclinada un tanto hacia la izquierda.

No lo hizo. Atravesó la cortina hacia la parte trasera, tragándose el tirón, la sensación, lo que fuera. Y en su interior se abrió un hueco vacío y extraño que, como un pozo tras la lluvia, no tardó en rellenarse de vergüenza.

¿En qué estaba pensando? ¿Por qué?

El aura de Darinn guio sus pasos hacia su gabinete, extendiendo sombras por doquier y llevando sus pensamientos hacia otros derroteros. Hacia las cortinas moradas del Hueco y las escaleras, y hasta la puerta del patio trasero. Se les había olvidado abrirla, se fijó, como llevaban haciendo toda la semana para que hubiera algo de corriente; las temperaturas no habían dejado de subir.

–Id pasando si queréis –susurró por encima del hombro, y tuvo que carraspear para sonar con más claridad–. Ahora voy.

E hizo un gesto hacia el final del rellano.

–Sí –respondió Ikash–. Bien.

La sonrisa se filtraba en su voz.

Rog, aunque no se detuvo, fue consciente del instante exacto en el que sus pasos sí lo hicieron. En el que la luz rosa de Darinn parpadeó. Y en el que un «clac» rellenó el silencio y ambos desaparecieron. Se dispuso a abrir la puerta del huerto y dejó pasar unos segundos mientras sus ojos recaían en el césped revuelto, en los surcos de la tierra y en los primeros brotes, aún por recoger; unos segundos para recuperarse de... no sabía qué. De esa sensación extraña.

Se notaba desconcentrado, y no podía estarlo. Era hora de forjar; de intentarlo una vez más. De –tal vez– conseguirlo.

Estaba cerca.

Aquellos primeros trazos habían ido dando paso, poco a poco, a alguna palabra suelta, *entera*, antes de fundirse; el día anterior había conseguido escribir tres, y el hechizo que pretendía conjurar no requería más de cinco.

Por alguna razón, por extraña que fuera, la parte de él a la que tanto le había dolido durante las últimas semanas ver cómo la magia se disipaba entre sus dedos no se había «martirizado» con ello, como decía Darinn. Tal vez fuera porque le maravillaba... todo. El resto.

Que el mundo se detuviera. Que la magia lo colmase. Su tacto metálico contra los dedos, vibrante. Poder escribir en centellas brillantes después de tanto tiempo. Se había convertido en un reto. En un reto compartido, además, y eso sí que era nuevo.

Y eso... *era* todo.

Forjar siempre había sido una experiencia solitaria, por mucho que su onnie lo acompañara; era silencio y reflexión y palabras bien escogidas y la mirada y los sentidos fijos en un único punto. Sin embargo, con Ikash era distinto.

Al principio sí se había parecido a lo de siempre, era cierto, pero, poco a poco, había descubierto que contar con su respiración en segundo plano lo calmaba casi tanto como la certeza de que la magia acudiría a su llamada, impulsada por él. Que la firmeza de su mano entre la suya lo afianzaba al suelo y a sí mismo, y que sus ojos, al acabar, le confirmaban que era cierto, que lo había hecho.

Y su sonrisa... Su sonrisa celebraba lo que ni siquiera él llegaba a considerar un logro cuando volvía a fallar después de la enésima tanda. Cuando veía su frente húmeda por el sudor y escuchaba sus jadeos.

A Ikash siempre le parecía un paso nuevo, más alto, y se lo decía por mucho que le costara convocar la voz. Por mucho que se le entrecortara. Por mucho que lo acompañara de alguna tos suelta. Y él..., sí. Veía el progreso.

Últimamente, eran sus momentos favoritos del día.

Así que apretó el paso hasta su gabinete, dispuesto a tener uno nuevo.

A abrazarlo también; cada instante.



Capítulo 45

Las palabras se leían con total claridad sobre el papel.

Las cinco, centelleantes como las estrellas en torno a la luna llena.

El verbo, la orden. El sujeto que la recibía. Y los complementos que la articulaban, que la matizaban; que le daban sentido y dirección.

Ferasei edev dánderas tian esarekaph.

«Prende en mediodía el camino de vuelta».

Un hechizo completo, uno de los más simples, que servía para ver mejor durante la noche; uno que, sin embargo, no iba a tomar consistencia bajo sus dedos ni a soltar destellos dorados ni a deslizarse entre las paredes de ningún recipiente para cumplir con su cometido cuando hiciera falta, porque había sido escribir la última letra y la magia se había perdido en el aire.

Aun así, cuando alzó la vista de la mesa, la tenía nublada, húmeda y le escocía un poco. Aun así, le temblaban los dedos. Aun así, el corazón le latía desbocado en el pecho. Y no era esperanza marchitada. Era pura alegría.

–Qué. Fuerte.

No se lo podía creer. Por eso la risita incrédula.

La siguiente salió con más fuerza mientras alzaba la vista.

Dos ojos blancos. Un pestañeo. Y un pequeño esbozo de dientes. Ikash, por supuesto, también sonreía desde el otro lado del escritorio.

Si estaba exhausto tras los dos últimos intentos, no lo mostraba.

–Es fuerte.

Rog volvió a reír, sin poder evitar echar un vistazo a sus manos, que ya habían dejado marchar a Darinn con una de sus vibraciones.

Ella también estaba emocionada. Lo notaba en sus zumbidos.

–No queda nada –se oyó susurrar; se oyó *permitirse soñar*–. Tal vez... uno de estos días. Mañana. O pasado. O... No sé. Pronto.

La emoción lo alzó de su asiento. Lo hizo recorrer el gabinete, por pequeño que fuera; en aquel instante se le antojaba enorme. Se giró al encontrar la pared, una de las baldas, después de que sus ojos recorrieran las decenas de frascos vacíos que las colmaban.

Los clavó de nuevo en Ikash. Luego, en Darinn.

Después, de vuelta en él.

Sintió un tirón hacia delante. *Otro*.

No obstante, se quedó en el sitio al oírlo reír también, al verlo echar la cabeza hacia atrás y llevarse la mano al pecho justo antes de mirarlo de nuevo, con los ojos centelleantes; como... emocionado por su propia emoción.

Y tragó saliva.

–Imagínate que lo conseguimos. Que logramos conjurar un hechizo.

–Seguro, Rog. Confío.

«En ti».



Capítulo 46

Rog se detuvo al llegar al final de las escaleras del sótano y tomó aire.

La voz de Phie seguía flotando en su cabeza, junto con su propuesta y el instante que habían compartido en la cocina la noche anterior. La forma en que le había rodeado las manos y las había sentido cálidas, aunque fuera difícil de creer. No por nada, habían acabado de terminar de fregar los platos de la cena y las había tenido aún húmedas; no le había dado tiempo a secárselas: se había lanzado a tomárselas en cuanto le había contado lo que había conseguido hacer aquella tarde.

No había llegado a añadir nada más, pero no había hecho falta; ella había terminado de poner todos los puntos finales posibles al pasar los dedos por su mejilla izquierda, dejando un reguero empapado de orgullo más que de agua.

Bajo las florecillas del techo, se habían quedado en silencio unos segundos. O minutos. U horas. Y la quietud había dado paso a la reflexión, a la conclusión y luego al susurro:

–Oye, Rog. Estaba pensando... A Ikash le toca bajar mañana por la noche con Tía y conmigo para continuar con los ajustes del hechizo. ¿Te gustaría acompañarnos? Así puedes ir viendo nuestros avances. Solo si quieres, claro. No pasa nada si no.

Rog había vacilado, claro, aunque solo un segundo. Después, la respuesta había escapado de sus labios:

–Sí... Vale. Quiero.

Y era cierto, pese al deje de vértigo en el estómago.

Por supuesto, había dormido poco y el día lo había pasado en una especie de burbuja. Además, Ikash había dedicado la mayor parte del tiempo a terminar con el escaparate junto a Guezo y a comenzar a colocarlo en sí, parte por parte, y no habían podido practicar

demasiado la forja; solo lo justo para que las palabras salieran completas sobre el papel una vez más.

Para no sentirse como un impostor cuando llegara la hora.

Aun así, se detuvo. Y al sentirlo, Darinn lo hizo también, unos metros por delante de él, ante la puerta del laboratorio de Tía. Dio un tirabuzón en mitad de unas sombras apenas rotas por los rayos de luna, que se colaban por una ventana elevada a su izquierda e iluminaban lo suficiente como para resaltar las decenas de colores de sus plumas.

–¿Todo bien? –quiso saber.

Rog volvió al mundo real. A la temperatura, que bajaba allí aún más que en el resto de la casa. A la suavidad de la camisa que se había puesto para no acudir en pijama, pese a las horas que eran. A los latidos de su corazón.

–Sí, sí.

–Entonces, ¿vamos?

Contenía el mismo cariz que la pregunta de su prima cuando le había sugerido acudir; la posibilidad de negarse, de retroceder en el último momento. Y se dio cuenta de que lo agradecía –muchísimo–, pero había tomado la decisión hacía mucho tiempo: quería ayudar a Ikash, tal y como él lo estaba haciendo.

Se encontraba a unos pasos de poder comenzar a hacerlo.

Así que asintió y los dio, uno por uno.

Oyó un tintineo antes de accionar la manilla.

–Yo también estoy orgullosa.

El laboratorio siempre imponía. Tal vez, pensó Rog, esa hubiera sido una de las razones por las que había vacilado antes de entrar, y no tanto por sus dramas internos; claro que lo siguiente que pensó fue que a quién quería engañar.

Aun así, aquella noche se llevaba la palma, desde luego.

Aunque estaban a oscuras, un aura verdosa flotaba en el aire como cortinas de bruma que no colgaban de ningún sitio en realidad.

Era el «segundo hechizo»; lo sabía.

Se esparcía y ondulaba sobre las cuatro mesas de trabajo –repletas de herramientas de forja–, las baldas de las paredes y las estanterías que iban hasta el techo –con sus cientos de manuales y recipientes de hechizos bien sellados–, los biombos recogidos en las esquinas, la chimenea del fondo y los rostros.

Los estaban esperando, por supuesto, en el extremo contrario.

–Hola, Rog. Hola, Darinn. –La expresión de Phie se veía extraña bajo aquella capa, como sacada de una pesadilla grotesca; se le hundían los pómulos y su pelo, recogido en un moño alto, parecía negro. Por eso, Rog agradeció que hablara, su dulzura–: Qué bien que estéis ya aquí.

Era curioso: de su boca brotaban onditas con cada brizna de aliento que dejaba escapar y con cada movimiento; Rog lo vio al fijarse en Nuantt, que flotaba con dedos serpenteantes por encima de la mesa y del recogido de Tía.

Ella los observaba en silencio, con las manos enlazadas.

–¿Os sentáis? –les sugirió su prima, y señaló la silla que había al otro lado, pegada a una ya ocupada. Por Ikash.

Rog había sentido sus ojos fijos en él desde que había entrado; el blanco de los iris y de los mechones del pelo se le teñía de aquel reflejo, y la sonrisa que le dedicó al verlo avanzar y devolverle la mirada, también.

Era resuelta, aunque pequeña. Tal vez demasiado.

–Imagino que Ikash ya te habrá comentado lo que hacemos en nuestras sesiones –dijo su tía, y le pilló por sorpresa. Aunque tal vez más porque estaba centrado en no tropezar con sus propios zapatos a medida que atravesaba el hechizo. La sensación era extraña, como cruzar agua, aunque con un añadido: le cosquilleaba por todo el cuerpo–. ¿Me equivoco?

Asintió. Sí, lo sabía desde hacía semanas; Ikash se lo había contado en una de las primeras tandas de preguntas incómodas. Porque lo habían sido.

Porque *debían de* serlo.

El hechizo que pendía del ambiente tenía como objetivo restaurar vivencias. Servía para regresar a instantes de su pasado con todo lujo de detalles; necesitaban recuperar trazos de él para componer

el hechizo de desvinculación, para ajustarlo a él y a su situación de la forma más precisa posible.

Y, a pesar de que no había querido tampoco inmiscuirse demasiado, en parte porque le sabía mal después de haberse negado a colaborar hasta ahora, era consciente de que ir allí no era su cosa favorita. Sí, acudía sin rechistar siempre que le tocaba –una noche de cada tres o cuatro, justo antes de «purgarse» de magia en el patio–, pero se lo veía en la cara, sobre todo las mañanas de después.

Y no era de extrañar, por mucho que le hubiera dicho que, de nuevo, iba advertido de antemano, que era consciente de a qué se enfrentaba, y que trabajar con Guezo le ayudaba a despejarse. Al igual que las horas en su gabinete.

–Entonces, nos podemos ahorrar las explicaciones de esa parte.

En ese instante, Rog alcanzó el escritorio, y Darinn se situó en su hombro izquierdo mientras tomaba asiento. Se percató de que apenas lo separaban unos centímetros de Ikash; si se movía lo más mínimo –si se sacudía o, no sabía, si estornudaba–, acabarían por rozarse. Compartieron una mirada antes de que él se volviera hacia Phie, que posó las manos en un taco de papel que había ante ella.

–Perfecto. Pues mira. –Pasó a deslizarlo hasta su primo. Las hojas, unidas con un hilo dorado, eran muy blancas, con los bordes recortados a la perfección. No le cabía duda de que aquello había sido obra suya–. Son los progresos del otro hechizo.

–Oh. ¿Puedo...?

Tras su asentimiento, lo tomó y comenzó a pasarlas una a una.

Tal y como esperaba, las recorrían trazos de tinta en dos caligrafías distintas que, en su mayoría, componían palabras sueltas en la lengua de la magia y frases incompletas, tachadas y reformuladas. Algunas se repetían sin cesar durante una decena de caras, aunque de pronto variaban en algún detalle que las hacía más precisas dentro de que, en sí, pocas lo eran del todo; lo que evidenciaba el paso de la pluma de su tía.

Para ella, a diferencia de muchos expertos, la clave de la forja estaba en la sutileza, en sugerir más que en mostrar: en las implicaciones, las imágenes, lo intrínseco del hechizo. No solía ser

explícita en los términos, aunque, de alguna forma, siempre conseguía que el resultado fuera certero.

Era sencillamente impresionante.

Volvió a dejar el taco ante él.

–Gracias –se descubrió diciendo. Y cuestionándose por qué al compás de, lo sabía, la mirada de su prima.

Por suerte, ella se limitó a continuar:

–Aún nos queda trabajo por delante. –Tomó las hojas y dejó que se deslizaran entre sus dedos hasta llegar al último tramo escrito. Estaba muchísimo más limpio y ordenado que el resto; las letras, punzantes y curvilíneas–. Solo tenemos un par de versos definitivos. –Se los señaló con el dedo; eran tres, en realidad. Nada mal–. Y aunque no terminamos de verlos como inicio para el hechizo, creo que vamos por buen camino: Ikash nos está ayudando muchísimo.

Le dedicó una sonrisa, pero entonces Rog lo vio.

Él ya no las miraba. A pesar de que apenas había movido el rostro, su atención se había fijado en los objetos que poblaban la mesa: un frasco fino y vacío, custodiado por Ankoe, un par de manuales de forja superpuestos y varias palmatorias de cristal ahumado cuyas velas no habían encendido.

Al oír su nombre, devolvió la vista de inmediato y estiró los labios; sin embargo, la sonrisa no le llegó a los ojos.

Ahí estaba. La entereza, fundida en su cara.

Rog quiso estirar la mano y posarla en su pierna, reconfortarle; no alcanzaba a imaginar cómo sería tener que enfrentarse al presagio de lo que resurgiría entre sus recuerdos, sobre todo teniendo en cuenta lo que sabía de él.

Pero solo eso: *quiso*.

–Bueno.

–Sí –intervino Phie antes de que Tía pudiera continuar, porque era evidente que lo que pretendía era agilizar la gestión–. Vamos a ir empezando.

Ikash asintió, muy despacio, y tragó saliva.

Rog se dio cuenta de repente de que no sabía qué hacer: cómo ponerse, si tenía que buscar algo concreto o fijarse en detalles, si debía señalar o anotar algo... Tampoco pudo preguntarlo.

Todo fue demasiado lento y rápido a la vez.

Su prima y su tía entrelazaron una mano mientras Ikash se ponía rígido contra el respaldo de la silla, con la barbilla alzada y los párpados cerrados. Solo hizo falta una palabra susurrada a dos voces para que aquella cortina de luz verdosa se afianzara en las esquinas. Y, con la velocidad de una tanda de relámpagos, cayó sobre él en cientos de esquirlas, como tajos en mitad de la nada.

Después, el mundo desapareció para cubrirse de imágenes.

Una colina nevada que se clavaba entre nubes espesas. Riachuelos intrincados que bajaban laderas y, al aparecer, también las subían. Chozas de piedra con ventanas tan diminutas que eran apenas hendiduras rugosas, y techos planos de algo parecido a la paja, pero con un extraño tono rojizo.

Trató de no pensar en sangre, en centrarse en las figuras que salían y entraban de ellas y las rodeaban y se afanaban en cientos de tareas distintas a su alrededor; las veía avivar fuegos, despellejar pieles secas, afilar lanzas y hacer levitar inmensos troncos cubiertos de setas. Todo, con apenas un movimiento de garras.

Se le cortó la respiración.

Daheerar, por supuesto.

En carne y hueso, cubiertos de pelo blanco y vestidos con ropas de un material áspero parecido al cuero. Y, sí, muy semejantes a lo que se había imaginado. A lo que contaban las leyendas. Tal vez no fueran tan inmensos como los describían, pero debían de superar los dos metros de altura, algunos con creces. Sus voces escapaban en cúmulos de gruñidos entre los largos dientes que les torcían los rostros, aunque mostraban expresiones muy semejantes a las humanas.

La imagen se enfocó en un grupito, el más cercano, que se encontraba empleando sus poderes para arrancar borbotones al agua que habían recogido en una especie de recipiente de roca que, de pronto, se duplicó ante sus ojos. Idéntico.

Y el primero estalló en pedazos.

Uno de los daheerar tomó un añico, el más afilado, y se lo mostró a los demás. Daban la apariencia de ser una familia, pese a que Rog sabía que no lo eran. Que no se consideraban como tal.

Eran cuatro, sin nada que resaltara el género en ellos; lo único que los diferenciaba era la longitud del vello corporal, el cabello y su altura. El más bajo se separó y se fue acercando a él.

«A Ikash», comprendió. Trató de buscarle, al real, entre los resquicios de la visión, pero se extendía hasta el infinito, tan vívida que tenía la sensación de que podría tocarlo todo si hacía el intento: la hierba, los arbustos casi desnudos y de ramas enmarañadas que brotaban aquí y allá, los charcos medio helados que se abrían en el suelo, pese a que el sol brillaba en lo alto.

El daheerar llevaba una especie de herramienta, como un hacha muy pequeña, menor que la palma de su mano. Cuando por fin llegó a su altura, se detuvo, rígido como una roca.

Su rostro era muy parecido al de Ikash. Y el resto de sus rasgos, en realidad. Tal vez fuera un poco más ancho de espaldas que él y tuviera las orejas más pequeñas. Además, el pelo blanco se le esparcía por el rostro, a modo de barba, y también sobre las sienes y las muñecas desnudas, como si aún estuviera en proceso de crecimiento. Pero, por lo demás...

No hizo intento alguno de tocarlo; solo dijo algo en ese idioma tan hosco e hizo un pequeño gesto con la mandíbula que Rog interpretó como una indicación, como un asentimiento, porque ambos comenzaron a moverse. Las imágenes se desplazaron con ellos, dando tumbos en los bordes a medida que aumentaba la velocidad de sus pasos.

Una fina capa de vaho se extendía en el aire ante él. De lejos se distinguían tramos de nieve sobre la hierba, aunque fueron en dirección a un cúmulo de rocas escarpadas. Comenzaron a rodearlas, aferrándose a ellas; el otro daheerar, con las garras; Ikash, con las manos. Unas que, Rog se fijó, eran muy pequeñas. Y torpes.

No parecían las suyas, sus largos dedos.

Tardó casi un kilómetro –o tal vez menos, no lo sabía– en saber por qué. Habían bajado la empinada ladera de una colina hasta alcanzar un pequeño lago junto a la linde de un bosque de pinos. Entonces, el reflejo se dibujó en la capa helada que se extendía por su superficie.

La ternura lo embargó de inmediato. Era Ikash, desde luego, pero muchos años antes: de niño, con las mejillas redondeadas y sonrojadas por el esfuerzo. Sin embargo, lo que más le sorprendió fue el pelo.

Lo tenía blanco por completo.

Y le saltó sobre la frente ante el nuevo gruñido del otro daheerar, que le hizo dar un respingo. Ahí, en la orilla contraria, semioculto tras un matojo, había un andyra.

Rog lo reconoció por sus fuertes patas, su lomo y su rostro cubiertos de pelo pardo moteado de puntos blancos y sus orejas puntiagudas, largas como las raíces de un árbol. Siempre le habían parecido hermosos. Parecía algo cansado, pero sabía que podían correr distancias increíbles, incluso en climas extremos, y que su canto tenía poderes curativos. Era como un silbido.

En aquel momento, no obstante, fue un chillido ahogado.

Porque el daheerar se acababa de arrojar contra él, sin más aviso que un nuevo berrido. La imagen se quedó paralizada a escasos pasos del agua, pero enfocada en su figura alargada, que se elevó con la facilidad de una brisa y cayó en el extremo contrario del lago justo cuando el andyra echaba a correr.

A trompicones.

El daheerar hizo ademán de ir tras él, pero al cabo de un par de pasos se percató de algo y se volvió. Clavó la vista en la orilla contraria.

Fue la única vez que Rog entendió lo que decía:

—*Ikash*.

Él dio un paso, y la realidad se sacudió hasta clavarse en unos pies descalzos que solo avanzaron unos centímetros sobre la tierra mojada.

Volvió a fijarla en el frente.

El hastío que cargaba el bufido que soltó el daheerar pareció atravesar la distancia como un disparo. Se dio la vuelta de nuevo y terminó de lanzarse contra el pobre animal, que apenas había logrado internarse en el bosque. Había algo raro en él; en su forma de reaccionar, aparte de su evidente cansancio. Rog no logró saber el qué, porque ya lo había tomado por una de las patas traseras y

comenzaba a tirar de él en dirección contraria mientras se revolvía y chillaba entre sus garras. En vano.

El recuerdo parpadeó en negro. La imagen se revolvió.

Fue un vahído.

Cuando recuperó consistencia, el andyra se encontraba a sus pies, y su costado subía y bajaba entre gemidos de puro dolor.

Tres filos sangrientos se habían abierto en su costado.

Rog no supo si la exclamación de Ikash cubrió pasado o presente; solo que la bocanada de energía lo golpeó de lleno, y el despacho se tambaleó hasta sus mismísimos cimientos.



Capítulo 47

La visión se fundió en cuanto su hombro izquierdo encontró el suelo.

El dolor fue un relámpago que se le esparció hasta la punta de los dedos, pero de alguna forma –no supo cómo, tal vez por la adrenalina que lo recorría por dentro–, logró ignorarlo y revolverse para mirar a Ikash.

Estaba de rodillas, con la cabeza gacha, y jadeaba; la silla en la que había estado sentado se encontraba tirada de lado bajo una de las mesas de trabajo, que se había desplazado varios metros.

Y una luz lo envolvía en capas centelleantes.

De pronto, con dos bocanadas, el resplandor estalló en diminutos fragmentos, y el hechizo que se dispersaba en el ambiente se fundió a la par.

El laboratorio perdió el verde y se sumió en las sombras.

Lo único que Rog alcanzó a ver durante unos segundos fueron puntitos negros que acabaron revelando la expresión de sorpresa de Phie. Tenía el recogido alborotado y se llevaba la mano al pecho, y Nuantt se había refugiado bajo la repisa de la chimenea, asustado. No obstante, Tía permanecía inmóvil.

Sus labios apretados eran el único indicio de sentimiento en su rostro, a pesar de que su pelo rojo se le escurría sobre las sienes, y todos los objetos que habían ocupado la mesa se esparcían por doquier; los portavelas, hechos trizas en el suelo.

No parecía importarle.

–¡Rog!

No supo primero quién lo llamó, solo que, cuando quiso darse cuenta, era su prima quien lo estaba tomando por las mejillas y, de rodillas a su lado, lo examinaba bajo el resplandor de Darinn, que revoloteaba entre ambos, alarmada.

Las imágenes le bailaban aún en la cabeza: las montañas, los daheerar, el vaho, las manos diminutas de Ikash, su rostro reflejado en el hielo, el andyra herido... El grito. Por eso tardó en darse cuenta de que se habían encendido todas las velas del laboratorio.

Magia.

–Phie –susurró, llevando los dedos al dorso de su mano izquierda–. No te preocupes. No ha sido...

Sin embargo, otra voz atravesó la estancia:

–Le he hecho daño.

Ikash.

Sonaba definitivo y a la vez tembloroso, atormentado.

Cuando su prima se removió, Rog vio que seguía de rodillas, con la mano apoyada ante él para estabilizarse y los hombros hundidos. Miraba al frente.

En su dirección.

–Ikash... –dejó escapar.

Trató de incorporarse, y le supuso un mundo. Le pesaba todo el cuerpo, como si le hubiera caído una de las estanterías encima. De hecho, Phie tuvo que ayudarle; Darinn le llamó varias veces, pero la ignoró.

Una vez sus zapatos se asentaron sobre el suelo, repitió el intento:

–Ikash. De verdad. Estoy bien.

Fue consciente de lo poco convincente que sonaba, del cansancio que impregnaba su voz; por eso dio un paso más hacia delante.

Tuvo que apoyarse en la mesa para no caer de bruces.

–No quiero seguir –sentenció Ikash.

Sus ojos blancos habían pasado a clavarse en un punto distinto. En Tía. Y su tono era duro, firme; más que nunca. Si ella se sorprendió, si le afectó lo más mínimo, no dio muestra alguna.

Rog la vio erguirse en su asiento y apoyar los codos ante sí, lo que hizo que Ankoe se elevara por encima de su hombro.

–Muy bien. –Hizo un gesto hacia la puerta con las cejas, que le pronunció aún más las arrugas de la frente–. Aunque sabes lo que implica.

«Lo que implica». Atrasar sus avances. El hechizo.

Al oírla, otra bocanada de magia reprimida recorrió los puños de Ikash, aunque los apretó de inmediato. Su rostro había pasado de mostrar temor a algo muy parecido a la furia, diluida por la angustia. Por la culpa.

–Prefiero eso.

Se dio la vuelta y se marchó con un portazo.

El primer pensamiento que le atravesó la mente a Rog fue que tal vez aquello hubiera ocurrido por su culpa.

El segundo, que no tendría que haber ido allí. Y quiso dejarlo escapar, disculparse; no obstante, la mirada de su prima le contuvo. Debía de haber sido capaz de leer su mirada una vez más, y por eso también captó su tercer pensamiento, porque fue lo siguiente que escapó de sus labios.

Aunque no era tan tirante en su voz como lo sentía él en el pecho:

–Tía. Deberíamos ir con él, comprobar que está bien; es la primera vez que tiene una respuesta así.

¿La primera vez?

–Bueno, es lógico –repuso ella, sin variar ni un ápice el tono–. De hecho, me extrañaba que estuviera tardando tanto en reaccionar.

Con un chasquido de dedos, hizo que todo lo que había caído se alzara a su alrededor y regresara a la mesa. Incluso las esquirlas de cristal de los portavelas se unieron hasta que quedaron como nuevos.

El laboratorio tenía varios hechizos impregnados en los muros de forma permanente –de levitación, de reparación, de iluminación– que solo debía reforzar de vez en cuando; por eso no tuvo que sacar ningún recipiente.

Rog frunció el ceño.

–Su resistencia mental y emocional es de valorar, desde luego –continuó diciendo Tía–, fruto de muchos años de ponerse capas encima, pero no deja de ser lo que cabría esperar ante una exposición así. A todos nos afecta nuestro pasado.

Nadie lo habría dicho de ella.

O eso pensó Rog.

–Parecía que ese recuerdo era especialmente sensible, Tía –replicó Phie, dando un paso en su dirección que Nuantt no tardó en

acompasar–. Tal vez podríamos, no sé..., añadirle un parche al hechizo; algo que le permita segmentar los recuerdos para no entrar en terreno complicado.

–¿Y eso nos beneficiaría en...?

Tía dejó la pregunta en el aire, su ceja arqueada.

Después, con un leve ademán, convocó un cuaderno de tapa dura que reposaba en una de las estanterías más cercanas, junto a una pluma estilográfica. Una mucho más pequeña que Darinn y, por supuesto, inanimada.

Rog supuso que apuntaba ahí lo que sacaban en conclusión de las visiones.

Ella, en lugar de abrirlo, agregó:

–Es justo eso lo que estamos buscando, querida. Lo sabes, y él también. Es ahí donde residen las carencias del otro hechizo.

Le pareció una forma muy fría de enunciarlo.

–Pero una cosa es eso y otra hacerle daño. –Phie usó un tono firme, pese a que sus hombros hubieran perdido algo de fuerza–. Toda esa cantidad de poder que ha empleado para escapar de la visión... La ha quebrado, Tía. Ha deshecho el hechizo completo.

Era una barbaridad.

Aquello la dejó pensativa en el sitio.

–Hay cosas que tendríamos que dejar que nos revelara él –añadió entonces su prima–. Tal vez deberíamos acercarnos a sus vivencias más personales desde un prisma más alejado, sin atravesar los límites, y solo hacerlo si él lo permite porque le resulta más sencillo mostrárnoslo que hablarnos de ello, como pasó con el tema de su huida.

Tras unos segundos, Tía asintió; fue un solo toque, como siempre.

Y se puso en pie.

–Tienes razón. Desarrollaremos el parche. –Phie tomó aire, agradecida–. A partir de mañana.

–Sí, claro.

Su tía, tras murmurar un «Queridos...», se dirigió a la salida, y su prima se volvió hacia una de las mesas de trabajo. Rog se quedó mirando cómo se disponía a ordenar las herramientas que se

esparcían por la superficie, paralizado por el intercambio, mientras Darinn revoloteaba a su alrededor.

Hasta que ella lo miró por encima del hombro.

–Rog. –Hizo una pausa y terminó de darse la vuelta–. Gracias por haber venido. Lamento que haya tenido que ser justo cuando ha pasado esto; nunca sabemos qué recuerdos va a sacar a la luz el hechizo, pero espero que la próxima vez, con el parche, ya esté solucionado. Si quieres bajar mañana también y ayudarnos... Nosotras, agradecidas.

No supo qué responder. No sabía si quería volver.

Ni cómo se sentía. Aun así, cabeceó.

–En realidad –continuó ella, mientras bordeaba la mesa y tomaba un recipiente entre sus finos dedos–, es así como hemos estado trabajando estas semanas: a base de prueba y error. No has podido tener mejor ejemplo de lo que son nuestras sesiones. Si quieres..., mañana te podemos hablar de lo que hemos recopilado del pasado de Ikash hasta ahora, para que puedas darle alguna que otra vuelta al hechizo.

No pudo evitarlo:

–Sé cosas. Ya. Él me... me las ha contado.

Ella frenó sus movimientos y asintió.

–Lo sabemos. –Por alguna razón, a Rog le sorprendió y, pese a que tuvo el impulso de preguntarle al respecto, no llegó a hacerlo–. Ahora, si quieres, puedes irte a descansar. Debes de estar molido. –Parpadeó, como si acabara de percatarse de algo–. Aunque... ¿de verdad te encuentras bien? ¿Necesitas ayuda para subir o algo? No me importa; acabo en dos minutos y...

Rog separó la mano de la mesa; fue lo que la cortó.

–No, no –dijo. No obstante, el movimiento le sirvió para confirmar que sí, estaba bien; seguía sintiéndose pesado y una presión extraña se le esparcía por el pecho, pero el mundo se mantenía estable bajo sus pies y ya no le palpitaba tanto el brazo–. O sea, sí. Puedo, tranquila. Aunque gracias por preocuparte y, eh... Y por invitarme a venir. En cuanto a mañana...

Lo dejó en el aire, dudoso.

–Lo vamos viendo –aventuró ella al percatarse.

–Lo vamos viendo.

Una sonrisa en la distancia.

–Buenas noches, Rog.

–Sí. Buenas noches.

Al compás de sus pisadas, al dirigirse a la puerta, la vocecita de Darinn se esparció en el aire mientras se despedía tanto de ella como de Nuantt.

No tardó en dejar el laboratorio, el pasillo del sótano y la semioscuridad a sus espaldas, ni su mano en deslizarse hacia arriba por la barandilla de las escaleras. Lo único que se quedó fue la inquietud en su interior.

Una que, lo sabía, tenía nombre y los ojos blancos.

Tal vez por eso no subió directo a su dormitorio, a pesar de que los músculos le rogaran descanso y que su onnie le dijera que ella sí iba a hacerlo. Sabía que su mente no se lo concedería, al igual que sabía dónde encontraría la razón de sus desvelos.

Dejó que fueran solo hipotéticos.

La brisa nocturna le acarició el flequillo y las pecas de sus mejillas mientras recorría el sendero de flores que se esparcían, con sus hojas alargadas y acabadas en punta, por todo el patio delantero. Fueron ellas las que lo guiaron en dirección al rincón perdido junto al cobertizo.

Frenó de golpe en cuanto lo vio.

Esperó a que el cielo se tragara todo resquicio de magia sobrante antes de terminar de recortar la distancia, renqueante, con los dedos enlazados ante él y una única pregunta que fue un susurro:

–¿Puedo sentarme?

Capítulo 48

Estuvieron media eternidad en silencio, pegados a la pared el uno junto al otro; si le hubieran preguntado, no obstante, habría jurado que solo fue un latido desacompasado que, de pronto, se quebró:

–Lo siento. –Rog giró la barbilla hacia Ikash al oírlo, pero él no le miraba. Tenía las mejillas sonrojadas, tal vez por el esfuerzo de liberarse de la magia, y los ojos clavados en las manos, que reposaban en su regazo–. No te lo he dicho antes. –Así que repitió–: Lo siento. No quería hacer daño... *Hacerte*.

Sonaba de nuevo tan apagado, tan débil, sin rastro alguno de la dureza anterior, que una parte de él –la misma de siempre– le instó a alargar los dedos y cubrirle los suyos. La otra no se atrevió a hacerlo. ¿Cómo no?

–Lo sé. Pero estoy bien, Ikash. Lo decía en serio.

–He visto tu cara –replicó él.

Para no llamarle «mentiroso».

Por alguna razón, aquello hizo que Rog esbozara una sonrisa.

–Bueno, vale. Me duele un poco –reconoció–, pero no pasa nada. No parece roto ni nada; mira. –Movió el brazo para demostrárselo, aunque él solo lo miró de reojo–. ¿Ves? Me saldrá un moratón como muchísimo, pero en unos días estaré como nuevo. No soy tan flojucho, ¿sabes?

Intentó que eso le saliera jovial, bromista, y creyó que lo había conseguido, pero Ikash terminó de girar el rostro hacia él y vio que la preocupación, la culpa, no lo habían abandonado.

Le habría encantado borrárselas de un plumazo.

–Has venido aquí –dijo él, sin embargo.

Rog no supo si era una conclusión –su forma de aceptar que estaba bien de verdad– o si se trataba de algo más. Algo distinto. Con un significado más profundo.

No lo lograba desentrañar.

–Sí –respondió. Y de pronto tuvo la necesidad de añadir–: A Darinn le habría encantado acompañarme, por cierto, pero estaba muy cansada.

La quietud volvió a rodearlos, ineludible, y la sintió en cada centímetro de su cuerpo, pese a los cientos de preguntas que se colaban entre imágenes que parpadeaban en negro y que luego se fundían en el laboratorio.

Lo que había visto. Su recuerdo.

–Quieres que te explique, ¿verdad? –acabó preguntando Ikash con tono suave–. La visión.

–En realidad, me vale con saber cómo estás tú; lo otro, solo si quieres. Y si te va a servir. Como siempre.

Con sus tandas de preguntas incómodas.

Él no respondió de inmediato, sino que fijó la atención de nuevo en la distancia y frunció el ceño, como si necesitara poner en orden sus pensamientos antes de proceder. Por eso, Rog se adelantó:

–No me lo has dicho. Cómo estás tú.

Lo miró.

–Ya mejor.

–Bueno. Es un paso, ¿no?

–Pero porque lo estás tú. Bien.

Aquello le recorrió el pecho como un aleteo y las mejillas como una bocanada de fuego. Recordó sus palabras en el laboratorio, antes de marcharse: «Prefiero eso». Pagar con las consecuencias de detener la sesión.

Se apoyó las manos en las piernas para que no le temblaran.

–Dices –agregó Ikash, y se encogió un poco de hombros–. Lo otro estaba ya, en verdad. En mí. No lo había olvidado.

Parpadeó. No era cierto, ¿no?

Estaba fingiendo que no le había afectado tanto como lo había hecho. Era evidente. Tía y su prima habían dicho que era la primera vez que tenía una respuesta así. Sin embargo... De pronto, no era capaz de leer sus emociones del todo como había hecho siempre. Escapaban solo por resquicios.

–Pero no debe de haber sido tampoco fácil revivirlo, ¿no?

Una pequeña pausa, y después:

–No.

Y aunque era lo que imaginaba, sonaba firme. Sincero.

–¿Y quieres...? ¿Quieres hablar del tema?

Despacio, Ikash se recolocó en el sitio y dejó que las palabras escaparan de entre sus labios. Y lo hicieron, sí, igual que cada vez que compartían retazos de sus vidas: pequeñas e incómodas pero suyas. De los dos.

Rog las atesoraba; quería pensar que él también.

–Esa era mi aldea, sabrás –comenzó–. En Odelot. Vivía allí con los demás. Él era Ekjer. Su nombre: Ekjer.

–¿El que... acompañaste al lago?

Otro asentimiento que hizo que los mechones bicolores que se le acumulaban en la frente dieran un pequeño vaivén.

–Los dos nacimos de los mismos *jharja*.

Jharja. Nunca había oído esa palabra. ¿Se refería a «los mismos daheerar»? ¿Había estado en lo cierto al considerar a aquel grupo del que había emergido una familia, por mucho que no las considerasen como tal? Entonces, ¿eran sus «padres»? ¿Y ese otro, su... «hermano»?

–Me enseñaba –siguió diciendo–. Lo hacemos así: los grandes enseñan a los pequeños. Todo lo que saben. Por eso el andyra. Ekjer intentaba... Quería... –Sacudió las manos, de pronto incómodo–. Quería robarle. Que yo lo hiciera.

Robarle magia. Nutrirse de ella.

Absorberla y fortalecerse, lo que cambiaba su apariencia.

–Lo hice. No podía controlarlo. No... Lo trajo, ante mí, débil; con sangre. Y yo... Ni siquiera lo toqué. Su magia vino de la nada, y la tuve. En el pecho. –En esa ocasión, su voz fue apenas apreciable, como un gemido–. Y...

Entonces sí, la mano de Rog cayó sobre sus dedos.

No lo pensó. No lo consideró. No le importó.

El impulso tiró de él.

Su mirada blanca encontró la suya y la sintió como una estaca. Era tristeza y culpa en su máximo esplendor; tan pura, rígida, ardiente e

intraspasable que ni siquiera los años habían logrado hacer mella en ella. Lo sabía.

La tenía clavada en lo más hondo. Grabada a fuego.

–Ikash –lo llamó–. No hace falta que sigas si no...

Pero él negó, firme, en una lucha interna constante.

Aunque sí se dio unos segundos.

–Lo llevó a nuestro *grubhe* –acabó diciendo–. La guarida. Esas cabañas del hechizo. –Rog asintió–. Lo colgó en... un muro. Cada día, cada vez, al despertar, lo vi deshacerse hasta que no fue. Nada. Solo hueso. Y yo...

Se cortó, tal vez perdido.

Tal vez dolido y asqueado y culpable; siempre culpable.

Le vio volver a sacudir la cabeza antes de continuar:

–Cuando somos muy pequeños, los *jharja* nos dan magia. Por eso viste mi pelo blanco. Todo blanco. Pero luego tienes que hacerlo tú, porque no te pueden dar siempre. Y por eso me llevó. Ya la primera vez supe que no... No quería. Y me negué. Por eso lo puso en la pared. Para que viera y aprendiera. Y más veces, después; con otras.

Con otras criaturas.

Rog tragó saliva. Cada palabra le removía las entrañas.

Aquello le parecía horrible, injusto, brutal y despiadado, por mucho que fuera una cultura ajena, con su propia lógica, pasado e historia y valores y circunstancias; por mucho que no alcanzara a comprenderla y que, quizás, no fuera a ser capaz de hacerlo nunca. Pero no podía justificar el dolor que se impregnaba en su voz.

No fue capaz más que de apretar los dedos en torno a los suyos y desear, con todas sus fuerzas, que fuera suficiente.

–No podía evitarlo –siguió Ikash–. Me obligaba. Me llevaba con él. Con otros daheerar. Todos lo hacían, y yo también... Al principio lo aguantaba. Tuve. Para que no llevara más al *grubhe*. Los demás abandonaban a las criaturas después de robarles. Así que era mejor. Luego empecé a soltar. La magia. Entendí. Aprendí que podía. Y me escapaba cada noche, como ahora. Durante el día, aunque no usaba magia, hacía que sí y solo robaba, y luego soltaba para que les volviera a los animales. Escondido. Muchos se recuperaban si solo

los tocaba yo, si fingía con los demás que les había robado todo, y estaban bien. Podían huir.

Con aquello, la voz no se le cortaba tanto. Rog supuso que era lo único de lo que, quizás, se sentía orgulloso, la parte «bonita» de la historia: había encontrado la forma de salvar a muchas de las criaturas. Claro que la oscuridad seguía cerrándose en torno a cada párrafo como garras afiladas en un puño.

–Pasé años así. Hasta que lo vieron. –Se le cortó el aire. Se habían dado cuenta, claro; su apariencia no cambiaba, a diferencia de la de los demás–. Hice no saber por qué, pero Ekjer me siguió una noche. Me vio soltar magia. Se enfadó. Me agarró del cuello y estuvo a punto de...

Rog bajó los párpados, consciente de lo que se venía.

Ikash hizo una pausa, esta vez más larga que las demás; tanto que llegó a creer que lo dejaría ahí y abrió los ojos para comprobarlo. Sin embargo, con lo que se encontró fue con que estaba esperando. *Esperándole*. Al verlo afectado a él.

Era... increíble.

–Perdona –suspiró–. No quería interrumpirte. Es... Sigue, por favor. Si quieres.

Él, aunque dudó un instante más, como para asegurarse, acabó obedeciendo:

–Odio robar magia. Lo odio. Siempre. Pero los demás... No nos hacemos daño entre nosotros. No podemos. Está prohibido. Es lo peor que puedes hacer. Algunos oyeron a Ekjer, los gritos, y vinieron. Lo pararon. Después, al día siguiente, hubo un... –Pensó cómo describirlo–. Un círculo entre todos. Y los *jharjereg*, los jefes, lo echaron. Yo me quedé. Aunque él les contó lo que hacía. No les gustó.

–¿Y qué pasó? ¿Tus pad...?

Se cortó. Sin embargo, él lo completó:

–«Padres». Los llamamos *jharja*. –Sí, se lo había dicho, y se dio cuenta de lo similar que era la palabra a la que había usado para designar a los dirigentes de la tribu–. No es lo mismo, lo sabes, pero puedes decirlo si es más fácil.

Rog negó; le estaba hablando de los suyos más que con un par de pinceladas dispersas, como hasta entonces, y quería respetar, al menos, sus términos.

–*Jharja* –repitió, y después–: ¿Hicieron... algo?

Lo esperaba, pero sintió el pinchazo al verle negar una vez más.

–No. No me quisieron más con ellos. Pasé a vivir solo, ni en *grubhe*; en una cueva cerca. No podían echarme porque no había faltado la ley, pero algunos querían. Aunque era como si no estuviera. Tuve que aprender a buscar ropa y comida. No es difícil en la montaña, pero tampoco es bueno ni hay siempre. –Torció el gesto, resignado, y Rog no supo qué era peor, si eso o la pena con la que añadió–: A veces tenía que robar.

–Lo siento muchísimo, Ikash.

Le salió sin pretenderlo.

En ningún momento había querido mostrarle lástima; detestaba que lo hicieran los demás con él, pero no había podido contenerse. Tuvo el impulso de retractarse de inmediato; de hecho, le quemó en la punta de la lengua. No obstante, él cerró los dedos en torno a su pulgar y fue suficiente para detenerlo.

Eso, y su voz:

–¿Tú? No me has hecho nada.

Rog sonrió un poco, solo que no fue una sonrisa feliz.

–Ya.

Su respuesta dejó a Ikash en silencio de nuevo, con los labios apretados, y sin apartar la mirada de la suya durante mucho tiempo.

Entonces, Rog se percató de algo más mientras contemplaba aquellos dos halos blancos que centelleaban bajo la noche, como una promesa del arcoíris que contenían en su interior: esos ojos no eran «ojos normales», como él los consideraba.

Eran el reflejo de lo que ocultaba en su pecho; del impulso de haber decidido huir de lo que tanto lo aterraba. De hacer daño.

Era simple y pura bondad.

Capítulo 49

Istella se llevó la mano a los labios en cuanto Rog terminó de hablar.

–Ay, mi pobre...

Matine, recortada contra las fachadas de las casas de delante del taller, tenía la boca apretada y el ceño tan fruncido como Derro, que se encontraba de brazos cruzados junto a ella. Ninguno dijo palabra; no lo habían hecho durante todo el relato. Por eso el suspiro de Rog se oyó con tanta claridad.

–Ya. Es... No lo sé. Horrible.

Clavó la vista en los adoquines de la calle; porque también era así como se sentía por haberles contado lo que Ikasah y él habían compartido la noche anterior.

No había sido algo premeditado. Mientras bajaban la cuesta aquella mañana, Phie le había comentado un inocente «¿Adónde fuiste al final, cielo? Vi la puerta de tu habitación abierta cuando subía y, como estaba la luz apagada, me extrañó y me acerqué». Y ya se había visto obligado a responder con el porqué, que había ido acompañado de la explicación de la sesión en el laboratorio para Matine, Derro, Istella y sus onnie, que daba la casualidad de que caminaban y flotaban a su lado.

Guezo e Ikash se habían adelantado un poco para ultimar los detalles de la «inauguración» del escaparate; la primera, la que era para ellos. La de los vecinos tendría lugar con la apertura al público. Por eso ellos se habían quedado ahí, junto a la verja del jardín delantero del taller, que seguía desnudo.

Istella le tomó la mano y se la apretó.

–Es horrible.

Y, aun así, a Ikash no le había costado apenas reponerse.

«Lo otro estaba ya, en verdad. En mí. No lo había olvidado».

–Le conté lo del parche del hechizo –añadió dirigiéndose a Phie, que asintió. Aquella mañana se había dejado el pelo suelto, y le caía sobre el peto del uniforme como una manta roja brillante, aunque también parecía cansada–. Creo que eso lo relajó un poco.

Había sido después de que Ikash le preguntara si seguiría yendo a las sesiones con ellos, y él había respondido que no lo sabía, pese a la propuesta de su prima. Y lo había hecho al ver alarma en sus pupilas. Y es que todo se resumía en eso, en lo mismo: no le importaba hacerse daño a sí mismo, sino a los demás.

«Pero porque lo estás tú. Bien».

No le pasó desapercibida la mirada de Matine, clavada en él.

–¡*Eeeeeeeeoooo*, *primatillos*! –Los gritos atravesaron el aire. Era pronto; si había algún vecino todavía dormido, con total seguridad acababa de arrancarles las sábanas de cuajo–. ¡Ya está *listooooooo*!

Se giraron al unísono.

Guezo era una centella verde –boina mágica incluida– que daba saltos y sacudía los brazos desde el porche de entrada del taller. Ikash se encontraba junto a él, semioculto en la puerta y con el pareo de camuflaje entre las manos, por si acaso algún vecino pasaba por ahí.

Rog sintió que algo se le removía por dentro.

–Anda, vamos –bufó Matine, y echó a andar.

–A mí la verdad es que me pica la curiosidad –opinó Istella, que no tardó en seguirla, con los dedos aferrados en torno a Viure.

–Yo me estoy meando.

Oírle decir aquello hizo que Phie estirara los labios.

Y él, en realidad, también. Un poco.

A medida que avanzaban por el jardín bajo la insistencia de su primo, que les repetía desde arriba lo «*lentisísimos* que eran, por favor», les fue siendo cada vez más difícil no sucumbir a la ilusión que se filtraba en su voz. Claro que también tuvo mucho que ver la expresión que mostraba su acompañante desde su rincón, radiante y expectante.

–¿Sabes lo que nos faltaría? –preguntó Guezo cuando ya ascendían por los escalones; había clavado la mirada en la cortina que había colocado en la parte externa del escaparate, para aumentar el

misticismo–. Unas tijeras. Y como una cinta aquí delante –lo marcó extendiendo las manos–. Podría cortarla y ¡chas! Cae el telón y presentación. Sería *tremendatuken*.

–Ya es *tremendatuken* –terció Ikash.

–¡Pero más! *Tritremendatuken*. Tienes que pensar en las posibilidades. Expandir tus horizontes mentales... En fin –añadió, con una palmadita–, poco se puede hacer ya, ¿no? –Y se giró para recibir a sus primos–. ¡Por fin, santo Firmamento! ¡Casi se me ponen blancos los pelos de las...!

–No nos importa.

–¡Iba a decir «cejas»! ¿Por quién me tomas?

Matine lo contempló durante varios segundos, pero acabó negando con la cabeza y, tras murmurarle que se diese prisa, se situó junto a la puerta del taller, contra la que también reposaba Rimo, con las uñas clavadas en una esquina en su constante apariencia hastiada.

Rog apretó el paso para ir detrás de su prima.

No se percató de la forma en la que Derro, cuando pasó por su lado, lo recorrió con la vista, y luego a Ikash. Aunque quizás fuera porque lo único en lo que se fijó fue en el leve resplandor azul rosáceo de su ojos, que se estiraron cuando le dedicó una sonrisa bajo el marco de la puerta.

Era pequeña y no mostraba sus dientes, y, aunque denotaba nerviosismo, era uno muy distinto al de la noche anterior. Era emoción entrelazada con expectación.

Expectación, quizás, de saber su opinión.

Aunque también había algo más.

Ikash estaba satisfecho con lo que había hecho; lo notaba en cada poro. Y fue suficiente para que todo lo demás –los recuerdos y la preocupación y la sensación de impotencia y la lástima que no quería sentir– desapareciera, y para que la ilusión terminara de abrirse paso en su interior y lo llenara todo.

Le devolvió la sonrisa casi sin pensarlo.

–Bueno, bueno, bueno. –Guezo se paseó por delante de sus primos y sus onnie, que ya se encontraban dispuestos alrededor del escaparate–. ¿Para qué vamos a atrasarlo más, no? –Se dirigió a Ikash–. ¿Quieres hacer tú los honores?

Aquello pareció sorprenderlo, porque se puso rígido. Y tal vez se equivocaba, pero le pareció percibir un ligero toque rosáceo sobre sus mejillas.

–¿Yo? –preguntó.

–¡Hombre, claro! ¡Sin ti, esto no habría pasado ni en mil vidas!

–¿Y... la gente?

–¡Estamos aquí en medio! ¡No te van a ver!

–O ponte el pareo –sugirió su hermana.

Aquello pareció convencerlo más, porque, tras recorrerlos con la mirada, dio un paso adelante y aprovechó el impulso para colocarse el pareo sobre los hombros. No tardó ni un segundo en fundirse contra la fachada.

Aun así, el leve chirriar de la madera del suelo bajo las pisadas les indicó que avanzaba, y el vaivén de la tela bajo sus dedos estirados, que había llegado. Entonces, Guezo entonó:

–A la de cinco. Uno, dos... Bueno, ¿qué más da? ¡Dale!

Y eso hizo.

Con un sonido semejante al de una costura al desgarrarse, la cortina cayó al suelo, lo que arrancó un suspiro conjunto al revelar cinco filas de tablas de madera... vivas.

Era la única forma de describirlo.

Los estantes se dividían en distintas secciones; algunas en horizontal, otras en vertical y hasta oblicuas, y cada una mostraba productos diferentes que subían y bajaban y soltaban destellos sin parar.

Había sombreros de playa, capas de primavera y zapatos altos en la esquina superior izquierda. O no, en la inferior, junto a los bustos de maniquíes con colgantes perlados y manos repletas de anillos, cuyos dedos parecían querer tocar los recipientes de hechizos que, en el centro, se acercaban y alejaban del espectador. Sin embargo, no tardaron en ser sustituidos por el apartado de los viales de pócimas, que descendieron dando tirabuzones, cada uno enganchado en un entramado que recordaba a un arbusto desnudo.

Guezo les guiñó el ojo.

–Impresionante, ¿eh?

–Caótico –dijo Matine, pero no disgustada con lo que veía.

Yiun y Darinn se habían acercado flotando para echar un vistazo de cerca, e Istella tenía una expresión de pasmo bastante divertida que le estiraba las pecas. Phie, por su parte, había torcido los labios en una mezcla de sorpresa y aceptación, como si no hubiera podido esperar otra cosa de su primo.

Rog no podía estar más de acuerdo.

–¿No va muy rápido? –preguntó Derro.

–Ah, bueno –respondió Guezo, demasiado ufano como para preocuparse de verdad por las reacciones–. Es reajustable. Solo tengo que dar un... –Chocó el índice con el pulgar dos o tres veces y las secciones pasaron a intercalarse de forma mucho más lenta–. Ajá. ¿Mejor? Me diréis que no llama la atención.

–Eso desde luego –dijo Hishu.

–¿Va a estar ahí siempre? –continuó inquiriendo su primo mayor.

–Ah, no. También puedes pararlo cuando quieras. –Y eso hizo, con otros golpecitos más. Esta vez, cuatro–. Habrá que dormir y tal.

No obstante, una de las capas se había quedado congelada justo cuando pasaba por delante, justo a la derecha, de forma que tapaba parte de los objetos en exposición, así que Guezo se apresuró a reanudar la marcha para que siguiera rulando alrededor.

–¿Solo puedes hacerlo tú?

Debía de estar esperando la nueva pregunta de Derro, porque la respuesta salió casi antes de que terminara:

–Efectivamente.

Aquello le hizo chasquear la lengua.

–No sé si me convence...

–Pues yo creo que está gracioso –intervino Matine, y, por primera vez, su hermano pareció sorprenderse de verdad–. Desde luego, quien se acerque va a quedarse mirando. Que les gusta a nuestros queridos vecinos un meneo, ¿eh?

Aquello arrancó risitas a su alrededor, incluso una sonrisa de su primo mayor. Una vez se calmaron, se excusó para poder ir corriendo al baño por fin, aunque otra ronda de opiniones se fue expandiendo a lo largo de la entradilla mientras el escaparate rodaba y rodaba bajo el aura de sus onnie.

–¿Qué te parece? –La pregunta fue un susurro en el oído de Rog–. A ti.

Estuvo a punto de dar un respingo y, aunque logró contenerlo, no habría podido decir lo mismo de los latidos de su corazón en el pecho. Al volverse, la figura difuminada de Ikash se encontraba a su lado.

–Es caótico –reafirmó la opinión de su prima con una sonrisa–, pero... –Volvió a recorrer el escaparate con la vista. Los recipientes de hechizos giraban alrededor del perímetro como un trenecito de juguete propulsado–. Me parece increíble que hayáis conseguido hacer *eso* solo con madera y savia vin.

–Y la mente de Guezo.

–Bueno, claro –asintió, contagiado por la diversión que había sentido impregnada en su tono–. El motor principal. –Le oyó reír de nuevo y sintió que se acercaba un poco más a él–. Y tu magia también.

Hubo un instante de silencio:

–Mi magia –repitió Ikash.

Le pareció que el esbozo de su figura volvía a clavar la vista en sus primos, en el escaparte, en su logro. Aunque ya no dijo palabra.

Quizás por eso las suyas saltaron de sus labios sin permiso:

–Perdón. No quería...

–No, no –le cortó, y sintió que sus ojos regresaban–. Está bien.

–¿De verdad?

La respuesta, por muchas cosas que se hubieran quedado sin pronunciar en aquella pregunta, por muchas dudas y recuerdos de conversaciones compartidas bajo la luna que albergara, no se hizo esperar. Fue una brisa contra la mejilla:

–Nunca mejor, Rog.



Capítulo 50

Decir que aquel día había sido lo más mínimamente productivo habría sido una mentira como quince talleres Vondel de grande.

Porque, sí, a los anessinos les gustaba «un meneo», y la inauguración pública del escaparate habían acabado convirtiéndose, gracias a la poderosísima magia del boca a boca, en un piscolabis multitudinario a base de sándwiches y bocaditos de la cocina de los Donci, una decena de cajas de pastitas de la señora Carmira, infusiones del herbolario de los Dane y, de remate, la famosísima limonada de Iguel Tarehlo, el jefe del Consejo de Agricultores del Sur.

La fiesta se había extendido hasta mitad de la tarde, por lo que ninguno había tenido demasiadas ganas de trabajar después. Además de que los chismes habían tirado mucho más; tanto que había sido lo que les había acompañado hasta que habían echado el cierre, hacia las siete de la tarde.

Había habido para dar y tomar, desde luego: desde la aparición de Tía y de Ankoe en el último momento –que había revolucionado a las vecinas– hasta el «accidente» que había tenido Gell Fenrer, que se había asustado *al asustar* a una de las sandalias voladoras de Matine, que, a su vez, había asustado a la onnie de la señora Dressa, la gerente de construcciones (gracias al Firmamento, no había habido heridos, salvo un par de vasos ya vacíos), pasando por el reencuentro de Avi Dhita con su excuñada, después de años desde que se habían separado de su marido.

Aunque no había sido ninguno de esos chismes el que había destacado entre los primos, en realidad. La estrella había sido, ¿cómo no?, el encuentro de Derro y Arualle Dane.

Al principio, habían tratado de hacerlo parecer casual: un ligero saludo y un par de intercambios cordiales junto al mostrador, pero

Istella aseguraba que no habían dejado de buscarse con la mirada. Claro que lo mejor era que luego se habían visto en el patio de forma «inesperada», en palabras de su primo, y «casi furtiva, aunque en verdad no haya pasado nada interesante», en las de Matine, corroboradas por Rog e Ikash. Al fin y al cabo, los tres habían permanecido la mayor parte del tiempo fuera para que nadie se percatara de que había una figura traslúcida flotando entre ellos; por suerte, la afluencia constante y los efectos de la limonada ayudaban bastante.

En realidad, a Rog le daba pena que nadie fuera a reconocerle a Ikash el trabajo como hacían con Guezo, aunque él le había asegurado que no pasaba nada. Así que no, no había sido un día especialmente provechoso. Por eso, cuando, con los ojos centelleantes en amarillo, le había propuesto durante la cena practicar su forja después, había asentido de inmediato.

Y ahí se encontraban: el uno ante el otro, con Darinn entre sus dedos, y el hechizo completo, palabra por palabra, esbozado en el papel.

Y brillante. Casi activo. A falta de ser recogido. Era lo único que les había quedado por hacer antes de que la magia se debilitara de nuevo.

Rog alzó la barbilla.

–Vale, bien –dijo–. Otra vez. La última y ya te dejo; lo prometo.

Una sonrisita se paseó por los labios de su acompañante.

No. Su *compañero*. Su ayudante. Su... amigo.

Sintió un vacío extraño en el estómago, repentino, aunque se dijo que eran nervios. Estaban cerca de lograrlo, al fin y al cabo. Lo percibía en el aire. O en la brisa que se colaba por la ventana abierta y que, tras acariciar sus enredaderas, chocaba contra la puerta, cerrada como recordatorio de que aquella no era noche de asamblea. Era noche de magia.

Era suya. De los tres.

–No molestas –le aseguró Ikash–. Quiero. Estar, digo.

Por alguna razón, eso rellenó el hueco; fue una especie de revoloteo tras el ombligo que le impulsó a asentir. Sin soltar a Darinn, se recolocó sobre la silla y contempló la vela, la hoja, el

recipiente –cóncavo, destapado y vacío– y el resto de la madera despejada ante él.

Tomó aire. Cuando estuvo listo, preguntó:

–¿Vamos?

Un tintineo junto a un destello rosáceo fue toda la respuesta de su onnie. Así que Rog extendió la mano contraria, a la espera del roce al que tanto se había acostumbrado. Los dedos de Ikash se cerraron en torno a los suyos, cálidos y eternos y capaces de lograr lo imposible. Porque lo era. Porque así lo había creído hasta hacía apenas unas semanas. Porque, en parte, lo seguía creyendo.

Pese a que se forzó a abrirse por completo, hasta la más pequeña de las venas de su cuerpo, la magia, esta vez, tardó un poco en filtrarse en su interior.

No obstante, lo hizo.

Por supuesto que lo hizo, y se llevó consigo hasta el último recoveco de la realidad. Y la energía estalló: fuera, dentro, ojos, boca, cama, techo y pecho para después esparcirse por sus hombros y codos, derramarse por la estructura metálica de la pluma que ondeaba a su lado –siempre a su lado– y retomar fuerza en cuanto la hizo bajar hasta el escritorio.

Juntos, encontraron de nuevo el folio.

En aquel diminuto hueco que quedaba en blanco, entre los rastros de su empeño, escribió, sin duda y sin temblores:

Ferasei edev dánderas tian esarekaph.

Cada trazo, cada letra, se fundió en dorado. Aunque quiso correr, apresurarse a pasar los dedos sobre ellas y posar la yema en su palabra-centro hasta que se elevaran, se obligó a proceder con calma, consciente de las bocanadas de magia que le latían por dentro.

Bebió de cada instante, del latido desacompasado de su corazón.

Entonces, se detuvo.

El recipiente, heptagonal y de cerámica, ya estaba listo a su lado. Con un leve gesto de muñeca, como si rozara las cuerdas de un arpa, despegó las palabras y las hizo bailar en la palma de su mano hasta que conformaron una única mota fulgurante que, a una orden susurrada, viajó hasta su nueva morada.

Jadeaba cuando por fin cerró la tapa y lo sostuvo entre los dedos.

–Ya está –dejó escapar a media voz, con los ojos húmedos, el mundo borroso mientras trataba de recuperar consistencia y un cosquilleo en la garganta que amenazaba con derramarlo todo–. Lo hemos hecho.

Tembloroso, colocó el recipiente sobre la mesa con cuidado, temeroso de romperlo en el último momento y de que la magia saliera corriendo bajo el resplandor de su onnie, a la que ya había dejado libre.

Era un pensamiento estúpido, lo sabía. Porque sí, lo habían conseguido. A partir de ese instante, una vez saliera al exterior, la única misión del hechizo sería cumplir con su cometido de llenar de luz el camino. Aun así, no pudo evitarlo, como tampoco el tirón en los labios.

Aunque se le detuvieron al escucharlo:

–Lo *habéis* hecho. Darinn y tú.

El ceño se le frunció antes incluso de llegar a alzar la vista.

–Y tú, Ikash.

Sin embargo, él negó desde el otro lado del escritorio. Una sonrisa se había pintado en sus labios, acompañada de una expresión radiante y casi pícara que se le extendía por cada rasgo.

Ni rastro de cansancio.

–No he convocado magia –le confesó–. Lo has hecho tú.

–¿Qué?

Su voz apenas llegó a rellenar la estancia por encima del frotar de las enredaderas y de la respiración contenida.

–No he convocado –repitió–. He dejado que lo hicieras. *Sabía*.

«Sabía que podías».

–¿Me estás diciendo que me has...?

«Engañado», iba a decir, pero se cortó.

Alzó las manos y se las contempló.

–He sido yo.

Seguía sonando incrédulo, fascinado; tal vez por eso dirigió una mirada a su onnie, que flotaba junto al hombro de su pijama. Estaba sumida en un silencio similar, pero no parecía... sorprendida.

–Fue idea suya. –Tintineó, divertida, haciendo un gesto de plumas arcoíris hacia Ikash–. Me pareció bien. Estaba segura de que ibas a poder, aunque necesitabas ese nuevo empujón.

No podía creérselo. No *podía*, pero, a la vez...

Por eso había asentido antes de darle la mano; no le había extrañado, aunque no era lo habitual. ¿Cuándo lo habrían hablado? No recordaba haberse separado de... *Sí*. Darinn había bajado al comedor mientras él se quedaba un rato más en su habitación, recogiendo (porque había vuelto a desordenarse por obra misteriosa del destino), hasta que lo habían llamado para cenar.

Debían de haber aprovechado ese momento para planearlo todo. Para compincharse en su contra y hacerle creer que era el impulso de la magia de Ikash, como siempre, el que convocaba sus poderes. Pero no.

Lo había hecho *él*.

Por eso había tardado. Aun así, lo había hecho.

Dejó escapar una especie de suspiro que contenía un sollozo que contenía asombro que contenía risa y felicidad exprimida y meses de espera diluidos en las venas. Meses de frustración y angustia y pena; de echar de menos esa parte de él que era tan suya que dolía. Que lo cubría todo.

Al igual que en ese instante.

–Sois...

«Lo peor». «Impredecibles». «Unos tramposos».

«Las almas más bonitas que he conocido en la vida».

Tampoco llegó a dejar escapar ninguna; tan solo estiró la mano en un impulso y rodeó con ella a Darinn, que soltó un chillidito con su nombre antes de verse atraída hasta su pecho.

Al simple contacto, volvió a sentirla: la chispa de su magia, pequeña y parpadeante, pero viva. Ahí. Como siempre. Como si no se hubiera marchado.

Porque no lo había hecho, ¿verdad?

«Sé que tu magia está ahí, en tu interior», le había dicho su prima Phie, «a la espera de que puedas darle alas otra vez».

«¿Y si no?», le había preguntado él, con el miedo impregnado en cada sílaba. «¿Y si no puedo? ¿Y si realmente necesito una fuerza

externa?»

«Bueno, ¿qué habría de malo en necesitarla?».

Por eso alzó de nuevo la mirada.

Ikash no había dejado de observarlo desde el otro lado del escritorio, con el rostro parpadeante a la luz de la vela y del aura rosácea que escapaba desde sus dedos. Tranquilo, seguro, orgulloso y feliz.

Por él.

Tuvo el impulso de darle las gracias una vez más; de ponerse en pie y rodearlo a él también, pero, de pronto, sintió que no había gestos ni palabras suficientes. Que se le habían quedado atorados en la garganta, en la memoria, en las clavículas y en el papel. Que no importaba qué dijera ni cuántas veces lo repitiera ni deseara; se le quedaría corto, insípido y vano.

Y entonces llegó la pregunta:

–¿No lo vas a hacer?

Los ojos blancos de Ikash habían pasado a fijarse en el recipiente, que seguía sobre la madera. Al comprenderlo, con un «Oh» que apenas abandonó sus labios, Rog aflojó la leve presión con la que sujetaba a Darinn, que se alzó de nuevo en el aire, expectante, mientras él se reincorporaba.

El hechizo dormía en el interior de sus siete lados, y cuando llevó los dedos hasta él, con duda, sintió que casi podía sentirlo en las yemas; era una especie de pulso cálido contra sus paredes.

Los miró a ambos, casi como si necesitara pedirles permiso, nervioso.

Había logrado forjar el hechizo, sí, pero aquel era el momento de comprobar su efectividad. El que lo haría real de verdad.

Por eso contuvo el aliento al retirarle la tapa, mientras el reguero de luz mágica escapaba al exterior y se esbozaba de nuevo entre sus dedos con la familiaridad de quien regresa a casa. La palabra centro paralizó el paso del tiempo:

–*Esarekaph*.

Su habitación amaneció en las profundidades de la madrugada.



Capítulo 51

–Soy capaz de convocar mi magia, Tía. De nuevo.

Se había dado tres días más de margen por si acaso, con nuevas tandas de intentos en su gabinete y por su cuenta, a escondidas, cuando nadie más que Darinn miraba. Una parte de sí mismo había necesitado asegurarse (mil veces; más de las que podrían llegar a considerarse razonables) de que no había sido un suceso aislado, un logro fruto de la costumbre, de haber caído en la trampa –la más dulce y entrañable imaginable, sí, pero trampa de todos modos–. No obstante, su magia había vuelto, por mucho que a veces se demorara, que los nervios la hicieran tambalearse y que se fundiera en según qué intentos.

Y aún le costaba decirlo en voz alta. De hecho, se sorprendió porque no le hubiera temblado en aquella ocasión, aunque hubiera salido con timidez.

Su tía lo contempló desde el otro lado del escritorio. Los rayos de sol de aquella tarde de sábado se esparcían por él como dedos eternos que soltaban destellos sobre el cuerpecito metálico de Ankoe. Sin embargo, ella, algo echada para atrás, quedaba sumida en sombras.

–Bien –dijo, y, tras varios segundos, clavó la mirada en la montaña de papeles que tenía entre las manos–. Cerrad al salir.

Aquello lo dejó con la boca abierta, de pie en mitad de su despacho, junto a su onnie e Ikash, que había decidido acompañarle a falta de nada mejor que hacer, aparte de seguir perdiendo partida tras partida del *Calavera Bucanera* en el patio trasero. No supo cuánto tiempo permaneció así –paralizado, removido, como si se hubiera chocado contra una pared de hielo invisible–, solo que lo único que fue capaz de hacer después fue abrir y cerrar los dedos a ambos lados de su cuerpo y dejar escapar un:

–Oh... Sí. Claro.

Se dio la vuelta y echó a andar hacia la puerta.

No sabía qué reacción había esperado.

Desde luego que no las de sus primas, que habían saltado a abrazarlo y a tomarle de la mano mientras le decían cuánto se alegraban por él; ni la de Guezo, claro, que había coreado su nombre a gritos por todo el taller mientras usaba una especie de tubería a modo de trompeta. Ni siquiera la de Derro, que había salido de su gabinete al oír el barullo y que, cuando se lo había contado, había esbozado una pequeña sonrisa y le había colocado la mano en el hombro.

Aun así, la habían interrumpido, ¿no? Debía de tener mucho trabajo, otras cosas en las que pensar. Sin ir más lejos, la noche anterior habían podido poner en práctica el hechizo con el parche que habían estado diseñando y habían comprobado que aún le faltaba un pequeño ajuste para que el intercambio de vivencias no fuera demasiado brusco.

No pasaba nada. Ya se lo había dicho, ya *lo sabía*, y en realidad no estaba tan mal. ¿Qué pretendía? ¿Que le montara una fiesta? ¿*Ella*? Ni en sueños. Y tampoco es que la quisiera; más bien todo lo contrario. Había hecho lo que debía: lo había normalizado, y era, en resumen, lo que había deseado todo este tiempo. No había querido lástima, ¿por qué iba a querer una palmadita en la espalda?

Y no se trataba de nada del otro mundo tampoco, ¿no? ¿Recuperar algo intrínsecamente suyo, que lo había acompañado casi desde que tenía memoria? No era ningún logro sobrehumano; era saltar un bache en el camino. No se había extendido medio año siquiera, tan solo unos pocos meses, y de hecho había logrado superarlo gracias a ella, a su idea.

Aun así...

Agachó la cabeza antes de alzar la mano hasta el picaporte, consciente de la vibración de su onnie contra la nuca. De pronto, la voz de Ikash atravesó el despacho como una bengala, pese a que solo fue una pregunta cargada de incredulidad:

–¿Ya?

–¿Perdón?

Rog se volvió despacio. Su tía había enarcado la ceja izquierda, pero ni siquiera había soltado los papeles. Ankoe, por su parte, solo se había removido en su soporte del escritorio, curioso.

Mientras que Ikash le estaba dando la espalda, plantado sobre la alfombra.

–¿No va a decir nada más?

Una pausa. Sorpresa genuina en un ceño apenas fruncido. Brazos cubiertos de mangas extensas que, ahora sí, se desplazaron para cruzarse sobre el chal que cubría el abultado vestido verde.

Y después:

–¿Qué más quieres que diga?

Rog dio un paso adelante; la comprensión era un pinchazo en el pecho.

–Ikash...

–No sé. –Si había oído que lo llamaba, no dio muestra alguna. Veía la línea de su mandíbula apretada de indignación–. Le ha dicho que puede usar su magia. Solo. Otra vez. Sin mí.

–Mi capacidad de escucha sigue intacta. Y creo habérselo reconocido.

–«Bien» –repitió su apreciación, y dejó escapar el aire–. Y ya.

–¿No te parece suficiente?

Ni dudó al respecto:

–No.

Rog avanzó de nuevo.

–Ikash, de verdad, da igual. No... –Pero no daba igual, ¿verdad? Por eso se calló–. Vámonos. Perdone, Tía. –La miró apenas un instante en la distancia que los separaba–. No queríamos molestar.

Eso era cierto.

Quiso tomar a Ikash del brazo con cuidado, guiarle afuera y decirle que de verdad no pasaba nada y agradecerle el intento mil trescientas veces. Pero antes de poder rozarle siquiera, se apartó. Sus ojos segmentados en azul –tras el tentempié de media tarde que habían afanado de la cocina, poco antes de subir– se clavaron en él.

Brillaban de indignación.

–No. Lo has hecho. Después de todo, *puedes*. Y solo dice eso.

Fijó la atención de nuevo en su tía con un deje acusatorio. Sin embargo, ella no le miraba a él, sino la mano que se había quedado alzada en el aire.

La suya.

La bajó de inmediato.

–Es importante –continuó Ikash–. Para Rog es importante.

Algo le dio un tropiezo en la garganta.

No obstante, se quedó ahí, paralizado de nuevo.

Le pareció que Tía tardaba siglos en apartar sus ojos, cubiertos de una luz que no alcanzaba a desentrañar, y en devolvérselos a Ikash.

–Soy más que consciente de ello –terminó por decir–. Estoy satisfecha con los progresos de mi sobrino; unos progresos que he ido siguiendo a lo largo de las últimas semanas.

Lo primero que se le pasó por la cabeza a Rog fue: «¿En serio?».

Lo segundo fue una réplica de su voz: «Satisfecha».

–Aun cuando no haya ido por ahí pregonándolo –continuó–. No lo he creído necesario.

–Rog se ha esforzado –replicó Ikash–. Mucho. Hasta *esto*.

Él separó los labios, pillado por sorpresa.

–Ikash...

Quiso volver a acercarse, disuadirle, detenerle.

El tono afilado de su tía lo retuvo:

–Ah, ¿sí? –Su rostro no dejaba entrever emoción alguna; era un reflejo vacío pintado de crepúsculo–. ¿Debo recordarte por qué lo ha hecho? ¿Por qué hemos organizado todo esto?

Él no replicó, aunque era evidente.

Por su hechizo; por lo que había venido a pedirle. Y ella lo había organizado todo para que ambos salieran beneficiados.

–Lo imaginaba –concluyó–. Si tienes algo más que criticar de mis conversaciones privadas, agradecería que te lo reservaras. Y, si no te vieras capaz, te invitaría muy amablemente a que te marcharas, como recuerdo haber hecho ya. Estoy ocupada.

Hizo un nuevo gesto hacia la puerta.

Ikash ni se inmutó. De hecho, apretó los puños y le soltó entre dientes:

–¿También fue eso lo que le dijo a Brae?

Brae. La daheerar a la que Tía había ayudado hacía once años.

Y ocurrió: se quebró su máscara, dando paso a cientos de esquirlas afiladas que se le esparcieron sobre los rasgos, uno a uno, desde las arrugas de su frente hasta la barbilla afilada.

–Fuera. Ahora mismo.

La orden se esparció por el despacho; fue una ventisca, aunque Ikash dejó que lo sobrepasara, que le sacudiera los pómulos, el cabello y la ropa; no llegó a congelarlo. Sin dedicarle una sola mirada más, obedeció.

–Y plantéate bien tus prioridades antes de hablar, primero, de lo que desconoces –añadió Tía en el último momento– y, segundo, de lo que no te corresponde.

Él no se giró. Sus pisadas rebotaron en el eco del pasillo, veloces, antes de que Rog pudiera pensar en imitarlo.

No llegó siquiera a abrir la boca para excusarse.

–¿De verdad crees que no me alegro por ti?

–¿Qué? –se le escapó–. No, no, yo... No sé por qué ha dicho eso. O sea, sí es importante, eh..., para mí, pero entiendo que está ocupada. Y me ha escuchado y... Lo entiendo, de verdad. Él solo... Ha sido quien me ha acompañado todo este tiempo.

«Ha visto el esfuerzo. Se ha esforzado él mismo».

«Se preocupa por mí».

Ella se lo quedó observando varios segundos –varias eternidades– desde la distancia, bajo el resplandor del aura de Ankoe.

–Ten cuidado, Rog.

–¿Qué...? –La voz le salió en un gemido confuso, perdido, como si la advertencia le hubiera azotado el rostro–. ¿Cuidado? ¿Por... qué?

Pareció plantearse la respuesta:

–Cierra la puerta y siéntate. Quiero enseñarte una cosa.

Obedeció, consciente de cada centímetro de su cuerpo, del nudo en la garganta, del chirrido de los goznes y de cada uno de sus pasos al compás del zumbido de Darinn. Una vez sentado ante ella, dejó la espalda recta y las manos apoyadas sobre las rodillas, en un intento por contener las dudas que le rugían por dentro.

–Te ha hablado de ella, ¿verdad? –comenzó–. De Brae.

Él separó los labios, aún más sorprendido.

–Eh... Sí, pero...

–Ya.

Se quedó con la palabra en la boca; sobre todo porque, sin más, Tía se puso de pie.

¿«Ya»? ¿Sabía qué pretendía decir? ¿Que, en realidad, tampoco sabía demasiado de ella, aparte de que había sido el ejemplo que Ikash había seguido para llegar hasta allí, que nunca había vuelto con su tribu y que el hechizo que había tratado de forjarle, con el que también pretendía deshacerse de su magia, no había funcionado?

Sus conversaciones, las preguntas incómodas, no habían versado demasiado sobre ella. De hecho, Ikash llevaba bastante tiempo sin mencionarla.

Hasta hacía un instante.

El recuerdo de la expresión que había cubierto el rostro de su tía antes de echarle de allí parpadeó tras sus ojos; sin embargo, ella ya le había dado la espalda y recorría el despacho en dirección al inmenso armario de la pared derecha.

Fue allí donde se detuvo.

Un grueso candado pendía de una de las puertas. Lo tomó entre los dedos justo antes de rebuscar algo en el bolsillo imposible de su vestido: un recipiente de cristal. Un hechizo.

Lo destapó.

–Ikash me recuerda mucho a ella –dijo, mientras el halo de luz mágica escapaba de él y se le enrollaba en la muñeca alzada–. Podría pensarse que por lo obvio, pero no. O no del todo. –Y susurró–: *Efarmérattu*.

Capítulo 52

Hubo un pequeño resplandor. Un chasquido. Un gruñido mantenido y una vibración oscilante que escapó en cuanto la puerta terminó de abrirse, muy despacio.

Y la vio.

Era la misma esfera de luz de la otra vez, con sus profundos tonos anaranjados que se fueron esparciendo por el rostro de Tía, pronunciando aún más los surcos que le rodeaban la boca y haciendo que sus ojos parecieran más duros que nunca.

Aunque era... una dureza diferente.

–Ikash es la razón por la que escapó –continuó–. Aquella tarde. –La tarde en la que se habían colado en el despacho–. Por la que tengo que mantenerlo encerrado; reacciona ante lo que me provoca su presencia.

Recordaba cómo la esfera se había apresurado hacia él en cuanto había entrado. Aun así, ¿por qué le estaba contando aquello? ¿Qué tenía ver con lo que le había dicho de tener cuidado?

No llegó a preguntar nada.

La esfera, a un nuevo ademán de mano –leve, con los dedos unidos en lo alto para, después, abrirlos en un leve toque–, comenzó a moverse por la estancia.

En su dirección.

–Es un hechizo memoráfago –le explicó Tía, con voz sombría, profunda y como ahogada al mismo tiempo–. Se alimenta de recuerdos y los almacena; así puedes revivirlos. Lo forjé en origen hace doce, trece años..., por ahí.

Rog parpadeó, asombrado por el resplandor. Por sus palabras.

Un hechizo memoráfago; jamás había oído nada así.

–Fue en la época en la que me creía invencible, capaz de todo –siguió diciendo ella–. No lo era, a la vista está. Y, aunque me inspiró

para crear el hechizo que empleamos tu prima Phie y yo en nuestras sesiones nocturnas, tiene un fallo evidente: no se nutre solo de trazas de memoria, sino que relaciona recuerdos semejantes a la vez que lo hace mi cerebro. Los busca y trata de hacerse con ellos.

–¿Los recuerdos de Ikash? –alcanzó a decir Rog, alarmado.

Y le pareció que, tras la esfera, la figura en sombras asentía.

–Por eso he tenido que encerrarlo bajo magia. –Lo señaló–. Está alterado. Al inicio, cuando Ikash llegó, no ocurría; pero a medida que he ido conociéndolo, que mi subconsciente ha ido relacionándolo con ella, ha ido buscándolo más y más.

En ese instante, la esfera terminó de alcanzar a Rog y se quedó a escasos centímetros de su rostro; era tan brillante que tuvo que entrecerrar los párpados, aunque el resplandor no llegaba a hacerle daño, y al cabo de un momento la vista se le acostumbró a su calidez vibrante. Fue rápido y duró un siglo a la vez.

Lo mismo que tardó en regresar su respiración, le pareció.

Era un hechizo muy poderoso.

–¿Y podría...? –comenzó a preguntar–. ¿Podría llegar a robarle los recuerdos o... hacerle daño de alguna forma?

Su tía negó.

Y, aun así, lo entendió de inmediato: a ella sí.

Se fijó de nuevo en su expresión tras el resplandor. En lo hundidos que tenía los pómulos y los ojos, como si no hubiera dormido en una semana.

Nunca la había visto así.

–¿Y por qué no lo deshace?

Entonces, una sonrisa.

Una sonrisa que no tenía nada de feliz.

–Porque es lo único que me queda de ella.

Aquello le abrió la boca en una O perfecta.

–Los recuerdos no están en mí –continuó Tía–. No todos. Hace tiempo me deshice de la gran mayoría. Por eso forjé el hechizo en un principio: tenía intención de volcar en él ciertas... cosas. Quería dejarlas aparte, regresar solo cuando yo lo decidiera. –Una pausa–. Aunque, en realidad, es solo ella la que ha acabado dentro de la esfera.

Brae.

Había dolor en su voz. Había culpa.

Y las palabras de Ikash regresaron a su mente:

«¿También fue eso lo que le dijo a Brae?».

¿Se fue? ¿La echó? ¿Fue después de que el hechizo saliera mal?

¿Fue la razón por la que salió mal?

–Y no hay un solo día que no regrese a ella –añadió.

–Tía...

–Tócala –le pidió, sin embargo.

Rog dudó.

¿Quería enseñarle sus recuerdos? ¿Por qué...?

No entendía nada. Claro que era lo que solía suceder con ella. Aun así, le estaba abriendo una puerta a su mente, a su pasado, por primera vez.

Así que alzó los dedos, tembloroso.

La sensación al atravesar la esfera le resultó curiosa; no fue cálida como el resplandor que emanaba, ni volátil como había imaginado. La sintió... gelatinosa, y los trazos de luz se le pegaron a las yemas cuando separó la mano de golpe.

Las imágenes se reprodujeron ante sus ojos, flotantes y brillantes, tan claras como el agua de un riachuelo. Perfectas.

Se le cortó el aliento.

No tenía ni idea de cómo su subconsciente había concebido la imagen de Brae las veces que había oído hablar de ella. Y, pese a que en algún momento sí se había deshecho de la concepción de las garras, los colmillos y el pelaje blanco de los daheerar que se alimentaban de magia, por alguna razón la había imaginado joven, muy alta y delgada, aunque fuerte y con los ojos blancos; semejante a Ikash, solo que sin su capacidad de mutar sus colores.

Estaba equivocado.

Era adulta, tanto que algunas arrugas se le formaban alrededor de su rostro imberbe, pálido, fino y afilado. Sus ojos, pequeños y brillantes, contrastaban con el profundo tono platino de su cabello, que caía a ambos lados del rostro y se extendía hasta perderse por debajo de sus caderas. Por extraño que resultara, le pareció... hermosa.

No «guapa»; iba mucho más allá. Como en otro plano terrenal.

Tenía una sonrisa tranquila de labios finos, una nariz estirada que se le encogía con el gesto, y caminaba –se *acercaba*– con una elegancia tímida que hacía muy fácil olvidarse del resto del mundo. Por eso Rog tardó en percatarse de que, en el recuerdo, se encontraba en el mismo lugar en el que estaban en ese instante: el despacho, bajo la luz de unas velas que pendían del techo, en una noche de luna llena.

No era tan alta, se descubrió pensando de pronto; solo lo suficiente como para tener que inclinarse un poco para permitir que unas manos decoradas de cortes y quemaduras reposaran sobre sus mejillas y las acunaran.

Las manos de Tía.

Fue como si el mismísimo tiempo se congelara y después, tal vez al derretirse por la sensación ardiente que se le esparció por las mejillas, comenzara a rodar muy muy despacio.

–Estabais... –comenzó en un susurro tembloroso; no obstante, el final de la frase se le hizo demasiado pesado sobre la lengua:

«Juntas». «Enamoradas».

Un aluvión de preguntas le hizo un nudo en la garganta.

¿Cuánto había durado? ¿Desde cuándo?

¿Lo había llegado a saber alguien antes que él?

–¿Qué...? ¿Qué fue lo que le pasó? –Fue lo que escapó.

Tía había dejado de mirarlo a él para contemplar la esfera con tanta intensidad que arrebataba el aliento. De pronto, chasqueó los dedos, pronunció unas palabras en bajo, y las imágenes desaparecieron en el aire para volver a cubrirlo todo con el mismo resplandor.

Con su aluvión de tonos anaranjados y centelleos.

–Su magia la consumió –respondió por fin–. Eso fue lo que le pasó. No pude evitarlo, fracasé, y la magia se la acabó llevando.

La revelación fue un reguero frío en la garganta.

–¿Murió?

Un leve asentimiento.

Rog dejó caer las manos.

Brae había muerto. Por eso nunca regresó a la cordillera Odelot.

Por eso Ikash no la había vuelto a ver.

–Una vez más que me creí invencible –continuó ella, casi como si hablara para sí–. Y una más que volví a equivocarme, solo que en esa ocasión mi soberbia se cobró un importe mucho más elevado.

Con un nuevo toque, las imágenes regresaron.

Esta vez, Brae no se encontraba en el despacho, sino en el taller.

A Rog le costó reconocerlo. Todo estaba sumido en la oscuridad de la noche, con apenas un par de velas alrededor, pero debían de encontrarse en la planta principal, en la actual zona de trabajo y atención a los clientes. Sin embargo, el mostrador parecía más cerca de la puerta, y la disposición de los muebles y materiales era distinta; no había gabinetes, sino mesas sueltas aquí y allá, y unas enormes estanterías que iban de pared a pared y solo se interrumpían al alcanzar las ventanas y el escaparate principal.

Estaban repletas de hechizos.

Cientos, vibrantes y vivos, en el interior de sus recipientes.

Lo siguiente que vio fueron, de nuevo, las manos de Tía. Varias de las cicatrices que tenía en el anterior recuerdo se habían curado, pero habían surgido otras, que parecían rellenarse con los regueros de luz que le rodeaban los dedos.

Estaba preparándose para lanzar un nuevo hechizo.

Supo de inmediato, por la expresión de Brae, por la forma en la que la determinación –fundida con la tensión y el miedo– le hundía los rasgos, que se trataba del hechizo de desvinculación que había forjado para ella. Que le estaba mostrando el día en el que lo había puesto en práctica.

Le pareció ver que Brae asentía tras sus mechones plateados.

Luego, el estallido sacudió el mundo entero en verde, plata y dorado, y las paredes que los rodeaban se vinieron abajo.

Lo último que vio fue su rostro descompuesto por un grito.

La voz de Tía fue apenas un susurro por encima de su corazón desbocado:

–Aquella noche, perdí el taller.

Rog lo entendió de inmediato, con una punzada en el vientre.

El misterio, el contratiempo que la había llevado a detener su actividad y sobre el que tanto habían teorizado sus tíos y sus primos.

Lo que jamás les había revelado.

–Semanas después, la perdí a ella.

El siguiente chasqueo de dedos fue para apartar la esfera, que flotó a toda velocidad hasta el armario y volvió a introducirse en él. Su taconeo la acompañó algo más tarde, aunque Tía solo lo miró después de sellar el candado.

–El estallido también afectó a las casas y calles colindantes; llegó incluso a la fuente del agueroi. –La que representaba al pájaro cantor en piedra blanca, en el extremo contrario de Aness–. Dediqué días enteros, de sol a sol, a tratar de recomponer lo que había destrozado y a intervenir en los testigos. No fui capaz de deshacerlo, de hacerles olvidar lo sucedido. Estaba cansada, herida y sin fuerzas. No pude hacer más; la memoria solo es explotable hasta cierto punto.

Por eso nadie se acordaba, o no del todo. Por eso solo eran rumores incompletos en el aire. Tía lo había retocado o, al menos, lo había *intentado*.

–Aunque el taller lo dejé tal como estaba –siguió–. En ruinas durante meses. No recuerdo cuánto. Fui incapaz de poner un pie en él, después de que ella se fuera.

–Brae.

Un asentimiento casi imperceptible.

–Pero, al final, regresé. Lo reconstruí. Un día me desperté y el impulso me guio hasta allí, y comencé a forjar en el mismísimo jardín, no sé por qué ni por quién. –Una pausa, la mirada fija en el armario, hasta que añadió–: Nunca más volví a ejercer, eso ya lo sabes. Y ya nadie más volvió a ocupar el taller, a trabajar en él, hasta que, años después, tu primo apareció aquí con una propuesta entre manos.

Derro.

Sin más, regresó al escritorio, como si necesitara recomponerse o sentir el calor de Ankoe, que no tardó en escapar de su soporte y acudir a su encuentro. Una vez tomó asiento, lo sostuvo entre los dedos.

Estuvo así minutos enteros en los que Rog no se atrevió a moverse, casi ni a respirar, ni siquiera para tratar de calmar los

temblores de Darinn sobre su hombro. Cuando Tía retomó la palabra, su voz ya no sonaba tan ahogada, tan dolida.

Era mucho peor. Estaba hueca.

–Brae no renegaba tanto de la magia como Ikash. Tomaba la justa para sobrevivir, para evitar modular su aspecto. Encontró su propia forma de protegerse: aprendió a controlar cuánto absorbía y devolvía, y no necesitaba alimentarse de nada más. Aquella noche, sin embargo, con el hechizo, tomó muchísima sin pretenderlo. Y, aunque hizo el intento, fue incapaz de deshacerse de ella. Era demasiada.

Rog tragó saliva, de nuevo mudo. Paralizado.

–No lo supe hasta que fue tarde –continuó–. Me centré tanto en reparar los daños que había causado, me obsesioné tanto con ello, que no fui capaz de ver que se consumía. Tampoco me dejó. Sufrió en silencio. Se fue en silencio. Y no pude hacer nada.

–Tía... Lo siento... No... –Rog se miró las manos un instante al sentir que sus ojos recaían en él, sombríos–. Tuvo que ser horrible.

Aun así, seguía sin comprender su advertencia.

«Ten cuidado».

–Pero no entiendo por qué me has dicho...

–Porque Ikash va a irse, Rog –le cortó; su voz, un rasgueo en la atmósfera cargada–. Su estancia aquí es temporal.

Aquellas palabras se precipitaron sobre él en un aguacero.

Y no supo por qué, si, de todos modos, ya lo sabía. O sí, pero eran muchas razones.

Demasiadas.

Sin apenas ser consciente, había clavado la atención en el escritorio mientras saboreaba el poso amargo que se le había extendido por la lengua.

–¿Por qué...? ¿Por qué me dice eso, Tía?

–Porque, a la vez que él me recuerda a ella, Rog, tú me recuerdas a mí. Y no quiero que tengas que pasar por lo mismo que pasé yo.

Capítulo 53

La expresión de Matine estaba tan cubierta de sentimientos enredados que bien podrían haberles echado un pulso a sus rizos.

–Guau –dijo. Dejó pasar varios segundos, tal vez para asimilarlo todo, mientras su mirada viajaba a Yiun, que derramaba su aura sobre el colchón–. No sé... No sé cómo sentirme, la verdad. Es la primera vez en mi vida que siento pena por Tía.

Al compás del zumbido afirmativo de Darinn, Rog asintió desde los pies de la cama y clavó la vista en sus manos. Le pasaba lo mismo.

No *sabía*, simplemente.

Desde que había dejado el despacho, su cerebro había dado vueltas, millones, a cada una de las cosas que Tía había compartido con él; se le habían entremezclado, atragantado, y le habían formado un nudo en el estómago. E incluso ahora seguía ahí, bien apretado. Apenas había hablado durante la cena, y no había dado más que dos o tres bocados.

Por eso Matine lo había abordado tras levantarse de la mesa.

Por eso le había hecho subir a su dormitorio y había cerrado a su espalda. Y por eso él, como siempre, había acabado abriéndose en canal, incluso a costa de los pinchazos en el pecho que le producía la idea de que no le correspondía contarlo.

¿Pero qué iba a hacer? ¿Dejar que le persiguiera de por vida?

Iba a hacerlo de todos modos.

–Una vez lo hablé con mi madre –le reveló ella–. Antes de venirme a vivir a Aness. Fue a raíz de una conversación que escuché entre ella y las tías, una tarde que vinieron a tomar té; tu madre también estaba. –Eso fue lo que hizo que volviera a alzar los ojos y se fijó en cómo se rodeaba los tobillos, que combinaba con una camiseta de tirantes. Él iba en manga corta, aunque aquella noche tenía frío. Por

todas partes–. Estuvieron hablando de las razones por las que Tía estaba aquí, por las que decidió mudarse.

Buscar tranquilidad, paz, silencio; era lo que siempre había dicho cuando le preguntaban, pese a que solía acompañarlo de un «cosa que ahora mismo no me estáis permitiendo tener, con tanto meter las narices».

–Remarcaron mil veces la suerte que tenía de que la hiciéramos compañía –continuó–, porque, si no, iba a quedarse... En fin, «sola de por vida». –Puso los ojos en blanco–. Y todos sabemos a qué se referían.

Rog torció los labios. Por supuesto.

A encontrar una pareja con quien compartirla.

Un marido. Hijos. Lo típico.

Por lo general, siempre les había parecido que su familia tenía la mente muy abierta en muchos aspectos, pero era cierto que las cuestiones de Tía, que tan sumidas en las sombras habían estado siempre, conllevaban alguna que otra excepción, como si fuera inconcebible que alguien pudiera «salirse de la norma» por decisión propia.

Si tu marido era un retrógrado y tenías que separarte, divino.

Si te atraía alguien de tu mismo género o de varios, perfecto.

Si te enamorabas de alguien con un color de piel distinto, que hablara otro idioma, que tuviera una cultura diferente o que no contara con un onnie con el que canalizar su familia, de maravilla. «Era amor».

Si las circunstancias de la vida, un accidente o el paso del tiempo te hacían perder capacidades, «Oh, pobrecito», y todos a volcarse hasta el cuello.

¿Pero querer irte a vivir tu sola, a existir por tu cuenta, y no querer formar una familia como marcaba la tradición...?

Y cuando se era «hermana», «cuñada» o «hija», más incluso.

Así que no le extrañaba que hubiera querido escapar, y casi se alegraba de que lo hubiera hecho. *Casi*, porque, en realidad, no había estado sola ni había sido decisión suya empezar a estarlo.

Matine bufó.

–En fin. ¿Y dices que no se lo había contado nunca a nadie? ¿*Jamás*?

Rog negó despacio.

En realidad, no lo sabía seguro, pero... tampoco lo creía. Su tía era así; siempre había tenido ese caparazón permanente. Esa muralla. Sabía que no solo toleraba la presencia de sus sobrinos: los quería, aunque no lo gritara a los cuatro vientos. Era obvio que a veces la divertían, por mucho que fuera a regañadientes, y que agradecía su compañía. Sin embargo, no hablaba de su vida, de su pasado ni de sus sentimientos. Ni siquiera con Phie.

Y, aun así, con él sí lo había hecho. Para advertirle.

De Ikash. De su marcha.

Porque le recordaba a él, había dicho.

–Pero no entiendo por qué lo ha hecho conmigo. Nosotros no... –Porque no es que no lo *entendiera* en sí; la implicación estaba más que clara–. Ikash y yo no... No tenemos nada. No hay nada.

Y era cierto.

Entonces, ¿por qué se sentía tan nervioso, tan incómodo, tan... vacío?

La idea había comenzado a rebotar en su cerebro, desmenuzada, en algún punto de su conversación con Tía, y se había convertido en una sopa de letras e interrogantes que lo habían recorrido de arriba abajo en regueros incoherentes hasta convertirse en una semillita punzante en el corazón.

Ni siquiera había podido dedicarle a Ikash más que un par de miradas por encima del mantel durante la cena, porque, cada vez que lo había hecho, las palabras habían regresado con más fuerza: «Su estancia aquí es temporal».

–No hace falta «tener» para sentir, Rog.

Aquello le atravesó las venas, de la cabeza a los pies.

–Somos amigos.

«Nada más», pensó añadir. No lo hizo.

Ella se estiró en su sitio y se quedó contemplándolo.

–A ver –dijo, con un carraspeo y tono serio; muy serio–. No quería ser yo quien te lo dijera, amor, pero es bastante evidente: te gusta.

Rog tomó aire y lo soltó con fuerza.

Y comprobó cómo se pintaba una sonrisa en la boca de su prima.

–He visto cómo le miras. *Todos* lo hemos visto, y estoy segura de que Tía también. Os buscáis. Le mencionas en todas las conversaciones, incluso sin darte cuenta; siempre hay algo que te recuerda a él y, cuando no está, pareces estar atento a ver si aparece. Todo el rato. Y, cuando lo hace, te iluminas un poco. O un mucho. –Chasqueó la lengua–. Puedes llamarlo como quieras, pero tenéis algo especial.

Fue en ese momento cuando Darinn se posó en su mano y se la acarició. Y, de nuevo, se descubrió incapaz de decir palabra.

Porque... conocía aquella sensación.

Por supuesto; no era la primera vez que sentía lo mismo que en ese instante, revoloteando en su pecho por encima del vacío. Y, si se paraba a pensarlo, llevaba ya tiempo ahí, constante. ¿De verdad había necesitado que Tía se lo estampara en la cara para darse cuenta? ¿Para ponerle un nombre? ¿No había querido hacerlo, o es que carecía de uno?

Porque sí, estaba ahí, pero aquella vez era... distinto. Había brotado de un punto diferente y flotaba a su alrededor de una forma distinta. Ni siquiera llegaba a entenderla.

No era ardiente. No lo consumía todo.

Era algo diminuto, frágil, como ese regalo que, al recibirlo, tomas entre las manos unidas para después envolverlo con los dedos con sumo cuidado, y que, solo de pensar que puede llegar a romperse, se te forma un nudo en el estómago.

Porque pensaba. Pensaba *mucho*. No era nada nuevo.

¿Pero cuántas veces en el día surgía el rostro de Ikash en su mente? ¿Cuántas veces se había descubierto mirándole los labios, fijándose en sus rasgos afilados, en la curva de su cuello, en la forma en la que le caía el pelo por la frente, en sus dedos? ¿Cuántas veces sus desvelos habían tenido su nombre y ojos multicolores? No obstante, siempre le había parecido normal; lo buscaba porque contaba con él, porque *estaba* con ellos, porque le estaba ayudando, porque tenían muchas cosas en común, porque se preocupaba por él, porque...

«¿A quién quieres engañar?», le soltó una voz salida de la nada. Y luego, la de su prima regresó con un toque mucho más pícaro que antes:

–Es adorable veros. –Se recolocó contra el cabecero junto a Yiun, que pasó a ser una esfera violeta contra sus clavículas–. Así que no entiendo muy bien por qué Tía está tan preocupada si, en fin, él también está coladito por ti. Que fluya el amor.

–Espera, ¿qué? –Le salió tan rápido, tan agudo, que tuvo que carraspear antes de obligarse a continuar–: Eso no... O sea, él... Ni siquiera sabía lo que era un beso, Matine. –Fue lo único que fue capaz de convocar, pese a que le supo estúpido e infantil sobre la lengua–. Se lo tuvo que explicar Darinn.

La señaló con la barbilla, lo que hizo que removiera las plumas, en una especie de asentimiento ligero. Aunque, por alguna razón, no dijo palabra.

Y el silencio otorgaba.

Aun así, Rog sabía que era imposible. Que era inconcebible.

No tenía ni idea de cómo experimentarían los daheerar ese tipo de emociones: la atracción, el amor, el deseo... O si lo hacían siquiera; para ellos no existía el concepto de familia, al fin y al cabo. Tal vez ni siquiera tenían romances entre sí, y lo de Brae y Tía había sido una excepción remota.

Ante él solo había una ceja arqueada y unas agujas centellantes.

–Es increíble –fue lo único que dijo su prima.

–¿El qué?

–¡Que no lo veas! –exclamó, y fue una mezcla de incredulidad y diversión a partes iguales–. Acabas de contarme cómo te ha defendido delante de Tía. De *Tía*.

–Eso es porque...

–¡Y el otro día! –lo cortó–. Después de lo del laboratorio. Se preocupó más porque estuvieras bien tú que él mismo. Lo dijiste.

–Bueno, sí, pero es que...

–Y todo, Rog. Está *ahí*. Cómo te mira él a ti. Cómo siempre te pregunta todo lo que no sabe. Cómo se refugia en ti... –Abrió las manos–. Joder, es tan palpable que podría ponerle una corbata.

Aquello le hizo quedarse en silencio una vez más.

Confuso. Perdido. Y un poco... avergonzado.

Porque no podía ser. ¿No?

Si Ikash había reaccionado así todas esas veces, si hacía todo eso, era por su amistad. Porque, sí, habían construido algo bonito y especial, porque no quería hacerle daño, porque le *aterraba*; porque se había estado esforzando por él, por esa especie de trato que habían sellado bajo la luna para ayudarse el uno al otro.

Podía haber evolucionado, sí, pero... hasta ahí.

–Eso no significa nada –acabó diciendo, y regresó a la astilla que sentía clavada en la garganta–: Y va a irse, Matine. –Se detuvo y sus manos encontraron el colchón–. Vino aquí porque quería deshacerse de su magia, y una vez lo logremos, se va a marchar; yo solo he sido un efecto colateral de todo esto. Y no... –se apresuró a añadir–. No me arrepiento, no me malentiendas. Le estoy agradecido, muchísimo. Por todo.

Por haber podido compartir todos esos momentos con él. Sabía que jamás iba a olvidarlo, que una parte de él llevaría su voz y los centelleos de su mirada.

–Y puede que una parte de mí no quiera que se vaya –siguió–, y que solo pensarlo me dé mucha pena, pero... –Negó despacio–. Se lo merece. Se merece ser libre de una vez; se merece ser él sin estar encerrado. Encerrado en sí mismo.

Ella tragó saliva.

Unos segundos más tarde, sin embargo, preguntó:

–¿Y tú, Rog? ¿Qué te mereces? ¿Qué os merecéis los dos?

Bajó la vista.

No sabía qué «los dos» podía llegar a haber.

La respuesta llegó sola:

–Saber que, al menos, cumplimos nuestra promesa. Él ha conseguido que mi magia vuelva, y yo espero poder ayudarle a deshacerse de la suya, como siempre ha querido. Es en eso en lo que debería centrarme a partir de ahora.

¿Qué más daba lo que sintiera revolotear en el pecho?



Capítulo 54

Así es como había pasado la siguiente semana y media: encerrado en su gabinete, tratando de agilizar la llegada de la magia con cada nuevo intento hasta que ya, como siempre, el simple pensamiento la atraía a su pecho, a sus dedos, a los recipientes que volvían a llenarse a lo largo de las paredes.

Hasta que borraba todo lo que quedaba más allá de ellas.

Luego, volvía a casa y la cena daba paso al descenso al laboratorio, donde escuchaba cuando tenía que escuchar y tomaba nota cuando la tenía que tomar. Y, al salir de allí, pasaba a dar vueltas a la cabeza en los pasillos, contra la almohada, sobre la mesa del desayuno, por la cuesta abajo que llevaba hasta allí y vuelta a empezar.

No sabía con exactitud qué día había comenzado a aportar en las reuniones y a componer, a escribir en sí sobre las hojas de notas de Tía y Phie. No obstante, cuando alzó la mirada de su escritorio esa mañana, sin saber ni qué hora era, tenía un nuevo verso entero y una idea para el siguiente.

Iba a lanzarse a plasmarla, pero unos golpecitos en la puerta lo detuvieron.

Habían sido ligeros, así que imaginaba que sería Darinn. Por eso le sorprendió encontrarse con los ojos blancos de Ikash bajo el dintel. El corazón le dio un vuelco y la sonrisa se le formó sin pensar, aunque la sintió tirante, pequeña, forzada.

Se dijo que era el cansancio.

–Hola –convocó.

–Hola.

Hubo un par de segundos de silencio. O quizás fueron más, un reflejo de lo que habían sido todos esos días, porque... apenas habían hablado.

Tampoco habían tenido tiempo para hacerlo; no para más que compartir los saludos de siempre, algunas frases sueltas entre conversaciones con sus primos y en las sesiones nocturnas, y esas sonrisas incontrolables pero fugaces cuando se encontraban. Al fin y al cabo, ya no se necesitaban: Guezo se había –y *le* había– sumergido en un nuevo proyecto y él había estado muy enfocado en la forja, en cumplir con lo que se había prometido y aferrado de nuevo a su voz en sus recuerdos. Aunque esta vez en algo muy distinto.

«No sé si estaré aquí a finales de verano».

Eso había dicho el día que Phie se había despertado, cuando lo habían «invitado» al cumpleaños de Tía de la forma más casual del universo. Sin embargo, la frase había resurgido en algún momento en su cabeza, casi como un reto, y era así como se lo había planteado a sí mismo: ¿y si lograban tener el hechizo acabado para entonces? ¿Para *antes*?

Tuvo que tragarse el pinchazo en el vientre justo antes de preguntar:

–¿Pasa algo?

Aquello hizo que Ikash diera un respingo.

–No, no –se apresuró a responder, mientras se llevaba la mano a uno de los bolsillos del chaleco–. Digo, sí. No *pasa*, pero me manda Matine. Quiere... *Quieren*, todos, que te saque de tu hoyo, porque si no te...

Se cortó.

Claro que él tampoco le habría oído decir lo que fuera que pensase añadir –algo que sin duda le había escuchado a su prima y que estaba repitiendo–. Porque le había molestado. No necesitaba que obligaran a nadie a venir a por él. De hecho, lo que menos necesitaba era que lo interrumpieran; por eso mismo le había dicho a Darinn que podía irse si quería mientras trataba de componer los versos del hechizo. No estaba encerrado por gusto. Estaba *trabajando*.

Y harían bien en entenderlo.

–Ahora no puedo.

Se dejó caer hacia delante, tal vez con más fuerza de la necesaria, y se recolocó entre los dedos la pluma –inanimada, de color crema y cuerpo de metal negro– que estaba utilizando para repasar los apuntes de Tía y de Phie e ir añadiendo sus propios conceptos. Tenía que apuntar el que se le había ocurrido cuanto antes; no quería que se le olvidara.

La voz le detuvo en la última letra de la palabra «inocente»:

–También tienes que descansar, Rog.

Y solo eso –o quizás la forma en la que escapó su voz, en ese susurro lejano, o cómo pasó a morderse el labio mientras se acariciaba una muñeca con la mano contraria– fue suficiente para drenar la rabia que le había brotado en el pecho. Se marchó tan rápido como había llegado; al simple toque de su preocupación por él.

Lo siguiente que abandonó sus labios fue un suspiro.

–Bueno, de acuerdo. Puedo parar diez minutos.

Dejó la pluma y se puso en pie, con intención de encaminarse hacia la puerta, y eso hizo, con paso ligero; tanto que, cuando quiso darse cuenta, tuvo que frenar para no chocar con Ikash, que no se había movido. No había tenido tiempo de hacerlo.

Se quedaron a unos centímetros, muy pocos, y el corazón de Rog comenzó a latir como cada vez que se habían encontrado durante los últimos días, desde la conversación con Matine. En aquel instante, sintió que le hacía piruetas.

Tal vez al notar la brisa de su aliento sobre las mejillas.

–Rog. ¿Estás... bien?

No se lo esperaba.

Tragó saliva antes de retroceder un paso. Después, asintió.

–Sí, sí. –Clavó la mirada en el suelo, en las puntas enrolladas de sus zapatos, en la distancia que las separaba de las de los suyos–. Es que estoy con la cabeza en las nubes. Pero tienes razón con el descanso. Yo os habría dicho lo mismo. ¿Vamos?

Hizo ademán de pasar por su lado, de cruzar la puerta y marcharse de ahí; de alejarse de la sensación opresiva que de pronto había comenzado a esparcirse por el aire. No lo logró; los dedos de Ikash cayeron sobre los suyos.

Fue rápido pero suave al mismo tiempo. Apenas una caricia.

Y, aun así, lo detuvo.

–¿De verdad? –le preguntó–. Siento que no estás... igual. No ahora. –Negó en su intento por explicarse–. Estos días. Estás... lejos.

Lo dolido que sonaba le desarmó.

Terminó de volverse hacia él. Con tiento.

–Ya... Yo... Lo sé.

No había esperado mantener esa conversación con él, y tampoco quería. De hecho, había *evitado* tenerla, porque lo cierto era que... no sabía qué decir.

Aun así, tomó aire e hizo el intento con la única certeza que tenía:

–Estamos centrándonos en tu hechizo de desvinculación, Tía, Phie y yo. Lo sabes. –Ikash había seguido bajando cada tres noches al laboratorio, y ellos habían seguido buceando entre sus recuerdos. Aunque, en realidad, había sido su prima la que se había reunido con él para hablar a solas; no había habido más tandas de preguntas incómodas–. Ahora que puedo, quiero hacerlo; compensar un poco todo lo que no he podido ayudar antes.

Ikash se lo quedó mirando varios segundos. Muchos.

No parecía muy convencido; de hecho, le dio la sensación de que estaba punto de replicar, de intentar sacarle las respuestas a cucharadas. No obstante, acabó diciendo algo muy distinto:

–Hablé con Tía. –Rog alzó la barbilla–. Hace días. Me dijo perdón. Por lo de su despacho.

–¿En serio?

No recordaba una sola vez en la vida que la hubiera oído disculparse por algo. Y, aun así, él asintió y un mechón negro se le precipitó por la frente.

–Hablamos de Brae también.

No necesitó que especificara nada más para saber que debía de haberle mostrado lo que ocultaba el hechizo memoráfago. Una punzada distinta se le clavó en el estómago, una especie de miedo irracional; era consciente, pero ahí estaba, recorriéndole de la cabeza a los pies.

¿Habría tratado de advertirle de lo mismo que a él?

Tragó saliva y empujó el pensamiento hacia un lado.

–Siento mucho lo que le pasó –dijo en un susurro.

Ikash volvió a asentir.

Aunque terminó encogiéndose de hombros.

–No la conocí tanto. Recuerdo hablar una vez con ella. Ya. A nadie le gustaba tampoco, como yo. No entraba en la tribu. –«No encajaba», tal vez–. Y se marchó. Fue como una... historia. –Como una leyenda; una fábula con moraleja para advertirlos de qué no debían hacer, cómo no debían ser–. Pero, cuando me fui a la cueva, era la suya. Donde estuvo antes. Y allí encontré libros. Pequeños. Escritos por ella. Fue así como supe adónde iba cuando se marchaba y volvía. Nadie más.

–¿Cuando se marchaba y volvía?

–Sí... Viajaba. Sola. Antes. Buscaba un lugar donde ir, pero volvía, y aunque a nadie le gustaba, no le decían nada porque tampoco se acercaban a ella. Pero encontró aquí. –El taller; la forma de liberarse de sus poderes. Debía de haberlo dejado todo escrito en esos «libros pequeños», como una especie de diario–. Y ya no volvió.

Ni se fue de Aness, en realidad. No pudo hacerlo.

No se atrevió a decirlo en alto.

Además, Ikash añadió:

–Sí es triste lo que pasó. –Hizo una pausa–. Pero fue feliz.

Como si eso fuera suficiente.

Porque lo era, ¿no?

–Y tú también –se oyó decir Rog. Sin embargo, no lograba alegrarse; no del todo–. Lo serás, y serás libre y podrás ir adonde quieras. Eso... Eso es genial.

Una vez más, los ojos de Ikash se quedaron clavados en él.

Y fue curioso: parecían más serios, más fríos que nunca, como si estuviera cansado o triste, abrumado por la perspectiva o dolido, o como si tratara de imaginarse adónde podía poner rumbo, o... no. Era como si le recorrieran cientos de emociones, tantas como siempre, pero que se anulaban las unas a las otras tras sus iris.

Por eso, quizás, lo único que dejó escapar al final fue un:

–Sí.

Y fue más que suficiente.

Eso era lo que quería, e iba a ayudarle a conseguirlo.

Así que, una vez esa certeza se le afianzó en el pecho y logró deshacer con la lengua el sabor amargo que la acompañaba, carraspeó.

–Venga, vamos; salgamos de «mi hoyo» –propuso, tratando de impregnar de retintín su voz, y esperó a que Ikash saliera al pasillo.

Dieron varios pasos, lado a lado y en silencio, antes de que él alzara la voz:

–Tella ha traído almuerzo –le informó con tono más animado–. Por eso me dijeron que viniera a buscarte. –Y luego, al ver que parpadeaba, sorprendido y un poquitín alarmado, agregó–: Almuerzo comprado, no suyo. Matine hizo lo mismo.

Esa vez, la sonrisa que esbozó Rog fue pequeña pero genuina.

Y lo cierto es que, aunque le había prevenido, pudo evitar sorprenderse con el panorama que encontró tras cruzar la cortina de cuentas: sus cinco primos y sus onnie habían salido de sus gabinetes para reunirse en torno a una jarra de batido de arándanos y lo que parecía una trenza de hojaldre con un relleno de mermeladas frutales, que ya iba por menos de la mitad.

Y, pese a que puso los ojos un poquitín en blanco cuando lo recibieron como si acabara de venir de la guerra, no llegó a molestarse del todo. Ni siquiera –se dio cuenta mientras se hacía un hueco entre Derro y Phie– con Matine ni con Darinn, que fueron las que más fuerte aplaudieron y titilaron sobre el mostrador, respectivamente, incluso por encima de los «*Eoaeoe*, *eoaeoe*» que Guezo exclamó. No podía.

Aun así, sentía algo tirante en el estómago, una sensación hueca que ni siquiera el trozo de dulce que Ikash le tendió logró borrar; tal vez porque se potenció de pronto, al darse cuenta de que se lo había partido a él antes de servirse a sí mismo.

Se quedó mirándole, removido e inmóvil, mientras se colocaba en el lado contrario del corro y se llevaba su porción a la boca.

Fue el único que vio el primer destello morado.



Capítulo 55

Por supuesto que no fueron *solo* diez minutos.

Y, pese a que Rog había hecho ademán de excusarse un par de veces, sus primos habían interrumpido cada uno de sus intentos, y habían logrado añadir pequeñas pildoritas para mantenerlo interesado; había estado «demasiado desaparecido» y tenían unas cuantas actualizaciones de la semana que hacerle.

En primer lugar, resultaba ser que Istella se había enterado en la Dulcería Míralaymira de cierta progresión en el tema del reencuentro de Avie Dhita y su excuñada. Al parecer, un par de vecinas los habían visto reunirse a las afueras del pueblo y habían ido con el chisme a la señora Carmira.

–Han dicho que estaban tan amigos...

–¡Drácala! ¿En serio? ¿Pero no fue ella la que se puso a lanzarle huevos en medio de la plaza? Uno le dio en toda la frente al alcalde, ¿os acordáis? Bof, nunca nadie ha hecho historia de Aness como ella.

Por lo que Rog se había descubierto pensando que quizás tampoco importaba tanto si eran diez o si eran veinte, o quizás veinticinco. Que podía esperar, si no, hasta que apareciera el próximo cliente. Según le habían dicho, no estaba siendo un día demasiado ajetreado.

Le estaba viniendo de maravilla ese ratito; suponía que estaba bien.

Además, Phie se había puesto a contarles algunos detalles de su charla en el Congreso Estival de Forja, para el que quedaba menos de un mes, que ya tenía preparada.

Y aparte, claro, estaba la última petición de Matine. Había dedicado los últimos días a diseñar una nueva línea de ropa «más arreglada pero para el buen tiempo, que en esta época la gente siempre sale

más», y les había dicho que quería enseñarles sus bocetos para que le dieran su opinión. Incluso Derro.

En cuanto el cuerpecito brillante de Yiun desapareció con ella tras la pasarela que mostraban aquella mañana las cortinas mágicas de su gabinete que su toque de queda autoimpuesto llegó a su fin.

Lo primero que oyeron fue el repicar de unas pisadas rápidas sobre la madera de la entradilla, lo que permitió que Ikash pudiera cubrirse con el pareo mientras la figura se reflejaba tras los cachivaches bailarines del escaparate. Después, llegó el tintineo de la puerta y todos se giraron al unísono.

Rog ni siquiera pudo pensar en marcharse: el rostro de Arualle Dane, enmarcado en mechones negros y preocupación, lo dejó paralizado.

–Perdón –dijo mientras buscaba con la mirada entre sus rostros. Cuando encontró a quien buscaba, dejó escapar un jadeo de alivio–. Derro.

Claro que él ya se había puesto en movimiento nada más verla aparecer.

–Arualle... ¿Qué ocurre?

–Necesito que vengas –se apresuró a responder; no había ni rastro de su elegancia natural, de su eterna tranquilidad, solo ansiedad–. Al herbolario. Ha vuelto a pasar lo de la otra vez. Aunque... parece bastante peor.

–¿A qué te refieres? –La arruga de su ceño había desaparecido, aunque solo para extenderle por la cara una blanca caricia de alarma–. ¿Cómo que peor? ¿Y la infusión de Ras?

Ella negó, despacio.

–No ha hecho efecto. No entendemos por qué. Todo iba bien. Lo teníamos todo preparado para el final de la gaiación, pero ayer, antes de cerrar, mi madre se acercó al invernadero y lo vio. Les echó la infusión, tres gotas, como nos dijiste. Pero esta mañana ya no eran solo las farelas; es prácticamente el setenta por ciento de los parterres.

–¿Tienen la textura áspera en el tallo de la otra vez?

–Y la telilla blanca –asintió ella–. Parece una plaga.

Derro soltó una palabrota por lo bajo, pero ni se lo pensó: con los hombros rígidos, apretó el paso en dirección a la salida. Aunque de pronto se dio la vuelta y frenó a Arualle, dejando una mano apoyada en la parte baja de la espalda de su mono de trabajo que no apartó.

Antes de que Rog pudiera siquiera sorprenderse por el afecto que emanaba del gesto, oyó el susurro en su oído:

–Rog...

Ikash.

Ignoró el escalofrío que lo recorrió de pies a cabeza y conformó un leve ademán con los dedos, una advertencia, una petición de silencio.

Funcionó.

–Phie –la llamó su hermano–. ¿Te importa venir?

Su asentimiento fue inmediato, por supuesto, y se unió a ellos tras hacerle un gesto a Nuantt, que flotaba junto al resto de los onnie alrededor del mostrador, para que la siguiera.

No obstante, Istella se salió del corro de inmediato.

–¿Necesitáis que os acompañe?

Derro dudó; por eso fue Arualle quien respondió:

–Sinceramente, ahora mismo me parece que cualquier ayuda es poca. Y tú tenías conocimientos de botánica, ¿verdad?

Aquello la pilló por sorpresa. Su boca se abrió, tal vez para preguntar por qué lo sabía o para especificar que, en realidad, era su madre quien se dedicaba a ello, pero que sí –que por *eso*– le gustaban las flores. Sin embargo, su primo se adelantó:

–Sí, vale. Vente también. Eh... –Sus ojos azules se clavaron en Guezo y en Rog–. Vosotros quedaos aquí, ¿vale?

Ambos asintieron.

–Y si necesitáis lo que sea... –añadió Guezo.

–Muchas gracias a todos, de verdad –suspiró Arualle, algo más tranquila tras haber encontrado la ayuda que había ido a buscar–. Y siento haberos molestado.

–No molestas –le aseguró Derro–. Vamos. Phie, Istella.

El retumbar de su marcha casi pareció sacudir el taller entero.

Aunque no lo suficiente como para cubrir la voz de Ikash, que volvió a sonar en cuanto sus figuras se perdieron tras la puerta:

–Chicos...

Claro que fue justo cuando Matine regresó, con sus blocs de bocetos apoyados en el pecho, las cejas arqueadísimas y Yiun flotando tras ella.

–¿Se puede saber adónde va todo el mundo?

–Al herbolario de los Dane –respondió su hermano.

–*Vaya*. Encuentro romántico multitudinario.

–Es que han tenido un contratiempo allí –le explicó Rog mientras Guezo se dirigía al mostrador– y Arualle ha venido a pedirle ayuda a Derro. Phie e Istella han ido...

–¡Chicos!

La voz firme y casi hastiada de Ikash se esparció entre los tres.

Lo vieron resurgir de la nada, pareo en mano, y su figura parpadeó hasta que, por fin, recuperó consistencia.

–Sé qué es –continuó–. Lo huelo. Lo he *olido*. Como en ella. Es un angrajj. *Es*. –Como diciendo «es inconfundible»–. Es un tipo de hongo. ¿Y recordáis lo que os dije? Pueden dar problemas.

–*Dffrácala*, *fí* –se sorprendió Guezo, con la boca llena por el último trozo de la trenza, que era ya era casi más hojaldre que relleno–. Me *acuefdo*.

Rog también y, por la forma en la que su prima alzaba las cejas, supo que las palabras exactas habían regresado de entre sus recuerdos con tanta claridad como de entre los suyos:

«Yo no me reiría tanto de los hongos».

–Son de los más –continuó diciendo, aunque la dureza de su tono se había tambaleado. No supo a qué se refería: ¿los «más problemáticos»? ¿Los más «peligrosos»?–. Si es una plaga, como ha dicho...

Entonces, la pregunta que todos se estaban haciendo se esparció por el aire con la cadencia grave y hastiada de Rimo:

–¿Y sabes qué hacer con ellos?

Ikash, con los labios apretados, repasó su figura de martillo antes de fijar la vista en sus manos, cerradas en torno a la tela traslúcida del pareo. Después, se dirigió a los primos y asintió.

–Creo.



Capítulo 56

La estrechísima fachada del herbolario de los Dane destacaba entre las casitas que lo flanqueaban. Y podría haber sido por su chillón color amarillo, pero, en realidad, era sobre todo por la capa de hiedra rosa que cubría su mitad izquierda, por encima de su propio escaparate.

La puertecita de entrada estaba abierta cuando llegaron, así que la comitiva –que encabezaba Guezo y cerraban a regañadientes Darinn y Rimo– trepó a todo correr las escaleritas que la precedían y, bajo el amuleto de sol naciente que adornaba el dintel, se colaron en el interior.

Una bocanada de aromas saltó hacia ellos desde los estantes que recorrían el establecimiento de izquierda a derecha y de arriba abajo. Por supuesto, Rog apenas reconoció un puñado de ellos: manzanilla, menta y algo terroso que, por alguna razón, le recordó al que impregnaba las paredes de un bote de café vacío. No obstante, resultaba tan abrumador –sobre todo, teniendo en cuenta el poco espacio que había– que temió perder el equilibrio cuando un ligero mareo lo invadió de camino al mostrador.

Se encontraba justo al fondo y Coppe Dane estaba sentado tras él, con su inmenso bigote cubierto de canas y las cejas muy juntas, mientras examinaba con plena concentración una libreta de cuero cuyas páginas se pasaban solas; debía de ser su onnie.

De hecho, no fue él quien se percató de su llegada, sino su hijo pequeño, Enze, que dio un saltito ante una vitrina giratoria.

–Oh. Papá...

–Estamos buscando a nuestros primos.

La voz de Guezo escapó antes siquiera de que el hombre pudiera alzar sus ojillos y parpadease, como pillado por sorpresa. Pero no era eso. Rog lo reconoció: era preocupación, tatuada en su

semblante curtido; lo cubría todo y ralentizaba cada segundo de su reloj interno.

Sintió pena de inmediato.

–Ah, sí –dijo–. Están con mi mujer y mi Arualle. En el invernadero.

–Divino –respondió su primo, y echó a andar sin pedir permiso y sin saber adónde ir, claro. Por eso se acabó deteniendo ante una estantería zigzagueante y se volvió hacia el mostrador–. ¿El camino, perdón?

La única respuesta que recibió fue un gesto con dos dedos a su hijo, una indicación para que los guiara. Si alguno de los dos se había extrañado porque hubieran llegado más tarde que los demás, no lo hicieron notar.

A media voz, el chiquillo les pidió que lo siguieran hacia una puerta que se abría en la pared de la izquierda, en el único hueco que dejaban las estanterías.

Matine se volvió hacia su padre en un aluvión de rizos y nervios que, al menos, consiguieron aplacar su exasperación:

–Muchas gracias.

Rog la coreó en bajo y movió un poco los dedos, en parte para indicarle a Ikash que fuera tras ellos y en parte para asegurarse de que les había seguido bien el ritmo.

Sin previo aviso, sintió el roce de su mano, y un cosquilleo le recorrió el cuerpo. Cerró los dedos en un intento por contenerlo.

No. No podía dejar que le pasara eso. Que le siguiera pasando.

Tragó saliva y apretó el paso.

Acompañado por su rastrillo volador, que surgió de una estantería cercana, Enze los condujo por un pasillito que tenía plantas disecadas en el techo y más expositores a ambos lados. Casi todos eran de madera y cristal, aunque había uno que era un simple cuadrado metálico, apenas más grande que un puño en el que reposaba un único bote. Parecía de colonia, aunque algo le decía que era de todo menos eso.

Acabaron llegando a unas escaleras mucho más largas que la de entrada, ya que confluían en un patio que estaba por debajo del nivel del suelo, donde se encontraba el invernadero. Su techo acristalado ocupaba cada rincón.

Era allí donde los Dane cultivaban sus plantas y hierbas medicinales antes de transformarlas en todo tipo de infusiones, píldoras, cremas y lociones aceitosas, suplementos de vitaminas y de dietética. Vendían hasta jabones y productos cosméticos. Rog nunca había usado ninguno; de hecho, antes de aquel día solo había visitado el herbolario una vez, pero a sus tías y a su madre les encantaba pasarse por allí cada vez que iban a Aness.

Apoyó la mano en la barandilla para bajar.

Antes de llegar a la puerta de entrada, alcanzaron a ver a Phie y a Istella entre las plantas que trepaban por las paredes del lado contrario. Se encontraban de espaldas a ellos, junto a la figura bajita y regordeta de Yva Dane y la espigada de Jaro, su hijo mayor.

Se volvieron de golpe en cuanto Enze abrió y murmuró un saludo que el canturreo de Guezo se encargó de superar:

–¡Buenas! ¿Qué hay?

La cabeza de Derro surgió junto a la de Arualle en el lateral izquierdo, por encima del tramo de macetas diminutas e idénticas ante las que habían estado agachados.

–¿Qué estáis haciendo aquí?

–¡Ah! Es que a Rollito le ha venido la imperiosa necesidad de saber más sobre todo eso de la gaiación y tal, y hemos pensado: ¿y por qué no verlo en primera persona, eh? Y, encima, en compañía. Suena *epiquerrémico*.

Rog no supo qué fue lo que evitó que se lanzara contra él para taparle la boca con la mano; tal vez darse cuenta de que ya no iba a servir de mucho después de que hubiera soltado la perla, o quizás fue que los ojos de Derro lo atravesaron de parte a parte.

Pensó que ojalá nadie le preguntara cómo se suponía que se movían las extremidades, porque de pronto no tenía ni idea. Hasta Matine se había quedado congelada, pese al calor húmedo que invadía el ambiente como una segunda capa penetrante y vaporosa.

Desde luego, *eso* no formaba parte del plan.

¿Que era cierto que no habían llegado a hablar esa parte –la excusa– durante el proceso de creación del plan de «acudir al herbolario y colar a Ikash sin que nadie se dé cuenta, para que pueda evitar la expansión de un hipotético hongo absorbecerebros»?

Sí. En especial, teniendo en cuenta que había sido una lluvia de ideas algo caótica, impulsada justo por él y su cabecita estrambótica, mientras corrían por las calles del pueblo hasta allí. No obstante, eso tampoco justificaba que lo señalara de esa forma tan repentina y gratuita y arrinconadora.

Se forzó a tragar saliva y asentir.

Como si le quedara otra.

–Eh... Sí. Sí. Eh, la gaiación. Me llama... mucho la atención.

–Vosotros seguid a lo vuestro –los animó Guezo, y casi agradeció la interrupción–. Nosotros nos quedamos aquí a un ladito... –Se desplazó de lado, dándose impulso con una sola pierna, hasta quedar junto a uno de los parterres–. Y no molestamos. Ni os preocupéis.

Por suerte, Derro debió de entender que pasaba algo –o, al menos, eso creyó por la forma en la que parpadeó bajo su ceño fruncido–, aunque las expresiones de Phie e Istella eran dos perfectos antifaces tejidos de duda y confusión. Así que Rog intentó hacerles llegar el mensaje con la mirada.

Claro que fue ahí cuando Yva Dane comenzó a avanzar hacia ellos.

–No sabéis cuánto lo lamento, pero no siento que este sea el mejor momento.

No parecía tan preocupada como su marido, sino más bien triste. Abatida. Se veía en sus hombros hundidos, bajo el mono de trabajo marrón, y en la forma en la que apoyó las manos en los hombros de su hijo menor.

–Te lo dije, Guezo –saltó su hermana entonces.

Eso tampoco estaba incluido en el plan.

Aun así, Yva se alarmó, y se apresuró a añadir:

–O sea, lo que quiero decir es que, aunque me encantaría, la gaiación... –Dejó escapar un suspiro–. No creo que vaya a ser posible este año.

Y, pese a que clavó sus ojillos en Rog, como de disculpa, fue Guezo quien preguntó, arqueando las cejas hasta que casi le alcanzaron los rizos del flequillo:

–¡No me diga que la plaga esa lo va a impedir! ¡Qué horror!

Solo Rog se percató de cómo Matine ponía los ojos en blanco.

Era un actor pésimo.

Yva, sin embargo, se limitó a asentir, apesadumbrada.

–Me temo que, si no lo ha hecho ya, es cuestión de tiempo.

Rog tomó aire antes de recorrer con la vista el invernadero. Había metal en cada rincón, tanto en los parterres como en la estructura del techo: largas tiras que, unidas en ángulo recto, dejaban escapar vapor y chorritos de agua para aclimatar el espacio bajo los ventanucos cenitales que debían de ayudar a la ventilación. Lo cierto es que era sorprendente. Y curioso.

El suelo contaba con una especie de sistema de drenado, como alcantarillas, aunque muchas de ellas quedaban semiocultas por... el resto: las ramas y tallos y hojas y flores que se esparcían por doquier, en todos los tonos de verdes imaginables y algunas pinceladas de rojos, amarillos, violetas y azules.

La mayoría escapaban de las macetas y terrarios como brazos que trataban de extenderse hasta el suelo de los pasillos, aunque al fondo había también un árbol inmenso de hojas marrones. Y fue cuando se fijó en la telilla blanca que se le adhería a la base del tronco.

La plaga.

–¿Tú opinas lo mismo, Arualle?

Por supuesto, ella no se esperaba que Guezo le hiciera ninguna pregunta, y dio un respingo junto a Derro. No obstante, terminó torciendo el gesto, reflexiva, y apartó las manos del parterre en el que, cubiertas por guantes, las tenía apoyadas. Después, comenzó a dirigirse hacia ellos. Al verlo, su onnie apareció desde detrás de unas ramas finas y revueltas y echó a volar sobre su larga cabellera.

Y entonces sí, regresaron al plan.

Parte dos: dejar a su primo apartado.

–Sí –respondió ella con aire reflexivo, ajena a cómo Matine sacudía la mano hacia donde creía que se encontraba Ikash. Lo bueno de aquella maraña de vegetación y cristal era que su figura conseguía fundirse mucho más con el entorno; lo malo, que no sabían dónde estaba con exactitud. Sea como fuere, era su señal para ponerse en movimiento–. No entiendo cómo ha podido extenderse tan rápido. Antes... Cuando me he acercado al taller, no estaba así.

A su paso, alzó con los dedos un pequeño capullo que sobresalía de una planta que contenía muchos más. Parecía... seco. Los demás, también.

Lo dejó caer.

–¿Sabes si ha habido algún cambio brusco en la aclimatación? –le preguntó Matine–. Una especie de fuga o algo así.

Arualle negó.

–Tu prima me ha preguntado lo mismo antes. –Señaló a Istella, que tenía los brazos cruzados sobre el delantal; Viure centelleaba en su pecho–. Pero no. El sistema es mágico; nos habríamos dado cuenta si hubiera algún problema. Nosotros o Suil, el onnie de mi madre.

Le señaló, y a Rog le costó un poco distinguirlo. Su cuerpo estaba conformado por una especie de aspas enganchadas al bolsillo del pecho del mono, justo encima de la cabeza de Enze. En ese momento, aun así, le pareció percibir por el rabillo del ojo que algunas ramitas justo entre Jaro y Arualle, que ya se encontraba en mitad del pasillito, titilaban.

Ikash.

No pudo evitar carraspear.

–Y la gaiación... –Todas las miradas recayeron en él. Se cortó, avergonzado, pero se obligó a continuar–: Eh... ¿En qué afecta exactamente? ¿En qué... consiste?

La que intervino fue de nuevo Yva:

–Verás, cariño. –La sonrisa que le dedicó era cansada pero genuina; le enterneció, y a la vez le hizo sentirse horrible por estar mintiéndole, así que se aseguró de mostrar interés–. La mayor parte de las especies que cultivamos aquí tienen propiedades mágicas, que son, junto a otros muchos procesos e ingredientes, lo que nos permite crear los productos que vendemos en el herbolario. Algunas de ellas, como las farelas o las andorias, deben pasar por un proceso de, digamos, purificación con la llegada del verano; es una potenciación de sus capacidades medicinales. Eso es lo que se conoce como gaiación.

–Drácala. Es como lo de la savia vin, ¿no? Solo que en invierno.

Esta vez, le dirigió la sonrisa a Guezo, y su media melena se agitó con el gesto.

–No exactamente, no. Son fenómenos distintos.

–Eso te pasa –intervino Matine por lo bajo como si se dirigiera a él, pero de forma que solo lo oyera Rog– por hacerte el chulo.

No obstante, él dejó que Yva continuara.

Aunque tal vez fuera porque, de fondo, le pareció ver que Derro daba un respingo. Que se inclinaba un tanto hacia la derecha, quizá para escuchar las palabras susurradas por una voz invisible.

O no, *camuflada*.

–Lo que sucede es que el proceso también conlleva proteger al resto de especies, las que no deben pasarlo, porque podría ser muy dañino para ellas. Por eso lleva bastante tiempo de trabajo, planificación y cuidado... –Un nuevo suspiro–. Que este año no servirán de nada.

–Mamá, no... –comenzó a decir Enze.

Pero Derro lo detuvo desde el fondo:

–Creo que ya sé lo que es. Y creo que... –Su mirada viajó un instante a su izquierda, a la figura apenas perceptible entre unas hojas afiladas–. Sé cómo solucionarlo.

Parte tres, completada.



Capítulo 57

Ya no había tenido ni idea de cómo iban a afrontar la cuarta.

Entrar al invernadero había sido pan comido; apartar a todas las personas posibles de Derro, para que Ikash pudiera acercarse a él y contarle lo que sabía del hongo ese y de la forma de contener la plaga, había sido más difícil, pero se había conseguido.

No obstante, después de que su primo hubiera demostrado que estaba dispuesto a apartar a un lado su ética impoluta y fingir para proteger, ya no solo el invernadero de los Dane, sino también la presencia de Ikash, habían pasado a depender de su labia para salir adelante.

Y les había puesto un buen puntito en la boca.

Gracias a la explicación camuflada, había podido montarse tremendo discurso sobre ese tipo de patógeno y las características de su proliferación en masa, y había salido con que había leído hacía tiempo algo sobre la mejor forma de aplacarlo. Después, había dicho que tenía una idea, pero que, para definirla, tendría que volver un segundo al taller; excusa que había aprovechado para llevarse a Ikash consigo y organizar en la intimidad... lo que fuera que pretendieran hacer a continuación.

O eso imaginaba Rog, vaya, porque aunque no había visto su contorno difuminado marcharse con él, tampoco lo divisaba en el invernadero, entre las miraditas que se había ido lanzando con sus primas –algunas tensas, y otras, con cada vez más interrogantes–. Al menos, llegado cierto punto, se le había ocurrido pedirle a Darinn que se acercara a Nuantt para contarle el plan y que, después, él se lo repitiera al oído a Phie, y Matine, de quien no se había separado ni un momento, había hecho lo propio con Yiun e Istella.

Sus vocecillas habían quedado atenuadas bajo las explicaciones de Yva, a la que Guezo le formulaba miles de preguntas sobre el

invernadero para, imaginaba, tratar de ganar tiempo y mantenerla entretenida. Por suerte, a la pobre se la veía más animada con la promesa de una solución. Y no era de extrañar; hasta Rog, si no hubiera sabido que era todo cuento, se habría tragado cada una de las palabras que habían salido de la boca de Derro. Habían sonado *muy* convincentes. Claro que eran ciertas, ¿no?

Solo que no eran suyas.

Ikash les había contado que habían sufrido situaciones similares en su tribu y que, pese a que nunca lo había hecho con sus propias manos, sabía cómo frenarlo.

Arualle, no obstante, había permanecido apartada, pensativa, mientras recorría los pasillos del invernadero e inspeccionaba los estragos como si estuviera tratando de encontrar una forma de arreglarlo por sí misma. Como si dudara de algo. Aunque tal vez fueran imaginaciones suyas, porque, en cuanto Derro regresó, ella dio un respingo y acudió a él antes de que cualquier otro pudiera hacerlo.

Su rostro pálido se pintó de alivio tras pronunciar su nombre.

–¿Necesitas algo?

La sonrisa que se pintó en los labios de su primo al verla estaba cargada de ternura. Y también de algo más.

Rog no fue capaz de adivinar qué, porque la borró casi de inmediato.

–Sí, por favor. Échame una mano. –Buscó en su cartera de cuero, que llevaba ahora al hombro, y sacó dos botecitos del tamaño de su mano, una especie de pulverizadores. Eran de color lila. Le tendió uno y después, siempre correcto, se dirigió a su madre–: ¿Podemos...?

Ella ni se lo pensó:

–Por supuesto.

Una parte de Rog esperaba verlo intercambiar alguna mirada con sus primos, o tal vez con su hermana. Sin embargo, Derro se limitó a encaminarse hacia el primer parterre y roció las macetas con un único toque para que Arualle, que lo había seguido, supiera cómo hacerlo. A continuación, en paralelo, comenzaron a recorrer los pasillos.

–Agua –murmuró una voz al lado de Rog, y tanto Matine como él estuvieron a punto de dar un respingo.

Ikash. Había vuelto.

Trató de ignorar el cosquilleo.

–¿Es agua? –preguntó su prima en el mismo volumen.

–Con olor.

–¿Y entonces qué...?

–Voy yo. Voy a hacerlo.

Y se separó de ellos.

No lo entendieron hasta que Derro se detuvo bajo el árbol del extremo contrario y Arualle se le unió. Y, aunque había una pregunta en su semblante, él se limitó a contemplar al frente. A esperar.

Rog la sintió de pronto: esa arruga en el aire que tan familiar le era.

Nadie más se inmutó, sin embargo.

Los rostros permanecieron fijos en la distancia mientras él la notaba vibrar contra la nuca. Después, de pronto, comenzó a extenderse a su alrededor; fue curioso, distinto, no arrasador ni potente como otras veces, sino como un leve chispeo de lluvia en mitad de la noche. Y tal vez fuera así, porque la luz, cuando surgió, lo hizo de entre las plantas, desde las mismísimas gotas de agua pulverizadas.

Cada una de ellas soltó un destello, luego otro y luego cientos hasta que, en un manto lento y ondeante, pasaron a cubrir el invernadero maceta a maceta.



Capítulo 58

Yva Dane había acabado hasta besándole las mejillas a Derro, y todos los que los rodeaban, estallando en carcajadas. En especial, cuando había estado a punto de unírsele su marido, que no había tardado en acudir al invernadero en cuanto su hijo pequeño había corrido a informarle de que habían logrado detener la plaga.

–Bueno –se mofó Matine en bajo–, pues ya tenemos bendición.

Phie se llevó la mano a los labios para contener otra risita mientras a Istella se le iluminaban hasta las pecas con lo que debían de ser fantasías de boda tras los ojos. Rog también se descubrió con los labios tirantes mientras los cuatro, juntos, contemplaban cómo Coppe le daba palmaditas a su primo debajo de los omóplatos; bajito como era, no llegaba más allá.

Enze se había marchado tras ver su misión cumplida, claro: si no había amenaza incipiente, tampoco interés. Y a Guezo le había pasado tres cuartos de lo mismo: en cuanto Jaro le había ofrecido enseñarle «en condiciones» la pelota que habían llevado al lago, había desaparecido tras su estela.

Ikash se había ido también, con la promesa de esperarlos ya fuera; lo mejor era que se arriesgase lo menos posible a estar expuesto ahora que las cosas se habían calmado.

La tensión que Rog había sentido en el pecho se había desvanecido en cuanto la magia de Ikash se había dispersado, al compás del poso cálido que le había dejado en el estómago. Todo había salido bien gracias a él.

Aunque, de nuevo, le dio lástima saber que nadie se lo iba a reconocer.

No como a Derro. Aunque, pese a los agradecimientos, los apretones de mano y las lagrimillas de emoción, se le veía... raro. Presente, pero a medias. Y sí, sonreía y aceptaba los elogios que le

dirigían, pero su mirada nunca pasaba más de un par de segundos fija en el mismo sitio.

No fue Rog quien se dio cuenta; se lo hizo notar su hermana.

Por el rabillo del ojo, vio que Arualle apoyaba la mano en el antebrazo de su primo y le preguntaba algo que no alcanzó a oír. Fue un susurro y ninguno alcanzó a oírlo desde donde se encontraban, al amparo de unas plantas con las ramas muy torcidas. Aun así, el interrogante en el deslizar de sus labios fue más que evidente, al igual que la respuesta; la forma en que él asintió varias veces muy rápido.

Y fue como si terminara de volver en sí solo al posar los ojos en ella.

–... solo es que estaba pensando que quizás necesitabais ayuda estos días –le oyó decir–. Puedo preparar un poco más de infusión de Ras; tal vez sirva. O investigar más a fondo, a ver si... encuentro algo.

Porque, claro, habían conseguido *detener* la plaga, su avance y sus efectos dañinos inmediatos; no eliminarla del todo. Y, a pesar de que las plantas habían perdido su aspecto deteriorado, las telillas continuaban pendiendo de los tallos y troncos, enganchadas al estrato.

Ikash les había advertido durante el camino: podía frenarla, pero después tendrían que asegurarse de deshacerse desde hasta el más mínimo rastro, y tal vez buscar una forma de proteger los parterres e inmunizarlos; si no, se reproduciría. Además, por supuesto, faltaba encontrar el origen: cómo había logrado abrirse paso el hongo; sobre todo, teniendo en cuenta que ya había ocurrido con anterioridad.

–Ya has hecho suficiente por nosotros –le aseguró Arualle.

–*Más* que suficiente –se le unió su madre.

–No ha sido nada. Lo digo en serio, señora Dane. Quiero ayudarlos de verdad.

–Yva, por favor –le corrigió ella.

Él asintió despacio y repitió:

–Yva.

Ella le dedicó una sonrisa.

–En fin. Nos pondremos a ello y si, por lo que sea, vemos que necesitamos que vengas a echar un vistazo, te mandaremos a Arualle. –Se volvió hacia su marido–: ¿De acuerdo, cariño?

–Me parece más que justo.

Derro asintió.

–Entonces –repuso–, creo que... –Echó un vistazo a sus primos–. Deberíamos irnos, quizás.

El asentimiento fue general, y la despedida tuvo lugar entre nuevas palabras de agradecimiento, esta vez extendidas a todos, «por haberse volcado tanto», cosa que Matine acabó rematando con un: «Muy bonito el invernadero, ¿eh? ¡Habrá que volver!», y un codazo a Rog, que no pudo sino poner los ojos en blanco.

Se reencontraron con Guezo en el herbolario y con Ikash en la calle, donde celebraron su actuación a seis voces antes de emprender el camino de vuelta al taller. Rog lo sintió disponerse junto a él y Phie. No obstante, cuando ya se encontraban a punto de doblar la siguiente esquina, una exclamación los detuvo:

–¡Esperad!

Arualle.

La vieron bajar corriendo las escaleritas de entrada y acudir a su encuentro: una centella negra en contraste con las fachadas de las casitas, seguida de cerca por su pala de jardinería voladora.

Por supuesto, Derro –que se había sumido en un silencio extraño mientras su primo les contaba con mil aspavientos lo *tremendatuken* que era la pelota botadora de sus hermanos– fue quien se adelantó para recibirla.

Todos apretaron el paso tras él.

–¿Ha pasado algo?

–No, tranquilos. –Sonrió–. Solo queríamos tener un detalle con vosotros. –Le mostró lo que llevaba oculto tras la espalda: un saquito de tela marrón, cerrado con un hilo–. Por las molestias.

–Drácala –se sorprendió Guezo–. ¿Qué es?

Aunque Derro ya estaba diciendo:

–No hacía falta que...

–Créeme que sí hacía falta –le cortó ella. Había arqueado las cejas, y el borde de sus labios se había afilado con cierta picardía–. Y

mucha. Son brotes aniastás.

–¿Brotes aniastás? –repitió Istella, también asombrada pero de forma distinta; asombrada de reconocimiento.

Rog parpadeó junto a su hombro; no sabía qué era aquello, por supuesto, y eso que el nombre le sonaba de algo. Sin embargo, los demás sí parecían saberlo. Todo a su alrededor eran miradas curiosas, fijas en la reacción de su primo. En el destello en sus iris.

Era esa especie de entendimiento que iba más allá de las palabras; uno que hablaba de momentos compartidos, de latidos descontrolados y de bromas internas, y que le extendió la sonrisa de forma casi... hastiada.

Pero divertida.

–Has estado siglos esperando este momento, ¿eh?

–Hasta que nos las han traído. –Arualle se encogió de hombros–. Me ha avisado mi madre justo ahora, que se ha acordado.

–No te soporto.

Eso solo hizo que su sonrisa se extendiera.

–Consejo de mi parte: aprende a mentir.

Y le puso el saquito en la palma de la mano. Él lo contempló durante unos instantes, como si estuviera haciendo un esfuerzo titánico por creerse que de verdad había acabado haciendo *eso*.

Después, suspiró, negó con la cabeza y cerró los dedos a su alrededor antes de preguntar:

–¿Quieres acompañarnos a esparcirlas?

Ella se volvió hacia su onnie:

–¿Avisas a mis padres, Antó? –le pidió, y luego encaró a Derro con una sonrisa resplandeciente–. Pensé que jamás me lo pedirías.



Capítulo 59

Semillas mágicas, eso eran.

Phie e Istella se lo habían hecho saber durante el camino de vuelta, cosa que había agradecido. Y la verdad es que a todos les había parecido un gesto tan adorable como gracioso.

Arualle se lo había explicado.

Aunque, bueno, lo justo era decir que había semiobligado a Derro a hacerlo y habían acabado corrigiéndose el uno al otro y haciendo las aclaraciones pertinentes entre alguna que otra risa.

Al parecer, su relación, para sorpresa de nadie, no había comenzado con el mejor pie: su primo le había hecho llegar la infusión de Ras y las instrucciones para usarla, y ella le había devuelto una nota con el agradecimiento y un par de preguntas extra, que Derro había tardado siglos en responder. Y, cuando Arualle le había insistido –por si acaso la contestación se había perdido, o algo–, se había molestado y le había dicho que se encontraba «*muuuuuy* ocupado» y que no estaba como para «perder el tiempo en responder cartitas».

Y, así, habían empezado una especie de batalla de correspondencia y piques varios. El primero, ese; el segundo –y la razón del regalo–, la desnudez que había derivado del accidente de Ikash en el patio delantero del taller.

«Digno de novela romántica», como había dicho Istella.

Como también lo pareció ese momento: cuando los siete, dispersos en puntos distintos del patio, alrededor del taller y en compañía de sus onnie, lanzaron un puñado cada uno de semillitas de colores.

Tal y como les había contado Arualle, deberían germinar en especies variadas –que desconocía; justo esa era la gracia– con la última brisa del verano.

A Rog le pareció casi una señal del destino.

Aunque también le atravesó por dentro. Porque significaba que Ikash, si tenía el hechizo cuando y como se lo había planteado, ya no estaría allí para verlo.

No pudo evitar tener el pensamiento de que podía atrasarlo, si no.

Se lo quitó de la cabeza de inmediato.

Las cosas estaban bien como estaban.

Sea como fuere, cuando todos se reunieron al pie de las escaleras, se descubrió incapaz de mirar en su dirección, hacia el camino que llevaba al huerto, por donde le parecía que se acercaba su figura camuflada. Aunque una parte de él se había aferrado a la imagen que había captado por el rabillo del ojo: cómo Guezo le daba parte de su puñado de brotes aniastás a escondidas para que pudiera también hacer su aportación.

Para que pudiera terminar de redimirse, quizás.

O tal vez, simplemente, porque su primo era así.

–Bueno. –Arualle fue la primera en romper el silencio–. Creo que me voy a ir yendo; tenemos una plaga que terminar de eliminar, y mis padres estarán pensando que lo de Antó era una excusa para escaquearme. –Su tono, al menos, era bromista. Les dedicó una sonrisa sencilla, en calma, y a Rog le pareció que estaba más guapa que nunca–. Me ha encantado este rato, de todas formas.

Hubo un estallido de «¡Y a nosotros!», y Phie se acercó a ella para darle un apretón en la mano mientras Yiun, que no había superado la emoción de haber podido lanzar su semillita, daba vueltas a su alrededor.

–Y gracias de nuevo –añadió Arualle–. No sé cuántas veces lo habré dicho ya, pero no me parecen suficientes. –Después, sus ojos claros volvieron a buscar a Derro–. Nos vemos mañana, ¿no?

Él asintió, pero no dijo nada. Su rostro, que había estado radiante hasta ese momento, se había quedado congelado, igual que en el invernadero. Ella, sin embargo, ya se encontraba retrocediendo hacia la calle.

Apenas llegó a avanzar un par de metros antes de que él la detuviera:

–Arualle. No...

Se dio la vuelta despacio.

Y él confesó con un suspiro:

–No he sido yo.

La sorpresa se extendió por las caras de sus primos y los cuerpecitos de sus onnie, como una catarata que hubiera atravesado el cielo de Aness. Y al mismo tiempo, su voz regresó de entre los recuerdos de Rog; lo que les había dicho a sus padres:

«Quiero ayudarlos de verdad». *De verdad*.

Y lo entendió.

No se sentía responsable de haber detenido la plaga de angrajj. No se sentía merecedor de los agradecimientos; había actuado instado por la treta que habían montado sus primos, para respaldar su mentira y su intento por proteger a Ikash, y el peso había caído sobre sus hombros. No se le veía arrepentido, no: habían logrado salvar el invernadero, al fin y al cabo. Pero tampoco parecía orgulloso.

Más bien al contrario.

Aun así, nada le chocó tanto como ver que, ante ellos, Arualle volvía sobre sus pasos y asentía. Cuando su respuesta atravesó el aire, casual y en pura calma:

–Lo sé.

La expresión de su primo se desencajó, y fue él quien dejó escapar la pregunta que a todos y cada uno les cruzó el cerebro:

–¿Cómo?

Ella se acarició el antebrazo, pensativa.

–Lo vi. –Dirigió la vista a la izquierda, hacia el contorno volátil de la figura que se apoyaba en el murete–. Lo he visto todo el tiempo. Desde... Bueno, lo del río. Me di cuenta de que estabais tratando de esconder algo y, aunque no lo entendí de primeras, acabé sumando dos más dos. Por el resto de las veces –aclaró–. Me parecía ver algo en el aire. Supongo que porque, en parte, ya lo esperaba.

–¿En serio? –preguntó Matine, más incrédula que ofendida.

Al igual que lo eran las expresiones de Istella y Phie.

–Aparte de que Guezo le acaba de dar parte de los brotes.

–Y una mierda –soltó él, y a juzgar por su cara, no debía de saber si estaba a punto de echarse a reír o a gritar.

No llegó a hacer ninguna; Derro se adelantó:

–Lo sabías. –Una pausa–. ¿Y por qué nunca me has dicho nada?

Ella se encogió de hombros.

–Porque entiendo las razones por las que una familia querría esconder un secreto. –Se acercó un paso más–. Nunca me ha importado, la verdad. Al principio pensaba que era la razón por la que no querías hablar conmigo, porque no queríais que nadie se acercara y descubriera la razón por la que está aquí. Luego me di cuenta de que no tenía nada que ver. De que eras así y ya.

–Arualle...

–Derro –lo cortó con suavidad–. No os preocupéis. Vuestro secreto está a salvo conmigo.

El alivio se esparció a trompicones a su alrededor. Aunque ella no lo percibió porque, en ese momento, fijó la vista tras ellos.

En Ikash.

–Y, bueno, encantada.

Él no necesito que nadie se lo indicara: su silueta comenzó a parpadear contra la fachada del taller cuando se deshizo del pareo y lo mantuvo apretado en el pecho a medida que se acercaba.

Sus ojos blancos centellearon a la luz de la mañana.

–E-encantado.

La sonrisa de Arualle se ensanchó.

–Supongo que es a ti a quien me queda dar las gracias, eh... –Parpadeó–. No sé cómo te llamas, perdona.

–Ikash.

–Pues mil gracias, Ikash. Tienes un nombre precioso. En fin –suspiró, volviéndose de nuevo hacia los primos–, ahora sí que sí: me voy.

–Te acompaño –intervino Derro, y recortó la distancia hasta ella.

–No hace falta. Ya os he quitado mucho tiempo esta mañana. –Una nueva sonrisa se deslizó por su rostro, y llevó una mano a la mejilla para acariciársela–. Aunque... gracias por ser sincero conmigo. Entiendo por qué lo has hecho y lo he entendido en todo momento, pero, aun así, significa mucho.

Se quedaron en silencio varios instantes, con las miradas entrelazadas, sin necesidad de añadir nada más.

Nada, hasta que la voz de Guezo rebotó por doquier:

–Pero ¿es que no la vas a besar o qué, *pesao*?

–¿Te puedes callar la boca? –le espetó él.

Aun así, se inclinó hacia adelante y selló su despedida con los labios, acallando una carcajada sorprendida y todo lo que quedara por decir. Y los vítores de fondo sacudieron la fachada del taller más que cualquier tipo de magia accidentada.



Capítulo 60

–No sé, Phie. No me convence. Me suena demasiado... vacía.

–Ya, sí. –Torció los labios–. A mí también.

Rog dejó caer la cabeza entre los brazos, estirados por encima de una de las mesas del laboratorio, la más alejada de la chimenea. No sabía por qué habían elegido esa; tal vez porque su subconsciente creía que así lograrían huir también del calor del verano del sur de Yhandal, que ya incluso lograba colarse en el sótano. Pero era la que habían estado usando las últimas dos semanas, cada noche y, como en ese momento, cada tarde que podían. Aunque, en esos casos, Tía no se les unía, porque «bastante tenía ya, y más en fin de semana».

Así que las únicas presencias extra eran las de Nuantt y Darinn. Claro que ella, en realidad, se encontraba reposando en una de las estanterías, como si de esa forma se estuviera solidarizando con el resto de sus primos, que habían dispuesto tumbonas en el patio trasero y se pasaban allí horas enteras.

Aquella tarde, de hecho, Guezo había propuesto echar una partida –¿cómo no?– de *Calavera Bucanera*; Istella había decidido desestimarla, porque estaba muy enganchada a la novela que estaba leyendo, pero Ikash casi había saltado al oírlo. Según le habían contado a Rog, había mejorado muchísimo, sobre todo ahora que Derro y él habían conectado. No por nada, sus «futuros suegros», como no dejaba de llamarlos Guezo, lo tenían en un altar después de lo del invernadero. Y ahora los tres tenían un pique «piratil» bastante curioso. Matine se quejaba mucho al respecto.

Rog no había tenido ocasión de comprobar sus avances con sus propios ojos; había vuelto a zarpar en el barco de la productividad. De la inspiración.

Desde que había completado el primero de los versos nuevos y le había comentado la idea que le había surgido a Phie, ambos habían

estado trabajando sin parar, mano a mano, y las aportaciones de Tía lo habían ido redondeando todo hasta que se habían descubierto con el hechizo completo.

Estrofa a estrofa y verso a verso.

Aunque, en realidad, había algo en el último que no les convencía.

–Bueno, no pasa nada –le dijo su prima–. Es cuestión de tiempo que acabemos dando con la clave. Ya lo verás. Tal vez necesitamos rebuscar un poco más entre los recuerdos de Ikash. Quizás haya algo que nos termine de inspirar. Estamos haciendo un buen trabajo.

Claro que ese plural mayestático no lo era tanto. Se estaba refiriendo a él. Para consolarlo. Y se lo agradecía, pero...

–Ya... –La voz le salió amortiguada porque tenía los labios demasiado cerca de la piel. Se apartó un poco–. Pero me da rabia.

Faltaban dos días para que comenzara el mes de anfost; es decir, apenas nada para que Phie tuviera que irse a Fanofhe para asistir al Congreso Estival de Forja, y una parte de él había estado fantaseando con la idea de tener el hechizo para entonces. Para *antes*.

La necesitaban, además. Debían estar todos, al fin y al cabo.

«E Ikash no puede irse sin despedirse de ella», pensó. «Ikash no puede irse». «No puede irse *sin*...». Acalló la voz de su mente y trató de ignorar el vacío en el pecho. No debió de salirle demasiado bien, porque su prima apretó los labios.

Sus ojos, clavados en él bajo el resplandor de Nuantt.

–Oye, Rog. ¿Te encuentras bien?

Intentó sonar indiferente mientras se incorporaba del todo:

–Sí, claro. Es la frustración momentánea.

Phie negó.

–No me refiero a eso.

–¿Y a qué te refieres?

–A que siento que te estás esforzando demasiado con esto.

Le sorprendió el pinchazo que le causó aquello, y eso que su tono había sido el de siempre: suave, genuino, dulce y asertivo. Aun así, no le cayó bien, y jamás le había ocurrido con nada que le hubiera dicho ella.

Pero no lo entendía. No entendía que hubiera surgido de esa forma, de repente, cuando llevaban dos horas juntos y cuando la noche anterior habían estado allí también. No había cambiado nada. No había hecho nada que pudiera indicar lo contrario. Pues claro que estaba bien.

Ocupado. Bien. Ocupado *y* bien.

Sin pensar, agarró el taco de hojas que tenía ante él.

Habían tomado tantas notas durante los últimos días que su prima había tenido que preparar uno nuevo, aunque ese estaba mucho más limpio que el anterior; él mismo se había esmerado en que todos sus apuntes fueran pulcros, y sus aportaciones, inteligentes y resolutivas. *Buenas*.

Y sabía que ella se lo agradecía. O eso había creído.

–Pensaba que estabas disfrutando de nuestras sesiones de forja –replicó.

Porque él sí lo estaba haciendo. Muchísimo.

Compartir la forja con ella y con su tía era lo que siempre había soñado, y la mayoría de las veces, durante el tiempo que pasaban allí juntos, lograba olvidarse del resto del mundo entre propuestas y sugerencias que emergían de la nada, que los hacían saltar de la silla o soltar carcajadas con las más locas. Estaba siendo un refugio; una caricia dulce que borraba el poso amargo bajo la lengua y las certezas y el futuro y... todo.

–Claro que sí, Rog. No tiene nada que ver con eso.

–¿Y con qué tiene que ver, entonces? –soltó, y le salió brusco.

Phie hizo una pausa.

–Justamente con esto, cariño. –Apoyó las manos sobre la mesa y su onnie se posó casi al mismo tiempo, tal vez en un intento por no molestar–. A que estás como irascible. Nunca te había visto así.

–No estoy irascible. Es que no entiendo la pregunta.

Le pareció que Darinn se removía en la estantería.

Y, de hecho, ya le parecía casi obsesivo que se la hubiera hecho ella; un vuelco desagradable del destino, porque Matine e Istella estaban igual. Cada dos, tres días, lo mismo. Le daba ya hasta la sensación de que se turnaban para hacerlo.

–¿Es por Ikash, Rog?

La simple mención de su nombre terminó de descolocarlo.

Se quedó mudo un instante.

–¿Qué tiene que ver él con esto? –acabó preguntando. «¿Qué no?», le susurró la voz de su cabeza, y la forma en la que la mirada de su prima viajó hasta los papeles, en los que se esparcían conceptos derivados de sus recuerdos, de sus vivencias, de lo que les había compartido, fue casi como un eco. No obstante, fue cuando lo entendió–: Has hablado con Tía tú también.

–¿También?

Como Ikash. Al fin y al cabo, él también le había hecho la mismísima preguntita en su gabinete, antes de contarle que se había disculpado por lo que había pasado y que le había hablado de lo ocurrido con Brae.

–Da igual –dijo, sin embargo, y tomó aire–. Pero sí: estoy bien. No estoy irascible. Y no es por Ikash; es porque quiero que acabemos el hechizo.

–Y que se vaya.

Cuatro palabras.

Cuatro palabras que lo abofetearon con todas sus fuerzas sin necesidad siquiera de inmutarse, sin alzar la voz; de hecho, apenas había sido un suspiro.

–Claro que no quiero que se vaya. Es él quien quiere irse; yo solo quiero ponérselo fácil. –O eso se había estado diciendo–. Quiero ayudarle como él me ha ayudado a mí. Nada más.

Phie se le quedó mirando varios segundos. Demasiados.

Hasta que acabó asintiendo.

–Está bien, cariño.

Por alguna razón, que decidiera dejarlo estar y que le dedicara una de sus sonrisas dulces, esas que suspiraba un «vale, sí; te entiendo y te creo», lo removió por dentro. Claro que... ¿le creía?

¿Era verdad?

No se sentía irascible. O quizás sí, pero también un montón de cosas más que lo tenían subiendo y bajando sin parar. No obstante, le solía pasar cuando estaba muy inmerso en sus hechizos. ¿No se había enfadado también cuando había ido a buscarle Ikash a su gabinete, por las palabras de Matine?

Todo eran emociones. Estímulos. Palabras e imágenes. Energía.

Y el calor tampoco ayudaba.

Como tampoco cruzarse con él cada día.

Porque sí... Sí que tenía que ver.

Porque era cierto que estar separado de él para centrarse en el hechizo le permitía olvidar la sensación en el pecho, ese revoloteo que había sentido diminuto pero que ahora, cada vez que sus ojos se encontraban, tomaba fuerza.

Cada vez que se sonreían, que intercambiaban la más mínima frase –porque Ikash parecía buscar cualquier excusa para hablarle–, se descubría incapaz de no responder de inmediato, de no querer rozarle cuando se encontraban el uno junto al otro, de no mirar sus labios. Y odiaba que fuera así.

Porque se veía venir la caída.

Cuanto más tardara en llegar –en *irse*–, más dolería.

–Perdona por... –se descubrió susurrando–. Por haber reaccionado así. Quizás sí ha sido un poco desmesurado. Es que están siendo días muy intensos.

Su prima apretó los labios y sacudió la cabeza.

–Y que lo digas. –Se recolocó sobre el respaldo de la silla–. Pero no te preocupes. No es nada. –Dirigió la atención hacia el taco de hojas, que él no había soltado–. ¿Quieres que paremos? Aunque sea un rato. La verdad es que necesito un respiro.

«Y yo también». No sabía cuánto.

Y, de pronto, brilló.

Ahí, ante él. Sobre el papel.

–Phie. –Su nombre le vibró en los labios–. Quizás eso... ¡Darinn, ven!

Se echó hacia delante. Y de lo último de lo que fue consciente antes de que los versos comenzaran a dibujarse ante sus ojos fue de que ella y su prima lo hacían al compás.

Engaekareka dea faerl anderkaina.
Dimaeraan ernat adan thetu delasekaer
der nagderetere tamadse yanav anfno teha.

Sumera ev dande kaerer entarfa sainshe,
samiale ev jakia danflerele eakafdna,
enade ev egakero asaferade erene.
Gacall dai na dai se derigh.

Esdtara erer hionnaka.
Envare asde erer deshekire.
Rucaii mere la desatera uneka.
Nevale drestah mecare
Adarhco saide der rei demes.

–*Der rei demes* –repitió, «que el ruido se apague», y susurró un nuevo final–: *Adarhco saide deriv eraidreskhe*.

«Hasta que el ruido se vista de respiro».

Los labios de Phie se separaron por la sorpresa. Y quizás por eso necesitó probarlo por sí misma:

–*Saide deriv eraidreskhe*.

–Eso es lo que necesita –se descubrió diciendo Rog, aún con la vista fija en el último verso–. Ikash. Necesita que acabe el ruido; el ruido de su... interior. De lo que ha sido para él todo este tiempo: su miedo por la magia, por seguir haciendo daño... Necesita que desaparezca. Necesita ese respiro.

Su onnie soltó un zumbido de asentimiento.

Phie parpadeó, los dedos sobre los labios, y volvió a repasar las estrofas junto a Nuantt, que flotó hasta su lado.

Baña de agua los picos helados.
Duerme el miedo enterrado en costillas
que vive aferrado a paredes de piedra.

De inocentes quimeras se busca huida,
de almas perdidas en vínculos de centellas,
de intemperie aun en el interior de la tierra.
Acalla el sueño inquieto de una vida en vela.

Separa y quiebra.

Cúbrete de rechazo y búsqueda.
Toma lo que una vez entregaste a la luna.
Silba lo que nunca has susurrado
hasta que el ruido se vista de respiro.

Se mantuvo así durante infinitos latidos, como si necesitara estudiar cada letra, cada concepto que habían ideado; todo ese tramo de vivencias resumido en trazos de tinta y reflejos, hasta que acabó diciendo:

–Tal vez esa pueda ser la palabra centro, Rog. *Eraidreskhe*.

Compartieron una mirada larga, pesada y cargada de significado, y a la vez tan ligera como una brisa veraniega sobre los párpados.

–Lo tenemos.



Capítulo 61

Tal y como había hecho notar Matine al poco de entrar, nunca habían estado todos los primos juntos en el laboratorio. De hecho, Istella por ejemplo, no había bajado nunca por decisión propia –siempre había dicho que el sótano le daba mal rollo–, mientras que Guezo solo lo había hecho de pequeño, durante las reuniones familiares (es decir, cuando lo tenían prohibido).

Y por alguna razón, por mucho hueco que hubiera disponible aún, parecía quedarse diminuto. O quizás fuera algo disperso en el ambiente, junto a las auras de sus onnie. La promesa de lo que estaban a punto de hacer.

De probar a hacer, más bien.

–Casi la *una* de la madrugada –oyó que se quejaba Guezo; según el reloj de la pared, quedaban más de veinticinco minutos para ello–. No había mejor hora.

–Cuando, *encima* –agregó su hermana, que se había sentado en una mesa–, mañana tendremos que madrugar para abrir el taller.

Hasta ese momento, había estado husmeando en el taco original de hojas del hechizo. No obstante, como para remarcar la excusa –que era bastante mala, teniendo en cuenta la hora a la que solían acostarse ambos cada día–, lo soltó y se atusó los rizos; los llevaba recogidos en un moño altísimo.

–Bueno –intervino Tía–. Puedo, si no, despertaros mañana cuando me levante yo para hacer el intento entonces. ¿Qué os parece? –Un silencio sepulcral rellenó la estancia–. Eso pensaba. Poneos en círculo, por favor.

Todos obedecieron la orden en un arcoíris de pijamas de verano y expresiones que iban desde el cansancio al puro fastidio.

Rog se situó al lado de Phie, con un nudo en la garganta que había estado intentando tragarse desde esa misma mañana. O quizás

desde antes, desde la noche anterior, cuando le habían mostrado a Tía el hechizo de desvinculación definitivo y había dado su aprobación. Los tres habían terminado de forjarlo en voz alta, y ahora descansaba en un recipiente ovalado de madera tallada sobre la mesita redonda que habían colocado en el centro del laboratorio. Listo para que comprobaran su efectividad.

–Aunque –agregó–, antes de nada, os recuerdo que ninguno de vosotros está obligado a participar en esto.

–Pero os lo agradecemos infinitamente –intervino Phie. Ya tenía a Nuantt engarzado entre los dedos; su rostro estaba tan fresco como siempre, pese a que no sonreía–. Vuestra ayuda nos va a facilitar muchísimo el proceso.

Y a disminuir los riesgos; cuanto más poder aportasen, más posibilidades habría de que saliera todo bien.

Eso no lo dijo.

Por supuesto, Ikash no había bajado con ellos. Habían esperado a que se retirase a su cuarto a dormir; no les parecía que fuera conveniente hacerle saber que el hechizo estaba listo y que, a la hora de la verdad, hubiera algún fallo. No querían jugar así con sus esperanzas, y mucho menos ponerlo en peligro con la inmensa cantidad de poder que generarían. Como le había ocurrido a Brae.

Por ello, Tía había dispuesto varias barreras mágicas alrededor del laboratorio. Rog las sentía vibrar en las paredes, como el pulso en la muñeca.

–Aun así –retomó la palabra ella, dejando que su vestido ondeara a su paso–, si alguien tiene algo que objetar, puede hacerlo ahora.

Para sorpresa general, Guezo soltó una risita incrédula.

–Ah, ¿sí? Porque yo sí. –La señal de salida fue la ceja arqueada bajo su apretadísimo recogido–. No quiero que Ikash se vaya.

Y a Rog le dio un vuelco el corazón.

Sobre todo cuando su hermana, de nuevo en esa compenetración que pocas veces salía a la luz, pero que esa noche soltaba destellos, añadió con los ojos clavados en él:

–Yo tampoco.

–Ni yo, la verdad. –Istella, en su puesto junto a la puerta, se acariciaba la punta de la trenza–. Me da muchísima pena. Y hacerle

pasar por algo así... suena peligroso.

Y, a pesar de que Derro se quedó en silencio junto a ella, había reticencia en su ceño, en su figura estirada bajo el aura rosácea que emanaba de Hishu.

–Nos ahorraríamos drama –añadió Matine–, desde luego.

–Y ganaríamos horas de sueño –intervino de nuevo Guezo, tal vez para rebajar la tensión (o eso quería creer, porque *no podía* estar diciéndolo en serio)–. ¿Y lo que ahorraríamos en savia vin?

Y Rog ya no se pudo contener.

Dio un paso adelante y, aunque las palabras se le deslizaban por la garganta en un intento de huir de su amarre, de alguna forma logró convocarlas:

–No. No podemos, chicos. Es... lo que él quiere. Lo que siempre ha querido. Lo sabéis. Por eso está aquí. Por eso vino hasta aquí. Yo...

«Yo también voy a echarle de menos».

«Yo tampoco quiero que se vaya».

Lo único que acabó diciendo fue:

–No podemos ser egoístas en esto.

Se percató de que ni siquiera había sido capaz de pronunciar su nombre.

–Tiene razón –asintió Phie, y Rog agradeció que fuera ella quien continuara hablando–. Vosotros no lo habéis visto como nosotros: cuánto ha sufrido para llegar hasta aquí, cuánto ha llegado a detestar lo que es y lo que puede hacer con su magia. –Hizo una pausa–. La verdad es que yo también le he cogido cariño estos meses, pero sé que hemos invertido tiempo y esfuerzo en un fin que realmente vale la pena. Aunque duela, y pese a los riesgos. Ikash se lo merece, y creo que en eso estamos todos de acuerdo.

Rog no supo cómo logró tragarse las lágrimas que le nublaban los bordes de los ojos. Cómo logró mantener la mirada en el frente, ignorando las del resto. Pero lo hizo. Lo hizo y ninguno se inmutó. Ninguno se marchó.

Todos permanecieron a su alrededor.

Juntos.

–Bien –decretó Tía–. Pues si eso es todo, dad un paso adelante. Empecemos. –No lo hicieron de inmediato, pero uno a uno acabaron

por obedecer–. Vuestros onnie también, por favor. –Se dirigió a ellos–: Quedaos por delante de vuestros vínculos.

Rog sintió la caricia de las plumas de Darinn en la oreja antes de que apareciera ante sus ojos. No habían hablado mucho del tema, y eso que ella había hecho el intento. Pero, al final, debía de haber entendido que no le apetecía centrarse en eso –en sus sentimientos– al regresar a su dormitorio por las noches.

Aun así, se había aferrado a una de las pocas conversaciones que habían tenido, a sus últimas palabras antes de que el agotamiento lo derribara sobre la almohada: «Confío en lo que tú creas que es lo mejor, Rog».

Eso era lo mejor.

–Ahora, daos las manos –ordenó Tía. –Los fríos dedos de Phie lo acariciaron desde la derecha; la calidez de los de Derro, desde la izquierda. No miró a Matine, pese a que aún sentía sus ojos fijos en él–. Tendréis que convocar vuestra magia al unísono y unirla a la de vuestros onnie, como cada vez que hacéis uso de vuestros dones. Después, deberéis tratar de fusionarla entre todos. Tenéis que moldearla e impulsarla hasta que lo logremos. Haremos un par de intentos, ¿de acuerdo?

Si esperaba respuesta, no la recibió.

–El hechizo lo pronunciaré yo –continuó–, pero debemos cortarlo de inmediato. No podemos prolongarlo; no afectará a nuestros propios vínculos porque está forjado para un objetivo aislado, pero eso no nos exime de posibles daños. ¿He sido clara?

Esta vez sí hubo un asentimiento colectivo.

–Bien.

En el transcurso, no supo si queriendo, Rog cerró los ojos.

Y cuando la magia acudió a su pecho, embebida por los impulsos del exterior, que surgían a cada uno de sus flancos, los destellos se dispersaron tras sus párpados como un faro enloquecido. Fueron una, dos veces, y la dejó salir, recorrerle los brazos hasta la punta de las yemas, hasta fundirse con Darinn.

La sintió vibrar sobre sus cabezas, rebotar contra las barreras del techo y sacudirles el flequillo, antes de desaparecer en la nada.

–Vamos, adelante.

Y llegó la tercera.

Rebuscó en su interior. Tiró. Soltó. Y el laboratorio entero vibró a su alrededor, cargado de una energía arrasadora que notó sobre los hombros, las rodillas y en cada temblor que le sacudió pese a su resistencia.

–*Eraidreskhe.*

Presionó en sentido contrario con todas sus fuerzas, reclamando los rayos que habían pasado de recorrerlo por dentro a dominar el aire. En algún punto, mientras los resplandores se multiplicaban, se le abrieron los ojos. No fue solo más que una rendija, y los destellos que opacaban las figuras de sus primos lo deslumbraron.

Aun así, lo mantuvo.

Los dientes le dolían de apretarlos; aun así, lo mantuvo.

Le punzaba el corazón. Y, aun así, lo mantuvo.

Le ardían los recuerdos de una vida en las montañas, de frío y agua como único consuelo; de una lucha constante, de odio a manos propias y miedo a un reflejo. De cadáveres que se deshacían sobren los muros, de soledad y partidas de caza e intentos de redimirse que nunca parecían suficientes. De rabia. Y de golpes. Y de juicio y desprecio. De una vida apartada, con la búsqueda y la huida como única esperanza; solo esperanza.

Aun así, lo mantuvo. *Por eso* lo mantuvo.

Lo mantuvo hasta que tuvo la certeza de que lo habían logrado.

De que estaba hecho.

De que no había marcha atrás.



Capítulo 62

No tenía sentido que el sol fuera tan brillante, que el cielo se extendiera con ese azul por encima de los tejados, cuando todo era gris en su interior.

Y en el de la casona de Tía.

Sin embargo, o por eso, no le extrañó el silencio cuando Darinn y él salieron de su dormitorio y echaron a andar por el pasillo, aunque lo que sí que lo hizo fue oír las voces que lo quebraban al alcanzar las escaleras. Sus primos. Guezo, Matine e Istella, si no se confundía.

Y en el piso de arriba, no en el de abajo.

No hablaban demasiado fuerte, era cierto, pero la quietud restante de pronto se le hizo ensordecedora. Además, no los había oído desde la prueba del hechizo de desvinculación. Ni al despedirse siquiera; lo único que había recibido era un par de asentimientos y el apretón de Phie en la mano.

Estarían preparándose para ir a desayunar.

Se descubrió a sí mismo subiendo e indicándole a su onnie que lo siguiera, mientras se decía que podía acompañarlos y que no era para nada por esa vocecilla interior que le susurraba que quedarse ahí esperando a que bajaran –o bajar, incluso– significaba que había posibilidades de encontrarse con Ikash. No sabía si estaría en la cocina ya, pero no quería arriesgarse. Al fin y al cabo, ese sería el día en que pondrían en práctica el hechizo definitivo, y habían decidido comentárselo antes de bajar al taller.

Estaba nervioso.

Se percató al llegar al rellano superior de que debían de encontrarse en la habitación de Guezo y no en la de su hermana, como había pensado. Y los oía porque tenían la puerta abierta, al igual que lo estaban, para su sorpresa, las del resto. Incluso

alcanzaba a ver, justo al fondo, parte de las estanterías ordenadas a la perfección de Derro, altas hasta el techo y rectas, todas idénticas y bien surtidas, justo detrás de la inmensa mesa circular que la presidía, con viales de cristal, libros apilados, algunas cartas abiertas y algo pequeño y redondo que no reconoció.

En ese momento, oyó a Matine:

–Pero entonces sí, ¿no?

Y luego, a Istella:

–No le agobies, Matine.

Apretó el paso y avanzó por delante justo de su dormitorio.

Ya tenía la cama hecha, con la colcha blanca estirada al milímetro. El escritorio de Istella era un cúmulo de cositas brillantes, cada una en su sitio. Cada rincón brillaba a su manera, en realidad, ya fuera por las letras lustradas que componían los lomos de todas las novelas de cubiertas coloridas que se esparcían por doquier, las fotografías bailarinas que colgaban de sus paredes, su colección de vinilos, el aparador de coleteros y hasta el patrón de su alfombra peludita, que recibía la luz del exterior. Sus enormes zapatillas de andar por casa iban a juego y reposaban junto a la cómoda. Debía de llevar semanas sin usarlas. Tenían que abrigar un montón.

Al llegar al de Guezo, descubrió que no estaban solos.

Derro y Hishu también se encontraban con ellos, cerca de la puerta, aunque ellos tres ocupaban la cama. Y, además, Ikash los acompañaba. Justo en medio.

Sus ojos blancos se clavaron en él al verlo llegar, sorprendidos e incapaces de quebrar la cúpula opresiva que se formó en el aire. Guezo, sin embargo, alzó la barbilla y se pintó una inmensa sonrisa.

Y la hizo estallar con su voz:

–*Ehéééé*, Rog. Dichosos los ojos. Buenos días.

¿Rog? ¿No «Rollito»?

Los fragmentos flotaron por encima del desastre que era su habitación; casi igual que la suya, si no peor: paredes naranjas, cama sin sábanas y escritorio destartalado, entre prendas de ropa y trozos de proyectos inacabados. Por alguna razón, también estaba llena de vasos vacíos de todo tipo. El soporte de Rimo, donde él se encontraba, era lo único que permanecía intacto, porque había pares

de zapatos manchados por todo el suelo. Además, un poco más allá reparó en lo que parecían ser álbumes de fotos antiguas, dos almohadas y una partida a medio terminar de un juego de cartas que no era el *Calavera Bucanera* pero que no reconoció.

Frunció el ceño.

–¿Qué hacéis aquí? –Al darse cuenta de lo incisivo que sonaba, reformuló–: O sea, y no abajo. Para desayunar.

–Es que teníamos una pijamada pueblerina que terminar –respondió su primo. Y señaló con la barbilla a Ikash, que se encogía a su lado. Su camiseta marrón era tan ancha que casi lograba cubrir con sus pliegues los pantalones cortos que llevaba–. Estos se han unido ahora por envidia, y veo que tú igual.

–¿Pijam...?

–¡Ajá! –le cortó–. Es que se ha quedado a dormir aquí. Teniendo en cuenta que era su última noche en Aness, pues fui a buscarlo y le dije que se viniera. Nos lo hemos pasado de trescientos, ¿eh? Chulísimo. –Señaló los indicios que quedaban por el suelo–. Y perfectamente varonil a la vez.

Su hermana puso los ojos en blanco, aunque con cierta diversión. Estaba dispuesta con las piernas cruzadas, donde descansaba Yiun, y junto a Istella, que llevaba el pelo suelto aún. Ambas estaban ya listas, al igual que Derro, que se había ido internando aún más en la habitación para dejarle hueco a él.

Aunque, por su parte, se había quedado en shock.

A pesar de que separó los labios, no llegó a decir nada. No pudo.

Se lo había contado. Le había contado a Ikash que iban a deshacer el vínculo de su magia ese día. No había esperado a reunirse todos, como habían hablado con Tía.

–Aunque no hemos pegado ojo –añadió Guezo, ajeno a su tormenta interior–. Ya verás tú qué gracia hoy. «Hable con mi prima, señora Gelhan» –dramatizó–. «En el gabinete de enfrente; recuerde que no es ella la de la ropa mágica, aunque su nombre rime con "tela"».

–¡Oye! –exclamó ella–. A mí no me cargues el muerto.

–El *dormido*.

–¡Lo que sea!

Hubo varias risas más que chocaron contra el nudo de su estómago.

Aun así, se percató de que los ojos de Matine, en algún momento, habían viajado a él. Parecía seria. Como si se hubiera dado cuenta de lo que le pasaba. De lo que pasaba; de lo que había hecho su hermano.

Sin embargo, no fue ella la que habló.

–Creo que Rog tiene razón. –Casi dio un respingo al escuchar esas palabras de la boca de Derro–. Deberíamos bajar a desayunar ya; se nos va a hacer tarde, y vosotros aún tenéis que vestiros.

Guezo chasqueó la lengua.

–Bueno, pues a *piraguarse* de aquí. A menos que queráis verme el culo –agregó mientras se ponía en pie–, cosa que entendería.

Así que eso hicieron. Irse.

E Ikash también.

Pasó por su lado, dedicándole una pequeña sonrisa que, por alguna razón, casi le pareció una disculpa, y un «Buenos días, Rog».

Parecía... normal. Quizás podía haber cierto nerviosismo en su rostro, se fijaba mucho, pero nada a destacar. Ni ilusión.

O quizás es que aún estaba asimilándolo.

No lo sabía. No podía saberlo, porque no había tenido ocasión de presenciar el momento en el que le habían revelado lo que pasaría aquel día. Aquella noche, en concreto.

Lo que significaba que sería *esa* la última; no como había dicho Guezo.

Se iría al día siguiente.

Fijó la mirada en él, en su silueta espigada, en sus pasos ágiles de pies descalzos, en la forma en la que su pelo bicolor se sacudía a cada paso, hasta que desapareció por las escaleras. O hasta que la voz de su primo desde dentro de su dormitorio:

–Y, oye, que alguien hable con Phie.

Se encaminó hacia su escritorio, sobre el que Rimo ya revoloteaba, sin ni siquiera molestarse en darse privacidad mientras tomaba su ropa.

–¿Con Phie? –preguntó Rog–. ¿De qué tenéis que hablar?

¿Y dónde estaba, de hecho?

–Oh, de... –comenzó a decir Istella, y Matine completó:

–De la próxima vez que bajemos al río. Para organizarlo.

Le sonó a mentira.

Sin embargo, justo entonces fue cuando Derro regresó por el pasillo desde su dormitorio, al que se había acercado para cerrar la puerta. Resultaba extraño que se la hubiera dejado abierta, como si algo hubiera captado su atención antes de que pudiera hacerlo. Era raro.

Había algo raro en... todo.

Y, a medida que bajaban los escalones, una sensación de malestar se le fue posando en las entrañas. Tal vez por eso se excusó al llegar a su planta.

Ni siquiera fue capaz de decidir qué «cosa» se le había olvidado coger.

Darinn le siguió por el aire hasta que se detuvo en mitad del pasillo. Entonces llegó la pregunta; la misma pregunta de mierda:

–Rog... ¿Estás bien?

No respondió de inmediato. Fueron los tres segundos más largos de la historia; la ristra de pensamientos y dudas más rápida; el suspiro más profundo.

–¿Ya qué más da?

Y se dio la vuelta para encaminarse a la cocina.



Capítulo 63

Llevaba horas con la única compañía de Darinn y del chisporroteo de los hechizos mientras, ya forjados, los depositaba en sus recipientes.

Al menos, no necesitaba hacerlos desde cero para reponer los que llevaban meses gastados en las baldas de su gabinete; solo revisar notas antiguas y copiarlas tras llamar a su magia. Aquel día ni temblaba al obedecerlo.

No. Acudía rauda, impulsada por una fuerza invisible; tal vez la de sus sentimientos, que eran una avalancha en su estómago. Le habían dado tantos tumbos que ya ni siquiera distinguía entre el nerviosismo, la pena, la rabia, la ansiedad, la suspicacia, el orgullo por lo que habían conseguido –si es que habían conseguido algo– y la pura extenuación.

Así que se había limitado a trabajar de forma mecánica, a pasar de un hechizo a otro como si así pudiera hacerlos desaparecer. Como si así pudiera borrar el recuerdo del silencio a medio masticar –de forma muy literal– que se había esparcido sobre sus cabezas durante el desayuno y la bajada al taller.

Guezo y Phie habían hecho el intento de romperlo, pero no había surtido efecto, y él ni se había molestado en separar los labios; había mantenido la vista fija en su taza de bebida de sori y, después, en las piedrecitas blancas que pavimentaban la cuesta. ¿Para qué?

Ya podían hablar ellos a sus espaldas todo lo que les apeteciera.

Era eso lo que estaban haciendo, ¿verdad?

Tampoco había vuelto a intercambiar más que las palabras necesarias con Darinn, a pesar de que la mantenía sujeta entre los dedos, con los ojos clavados en el papel.

Porque sí: ¿qué más daba ya cómo se sintiera?

Enganchó los versos del hechizo de levitación entre los dedos, consciente de la vibración en el pecho, y la esfera centelleante se hizo hueco en su palma.

Eso era lo importante.

Dejó ir a su onnie para tomar el bote circular con la mano contraria.

Sí, ¿qué más daba? ¿Qué más daba? ¿Qué más dab...?

El hechizo saltó de su mano.

Rog soltó un grito ahogado y la cerró, pero, antes de que las yemas de sus dedos se rozaran, huyó en sentido contrario, hacia la puerta.

La traspasó y se perdió al otro lado.

No supo qué le salió antes, si el suspiro, la palabrota o la orden:

–Espérame aquí, Darinn.

Cuando quiso darse cuenta, ya se encontraba en el pasillo.

El hechizo a medio formar era un impulso que esparcía luz sobre las sombras, los tablones de las escaleras y la cortina del Hueco. Parecía tener una única dirección, bien marcada: la puerta trasera. La que daba al huerto.

La que estaba abierta.

Había alguien sentado en los escalones, tras el umbral.

Ikash.

La esfera se fundió en las vértebras que se le perdían bajo el cuello de la camisa, haciendo que diera un respingo y que se volviera de inmediato. Sus ojos se encontraron en la penumbra, quebrada por la forma en que la magia restalló sobre su piel al absorberse y, después, por el sol que lograba colarse desde el patio trasero y que lo pintaba todo de verde.

Rog se quedó mudo en el sitio. Sobre todo al ver la comprensión que le parpadeó en el rostro, por encima de la capa de algo profundo y brumoso... Tristeza, quizás. O melancolía. Una que no había visto en todo el día.

Tal vez, pensó, porque ni siquiera se había atrevido a mirarlo durante el desayuno. Porque se había camuflado por el camino. Y porque él había corrido a encerrarse en su gabinete.

Ahora, sin embargo, se aferraba también a su voz:

–Te he quitado un hechizo. Perdón. Estaba soltando.

El nudo se le apretó en la garganta.

Y ni siquiera sabía por qué. Tal vez por la forma en la que lo había dicho.

Tal vez por todo.

–No es nada –replicó–. Puedo volverlo a forjar.

Para su sorpresa, Ikash asintió.

–Lo sé. Puedes hacerlo todo.

Una arruga en la garganta.

–¿Cómo?

–Con tus hechizos. –No tuvo ocasión de explicarle que no estaba preguntándole nada, que era una forma de expresar asombro, porque él se encogió de hombros y continuó–: Gracias a ti habéis hecho el mío ya. Rápido. Y era difícil. Habéis conseguido lo que yo...

No concluyó. Apartó la mirada y la fijó en los surcos del huerto, en los brotes aún por nacer y los que tendrían que recoger pronto. O no. Quizás lo que se quedó mirando era la madera de los escalones. La tristeza seguía intacta y no tenía que ver con que pensara que le había fastidiado el hechizo de levitación, ¿verdad?

Regresó a su mente la sonrisa que le había dedicado al salir de la habitación de Guezo; esa cargada de disculpa. No entendía por qué. Tal vez en eso también se sentía como él. Tal vez también era por todo.

Se descubrió avanzando en su dirección.

–Lo que tú querías, ¿no? Deshacerte del vínculo de tu magia.

Y sí, Ikash asintió, despacio.

No obstante, acabó añadiendo:

–Pero también me da... –Se detuvo unos segundos, con el ceño fruncido, como si estuviera rebuscando la expresión correcta en el interior de su cerebro–. No es miedo. El miedo lo conozco. Aquí no lo siento ya. –«¿Aquí?». ¿En el taller? ¿En Aness? ¿En las escaleras traseras?–. Pero se parece –añadió antes de que pudiera darle más vueltas–. No sé.

Aun así, creyó entenderlo.

–Quizás es más vértigo.

Ikash le devolvió la mirada.

–¿Qué es eso?

No supo por qué, pero recortó las distancias del todo y, despacio, tomó asiento a su lado. Aunque lo hizo contra la barandilla contraria, con el espacio suficiente para que alguien más cupiera sin problema en el centro.

Estaban cerca, pero a la vez muy lejos.

–Es... –intentó explicar, con la vista clavada en el frente, en el murete de ladrillo gris que rodeaba el taller, carente de vegetación donde antes la había a raudales, y en la pequeña caseta donde guardaban las herramientas de recolección–. Ocurre cuando, por ejemplo, subes a un sitio muy alto, como una montaña, y miras hacia abajo. Es esa sensación de inestabilidad, la promesa de que en cualquier momento podrías caer al vacío.

Justo lo que había estado sintiendo él.

Lo que *sentía* en ese mismo instante.

La gravedad a punto de tirar de él hacia el abismo.

No había desaparecido en ningún momento.

–Supongo que es normal que lo sientas al pensar en que tu magia va a desaparecer por fin –añadió, porque tenía sentido; porque lo explicaría todo–. Puede parecer contradictorio, pero, al final, llevas mucho tiempo con ella. Ha sido parte de ti.

Ikash se lo quedó mirando, lo notaba; tanto que acabó torciendo la barbilla para enfrentarle. Lo descubrió con el ceño fruncido, como si se estuviera deshojando cada sílaba que había escapado de sus labios.

Porque era ahí donde tenía los ojos clavados, blancos.

El estómago le dio un vuelco.

–Siento... –susurró–. Sí siento el vacío.

Le sorprendió que fuera eso lo que sacara a relucir, con lo que se había quedado de toda la explicación. ¿Por qué? Tal vez no le hubiera entendido.

–No me refería a...

–Ni yo –le cortó él–. Creo. Es... No lo comprendo, en verdad. Del todo. Muchas cosas. Aunque Matine e Istella, sí. Y Guezo. Y todos. Han intentado explicármelo.

Aquello lo descolocó aún más.

–¿Qué te han explicado...?

–Es mi corazón. –Se llevó una mano justo ahí. Al pecho. Por debajo del pliegue de la camisa–. Late, fuerte, ahora. Pero antes no. Antes... –Se detuvo, como si necesitara poner en orden sus ideas–. Es raro. Primero, estas semanas, era ese vacío; ese vértigo que dices. Son igual. O no –se corrigió–. Son distintos, pero no a la vez.

No le seguía. Por primera vez en mucho tiempo, no comprendía a qué se referiría.

–Eso es lo que he sentido estas semanas –agregó–, desde que volviste a convocar tu magia solo.

–¿Desde que volví a convocar mi magia?

–Sí. –Agachó la cabeza un poco, como culpable–. Al saber que estabas dedicándote al hechizo. Al verte tanto en él. Sentí ese vértigo. Pero lo sentí más cuando supe que ya estaba. Cuando me lo dijo Guezo: que hoy sería el día. Nada más. Y toda la noche. No he podido dormir y él ha estado conmigo. Porque sí quiero hacerlo, quiero dejar de robar, pero ahora mi corazón late fuerte otra vez. Y Matine e Istella me lo han explicado... para que piense qué hacer, supongo.

La comprensión lo azotó de lleno:

–Espera. ¿Han intentado convencerte de que no te vayas?

–Sí. O no, bueno... Me han preguntado. Si quería.

–Y quieres.

No era una pregunta. No del todo.

Porque lo habían hablado. Porque se lo había confirmado.

Siempre lo había dicho. Pretendía irse después de deshacerse de sus poderes. No pretendía estar para después del verano.

–Es que ya no... –El tiempo se detuvo un instante eterno. O quinientos–. Ya no lo sé. –Y, aunque no podía creerse que hubieran hecho algo así, que fuera eso lo que habían estado hablando a sus espaldas, y sobre todo después de la conversación que habían tenido en el laboratorio antes de poner a prueba el hechizo, algo tembló en su interior–. Ese es el vacío. Ya no lo sé, porque... ¿adónde voy?

«Adonde quieras», quiso decir Rog. «Puedes ir adonde quieras».

No fue capaz.

Solo sentía el cosquilleo en la punta de los dedos, la posibilidad en la garganta: Ikash no quería irse. Había creído que sí, pero no. Dudaba.

Dudaba.

Aun así, una parte de sí mismo se resistía a creerlo. A *quererlo*. Porque no era justo que le hubieran comido la cabeza.

–No tendrían que haberte dicho nada –resopló–. Mis primos. No tendrían que haberte condicionado. Ahora estás hecho un lío.

Lo vio negar de nuevo.

–Ya *antes*. Semanas. Así: «hecho un lío». Como cuando me preguntaste. Porque... no sé. Te lo he dicho: antes solo había miedo, y aquí ha desaparecido. Está callado. Debajo de mi risa, con Guezo, con Matine. Y con los demás. *Todos*. Istella me ha cuidado, me ha preguntado, y Phie. Phie pregunta también. Siempre. Y Derro pensaba que no, pero al final es lo que decíais: está cerca aunque no lo parezca. Como Tía. Aquí... –Se cortó; los ojos fijos en sus manos, en sus dedos largos–. Aquí me entendéis. Aquí nunca nadie se ha girado por mí. –«Nadie me ha rechazado»–. Aquí me habéis dado un sitio para mí. Aquí he sido yo.

«Más libre que nunca».

Justo lo que Rog quería para él.

Se descubrió girándose un poco más, y tal vez fuera la esperanza lo que tiró de su cuerpo. O su voz, de nuevo:

–Y aquí te he conocido. –Un pinchazo en el pecho–. Alguien que es como yo. No fuera; *dentro*. Por primera vez. Y si me voy..., ya no van a estar ellos. Ninguno. –Solo necesitó un susurro más para terminar de desestabilizarlo–: Ya no vas a estar tú, Rog.



Capítulo 64

El mundo entero se sacudió desde sus ejes.

Y tuvo que agradecer estar sentado porque, si no, se habría caído de bruces. Porque se habría descompuesto, pieza por pieza, como el taller aquel día; el día que lo había conocido.

Tal vez era lo que había estado predestinado a suceder.

¿Qué se suponía que se le decía a eso? ¿Cómo se suponía que se reaccionaba a algo así? ¿Cómo se hablaba con el aire derretido en la garganta?

No tuvo que hacerlo. Porque él continuó:

–Y mi corazón late. Y por eso siento vértigo. Lo ha hecho desde hace tiempo: latir. Contigo. Por... Por ti. Me han enseñado a verlo.

«Por ti».

–¿Cómo que...? ¿Cómo que por mí, Ikash?

Y cuando creía que no podía sacudirlo más, llegó:

–Matine e Istella dicen que quiero darte besos. –Se encogió de hombros–. Y que por eso no me puedo ir.

A bocajarro y sin filtros. Sin vergüenza. Como si fuera la única verdad existente; una capaz de llevarse consigo las dudas y la tristeza y el vértigo. Y dio vueltas alrededor de su boca, del eco de su voz de esas dos palabras:

«Darte besos».

–¿Y... quieres?

Se sintió estúpido nada más preguntarlo, pero no pudo evitar hacerlo. Como tampoco pudo evitar sentir un escalofrío de pies a cabeza. De corazón a estómago. De mente a alma.

Por eso agregó:

–O sea, hacerlo. –Ni siquiera fue capaz de repetir sus mismas palabras–. Por ti. No por lo que hayan dicho mis primas.

No podía creerse que le hubieran dicho eso.

No podía creerse que le estuviera haciendo esa pregunta.

No podía creerse que todos los miedos que había albergado esas semanas, desde la advertencia de Tía, se estuvieran disipando ante sus ojos.

–Sí. –Fue una bofetada, aunque una bofetada dulce y electrizante y que se esparció por cada fibra de su ser–. Pensaba que era raro, pero luego vi a Derro y Arualle, y no. Es... bonito. –Una pausa–. Pero no han querido escucharme.

–¿Quiénes? –Se le frunció el ceño–. ¿Matine e Istella?

Ikash asintió.

–Y Guezo también. No han querido escucharme, aunque yo lo sepa, y es que no importa qué sienta yo. No importa el vértigo.

–¿Qué? ¿Por qué?

Y entonces llegó la siguiente bofetada.

Fue todo lo contrario de la anterior:

–Porque tú no. Porque sí quieres que me vaya. Lo he visto estos días. Y, aunque lo siento, lo entiendo. Porque a ti te entiendo. Estás cansado. Has trabajado por mí. Mucho. Y yo pienso «gracias», pero sé que es por eso. Que por eso has estado lejos.

Rog se quedó pasmado durante tanto tiempo que pudieron pasar cientos de vidas tras sus ojos, cientos de fantasmas capaces de alzar una nueva Aness desde el suelo.

No todo lo que sentía era asombro. También había cierta indignación y dolor y culpa y rabia. Hacia sí mismo. Hacia su cabeza. Hacia todo.

¿Cómo podía haber entendido eso Ikash?

¿Cómo podía haberle hecho creer eso?

Él era el culpable.

–Ikash, yo... Yo no quiero que te vayas.

Aquello le dibujó una arruga profunda en el ceño.

–¿No?

–¡No! –le salió un poco más fuerte de lo que pretendía–. Yo también...

Él también, ¿qué?

¿Por qué las palabras no le salían con tanta facilidad cuando tenía que pronunciarlas en alto? ¿Por qué no le salían como a él mientras

le decía todo aquello? Ni se había inmutado. Ni siquiera parecía avergonzado. Había sido como quien señalaba el tiempo tras la ventana.

¿Por qué tenía miedo de quebrarlo todo por el camino?

Tal vez en eso se resumiera todo. En que él sí que sentía miedo.

Pero no podía tenerlo. No con él.

Se llevó la mano al pecho, como si fuera su reflejo.

–A mí también me late el corazón.

Ikash parpadeó, pero pareció comprenderlo.

–¿Tú también quieres darme besos?

Aquello, por alguna razón, de todas las reacciones que podría haber tenido, le hizo reír. Y con su risa, que rebotó contra el muro del jardín, se esparció por el huerto y trepó hasta las nubes, el nudo que sentía en la garganta se deshizo.

Se fue todo menos la certeza.

Por mucho que se le escurriera un poco al dejarla escapar:

–S-sí.

–Oh. Ah... –Sus mejillas se colorearon de rojo bajo el sol–. Pues... –Tragó saliva y se removió en el sitio–. Puedes.

Le pareció adorable.

Y con una nueva risita, Rog se arrastró hacia él por la madera, despacio.

–Pero... ¿estás seguro?

Un asentimiento firme.

Estaban cerca. Mucho. Tanto que veía las marquitas de su rostro, su tono de piel, los mechones blancos y negros alborotados y el brillo de sus iris entre las largas pestañas. Pero, sobre todo, sentía la calidez del aliento que escapaba de su boca entreabierta.

Aun así, no pudo.

Porque regresó el recuerdo de las últimas semanas, de la tensión, la premura, la ansiedad y las conversaciones a sus espaldas.

–Lo siento. Siento mucho haberme alejado. Estaba... confuso. Perdido. Porque si te ibas, sabía que me iba a doler, y no... No he sabido gestionarlo.

Ikash dudó.

–Eso dijo Matine.

–¿En serio? –se sorprendió.

Pensó en ella. En cómo le había advertido de sus sentimientos y de cómo, sin embargo, no había querido creerlo. O no. De cómo no había sido capaz.

Y de inmediato pensó en Phie. En Istella. En Darinn. En cada una de las veces que le habían preguntado cómo estaba y él se había negado a escuchar. A *escucharse*. No se había permitido hacerlo. Pocas veces se lo permitía.

Suspiró.

–A veces siento que mis primos me conocen mejor que yo mismo.

Una ceja arqueada.

–¿Por qué lo dices como malo?

–Porque bueno no es.

«Mira hasta dónde nos ha traído».

Ikash se lo quedó mirando durante varios segundos más, como si necesitara cerciorarse de algo que se escondiera en sus pecas.

–Pues yo creo que es porque te dejas ver. Yo te veo. –Aquello lo dejó mudo, parpadeando y con el corazón dando tumbos–. Y tú me ves a mí. Siempre me ves, desde que llegué. Porque no somos...

–Tan distintos –completó Rog, y tragó saliva–. Ikash... –Alzó una mano y la posó en su mejilla. No supo por qué, pero lo hizo. Y ya no quiso apartarla. Lo único que quiso fue decirle, muy muy bajito–: Quédate.

Un asentimiento, firme y seguro.

Una inclinación hacia delante. Y así llegó también el vértigo; se aferró a sus costillas y, sin embargo, lo ignoró para permitirse caer al vacío.

Contra sus labios.

Fue lento y suave: una caricia que supo a palabras jamás pronunciadas, a latidos idénticos, a sueños que llegaban aun despiertos y a secretos compartidos entre cuatro paredes que por fin quedaban al descubierto.

Fue paralizante hasta el punto de que detuvo su corazón desenfrenado por un instante. Y, después, envió magia al universo.

Como con cada roce que habían compartido.

La sintió primero tras los párpados cerrados; después, sobre las mejillas y los dedos con los que le envolvía el rostro. Por eso, se separó, primero alarmado y después, casi al instante, maravillado.

Porque todo a su alrededor resplandecía.

Porque Ikash era un halo de luz.

Lo vio abrir la boca y mirar a ambos lados y luego hacia delante, a los centímetros centelleantes y regueros dispersos que los separaban. No. Que *los rodeaban*.

–¿Qué...? Rog... No...

No parecía comprender qué estaba sucediendo.

–Es... ¿tu magia?

No llegó a reaccionar.

De pronto, con una brisa radiante y cálida, los halos de luz se dispersaron para derramarse por todo el patio trasero, por el huerto y el césped batido y las pocas hierbas que habían ido saliendo con el transcurso de las semanas.

Hasta que, de pronto, comenzaron a brotar nuevas.

Por doquier.

Rog se puso en pie y contuvo el aliento, tal vez al ver los arbustos en flor que brotaban en la esquina de la fachada, a su izquierda. O ante las ramas cargadas de frutos amarillos de un árbol que, ancho y prominente, surgió junto a la caseta de herramientas. O ante la ristra de hiedra que comenzó a rehacer el recuerdo de la vegetación que antes cubría el muro. O por cómo los huecos de tierra del suelo se rellenaron de inmediato, más frondosos y fuertes que nunca.

Entonces, oyeron una exclamación.

En la parte delantera del taller, allí donde la magia seguía desprendiendo cientos de centellas, y más voces se unieron a la primera; no le costó nada reconocer a sus primos en ellas.

–Rog...

–Vamos –dijo.

Dos ojos blancos lo contemplaron con reparo, pero él le tendió la mano, en un ofrecimiento, e Ikash ya no dudó un segundo.

Sus dedos se aferraron a los suyos. Y lo ayudó a levantarse.

Juntos recorrieron el caminito que rodeaba la parcela, donde la vegetación ya extendía sus nuevas ramas, flores y hojas

resplandecientes para recibir el abrazo del sol de la mañana. Rog contempló cada rincón, boquiabierto, mientras avanzaba, sin reconocer ninguna de las plantas, pero sin que fuera necesario. En absoluto.

Para cuando alcanzaron a sus primos, ya se encontraban dispersos por todo el jardín de entrada, bajo las escaleras del porche y allí donde el murete llegaba a su fin, examinando el desenlace en su máximo esplendor.

Fascinados.

–Son los brotes aniastás –oyeron decir a Istella, que se inclinaba sobre las coronas de unas flores que parecían girar sobre sí mismas, como si quisieran acariciarle la trenza–. No entiendo cómo, pero... han florecido.

Las semillas que les había dado Arualle.

Las que tenían que haber germinado con el final del verano.

Matine fue la primera en percatarse de su llegada. Se encontraba junto a Guezo, debajo de la sombra circular de un árbol de tronco blanquecino y muy delgado.

–¡Ikash, Rog! –exclamó, y ya todos se giraron hacia ellos. Sus onnie también estaban por allí, revoloteando sobre arbustos y capullos en flor–. ¿Habéis visto esto?

Si se había fijado en sus manos enlazadas, no dio muestra de ello.

Ambos compartieron una mirada. Rog intentó que la suya contuviera una pregunta, pero Ikash parecía demasiado absorto como para responder, para confesar lo que había pasado.

–Ha sido su magia –acabó diciendo él–. Estábamos... –«Besándonos»– hablando. –Tragó saliva y, de repente, no supo por qué, sintió la culpa como arenilla en la garganta. Aun así, se forzó a continuar–: Y ha empezado a brillar y...

–¿Esto lo has hecho tú, Ikash?

La pregunta era de Derro, que ya caminaba hacia ellos desde la puertecilla del jardín con las manos en los bolsillos, seguido de Hishu.

Él no respondió; soltó a Rog y se contempló los dedos.

–Es increíble –oyeron suspirar a Phie, que también se acercaba. En algún punto de la mañana, se había recogido el pelo en la nuca y un

par de mechones le caían a cada lado.

–Gardenias, capudre... –estaba enumerando Istella mientras Viure soltaba destellos sobre sus clavículas–. Una secuoya bebé, qué linda, y... ¿eso son adyas? ¡Ay, y mirad las buganvillas!

–¡Eh! –exclamó Matine, señalando un punto del murete donde se acumulaba un manto de florecillas púrpuras–. ¡Yiun, mira! ¡Fue ahí donde echamos las semillas nosotros!

Él soltó un destello, emocionado.

–*Fuerterretérrimo* –declaró su hermano, que se había acercado a Ikash para darle una palmada en la espalda–. Vaya despedida triunfal para tus poderes, ¿eh? Aunque no sé si Tía te dejaría deshacerte de ellos, si se enterara de esto... Quizás te mandara reestructurarle el patio antes. ¡Drácala, no! –exclamó de pronto–. ¡Eso es lo que podrías hacer si te quedas! ¡Ser nuestro jardinero! ¡Eso es algo que puedes hacer hasta sin magia!

–Guezo... –lo advirtió Istella, que ya había llegado a su altura.

Los demás lo contemplaban con un asombro teñido de lástima.

–Oye, ¿qué pasa? Solo le estoy dando opciones para que él, en su cabecita... –completó la frase dando vueltas con el índice junto a su sien–. Aunque, claro, las plantas de casa son casi todas mágicas. Abortamos. No he dicho nada. –Y luego se volvió hacia él–. Aunque tú alegra esa cara. ¡Has hecho una cosa de perder el cuello!

Sin embargo, Ikash retrocedió, aún contemplándose las manos, y siguió haciéndolo durante una eternidad hasta que alzó la voz:

–Yo... –Sus ojos encontraron un instante los de Rog antes de dirigirse a los demás–. He decidido que voy a quedarme, pero...

–¡¿Qué has decidido qué?!

Y el caos estalló entre todos los Vondel.

Capítulo 65

Después del terremoto de vítores y abrazos en piña, habían decidido subir a contárselo a Tía a casa –al fin y al cabo, ya era la hora del almuerzo– e Ikash se había dispuesto a desaparecer bajo el manto de camuflaje del pareo.

Pero Guezo lo había detenido y había preguntado –muy en alto– que para qué, si ya pretendía quedarse entre ellos; claro que, entonces, Derro había terciado que aún había *muchas* cosas que determinar al respecto, lo cual había derivado en el pequeño... intercambio de opiniones que tenían entre manos.

–En realidad, tiene razón –se sumó Matine a la causa de su hermano; Rog no sabía qué narices se había torcido en el universo aquellos días–. Esa excusa era solo porque pretendía irse, ¿no? Para que los vecinos no hicieran muchas preguntas durante el tiempo que estuviera aquí.

–Y para proteger el secreto de los daheerar –le recordó su primo.

–Pero, a ver –de nuevo Guezo–, para la gente no existen. Si se queda, podemos decir que es... lo que sea. Cualquier tipo de criatura. O ninguna. Podría ser un primo más. ¡Le teñimos y le pintamos pecas, si hace falta!

La expresión de alarma que cubrió el rostro de Ikash hizo que todos rieran al compás. De pronto, Rimo –campante y centelleante junto a su vínculo– preguntó:

–¿Y los ojos?

–Bueno, que intente no comer en público –respondió él–. O, ¡¿qué cojones?! ¿No se supone que hay magia en todo el mundo? No hace falta dar porqués a todo *todo el tiempo*; los vecinos tendrán que empezar a entenderlo.

Derro chasqueó la lengua.

–Explícaselo tú a ellos. En fin, yo creo que lo mejor es no volverse loco. Ni siquiera sabemos si a Tía le va a parecer bien que se quede.

–¿Y por qué no iba a parecérselo?

Entonces fue cuando Phie intervino para mostrarse de acuerdo con su hermano. Y, por lo tanto, ya no hubo lugar a réplica alguna: tendrían que subir para descubrir el desenlace, e Ikash tendría que *cubrirse* para ello.

Aun así, a Rog no le pasó inadvertida la duda que le cubrió el rostro.

Por alguna razón, parecía temeroso por algo. Pensativo.

Llevaba un rato así.

¿Sería por el beso...?

Cada vez que pensaba en él, un remolino revoltoso se le formaba en el estómago, y la sensación de querer acercarse y preguntarle, o de tomarle la mano y hacerle ver que todo iba bien –porque todo iba bien; por fin–, era acuciante. No hizo nada de eso; su figura se perdió en el vaivén y el resplandor de Darinn captó su atención.

Le había parecido verla en el porche, junto al escaparate, pero había regresado a su lado casi con timidez, y eso hizo que se percatara de que aún le quedaba un asunto pendiente.

–Ven, porfa. –Apretó el paso hacia sus primas, que ya encabezaban la marcha–. Chicas, yo...

Se detuvo al ver que giraban el rostro hacia él.

–Quería disculparme con vosotras. –Sus ojos viajaron hasta su onnie–. No... No me he portado de la mejor forma estas semanas.

–Vaya. Se ha dado cuenta.

–*Matine* –la reprendió Istella, con los ojos muy abiertos.

No obstante, ella sonreía, y Rog la conocía lo suficiente como para saber que no estaba enfadada; sobre todo, cuando se acercó a él y le pasó un brazo por el hombro. Sus rizos le hicieron cosquillas en el cuello.

–Sabemos que no ha sido fácil para ti –susurró Phie, a lo que Istella asintió–. Hemos querido darte todo el espacio posible, aunque estuviéramos preocupadas y no siempre fuera fácil: seguimos siendo tus primas mayores; no pensamos pedir perdón por eso –añadió, bromista–. Pero... parece que las cosas han acabado bien.

–Muy bien –recalcó Matine–. Yo he visto una tontorrona mano enlazada, y tal.

Sí se había fijado, sí.

El calor le trepó por las mejillas.

Aunque no tanto como cuando Darinn, flotante ante sus ojos, reveló:

–¡Y se han besado! ¡Lo he visto!

No tuvo tiempo ni de sentir otro pinchazo de culpabilidad por haberla dejado encerrada en un gabinete –pésima idea con una onnie casi más cotilla que sus vecinos–. La turba cayó sobre él de inmediato: los ojos muy abiertos y la mueca pícara de Phie y los gritos de Matine e Istella.

–¿Que os habéis *qué*?

–¡QUE ME MUERO!

–Ya nos lo estás contando *todo*.

–Y con detalles. ¡Ay!

Rog bufó, pero no pudo contener la sonrisa.

No les tendría que haber extrañado que la única reacción de su tía fuera arquear una ceja desde detrás de la mesa del comedor y decir:

–Muy bien. Añadidle a los turnos de limpieza, y habrá que buscarle un uniforme en condiciones.

Después, todos se acomodaron en sus respectivos sitios entre risas y voces que, aunque al principio fueron una algarabía sin sentido, poco a poco fueron tomando la forma consistente de los –muchísimos– sucesos que habían tenido lugar en esas pocas horas. Como solía ocurrir cada día, vaya.

Solo que, por primera vez, sí hicieron que Tía levantara la mirada de su plato de naiken al ajillo. Al escuchar lo sucedido con los brotes aniestás. No dijo palabra, sin embargo; se limitó a contemplar a Ikash unos largos segundos antes de continuar comiendo mientras las conversaciones revoloteaban alrededor de la lámpara del techo y se acallaban en los labios de Rog.

Porque Ikash seguía igual que al marcharse del taller.

Pensativo. Ausente. Angustiado, casi.

Y, de hecho, vio que se mordía el labio cuando, con la llegada del postre, Tía volvió a alzar la voz para anunciar:

–Convocaremos el hechizo después del té. Estad pre...

El ruido de una cucharilla al caer la detuvo.

Los ojos de Ikash centellearon del azul al ámbar en el extremo de la mesa, aunque desaparecieron tras sus párpados al bajar la mirada. Dejó escapar un suspiro mientras recogía el cubierto a toda prisa.

–Perdón –dijo–. Perdón, yo...

Y Rog no pudo evitarlo:

–Ikash.

No llegó a preguntarle si todo estaba bien; solo necesitó que lo mirara para confirmar que no. Que no tenía nada que ver con el beso, pero que el vértigo había pasado a ocuparlo todo y que, en larguísimas venas brillantes, sus emociones conformaban un entramado infinito en su rostro.

–Sí –respondió, sin embargo–. Sí, sí. Es que no...

Duda, de nuevo. Solo que por algo distinto.

Algo más grande y que, lo veía, no llegaba a comprender.

A *creerse*.

–Es que nunca –acabó añadiendo– he hecho algo así.

Agachó la cabeza, tal vez abrumado por la atención que le dedicaban desde cada flanco de la mesa. Todos se había girado hacia él, e incluso los onnie se habían asomado desde su rincón en las alturas y lo contemplaban en silencio.

Al final, Ikash tomó aire y susurró:

–Nunca he... Mi magia siempre ha sido fin; siempre ha sido dolor, daño. Nunca bien. Pero hoy... Las plantas. Han vivido... Han vivido por mí.

Rog sintió un escalofrío.

Para sorpresa general, Derro alzó la voz:

–Eso no es cierto. Lo de «nunca». Como en el herbolario.

–Sí –asintió su hermana–. Detuviste la plaga de los Dane.

Aquello hizo que alzara la vista en un centelleo marrón.

–Y la savia vin –recordó Istella–. La usaste para arreglar todo lo que estaba roto después del accidente del taller.

–Y la multiplicaste –agregó Matine.

–¡Bof! –exclamó Guezo–. Nunca lo superaré.

–Y... –Rog tragó saliva–. Y mi magia, Ikash. Ha vuelto por ti.

Aunque no fuera de manera directa. Aunque solo hubiera servido para impulsarla hasta que recuperara la confianza y fuera capaz de ver que nunca se había marchado del todo. Que había estado dormida, que él lo había estado.

Fuera como fuese, Ikash lo había ayudado a despertarse.

De pronto, le pareció ver que los ojos se le aguaban.

Y lo comprendió.

–No tiene que ser hoy, Ikash –se descubrió diciendo en alto–. No tiene que ser hoy ni mañana, ni nunca si no te ves preparado.

Que comprendiera su duda pareció pillarlo por sorpresa, porque lo contempló con el ceño fruncido mientras sus ojos tomaban un profundo tono dorado.

–Pero... estoy aquí. He venido aquí. He estado aquí. –«He venido a Aness en busca de vuestra ayuda; me he alojado en vuestra casa»–. Habéis trabajado mucho por mí. –Pasó la vista por Phie y Tía antes de clavarla de nuevo en él–. No importa. No sé por qué... No he dicho nada.

Hizo ademán de regresar a su postre.

–No, Ikash –intervino Istella–. Espera. Tienes todo el derecho del mundo a cambiar de opinión.

Al oírla, Matine chasqueó la lengua.

–Bueno, no te imaginas la de veces que nos devuelven productos del taller.

Ikash dejó caer los hombros, como frustrado.

Consigo mismo.

–Pero no puede ser. Esto no. No es igual.

–Claro que no –dijo Phie–, porque es mucho más. Cuando hablamos de los riesgos que tenía el hechizo, te preguntamos si estabas dispuesto.

–¡Y dije sí!

–Pero no hay nada que te ate a esa decisión. No nos debes nada. No le debes nada a nadie. De hecho, me parece que es suficiente con todo lo que has hecho por nosotros. Por el taller. Por Rog. –Al oír su nombre, al recordar por alguna razón el beso, volvió a sentir el calor en las mejillas–. Y más que de sobra.

Aun así, Ikash dudó de nuevo; sus ojos, en un ligero tono verdoso, viajaron por los rostros hasta detenerse en Tía, que, como siempre, se limitaba a escuchar.

–Pero también... me da miedo. –Cerró los puños–. Mi magia. *Sigue*.

Guezo dio un golpe en la mesa, y los platitos tintinearon.

–¡Pues te enseñamos a usarla! Sencillo y para toda la familia. Literal.

–¿Cómo? No sabéis de daheerar.

–Bueno, seguro que Phie y Derro pueden apañar algo.

–Pero –fue su primo quien replicó; su ceja arqueada– ¿y por qué nosotros?

–Pues porque sois los cerebros. Y Tía está jubilada. No podemos obligarla.

La aludida carraspeó por fin.

–Si esa es tu forma de ganarte mi favor, vas por buen camino.

Aquello hizo que soltara un gritito de triunfo.

Ella, por su parte, apretó los labios, y nadie supo si era gesto de apreciación o no; solo que, después, cerró las manos ante el cuerpo. Aunque, por alguna razón –tal vez la carencia de una negación en redondo, de que no exigiera una decisión inmediata–, su intervención fue suficiente para que el ambiente se relajara.

Y, pese a que el silencio no regresó, sí que se lanzaron expresiones compasivas de lado a lado, aunque con un objetivo concreto.

Claro que Ikash seguía siendo un torbellino de dudas.

O tal vez una sola, y fija en ella.

–Pero... ¿y Brae?

Tía lo contempló varios segundos, ajena a los interrogantes en los rostros de sus sobrinos y a la forma en que los recuerdos le mordieron el estómago a Rog. Si la pregunta la removió, debió de ser por dentro.

Tras la máscara que ocultaba sus rasgos.

–Nunca vamos a ser capaces de desprendernos del pasado, y tampoco deberíamos hacerlo. Pero llega un día en que nos despertamos y aceptamos que se ha marchado, cuando nos damos cuenta de que hicimos todo lo que estaba en nuestra mano. –Hizo una pausa–. No sirve de nada desear que ella hubiera tenido la oportunidad de aprender a abrazar su magia. La oportunidad que tú sí tienes. Estoy segura de que habría querido que la aprovecharas.

Ikash se mantuvo callado tanto tiempo que Rog llegó a pensar que no respondería, que la indecisión seguiría ocupando un hueco en su pecho aquel día y el siguiente y durante cientos. Y, en parte, no importaba. No si seguía entre ellos.

Tendría todos los que quisiera.

Por eso, al levantarse de la mesa, fue a su encuentro.

Sin pensar apenas, se descubrió rozándole los dedos con los suyos para detenerle mientras todos los demás abandonaban el comedor. Después, se los envolvió, y la pequeña sonrisa que le arrancó fue suficiente para calentarle por dentro.

–Hoy le tocan los platos a Matine, e iba a acompañarla –le susurró, como si fuera un secreto entre ellos–, pero, si quieres, estás más que invitado a unirte.

Al fin y al cabo, siempre era mejor fregar en compañía.

Ikash se encogió de hombros.

–Así ya tengo para fijarme.

Y su prima tenía ciertas cositas que preguntarle.



Epílogo

La fiesta estaba siendo un bodrio.

Aunque, en realidad, a Enna Vondel se lo parecían todas sin excepción. Claro que a aquella le tenía especial inquina; en algún punto de su vida, había dejado de verle el sentido y la gracia a celebrar volverse vieja.

Aun así, su familia se empeñaba en hacerlo, año tras año.

Además, sus hermanas debían de haber tenido una especie de revelación divina, porque no encontraba otra excusa que justificara el cambio que habían decidido hacer en el último instante: en lugar de quedarse tranquilitos y frescos bajo el hechizo climatizador que pretendía lanzar por todo el salón de su casa, como solía ser, habían querido bajar al río.

¿En qué mal momento sus sobrinos les habrían hablado del claro que habían encontrado ese verano?

Así que, nada, ahí estaban: más de una veintena de personas apelotonadas alrededor de una mesa llena de comida y bebida, al aire libre.

Estaba hasta cansada; su cuñada Ecrisa se empeñaba en repetir todos los cumpleaños los mismos bocaditos y empanadas y ensaladillas y refrescos, y llegaba un punto en el que todo le sabía igual.

Por suerte, no tardaron en traer la calabaza.

Fue justo al anochecer y, como cada vez, se reunieron todos a la luz de los farolillos que sus sobrinos Phie y Rog habían conjurado, para ver cómo la colocaban justo debajo de sus narices.

Estaba coronada con una vela gigantesca. No le sorprendió; cada año, a su hermana Ulhia le salían las cosechas más hermosas que las anteriores, y tenían que buscarles unas que se adecuaran. Y fue en eso, en su tamaño, en lo que se centró para no poner los ojos en

blanco mientras le cantaban todos al unísono; o tal vez debería decir al «multísono», porque eran tantos graznidos diferentes que no sabía ni de quién era cada cual.

Por suerte, la cancioncita duraba poco.

Aun así, cuando le instaron a que soplara, se permitió un instante para alzar la vista y contemplar todas esas caritas expectantes y sonrientes que se esparcían ante ella. Y también para pensar, durante un único latido, su deseo:

«Que el año que viene no falte ninguno».

Dejó escapar el aire, y la llama desapareció.

A continuación, permitió que le besaran las mejillas un total de quince veces –«Suficiente, gracias»–, soportó un par de bromas casposas de sus cuñados y le dedicó una caricia a su sobrina Phie cuando le llevó un carajillo; su único capricho de cumpleaños, al fin y al cabo.

Y, por fin, la dejaron en paz.

Razón por la que acabó susurrando:

–Quédate aquí, Ankoe.

Se puso en pie entre las risas y conversaciones y gritos y chapoteos, porque llevar al río a sus sobrinos más pequeños significaba chapuzón asegurado.

Aunque, en realidad, no eran solo los más pequeños: no por nada, junto a Alia y Pol, Guezo estaba metido ya hasta la cintura en el agua, vaso de cartón en mano. Y Narya, por su parte, que ya tenía diecinueve años, se encontraba en la orilla, con el pelo recogido en un moño deshecho. Iba acompañada por su onnie –una tecla negra de piano a la que llamaba Bemol– y, por cómo le susurraba mientras flotaba ante ella, debía de estar enviándose mensajitos sonoros de esos con sus amigas de la capital. Algo así.

Su hermano Rog le había contado cómo lo hacían, pero no le había quedado nada claro.

La vista se le fue hasta él.

Se encontraba sentado en la hierba bajo un ciprés junto a Matine, su Darinn, Yiun y, por supuesto, Ikash, en cuyo hombro tenía la cabeza apoyada. Los cinco reían bajo uno de los faroles y comían trozos de la muy prometida tarta de vin de su madre.

La familia lo había acogido de maravilla; al fin y al cabo, la simple mención de la palabra «novio» junto al nombre de uno de sus sobrinos potenciaba el acercamiento de manera irremediable, y había oído a sus hermanas decir que era adorable y que les encantaba para él.

Ella no entendía cómo había salido vivo –cómo podía salir *alguien* vivo– de sus tandas de preguntas chismosas reglamentarias. Pero ahí estaba, coleando. Al igual que Arualle Dane, que se encontraba junto a Derro mientras hablaban con su padre e Istella. Por supuesto, ella también había tenido que soportarlas.

Sí era cierto que la muchacha tenía un poco más de cuajo para esas cosas que Ikash, aparte de que a ella no habían tenido que presentársela también al pueblo.

La nueva incorporación al taller Vondel había sido otra de las muchas novedades comentadas durante el último mes, como era evidente, aunque había acabado por volatilizarse al cabo de un par de semanas; solo había necesitado darles un buen corte a tiempo y habían dejado a cuestionarse tonterías como su color de pelo.

Lo típico.

Se fijó esta vez en él mientras caminaba.

Cada vez se le iba poniendo más blanco, a consecuencia, claro, de haber ido dejando de purgarse de su magia y de ir aprendiendo a controlarla guiado por sus sobrinos. Estaba siendo un proceso lento pero efectivo. Con sus más y sus menos.

Aun así, se alegraba. Por supuesto que se alegraba. Claro que nadie tendría por qué enterarse de eso –¿para qué?–, como tampoco de la existencia del pequeño recipiente que llevaba escondido entre la tela de su vestido, y que destapó con una leve presión del pulgar.

Después, convocó el hechizo. Una sola palabra.

La onda mágica le sacudió la piel de las muñecas y, en un parpadeo, todas las almas que se esparcían a su alrededor tuvieron de pronto asuntos muchísimo más importantes que atender que contemplar cómo su figura se perdía entre los árboles. No pensaba ir demasiado lejos, de todas formas.

Su objetivo se encontraba apenas a unos metros de distancia, ahí donde el río conformaba una pequeña bahía. Un rincón en el que poder estar a solas con los trazos de su memoria.

Se arrodilló a la orilla y chasqueó los dedos.

El hechizo memoráfago se materializó ante ella con su resplandor de ámbar, el color que siempre había asociado a aquella época en la que, después de mucho tiempo, había encontrado a alguien a quien entregar su corazón y uno que tomar entre las manos; aquella época que había durado un parpadeo, pero que nunca se había marchado, por mucho que hubiera intentado huir de ella. De las partes dolorosas.

Al ocultarlas en esa esfera.

Siempre acababa regresando a ellas.

De pronto, apareció en su mente el recuerdo de Ikash, de aquel primer día. Cuando su hechizo lo había retenido; cuando le reveló lo que había venido a buscar, el ejemplo que seguía. Cuando pronunció su nombre, vibrante como el espacio en el aire que quedaba tras un viento huracanado: Brae.

Cuánto le recordó a ella en ese instante y a partir de entonces: su rostro cubierto de miedo en contraste con su voz firme, resuelta; la forma en que cada emoción se pintaba bajo sus párpados como si sus iris fueran el más brillante lienzo. Su sencillez, la forma en que las palabras y los conceptos y la cultura se le resistían y su esfuerzo por comprenderlas, respirarlas y participar de ellas.

Su poder. Su capacidad potencial de cambiar el mundo.

Al menos, el de los Vondel.

Sin embargo, a su llegada, había cometido un error.

Había llegado a pensar que ese capítulo que había cerrado hacía once años se abría de nuevo. Había creído que se le presentaba una nueva oportunidad para seguir escribiendo, para resarcirse de los huecos que habían quedado en blanco.

Por suerte, se había dado cuenta antes de que fuera demasiado tarde.

La culpa no desaparecería. Y los huecos tampoco.

Cada historia era distinta, por injusto que a veces pareciera. Era una lección que tenía más que aprendida; se limitaba a representar

su papel en cada una, a dejar que formaran parte de lo que era.

Por eso alargó una mano y la introdujo en el río. Por eso le susurró al hechizo que había alimentado con vivencias compartidas que siguiera su estela. Y, cuando el agua se pintó del mismo naranja que se extendió por su pecho, solo pudo desear que ojalá ella, estuviera donde estuviese, también las recordara.

FIN



Agradecimientos

Madrid, a 30 de diciembre de 2025

Y que la magia vuelva es una historia que surgió tras unas navidades agridulces, un año y medio de bloqueo de escritura y de la necesidad imperiosa de que ambas cosas se volatilizaran en el aire. Y puedo decir que lo ha conseguido, aunque nunca –jamás– habría imaginado que fuera a significar tanto para mí. A devolverme tanto las ganas. A quedarse *así* en mi corazón. Y sé que, en gran parte, ha sido gracias a todas las personitas de luz que han confiado en mí durante el proceso:

En primer lugar, a Oihane, que me ha acompañado capítulo a capítulo, y que adora a estos personajes como si fueran suyos. Te debo cada frase. *Mila esker*.

En segundo lugar, a mis lectoras betas: Laura, por su lupa experta; esta novela no sería lo que es sin ti (y, en realidad, ninguna de las que he escrito ni de las que pretendo escribir). Paz, por creer en lo que soy capaz más incluso que yo mismo y por recordarme cuándo somos suficientes (y más que suficientes). Isa, por inspirarme hasta el infinito y repetirme cuánto echas de menos leerme cada vez que lo haces; significa un mundo, lo sabes. Y Lu, por mostrarse dispuesta siempre a dejarse la piel por mí. Os quiero.

Gracias al resto de mis amigas, que me han escuchado hablar y hablar y hablar *y hablar* hasta la saciedad, de esta historia y de lo que sea (porque no sé parar): soy muy afortunado ya solo por teneros en mi vida: Miriam Mosquera, Enara Ziaran, Eloy Cobera, Eva Martín, Andrés Astasio, Bruno Darío, Nana (Cristina Prieto), Paula Fernández, Sandra Yáñez y, obvio, María Zárate, porque, sin ella, Matine jamás habría tenido sus bufandas (¡ni Ikash su pareo de camuflaje!).

Gracias a todas las personas que han estado siguiendo el proceso de #ProyectoYque en redes y que han encontrado un ratito para

mandarme su apoyo y su emoción y sus mensajes llenos de mayúsculas; sois maravillosas.

A Taylor Swift (como siempre, nada más que añadir).

A mi agente, Jordi, y a todo el equipo de IMC, por arroparme siempre, y –¡más que por supuesto!– al de TBR, por toda la dedicación que le han puesto a hacer brillar esta historia. Ha sido un placer volver a trabajar con vosotros. A Alba, por esa preciosidad de cubierta. Gracias infinitas.

A Marcos porque mi corazón, independientemente de en cuál de todos mis mundos inventados me encuentre, siempre late por ti.

Y, por supuesto, a mis primos, a mis hermanas, a mis padres y al resto de mi familia; a *todos* los que la componen (que somos un buen puñado). No sé si lo habréis notado, pero hay una pequeña semillita simbólica hacia vosotros en el nombre de cada personaje que se menciona en esta novela. ¡Así que gracias por prestármelos incluso sin saberlo! Eso sí, si no reconocéis el vuestro, tranquilos; no había espacio para tantos. Y no pasa nada, en realidad: aún me quedan muchos proyectos pendientes por escribir.

A ti, abuela, te doy la mención especial; te tengo presente en cada página.

Y, por último, a ti, personita de luz que está leyendo estas palabras, por el simple hecho de estar haciéndolo. Porque así puedo confirmar una vez más que escribir merece la pena. Porque así es como se consigue que la magia vuelva de verdad.

¿SABES YA CUÁL ES TU PRÓXIMO LIBRO?

Si te ha gustado esta historia y no puedes esperar para seguir leyendo, visita nuestra web y redes sociales para estar al tanto de todas las novedades TBR:

Nos vemos en tu próxima lectura



La Torre Ávalon

, C.N. Crawford
9788410116283
608

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

REGLAS DE LA ACADEMIA: 1. Espiar a los fey. 2. No enamorarte de tus compañeros. 3. No morir en el proceso. La idea que tenía de mis vacaciones era leer y beber champán en la playa. Entonces, ¿cómo he podido acabar metida en una academia de espías de élite, entrenándome para combatir a unos seres letales? Quiero echarle la

culpa al maldito, arrogante y sexi agente que me secuestró: Raphael. Pero, en realidad, la culpa es mía, por poseer ese extraño poder mágico que, según dicen, corre por mis venas...

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El despertar del Fuegoeterno

Cole, Penn
9788419621627
512

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

A pesar de su juventud, Diem Bellator ya es una reputada sanadora. Su camino en la vida está marcado, y es envidiable para cualquier mortal. Pero a Diem no se le da bien seguir los caminos marcados. Su peculiar aspecto y su temperamento ardiente hacen que destaque. Y, como saben todos los mortales de su entorno, es mejor no llamar la atención de los Descendientes, los seres semidivinos que dominan todo el mundo conocido. Cuando la madre de Diem desaparece, tras hablar con un oscuro Descendiente marcado por una cicatriz, el futuro de Diem salta por los aires.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La llama del Fuegoeterno (ePub)

Cole, Penn
9788419621894
1056

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Tras su desastrosa coronación, Diem se encuentra en el centro del conflicto entre los Descendientes y los Guardianes. Con sus nuevos compañeros en un bando y los mortales a los que debe proteger en el otro, Diem debe caminar con cuidado para salvar a las personas que ama... e incluso para evitar que se maten entre sí. Mientras el misterio de su inusual herencia comienza a desvelarse, Diem y Luther emprenden un viaje vertiginoso a través de los reinos, en busca de unas respuestas que resultan ser tan sorprendentes como dolorosas. Pero una poderosa figura procedente del norte tiene planes que podrían cambiarlo todo...

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El resplandor del Fuegoeterno

Cole, Penn
9788419621658
800

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El destino de Diem acaba de dar un giro inesperado. Ha recibido un don. O una maldición, según se mire.

Un don que la obliga a ver la luz y las tinieblas en todo lo que la rodea: la sociedad Descendiente, donde no todo es maldad; los rebeldes mortales y su actitud despiadada; sus propios padres, que le han ocultado secretos terribles sobre ella misma; Luther, cuyo exterior oscuro esconde un resplandor que la atrae peligrosamente; Henri, su querido amigo de infancia y quizá algo más... Diem no es la persona que creía ser.

Ahora, tiene que encontrarse a sí misma... si es que no la matan antes.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Un destino de ira y fuego

Tucker, K.A.
9788419621221
640

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Este hombre me ha condenado a muerte. Después de besarme.Una ladrona criada en las calles de Nueva York. Un mundo desconocido gobernado por la magia. Un príncipe traicionado. Una misión peligrosa. Un destino cruel.Ella tendrá que fingir para salvarse. Él deberá confiar en su peor enemiga. Pero el destino tiene sus propios planes...

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)